Ana Carolina Zegarra

Pacto de Matrimonio

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

Todas las hermanas Conte han tenido grandes historias de amor que han culminado en matrimonios de ensueño, pero el camino de Julietta Conte ha sido otro. Esta joven ejecutiva vive entregada a su trabajo y lleva tiempo preparándose para dirigir la empresa familiar. Por el contrario, ha dejado de lado su vida amorosa reducida prácticamente a cero y reside sola en un lujoso piso del centro de Milán. De pronto, su mundo cambia cuando recibe una oferta profesional que no puede rechazar: asociarse con Sawyer Wells.

Sawyer, un empresario hecho a sí mismo, seductor, ambicioso y triunfador, tiene muy claro que Julietta es un volcán a punto de explotar, y desde el primer momento está decidido a conquistarla. Para Julietta, confiar en el amigo de su cuñado, cuya mirada abrasadora amenaza con hacerle perder la compostura que lleva años perfeccionando, es una opción de lo más arriesgada.

Sin embargo, la química entre ambos es cada vez más poderosa… en todos los terrenos. Y ante la gran oportunidad que supone llevar entre los dos un proyecto internacional, la tentación de mezclar los negocios con el placer resulta irresistible.

Ana Carolina Zegarra

Pacto de matrimonio
Casarse con un millonario - 4

Antes que nada soy madre y después escritora.
Gracias a mi grupo especial de mamis,
al que conozco desde la guardería y que me ha entretenido
en fiestas, cumpleaños y excursiones escolares
mientras nuestros niños jugaban juntos:
Danielle Nelson, Patti Turner, Susan Hansen y Amanda Winters.
Y como siempre, a mi familia, mi Verdadero Norte.

1

Podía considerarlo oficial. Era un desastre de persona.

Julietta Conte tenía la vista clavada en las paredes color crema de su casa, pero no veía nada. Era gracioso que jamás se hubiera tomado la molestia de colgar cuadros ni fotografías. Normalmente la perfección de las paredes, que no tenían agujeros ni marcas de clavos, la relajaba. Le recordaba el estilo de vida ordenado y controlado del que se sentía tan orgullosa. Esa noche, en cambio, la absoluta perfección de la pared le provocaba un vacío interior. Como si fuera una impostora. O un fantasma.

De sus labios brotó un sonido extraño. Había perdido el acuerdo comercial más importante que le habían ofrecido a la empresa familiar, pero a esas alturas no podía dejar de lado el sentido común. Tras un mes de indagaciones, de papeleo sin fin, de dormir poco y de asistir a ciertos eventos sociales, solo había conseguido el rechazo del hotel Palazzo. Y eso que estaba segurísima de que iba a triunfar. Además, aún le quedaba por delante el momento de comunicar el fracaso a su equipo por la mañana.

Mientras se arrebujaba con su bata de seda de color chocolate, atravesó la mullida alfombra en dirección a la moderna cocina para servirse una copa de Bolla. A su espalda oía el murmullo de la televisión, pero el silencio que reinaba en su casa parecía gritarle en los oídos.

¿Qué le pasaba esa noche? No era el primer acuerdo que perdía. No tenía por costumbre regodearse en los fracasos. Había aprendido a ser fuerte y a seguir adelante, hacia el siguiente puerto donde obtener beneficios. La verdad era que *La Dolce Famiglia* no atravesaba problemas financieros. Lo sucedido no era una cuestión de vida o muerte. Sin embargo, lo único que quería era dejar huella tanto en el mundo empresarial como en el familiar. Y a esas alturas ya ni siquiera podía lograr eso. Oyó una molesta vibración. Cogió el móvil y leyó el mensaje de texto. Su hermana. Otra vez. ¿Era el tercer o el cuarto que le mandaba esa noche? « ¿Lo has hecho?» .

La impaciencia le crispó los nervios. Su hermana menor estaba felizmente casada con su amor platónico de toda la vida e insistía en que un ridículo hechizo de amor la había ayudado a conseguirlo. Ojalá. ¿No sería la vida más fácil si pudiera hacerse una lista de las cualidades que se buscaban en un hombre para quemarla en una fogata dedicada a la Madre Tierra y después sentarse a esperar? Por supuesto, tal como ella intentó explicarle, casi con toda seguridad no fuera cosa del libro, sino del hecho de estar destinados a acabar juntos. Carina se negaba a creerlo.

De modo que, durante su última visita, su hermana la obligó a coger el libro de tapas moradas y a jurar por su condición de hermanas que haría el hechizo. Carina creía que si lo hacía, el señor Adecuado llamaría a su puerta y su vida

cambiaría. Tras una hora soportando un terrible maltrato verbal acerca de su incapacidad para ver más allá de las hojas de cálculo y vislumbrar el futuro, Julietta accedió, convencida de que su hermana olvidaría la ridícula conversación y pasaría página.

De eso hacía dos semanas. Veinte mensajes de texto. Doce llamadas telefónicas. Y no había visos de que el tema cayera en el olvido.

Sus dedos escribieron dos letras: « NO» .

Sentía el sabor afrutado y fresco del vino en la boca. Abrió el frigorífico y sacó un racimo de uvas, tras lo cual regresó al salón para seguir rumiando el enfado. ¿Por qué nadie entendía ni aceptaba que una mujer soltera pudiera ser feliz? Porque era feliz. Muy feliz, joder. Pero desde que ese dichoso libro de tapas moradas llegó a sus manos a la fuerza, era víctima de una tortura sin fin. Carina juraba que el hechizo había funcionado tanto en el caso de Alexa como en el de Maggie, que habían encontrado a sus almas gemelas.

Se sintió abrumada por una oleada de desesperanza. Luchó contra el repentino pánico, respiró hondo y analizó fríamente sus emociones. Por supuesto, sus hermanos le provocaban cierta envidia. Todos ellos disfrutaban de matrimonios felices, y no dejaban de hablar de sus familias y de planear encuentros. A ella la veían como a la hermana soltera que debería entretenerlos con historias sobre relaciones fallidas y ardientes encuentros entre las sábanas.

El resplandeciente salvapantallas del portátil, que mostraba el logo de *La Dolce Famiglia*, parecía burlarse de ella. En vez de hablar de lo que sus hermanos querían, ella hablaba de números, de ventas y del siguiente trato que aumentaría todavía más el prestigio de la familia. Hasta su madre empezaba a mirarla con preocupación y tal vez incluso con un poco de lástima.

Mordió una uva con saña. El sabor ácido del jugo fue una explosión en su lengua. *Merda*. ¿Qué más daba? ¿No vivían en una época en la que las mujeres no necesitaban a los hombres? El sexo estaba sobrevalorado, y de todas formas era algo que no le interesaba. Su incapacidad para experimentar un orgasmo o para crear un vínculo profundo con un hombre había sido una fuente de frustraciones durante años, hasta que se juró cortar por lo sano esa parte de su vida a fin de conservar la cordura. Tal vez su mente ansiara el contacto físico, pero su cuerpo estaba hecho de hielo. Tras muchos intentos por sentir algo, lo que fuera, por los hombres, había cesado de quejarse y había empezado a vivir. Sin sexo.

Su piso elegante y moderno dejaba bien claro que era una mujer de éxito, rica y con clase. Aunque sus hermanas preferían el estilo cálido de la Toscana, ella se decantaba por la decoración moderna, ya que las líneas limpias le resultaban mucho más atractivas a su sentido del orden. La pintura clara de las paredes hacía resaltar las angulares mesas negras y de cristal, los divanes de color hueso y los cojines morados, todo ello en un espacio de techos altísimos.

Los enormes ventanales permitían el paso de la luz durante el día y ofrecían unas vistas espectaculares por la noche, con la ciudad de Milán iluminada. Su cocina consistía en una barra con taburetes de cuero rojo y encimera de granito negro. No necesitaba una mesa grande, dado que siempre comía sola. Si salía algún dispositivo electrónico nuevo, se lo compraba de inmediato. Su casa contaba con lo último en tecnología, desde los distintos ordenadores con su velocísima conexión a internet hasta el enorme televisor y el sistema de sonido que permitía oír música en todas las estancias.

Aunque no poseía el estilo de su hermana Venezia en lo referente a la moda, sus trajes siempre eran de diseño y tenían un corte magnífico. Apreciaba la ropa bien confeccionada y nutría su lado más femenino con un vestidor lleno de cuero, ante, seda y satén. Con su sueldo podría haberse comprado una mansión, pero prefería su lujoso apartamento en el centro de Milán, cerca del trabajo, de la gente y de la actividad. Podría acabar volviéndose loca con el excesivo silencio de las montañas. Mientras seguía comiendo uvas, el móvil vibró de nuevo: « ¿De qué tienes miedo?» .

Cogió el teléfono e hizo lo impensable: pulsó el botón de apagado y castigó a su hermana de la única forma posible. La condenó al silencio.

Solo le tenía miedo al fracaso. Por suerte, había aprendido que el trabajo duro y el control férreo conducían al éxito. Lo único que había sido incapaz de cambiar era su cuerpo. De modo que había tomado la única resolución posible: aceptarlo y seguir adelante. En ese momento, los mensajes de texto de su hermana la carcomían por dentro.

Su mirada recorrió el salón y se posó en el libro. Las tapas forradas de tela parecían emitir una luz parpadeante, casi exigente, como si le suplicara que atravesara la estancia y se acercara. Lo había dejado en el estante de las biografías que tanto le gustaban, pero el extraño color morado se negaba a fundirse con los demás lomos. Tal vez fuera mejor echarle una ojeada y decirle a Carina que había realizado el hechizo. Así podría seguir adelante y dejar atrás ese tema tan ridículo.

Depositó la copa en una bandeja, se acercó a la estantería y sacó el libro, que parecía inofensivo por su pequeño tamaño. Hechizos de amor. Mmm… no aparecía el nombre del autor. Hojeó las delicadas y desgastadas páginas sin que de ellas surgieran volutas de humo mágico. Nada se agitó en la estancia ni tampoco sintió una ráfaga de viento frío.

Se sentó de nuevo y se recostó en los cojines. Qué raro. El libro estaba compuesto por un único hechizo: hacer una lista con las cualidades requeridas en el alma gemela. Eso no prometía ni el matrimonio ni un final feliz. Colocar una copia de la lista bajo el colchón. Quemar la original en una fogata. Entonar una especie de plegaria tonta a la Madre Tierra. *Finito*. ¿Nada más?

Meneó la cabeza, masculló algo entre dientes y cogió el libro de contabilidad

que siempre dejaba junto al portátil. La tinta negra manchó las páginas blancas mientras escribía a gran velocidad, negándose a titubear. Esta vez no reflexionaría ni analizaría la situación. Era un desahogo emocional que solo se permitía en contadas ocasiones, una lista de todo lo que siempre había deseado en un compañero y que sabía que era imposible de encontrar.

No leyó la lista. Dobló dos veces cada hoja y colocó una debajo de su colchón. Acto seguido, regresó a la cocina. Tras sacar un cuenco de acero inoxidable, cogió una cerilla de un cajón y prendió fuego al papel.

Los bordes se arrugaron y se ennegrecieron. Agitó la mano para evitar que saltara el detector de humo y observó como desaparecía la lista. Sus labios entonaron la ridícula plegaria a la Madre Tierra. Iba a matar a su hermana por haberla convertido en una idiota, pero al menos había mantenido su palabra. Respiró profundamente un par de veces mientras el papel se consumía y en el cuenco solo quedaban las cenizas.

De repente, la invadió una sensación fatídica. Le dio un vuelco el corazón. ¿Por qué había escrito esa lista? Debería haberse limitado a exponer una serie de cualidades claras y precisas en vez de la descarnada debilidad que transmitían las palabras que había escrito en el papel.

No importaba. Nadie lo sabría ni lo sospecharía. Y puesto que la Madre Tierra no hablaba, estaba a salvo.

Cogió el móvil, lo encendió y escribió un mensaje: «Ya está hecho. A ver si me dejas tranquila».

Pasó un segundo y apareció una carita sonriente en la pantalla.

Gracias a Dios. Por fin podía retomar su vida y dejar ese episodio atrás.

Desterró el vacío que le atenazaba las entrañas y subió el volumen de la televisión para ponerle fin al silencio.

2

Julietta se ajustó bien el nudo del chal verde salvia, se alisó la falda y abrió la puerta dorada de doble hoja. Acto seguido, caminó hasta el mostrador de la recepcionista, donde una señora mayor anotó su nombre y le pidió que esperara sentada. Mmm… Sorprendente. Pensó que encontraría a una chica espectacular con tacones de vértigo que le alegrara el mundo a su jefe durante el almuerzo. Muy mal por su parte haberse dejado llevar por esos prejuicios. A lo mejor Sawyer Wells la sorprendía para bien.

Se quitó la gabardina verde lima y dejó el maletín en el suelo. Las continuas llamadas de teléfono amenizaron su espera mientras inspeccionaba las lujosas oficinas de Wells Enterprises. En la pared principal se veía el logo gigantesco de la empresa, realizado en bronce pulido: W@E. La zona de recepción contaba con cómodos sillones de cuero y una alfombra azul oscuro. El inmenso escritorio de recepción estaba hecho de cristal y equipado con una gran variedad de dispositivos de última generación, así como con varios cajones y distintos compartimentos para organizar.

Julietta había hecho los deberes, pero no había servido de mucho. En una breve llamada a su cuñado Max este le informó de que Sawyer era amigo suyo, de que era un hombre de palabra y de que era un tiburón de los negocios. Su nombre era muy conocido en el mundo hotelero, y muchos hoteles de lujo trataban de tentarlo para que los dirigiera durante un tiempo. Sawyer llegaba, le daba la vuelta a la situación de los hoteles y se marchaba sin mediar palabra. Su cuartel general estaba emplazado en Nueva York, pero hacía diez meses que había abierto una oficina en Milán. Los rumores se extendieron por el sector como la pólvora. Julietta estaba segura de que el famoso Hotel Principe di Savoia vigilaba sus pasos. Ese hombre poseía un currículo impecable, y todo lo que tocaba lo convertía en oro, aunque a su llegada estuviera al borde de la bancarrota.

La misteriosa llamada telefónica la había pillado por sorpresa. ¿Por qué quería verla un lunes a las nueve y media de la mañana el gurú de los hoteles? Había intentado recabar información, pero una voz cortante le advirtió de que solo tendría esa oportunidad para reunirse con Sawyer y de que él le expondría el motivo de la reunión en persona.

Julietta aborrecía los secretos y las negociaciones comerciales envueltas en misterio. Había accedido a encontrarse con Sawyer, pero empezó a investigar sobre él de inmediato. Era curioso que un hombre tan poderoso, que había viajado por todo el mundo salvando hoteles de lujo, careciera de pasado. Daba la impresión de que había sido un fantasma hasta los veintipocos años. La última década mostraba su rápida ascensión al poder, pero no encontró nada de interés ya que la prensa parecía muy contenta con airear su agitada vida amorosa. Claro

que, siendo un empresario de éxito, era de esperar que tuviera a su espalda una larga ristra de conquistas. A ella le traía sin cuidado con quién se hubiera acostado y cuándo. Solo le importaba lo que quería de su empresa. Por desgracia, Max solo le había aconsejado que se reuniera con él, y le había jurado que desconocía las intenciones de su amigo.

—Señorita Conte, puede pasar.

Julietta sonrió y cogió su maletín Pineider. La guiaron por un corto pasillo hasta llegar a una puerta de madera de cerezo tallada. Estaba a punto de girar el pomo cuando la puerta se abrió sin emitir el menor ruido. Sintió un escalofrío en la espalda y titubeó. Qué raro… tenía la impresión de que si atravesaba esa puerta, su vida jamás volvería a ser la misma. Era como si la estuvieran invitando a entrar en una casa encantada cuyo dueño ansiara arrebatarle el alma.

—Adelante.

Fue un susurro ronco y grave que le acarició los oídos. Dio los tres pasos necesarios para entrar y la puerta se cerró en silencio tras ella.

Aferró el maletín con fuerza. ¿Qué le pasaba? Por regla general dominaba los encuentros de negocios desde el primer momento, pero en ese caso parecía estar anclada al suelo mientras miraba sin pestañear al hombre con más atractivo sexual que había visto en la vida.

Con razón su recepcionista era una señora mayor. Era imposible que una mujer trabajara para él sin que tartamudeara y tropezara constantemente en sus esfuerzos por complacerlo. Su santuario privado estaba amueblado con maderas oscuras, tonos de color vino y molduras doradas. La pared que tenía a la espalda contaba con una estantería que llegaba hasta el techo y en sus baldas se alineaban incontables libros, extrañas figuras y esculturas realizadas en distintos materiales. Mármol pulido, plata bruñida, cobre retorcido. La pared de la izquierda estaba pintada de rojo y mostraba una variedad de cuadros de tinte erótico. Aunque ansiaba investigar a fondo esas obras de arte, se guardó la información para futuras indagaciones. El escritorio de madera de cerezo ocupaba la mitad del espacio en su afán por intimidar. Debían de haber colocado su sillón sobre una peana que lo elevara, porque era imposible que un hombre fuera tan alto. El hombre en cuestión la observaba encaramado a su trono rojo de piel, y bajo ese escrutinio tan alejado de las habituales cortesías y saludos se sintió desnuda. Expuesta. Y un tanto vulnerable.

Sawyer tenía el pelo rubio y ondulado, con tantos matices en él que la luz jugueteaba con los distintos mechones creando la ilusión de que tenía un halo alrededor de la cabeza. Dicho halo le acariciaba los hombros y tentaba a una mujer para que enterrara los dedos en esos largos mechones mientras él la devoraba. Catalogó sus rasgos en una lista pormenorizada: cejas elegantes y curvadas; pómulos afilados; barbilla fuerte con un hoyuelo. Esos ojos debieron de ser regalo de un ángel o del mismo Dios, porque parecían oro puro y eran

capaces de penetrar cualquier superficie con su resplandor. Tan sorprendentes como un tesoro oculto, esos ojos veían cosas que ninguna mujer quería revelar. Estaba segura de que la mayoría de las mujeres tenía pocas alternativas al respecto. Ese hombre tomaba lo que quería y como lo quería sin pedir disculpas.

Y después los ángeles regresaron al cielo entre alaridos y lo abandonaron en el infierno.

Su boca era un festín sensual cincelado con un rictus malicioso que exudaba sexo ardiente sin reglas. Una brutal cicatriz desfiguraba la parte derecha de su rostro, desde la ceja hasta la barbilla. Era un corte limpio. Se imaginó la navaja desgarrándole la piel e intentó no demostrar la menor compasión. Ese hombre no la necesitaba.

La mezcla entre el ángel y el demonio atraía a las mujeres como el *Flautista de Hamelín*. Sintió que sus terminaciones nerviosas cobraban vida de repente. Menos mal que los hombres no la afectaban. De lo contrario, estaría calcinada antes incluso de sacar a colación el tema de la reunión. Enderezó los hombros y enfrentó su mirada sin titubear.

—Buenos días, señor Wells. Es un placer conocerlo.

Acortó la distancia que los separaba y le tendió la mano. Él se puso en pie y rodeó con la suya la que le ofrecía. El apretón fue impersonal y al mismo tiempo íntimo. Tenía la piel cálida y áspera al tacto, y sintió que su mano la engullía como si quisiera reclamarla por entero según sus propios términos.

Sorprendida por el extraño rumbo de sus pensamientos, retiró la mano sin darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Esos maravillosos labios esbozaron una sonrisa torcida, pero no supo si era burlona o si de verdad el gesto le había hecho gracia. Fuera lo que fuese, la cabreó. Percibió de inmediato que ese hombre estaba acostumbrado a ganar. Se sentía cómodo consigo mismo. La humanidad lo entretenía, como si estuvieran interpretando una obra en un escenario en la que él se negaba a participar. Mmm… Necesitaba pasar a la ofensiva cuanto antes. Una actitud defensiva lo aburriría al instante y no la llevaría a ningún lado. Se sentó, cruzó las piernas y se acomodó en el sillón con una pose cordial que distaba mucho de ser genuina.

—Veo que le gustan los juegos.

Sawyer ladeó la cabeza. La sorpresa que apareció en sus ojos la ayudó a controlar su temperamento.

—Depende del juego —replicó Sawyer.

Ella le ofreció una sonrisa distante.

—El ajedrez —puntualizó al tiempo que señalaba las preciosas figuras talladas de un rey y una reina que flanqueaban los impresionantes libros con tapas de cuero de un estante. Las piezas, esculpidas en ébano y marfil, tenían unos detalles exquisitos y le otorgaban la imagen de un hombre interesado en los desafíos mentales—. Son muy bonitas.

Sawyer apoyó los codos en la pulida madera del escritorio y unió los dedos de ambas manos. Julietta se negó a acobardarse bajo esa mirada que amenazaba con penetrar su superficie. Cuando por fin habló, su voz ronca acarició ciertos lugares recónditos que ella ni siquiera sabía que poseía.

—¿Juega?

—No.

—¿Por qué?

Julietta contestó con voz cortante:

—Los juegos no me interesan. Prefiero un intercambio directo de información que produzca un beneficio mutuo.

Él enarcó una ceja dorada.

—Sin embargo, es la directora ejecutiva de una empresa importante. Debe ser consciente de que siempre hay un ganador y un perdedor.

Ah, sí. Le gustaban los enfrentamientos verbales. Una vibrante satisfacción recorrió su cuerpo. Qué raro le resultaba encontrar un hombre con el que discutir de tú a tú sin que se asustara. La mayoría se acobardaba al escuchar su gélido tono o alzaba la voz en un intento por ganar la discusión. No, ella prefería un intelecto sutil, tan afilado y cortante como la espada de un samurái. Eludió su ataque con su respuesta.

—Si se hace bien el trabajo, el oponente ni siquiera es consciente de que ha perdido.

—No estoy de acuerdo. Si el oponente es digno, siempre será consciente de que una parte ha quedado por encima de la otra. Hay que robar la reina para ganar el juego.

Julietta abrió el maletín, como si le aburriera el rumbo de la conversación. El crujido de los papeles puso fin al palpitante silencio y se dio cuenta de que le sudaban las palmas de las manos. Qué raro. Pero no eran nervios. Era otra cosa que no alcanzaba a comprender.

—Las reinas pueden ser sacrificadas. Es una pieza poderosa, pero en realidad todo el peso recae sobre el rey. Con un plan B astuto, la reina no tiene por qué arruinar la partida.

Los ojos de Sawyer se oscurecieron. Ah, sí, era imposible que una mujer pudiera trabajar para él. Debería prestar su imagen como ejemplo de lo que había que evitar para no acabar embarazada en la adolescencia. Poseía el equilibrio justo entre luz y oscuridad para que una mujer se sintiera tentada de saltar al vacío abandonando la razón, sin importar lo dolorosa que fuera la caída. Por suerte, ella detestaba las alturas y las evitaba a toda costa.

—Creía que no jugaba al ajedrez.

—Y no lo hago. —Alzó la barbilla—. Pero eso no significa que no conozca las reglas. Por si acaso.

La risa ronca de Sawyer flotó por la estancia y la acarició entre las piernas.

Reconoció la reacción física de su cuerpo aunque su mente se mantuvo distante.

—Julietta Conte, es usted una mujer fascinante. —Pronunció su nombre dándole un nuevo significado. Por regla general, cada vez que oía su nombre en la junta directiva daba un respingo. En el mundo empresarial muchos hombres usaban el romanticismo o la intimidad para denigrar a las mujeres. Pero Sawyer hablaba con un respeto teñido de una clara sensualidad, y eso la desequilibraba —. Me alegro de haber seguido mis instintos y convertirla en la primera persona a la que le ofrezco trabajar para mí.

Julietta cerró el maletín y lo dejó en el suelo, tras lo cual ojeó el informe en un deliberado juego de poder.

—Aunque le agradezco ser la primera en hablar con usted, preferiría conocer los detalles de la oferta. Detesto perder la mañana con una negociación poco merecedora de mi tiempo. Estoy segura de que lo entiende, señor Wells.

—Sawyer. —Apoyó la barbilla en la punta de los dedos—. Al fin y al cabo, conozco a toda tu familia. Soy un gran amigo de tu cuñado. Lo menos que podemos hacer es tutearnos.

—De acuerdo.

—Dilo.

Julietta alzó la vista.

—¿Cómo?

Entre ellos se produjo un instante de tensión, como si estuvieran enzarzados en un juego preliminar cuyas normas desconocía.

—Mi nombre —respondió él en voz baja—. Que digas mi nombre.

Julietta parpadeó. Una oleada de calor la recorrió por entero provocándole cierto picor en la piel. Sintió que el estómago le daba un vuelco antes de asentarse de nuevo. No quería hacerlo y pretendió restarle importancia al extraño momento, de modo que abrió la boca, si bien sus labios parecieron responder a su orden sin rechistar.

—Sawyer.

Se escuchó pronunciando su nombre y se puso de vuelta y media por el desliz. Se percató de la satisfacción y de algo más profundo que cruzaban por el rostro de Sawyer, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

—Gracias.

Julietta carraspeó y se concentró de nuevo en el informe.

—Ahora que ya nos hemos presentado formalmente, me gustaría avanzar. Parece que tu reputación te precede.

—Espero que para bien —replicó él.

—En su mayor parte.

Otra carcajada.

—Eres muy distinta de los demás miembros de tu familia —comentó Sawyer.

Julietta decidió pasar por alto la dolorosa herida y logró esbozar una tensa sonrisa.

—Espero que para bien.

Él frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Te ha molestado el comentario? Solo me refería a que tu dedicación ha demostrado ser un activo muy valioso para Michael. Tus hermanas no estaban preparadas para llevar las riendas del negocio. Tienen mucha suerte de contar contigo.

La herida se cerró y acabó convirtiéndose en un leve moratón. ¿Por qué parecía tan preocupado por la posibilidad de molestarla? Daba la impresión de que poseía la cualidad de meterle el dedo en las llagas más sangrantes sin pretenderlo, exponiendo sin querer sus más profundas inseguridades. Era como si ansiara saberlo todo.

—Por supuesto que no me molesta. Tengo mucha suerte de poder dirigir *La Dolce Famiglia*. No había caído en la cuenta de que conoces a casi toda mi familia.

El rictus adusto de su rostro se suavizó y mostró el afecto que sentía por ellos.

—Max y yo nos movíamos en los mismos círculos y acabamos conectando. Me ha hablado mucho de Venezia, y el año pasado tuve la suerte de conocer a Carina en Las Vegas. Asistí a su boda.

El recuerdo de los apresurados esponsales de su hermana resurgió de repente. No tuvo tiempo de viajar y siempre se había arrepentido de no haber asistido. Su madre fue el único miembro de la familia que estuvo presente. Sin embargo, la idea de que Sawyer hubiera sido testigo de una ceremonia tan íntima la irritaba.

—Interesante —murmuró—. ¿Conoces a mi madre?

Su rostro se despejó de toda expresión y se convirtió en un lienzo en blanco.

—Tuve el placer de conocer a tu madre hace muchos años. La respeto muchísimo.

Tras esas palabras se escondía una historia, pero supuso que ese hombre era un experto en guardar secretos. Hizo un gesto para que su atención se centrara en la carpeta que tenía en su regazo.

—Parece que me llevas ventaja. Mis datos comienzan en la época en la que empezaste a dirigir hoteles para transformarlos en empresas lucrativas. No he encontrado mención alguna sobre tu familia, tu lugar de nacimiento u otra cosa. Es como si no hubieras existido hasta cumplir los veintitrés años.

La oscuridad apareció de repente y engulló la luz de sus ojos, dorados como el *whisky*. Julietta contuvo la respiración al vislumbrar la rabia y el dolor descarnado, pero las emociones desaparecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido.

—Así es —replicó—. Y con eso te basta.

Julietta respetaba sus demonios interiores. Al fin y al cabo, ella tenía los

suyos. Asintió despacio con la cabeza.

—Con eso me basta.

Sawyer sonrió. Sus dientes eran tan blancos que deslumbraban, pero estaban un tanto torcidos, un defecto que evitaba que fuera excesivamente guapo.

—Bien. Vamos a hablar de negocios. Tengo una propuesta. Una especie de fusión —dijo él.

Julietta cruzó los brazos por delante del pecho y guardó silencio. Sawyer parecía intrigado por su control y su paciencia. Se preguntó con qué tipo de mujer estaría acostumbrado a lidiar en su mundo.

—Estoy a punto de anunciar la creación de mi propia cadena de hoteles de lujo. Llevo unos cuantos años comprando propiedades en las mejores zonas de las ciudades más importantes de Europa y de Estados Unidos. El plan es ambicioso y comenzará con la apertura de los hoteles de Milán, Roma, Venecia y Florencia. Después pasaré a Inglaterra, donde habrá tres establecimientos incluyendo el de Londres. Luego a Estados Unidos, donde construiré hoteles en Nueva York, Los Ángeles y Chicago. —Esperó en silencio a que ella dijera algo, pero Julietta no abrió la boca—. La cadena hotelera se llamará Purity. Llevo años trabajando en el concepto; un sueño por decirlo de alguna manera, y tengo listo a un equipo para empezar a trabajar. He decidido comenzar en Italia por distintos motivos. Las estadísticas demuestran que el turismo es importante en las ciudades elegidas y que muchos exigen algo más, sobre todo los estadounidenses. Combinaré una línea de *spas* y de restaurantes exclusivos. Prefiero trabajar con proveedores específicos que puedan firmar un contrato de exclusividad conmigo. Mi intención es que la gente con la que haga negocios trabaje para algunas de las empresas más prestigiosas del mundo. Los turistas soñarán con experimentar las vivencias únicas que pueda ofrecerles Purity. Albornoces de lujo, zapatillas, toallas, camas y sábanas. Similar a Frette, pero hemos creado una línea nueva de la que Armani no puede jactarse. El cliente deseará rodearse de todo aquello que toque. El segundo elemento está formado por los *spas* y los restaurantes. Ya he firmado contratos para incorporar los mejores menús y las mejores técnicas de relajación del mundo. Los dos chefs que he robado han rechazado contratos televisivos para venirse conmigo. El tercer componente, las exquisiteces: joyerías de artículos de oro, joyas personalizadas, las mejores firmas de moda y, por supuesto, repostería.

Julietta se inclinó un poco hacia delante. El corazón le latía a mil mientras esperaba sus siguientes palabras.

—Quiero contratar a una cadena de pastelerías que puedan proveer un servicio de *catering* exclusivo a todos los hoteles Purity. En dicho servicio se incluyen eventos de todo tipo además de bodas. Necesito una pastelería exclusiva y de prestigio capaz de surtir a todos los restaurantes, al servicio de habitaciones y a un establecimiento a nivel de calle para las compras compulsivas.

La mente de Julietta intentaba abarcar todas las posibilidades. El plan era arriesgado. Y una locura dada la situación económica del momento. Sin embargo, la simplicidad del contrato en exclusiva y las localizaciones eran una genialidad. Si todo funcionaba, Sawyer podría lanzar una de las marcas más exitosas del mundo. Hizo un mohín mientras pensaba.

—¿Los chefs que has contratado entienden los términos? La mayoría intenta hacerse con el control de toda la comida, incluyendo los dulces.

—Todos conocen las reglas. No quiero un chef de renombre capaz de hacer un buen postre o un chef repostero. Necesito una cadena que ya funcione y que pueda ofrecerles a mis clientes lo que quieren a través de canales diversos. Y quiero lo mejor. *La Dolce Famiglia* es lo mejor.

Sintió un inmenso placer, pero lo desterró. Ese hombre era un genio, pero hacía mucho que había aprendido que en los acuerdos espectaculares la letra pequeña escondía trampas.

—Estoy impresionada. Por supuesto tendré que ver tus planes de desarrollo, el calendario y los emplazamientos para decidir si algo así nos conviene.

—Por supuesto.

—La estimación de los márgenes de beneficio será clave.

—Sí.

—Solo hay un detalle que me preocupa de tu propuesta.

—¿Cuál?

—La exclusividad.

La mirada de Sawyer se clavó en sus labios. Los ávidos ojos similares a los de un depredador la sorprendieron. No era una mujer que inspirara lujuria. Un desafío, sí. Pero en una negociación empresarial, siempre era capaz de desprenderse de su parte femenina, de modo que jamás había tenido problemas con la atracción sexual. Por primera vez en su vida, sintió un deseo visceral en las entrañas que amenazaba con desgarrarla. ¿Qué se sentiría siendo la receptora de toda esa atención masculina tan controlada? Sawyer se acarició la barbilla mientras la analizaba. Sus dedos, que seguían unidos por las yemas, rozaron con suavidad su mentón recién afeitado y se detuvieron bajo el voluptuoso labio inferior. ¿Tendría la piel cubierta bajo el traje de Gucci tan morena como la de las partes visibles? ¿Serían capaces esos dedos de excitar a un cuerpo femenino y de suscitar una riada de deseo entre sus muslos?

Contuvo un suspiro. Solo era una fantasía. En cuanto la besara y descubriera que no era como las mujeres que él prefería, fácilmente maleables, perdería el interés en ella. Todos lo hacían. Y no los culpaba. *Mio Dio*, ¿qué estaba haciendo pensando en él desnudo? ¡Se había vuelto *pazza*!

—¿Tienes algún problema con la exclusividad? —Se acomodó en su sillón con una elegancia muy masculina y dobló la pierna apoyando el tobillo sobre su rodilla. Ese gesto tan relajado contradecía la acerada pregunta, como si la

envolviera en algodón.

Julietta sintió que se le secaba la boca. ¿Por qué de repente parecía que estaban hablando de otra cosa muy distinta con respecto al término en cuestión?

Se encogió de hombros con delicadeza.

—A veces. Contar con socios distintos disminuye el riesgo.

Sus labios esbozaron una sonrisa amenazadora.

—Exacto. El riesgo de fracaso. Comprometerse en exclusiva con el socio adecuado aumenta el porcentaje de éxito.

—O el acuerdo puede llevar a la bancarrota a las dos partes. —La sangre corría por sus venas mientras disputaban el segundo asalto de su enfrentamiento —. Ha sucedido muchas veces.

Sawyer bajó la voz. Miel espesa y aceite tibio mezclados, que acariciaron sus oídos y se deslizaron hasta el punto que palpitaba entre sus muslos.

—Elegiste mal una vez y fracasaste. Pero eso no sucederá conmigo.

Sintió un escalofrío y se le endurecieron los pezones bajo el decente sujetador blanco. Tuvo el repentino deseo de arrancarse la ropa para ofrecerse a él sobre el escritorio. De separar los muslos y de someterse a su voluntad. Se horrorizó y se sorprendió por la reacción atávica que le provocaba ese hombre. Gracias a Dios, había aprendido a controlar su respiración para relajar los nervios en público. Se obligó a sonreír.

—Te veo muy seguro de ti mismo, ¿no? Bien, me gusta esa actitud en un socio. Supongo que habrás redactado una propuesta formal para que la analice, ¿verdad?

Sawyer empujó la carpeta negra de cuero que descansaba sobre el escritorio. Ella la cogió, la ojeó por encima y la guardó en su maletín.

—Tendré una respuesta esta misma semana.

—No. Mañana.

Julietta frunció el ceño.

—Imposible. Necesito que la examinen mis abogados. Debo reunir a la junta directiva. Hablar con Michael.

Sawyer agitó una mano en el aire.

—Michael dirige *La Dolce Maggie* y tengo intención de hacerle la misma propuesta una vez que pongamos en marcha el proyecto de Nueva York. Si queremos que esto funcione, necesito saber que eres tú la que está al frente. Tú tomas las decisiones. La democracia es buena, pero a veces se consiguen mejores resultados con una monarquía. —Algo brilló en sus ojos. Algo sensual y erótico—. Tendré que demostrártelo pronto.

Julietta se negó a carraspear o a actuar con timidez.

—Te arriesgas a que rechace el proyecto por completo.

—Sí. Pero de todas formas necesito una respuesta mañana. Te llevaré a cenar.

Ella negó con la cabeza.

—No hace falta, señor Wells. Yo…

—Sawyer.

Su deje dictatorial le provocó una sensación extraña en el estómago.

—No antes de las cinco de la tarde.

—Perfecto. Con independencia de la decisión que tomes, lo celebraremos con vino y pasta. Te recogeré a las siete.

La situación había dado un giro y Julietta trató de recuperar el equilibrio.

—No creo que sea necesario.

—Yo sí. Lleguemos o no a un acuerdo, conozco a la mayor parte de tu familia y me gustaría compartir una cena contigo. Hablar de Max. De tu hermana. ¿Es mucho pedir?

Julietta se sintió un poco idiota. ¿Cómo rechazar una invitación tan razonable sin quedar como una estúpida? Sin embargo, tenía claro que no quería estar a solas con él, sobre todo en su apartamento. Invitarlo a entrar podía resultar letal. Contestó casi tartamudeando.

—De acuerdo. Pero recógeme en la oficina, estaré trabajando.

Sawyer inclinó la cabeza como si la idea hubiera salido de ella desde el principio.

—Muy bien. Esperaré ansioso tu respuesta.

Julietta se levantó y decidió pasar por alto el apretón de manos de despedida. Su cobarde huida hizo que Sawyer esbozara una sonrisa torcida, pero se mantuvo tras el escritorio mirándola mientras se marchaba. La puerta se abrió otra vez en silencio como si finalmente le permitiera escapar. ¿Tendría un control remoto debajo del escritorio para fastidiar a sus clientes? La entrevista le había crispado los nervios, que por regla general eran de acero.

Avanzó con paso firme y con la espalda recta, y salió del despacho sin mirar atrás.

La deseaba.

Sawyer clavó la mirada en la puerta cerrada e intentó organizar sus caóticas emociones. El perfume de Julietta flotaba en el aire. Respiró hondo y trató de captar su esencia. El dulzor de la vainilla. La exótica nota del coco. Una contradicción embriagadora, como ella en sí misma.

Mierda. La cosa iba a complicarse más de lo que había esperado.

Se levantó y comenzó a pasear de un lado para otro. Se preguntó si debería retirar la oferta. Se había imaginado a la mayor de las Conte de un modo determinado. Reservada. Inteligente. Con un implacable sentido de la organización y del liderazgo. Virtudes que él admiraba y que necesitaba en un socio a largo plazo. Sus conversaciones con Max y Michael lo habían convencido de que *La Dolce Famigli* a encajaría perfectamente con sus planes y de que Julietta era capaz de tomar todas las decisiones.

Pero no había esperado sentirse atraído por ella.

Sabía que poseía una habilidad desconcertante en lo referente a las mujeres. En parte era un don y en parte lo había mejorado con la práctica. Analizaba sus expresiones al detalle. Su lenguaje corporal, sus palabras, sus gestos. Sobre todo los ojos, que consideraba el espejo del alma. Salvo en el caso de los suyos propios. El agradable color dorado de sus ojos era un truco de la luz diseñado para despistar al enemigo. Una vez que la mujer en cuestión se sumergía en ellos, descubría una fosa infernal.

Desterró el lúgubre pensamiento y regresó al problema que tenía entre manos. En cuanto Julietta entró y lo saludó con ese deje frío y controlado, deseó hacerla suya. Su aspecto gritaba: « Mírame, pero no me toques. Obsérvame, pero no me analices. Pregúntame, pero no indagues» .

Su voz le recordaba al tintineo de los cubitos de hielo contra el cristal, flotando en la embriagadora calidez del acento italiano. Llevaba el pelo apartado de la cara, si bien algunos mechones se le habían escapado y le rozaban las mejillas. Cuando volvió la cabeza, la luz reveló algunos mechones rojizos que brillaban como rubíes en mitad de una conservadora sarta de perlas. Unos ojos oscuros y grandes dominaban su cara, pero el brillo dorado que se vislumbraba en torno a las pupilas revelaba una profundidad que pocos hombres serían capaces de captar. Una nariz y una barbilla con personalidad, y unos pómulos afilados para contrarrestar el efecto de unos labios voluptuosos y dulces que podría besar y lamer durante horas. El hecho de que ni siquiera los llevara pintados aumentaba la tentación.

Lucía la ropa con la autoridad de una mujer a la que le gustaban las prendas clásicas y caras, y que sabía cómo llevarlas. Su esbelto y atlético cuerpo resaltaba el traje de color crema de Vera Wang: la falda de tubo acariciaba sus caderas y le cubría las rodillas. Se había acercado al escritorio con paso firme, caminando con unos zapatos de salón también de color crema, como si su cuerpo estuviera de acuerdo con el movimiento, pero fuera una entidad separada de su mente. Parecía que su cuerpo y su mente estaban totalmente desconectados, librando una batalla campal. La sutil curva de sus pechos, que se apreciaba bajo la chaqueta del traje, sumada al tono bronceado de su piel que descubrió cuando cruzó las piernas, le había provocado una erección inmediata. Y completa. Gracias a Dios que el escritorio era alto, porque de lo contrario habría sido un momento bochornoso. No recordaba la última vez que una mujer lo había excitado solo con verla aparecer. No desde Carina.

El recuerdo de la hermana de Julietta apareció de repente en su cabeza. Antes de que su amigo Max la reclamara, se había sentido fascinado por la inocencia y la sensualidad que Carina irradiaba en Las Vegas, pero se había percatado de inmediato de que estaba enamorada de Max. Puesto que jamás se conformaba siendo el segundo plato, la había dejado escapar, ya que no estaba

destinada a ser suya. No a largo plazo. Tal vez habrían podido disfrutar de una breve aventura, pero jamás lo habría mirado como miraba a su amigo. Se alegraba de que estuvieran felizmente casados después del largo trayecto que habían recorrido. Sin embargo, incluso la reacción que le provocó Carina era ridícula comparada con lo que había sentido al ver entrar a Julietta.

Tenía unos dedos fuertes y suaves, que temblaron un poco cuando le estrechó la mano. Julietta había dominado una estimulante conversación que la mayoría de los hombres habría sido incapaz de seguir, y no había perdido pie en ningún momento. Pero, en cuanto comentó que era distinta del resto de su familia, se tensó y vislumbró una expresión dolida en esos ojos de color chocolate.

Bajo ese comportamiento rígido y formal, se ocultaba una maraña de pasión, emoción y confusión. Podía tomar la decisión adecuada y cancelar la cena. Retirar la propuesta. Pasar página. Una mujer como Julietta ostentaba el suficiente poder para hacer añicos su concentración, fastidiarle el negocio y convertir su vida en un infierno.

No obstante, algo lo instaba a ir tras ella. Algo retorcía sus entrañas con el intenso deseo de arañar su superficie y obligarla a enfrentar su verdadera personalidad. La forma en la que había respondido a su orden de que lo tuteara era muy elocuente. Era sumisa por naturaleza, algo que despertaba su lado dominante. ¿Cómo sería en la cama? Su mente estaba tan acostumbrada a controlarlo todo que estaba seguro de que le costaba mucho concentrarse en los placeres físicos.

Pero él podría instruirla.

El deseo corrió por sus venas. El partido no sería fácil. Julietta iba a hacerle la vida imposible. ¿Era el momento oportuno para ir tras ella? Tenía al alcance de la mano el sueño de levantar su propio imperio, consistente en una cadena de hoteles. Incorporarla a su negocio podría ser arriesgado. Pero, joder, incorporarla a su vida, sea como fuere, era una tentación demasiado fuerte como para dejarla pasar.

Llegó a la conclusión de que, en cierto modo, llevaba unos cuantos años evitando a las mujeres. Jugaba con sus romances hasta el punto de que ya no reconocía lo que era una relación sentimental verdadera aunque se anunciara con luces de neón. Durante la última década había estado concentrado en el trabajo, que se había convertido en su exigente amante. Planeaba sus escaramuzas en el mundo del placer e imponía unas reglas férreas. Sin embargo, muchas mujeres sucumbían a las emociones e intentaban aferrarse a él, algo que no soportaba, de modo que lo obligaban a poner fin a la relación. Julietta tal vez fuera capaz de ofrecerle algo más profundo, siempre y cuando pudieran mantener los negocios apartados del placer. La mayoría de las mujeres se mostraba incapaz de aguantar las limitaciones que él imponía.

Pero apostaría lo que fuera a que Julietta Conte podía aguantar cualquier cosa

que le echara.

Se dio golpecitos a los labios con un dedo mientras sopesaba las opciones. La línea que separaba el placer de los negocios era muy fina. Bajo él había un pozo lleno de serpientes, al que caería si daba un solo paso en falso. Tendría que manejarla con mucha delicadeza al principio, antes de introducirla en los deliciosos placeres del látigo. Necesitaba aprender qué la excitaba, qué escondía y cuál era la mejor manera de derribar unas barreras que llevaban años levantadas. ¿Sería demasiado arriesgado cuando estaba a punto de hacer realidad su sueño? ¿El sueño que lo había ayudado a sobrevivir durante todos esos años?

Supo la respuesta con una certeza que la experiencia le había enseñado a no cuestionar.

Y tomó la decisión que había deseado tomar desde que la vio entrar en su despacho.

3

Julietta miró el reloj. Las 16.58. Tenía la documentación esparcida sobre la mesa de conferencias, delante de ella. La sala estaba en silencio y solo se oía el lejano rumor de los teléfonos y de las conversaciones en voz baja. Había informado al consejo de administración. Había hablado con los abogados. Había llamado a Michael. Había hecho números durante toda la noche, sin parar, y se había negado a dormir. Y había llegado a una conclusión.

Tendría que estar loca para no aceptar el acuerdo.

Le daría la oportunidad de hacer algo a escala global para la empresa. Aunque durante mucho tiempo había estado ejerciendo de directora ejecutiva, apenas llevaba unos años con pleno control sobre la empresa. Su hermano siempre tuvo la intención de traspasar el mando, pero mantuvo las riendas y no le cedió el control absoluto hasta que se casó con Maggie y comprendió su error. Después de eso, Julietta por fin pudo dar el salto definitivo y negociar acuerdos por su cuenta. Cuando Michael empezó a introducir la empresa en los hoteles de lujo de Estados Unidos, Julietta sintió la imperiosa necesidad de dar el siguiente paso en Italia. Ya había conquistado el mercado a pie de calle, pero quería introducirse en los hoteles. En los importantes. El fracaso del último trato con el hotel Palazzo seguía escociéndole. Estaba preparadísima y había ansiado la firma del contrato con todas sus fuerzas. Detestaba la espantosa idea de que los directivos del Palazzo creyeran que una mujer era incapaz de darles lo que deseaban. En la cama, seguro. Pero ¿en los negocios?

No. En cambio, cerraron el trato con su competidor, un patriarca italiano que se vanagloriaba de no tener visión de futuro. Julietta se dio cuenta demasiado tarde de que el hotel Palazzo quería controlarla por completo. En cuanto comprendieron que aquella mujercita tenía voz propia, le dieron la espalda sin miramientos.

Sin embargo, en ese momento tenía delante la resurrección de su sueño. El contrato de Sawyer podía ser el trampolín que lanzara *La Dolce Famiglia* al mundo de los hoteles de lujo.

Claro que había riesgos. Con un contrato de exclusividad, no podría montar otras pastelerías. Estaría ligada a Purity, y si Sawyer fracasaba, ella también lo haría. Tenía clarísimo lo mucho que se arriesgaba en todos los aspectos. La emoción la consumió. ¿Cuándo había sido la última vez que se emocionó por un acuerdo? Necesitaba con desesperación un desafío en el que centrarse, algo que la sacara de los bajones depresivos que la asaltaban todas las noches. No había nada como el subidón de adrenalina provocado por un nuevo contrato.

Las cinco en punto.

El interfono sonó. Pulsó el botón.

—¿Sí?

—Señora Conte, Sawyer Wells al teléfono. ¿Quiere que le pase la llamada?

Meneó la cabeza y contuvo una sonrisa.

—Sí, gracias.

Oyó ruido en la línea. Acto seguido, la voz de Sawyer le llegó, cálida y grave.

—¿Has tomado una decisión?

—Te gusta ser puntual, ¿no?

—Siempre. —Sawyer hizo una pausa—. Podemos tener otro asalto y alargar la discusión durante la cena. O puedo convencerte justo como necesitas ser convencida. Se me da muy bien la persuasión.

Su arrogancia era abrumadora y muy sensual. Joder, sería muy interesante trabajar con él.

—No hace falta. He cenado y he bebido vino con los mejores. Jamás he tomado una decisión influida por alguna de esas tácticas.

La ronca carcajada de Sawyer sonó como una sutil amenaza.

—No conoces mis métodos.

—He descubierto que muchos de los métodos de los hombres están sobrevalorados.

—Qué bien. Un desafío.

Julietta soltó un suspiro cansado. Lo mejor sería dejar las cosas claras durante la cena. Si Sawyer creía que iba a disfrutar de otros beneficios mientras trabajaban juntos, se equivocaba. Ojalá que no se enfadara como los otros a los que había rechazado.

—En serio, solo te estaba diciendo la verdad, no pretendía agitar un trapo rojo delante de tus narices. La respuesta es sí.

Se hizo el silencio. Julietta esperó a que él lo rompiera.

—¿Sí?

—¿Tengo que repetirlo? Firmaré el contrato. Podemos reunirnos en las oficinas centrales a las siete para celebrarlo. Ha sido un placer charlar con usted, señor Wells.

Se quitó el auricular del manos libres de la oreja. La satisfacción la invadió. Su pequeña rebelión al recurrir a su apellido tal vez fuera infantil, pero había merecido la pena. Saltaba a la vista que Sawyer estaba acostumbrado a mujeres que se desvivían por cumplir sus órdenes y que se desnudaban a las primeras de cambio. Había llegado el momento de que comprendiera que no podía conseguir a cualquier mujer que deseara solo porque los ángeles lo habían bendecido con un cuerpo y una cara de infarto.

El arrepentimiento se apoderó de ella. ¿Qué se sentiría al experimentar aunque fuera una sola vez una reacción física por un hombre sin temor a quedarse paralizada? Algo que resultara sencillo y limpio. Que implicara cuerpos desnudos, orgasmos y una huida temprana.

Patético. Si esa era su única carencia en la vida, podía considerarse

afortunada. Al menos, tenía por delante un jugoso contrato, con largas horas de trabajo y una profunda satisfacción que la emocionaba.

Éxito.

Realización.

Logros.

Con eso bastaba.

Se repitió ese mantra mientras retomaba el trabajo. Las horas pasaron volando. Se tomó los dos últimos minutos para retocarse el pelo, anudarse bien el pañuelo y guardar las carpetas.

Sawyer llegó justo a tiempo, en todo su esplendor. Lo recorrió con una mirada un tanto malhumorada. Estaba plantado en la puerta y se negaba a hablar. Su silenciosa arrogancia envolvía su figura, y Julietta tuvo que contener el impulso de agachar la cabeza para reconocer su presencia. Qué raro.

Sawyer lucía un traje gris de raya diplomática con una corbata morada. La implacable severidad del traje contrastaba con su melena de surfero, recogida en una coleta, un peinado que acentuaba sus pómulos y la cicatriz enrojecida. La mezcla de atractivo sexual y poder envuelta en elegancia masculina la dejó traspuesta un segundo. Se obligó a salir del trance. Nada de babear. Preparó sus defensas. Había llegado la hora de jugar.

—Te gusta estar al mando, ¿no es así, Julietta?

La caricia que supuso escuchar su nombre fue deliberada y efectiva. Se obligó a esbozar una sonrisa antes de contestar:

—¿No les gusta eso a todas las mujeres?

—No me permites ver tu apartamento. Ni siquiera tu despacho. Me has rebajado a recogerte para la cena en tu sala de conferencias.

Julietta cogió el Fendi rojo y acortó la distancia que los separaba. El cuerpo de Sawyer irradiaba calor, y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. *Mio Dio*, qué bien olía. A café y especias, un olor penetrante y muy masculino. Su altura solía proporcionarle cierta ventaja sobre los hombres. Con su cerca de metro ochenta de estatura, casi siempre era más alta que sus competidores, pero Sawyer le sacaba varios centímetros. En ese momento se dio cuenta de que la anchura de sus hombros, que tensaban el elegante traje, era otra contradicción. Se trataba de un ser primitivo envuelto en un aire civilizado. Esa fachada era lo que la asustaba, pero no pensaba tolerar una situación íntima con él. Tenía que dejar claros sus límites desde el primer momento o se la merendaría.

—Puede que haya accedido a firmar el contrato, pero nunca invito a nadie a mi espacio personal.

Sawyer ni pestañeó.

—¿Nunca? —preguntó él en voz baja.

—Nuestra relación laboral no garantiza que seamos amigos, Sawyer. Aunque

conozcas a mi familia y salgamos a cenar, no te conozco lo suficiente para que haya algo más.

Sawyer se quedó en silencio, como analizando sus palabras. Asintió con la cabeza.

—Me parece razonable. Creo que podríamos dar un paseo hasta el *Piazza Repubblica*.

—Estupendo.

La sacó de las oficinas como si él estuviera al mando. Le colocó la mano en el codo y, con gesto caballeroso pero decidido, la guió por las calles adoquinadas de camino al restaurante.

Las vistas y los olores de Milán, tan familiares, la asaltaron. Inspiró hondo para disfrutar de la neblina que hacía de la ciudad un lugar único, y se sumió en un silencio cómodo. El bullicio de los coches y de los transeúntes que llenaban las calles y las aceras le confería un ritmo práctico al ambiente que la tranquilizaba en lo más hondo. Las motos volaban a su lado. Mujeres vestidas con ropa de diseñador y zapatos de tacón de aguja se abrían paso entre la multitud con elegancia, y las terrazas de las cafeterías inundaban las aceras con el olor de los cafés y de los dulces.

Había visto vídeos de Nueva York y siempre había creído que Milán sería como una prima hermana, salvo por la neblina grisácea que envolvía la ciudad y que hacía que pareciera deslucida a los ojos de quien la miraba. En vez de enormes rascacielos de cristal, la antigua arquitectura del Duomo imponía su ley.

Por fin llegaron al elegante arco de entrada del *Piazza Repubblica*. Ya estaba lleno, pero los condujeron de inmediato a un reservado rojo en un rincón, tras lo cual Sawyer pidió una botella del mejor champán que tuvieran. A Julietta le gustaba mucho la decoración sencilla del restaurante, con sus manteles blancos, el suelo pulido, el techo alto y las velas diseminadas por el interior en penumbra. Habló con el camarero, pidió unos entrantes y empezó a relajarse.

—¿No traes maletín? —preguntó él, tras lo cual se llevó la delicada copa de champán a los labios y bebió un sorbo.

Ver la marca de sus labios en la copa le provocó a Julietta un extraño estremecimiento. La calefacción mitigaba el frío de la noche invernal, de modo que se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla.

—No me hace falta. Ya he memorizado casi todas las cifras.

Sawyer sonrió.

—Seguro que sí. ¿Has conseguido el apoyo del consejo de dirección?

—El apoyo necesario para continuar. Es un riesgo, pero calculado. Tu plan para la apertura es ambicioso. ¿Estarás preparado en seis meses?

—Sí.

Julietta ladeó la cabeza y cogió un trocito de pan crujiente. La masa caliente se rompió con facilidad antes de que la bañara con aceite de oliva.

—Podrían salir mal muchas cosas y retrasar tus planes.

Sawyer la observaba con una feroz intensidad a la que no estaba habituada. Los hombres no acostumbraban a dedicarle toda su atención. Se preguntó si ese era uno de sus famosos métodos para seducir a las mujeres.

—He pensado en todas las contingencias —replicó él al final—. No habrá errores.

Sus palabras calaron hondo. Sawyer necesitaba que saliera bien tanto como ella. Saberlo la tranquilizó, de modo que cogió la copa. Tal vez se parecieran más de lo que había pensado. Sawyer no perdería de vista el objetivo final por el absurdo desafío de acostarse con ella. Las mujeres no ocupaban un lugar muy alto en su lista de prioridades. Julietta sonrió, aliviada.

—Estupendo. En ese caso los dos tenemos algo que demostrar.

—Pues sí, eso parece. —Los ojos dorados de Sawyer brillaron—. La pregunta es por qué.

Julietta cerró los dedos en torno al trocito de pan que le quedaba. Ojalá que Sawyer no los hubiera visto temblar.

—¿No quiere todo el mundo labrarse una fortuna con los negocios? ¿Dominar el mundo? Es algo inherente al ser humano.

Sawyer se negó a seguirle la corriente.

—¿Es lo que tú quieres, Julietta? ¿Dejar tu huella? —Sus ojos la abrasaban—. Dime una cosa, ¿por qué fracasó el trato con el Palazzo?

Mantuvo la vista apartada, clavada en el pan.

—Me sorprende que a estas alturas no estés al tanto de los detalles. Sobre todo porque llevas un tiempo siguiendo a *La Dolce Famiglia*.

—Ah, lo sé. Pero me gustaría conocer tu versión.

Aunque empezó a hervirle la sangre, Julietta consiguió responder con calma.

—Decidieron que no era la mujer por la que me habían tomado en un principio. El equipo tenía unas ideas muy concretas y no querían cambios. En resumidas cuentas, no habría tenido ni voz ni voto en mi propia empresa.

—Pero habrías recibido las alabanzas. Los beneficios. Habrías expandido el negocio. —Sawyer fruncía un poco el ceño y Julietta tuvo la molesta sensación de que buscaba algo que ella no entendía—. ¿No es una recompensa adecuada? ¿No merecía la pena el sacrificio?

—No. Todavía no he llegado al punto en el que me interesa retirarme para que otros asuman el control. —Bebió un sorbo de champán para calmar sus nervios—. Estoy dispuesta a incluir la cláusula de exclusividad. Pero nunca cederé mi derecho al control. Jamás.

Un extraño ramalazo de lujuria iluminó los ojos de Sawyer, pero desapareció tan deprisa que Julietta habría jurado que había sido un efecto óptico. No era la clase de mujer que inspiraba semejante reacción, y mucho menos tratándose de un hombre tan carismático como él.

—No tengo intención de asociarme con alguien que carezca de personalidad o de carácter, Julietta. Como ya te he dicho, necesito un líder que me represente en todos los aspectos. Usaré hasta la última gota de talento y de inteligencia que tengas. Si me rodeo de un equipo así, podré dirigirlo como es debido, pero ten clara una cosa: la última palabra siempre será mía.

Julietta tenía la sensación de que el corazón se le iba a salir del pecho y tuvo que unir los muslos al sentir un ramalazo de excitación. ¡Mierda! ¿Por qué semejante reacción ante un comentario tan machista? Siempre había detestado a los hombres que se creían con derecho a dar órdenes por el mero hecho de tener pene. Hizo caso omiso de la reacción de su cuerpo y replicó:

—Entiendo, siempre y cuando negociemos en todo lo referente a *La Dolce Famiglia*.

—Por supuesto. Bueno, después de demostrarles a los del Palazzo lo imbéciles que fueron al dejarte marchar, ¿qué harás? ¿Este trato por fin te dará lo que buscas?

Se le formó un nudo en la garganta al escucharlo. ¿Cómo se atrevía a hacerle semejante pregunta, como si tuviera derecho a conocer lo que pensaba? Cuando por fin recuperó el habla, su voz destilaba frialdad.

—¿Sigues invadiendo mi espacio privado? Mis motivos son eso, míos, y no te incumben. ¿Qué tal si me cuentas los tuyos? ¿Será Purity suficiente si consigues que se convierta en un éxito?

La expresión vacía de sus ojos habló por sí sola. Julietta apretó el puño para no extender la mano y tocarlo, como si el contacto de piel contra piel pudiera cerrar una herida de la que ni siquiera era consciente. ¿Qué clase de demonios poblaban su pasado? Tal vez fuera mejor no saberlo.

—Joder, eso espero —contestó él—. Pero no lo sabré hasta llegar a ese punto.

El camarero los interrumpió al llevarles varios platos humeantes. Calamares acompañados de *mozzarella* de búfala, anchoas y alcaparras; diminutos raviolis de ternera con salsa de mantequilla y tomillo; berenjenas y calabacines a la plancha con aceite de oliva y sales de diferentes tipos. Una extraña intimidad se estableció entre ellos, como si compartir mesa en la parte trasera de un restaurante italiano los uniera de alguna forma. ¿Qué estaba pasando? Julietta había participado en infinidad de cenas de negocios para cerrar tratos. Había conocido a muchísimos hombres guapos y dinámicos que habían despertado su interés. El resultado siempre la había llevado a retirarse, pero Sawyer la desafiaba constantemente y parecía anhelar algo mucho más profundo que los demás. Como si no solo quisiera desnudarla para admirar su cuerpo. Casi como si quisiera entrar en su alma.

Qué ridiculez.

Contuvo un estremecimiento y probó las berenjenas. La piel tostada estaba aderezada con ajo y salsa de tomate, y el sabor aplacó su enfado.

—¿Por qué elegiste Milán para abrir tu primer hotel? ¿No te habrías sentido más cómodo en casa?

Sawyer esperó para responder, ya que era evidente que estaba disfrutando de la comida, algo que hizo que ganara algunos puntos a sus ojos. Los estadounidenses solían apreciar la comida por su cantidad y por los adornos y los detalles. Ella prefería ingredientes sencillos y jugosos que satisfacían un hambre más profunda del cuerpo.

—No tengo casa.

La sencilla confesión reverberó en sus oídos. Julietta detuvo el tenedor a medio camino de su boca.

—¿Qué quieres decir? Max me dijo que has vivido en Las Vegas y en Nueva York durante una temporada.

Vio como encogía uno de esos anchos hombros.

—Vivo en cualquier hotel en el que esté trabajando en ese momento. Me da libertad, un estilo de vida lujoso y experiencia. —Una expresión fugaz le ensombreció la cara—. Estuve en Milán de joven, mientras aprendía el negocio. También he pasado varios años en el Carlton, así que me siento bien en Nueva York. Decidí que sería algo poético empezar aquí. Normalmente me quedo un año. En cuanto pasa más tiempo, estoy deseando irme.

El corazón le dio un vuelco al escucharlo. En su caso, llevaba en la sangre a la familia y a su hogar, y era incapaz de imaginarse viviendo sin contar con ese apoyo tan vital. Sí, Michael y Carina habían huido a Nueva York, pero ella extraía casi toda su fuerza de los irregulares adoquines que pisaba y del vasto cielo italiano. No tenía deseos de mudarse a otro lugar. El desapego de Sawyer al hablar de su tendencia nómada confirmó una soledad profunda que a él no parecía afectarlo.

No había motivo para que a ella sí la afectara. Ese hombre no necesitaba más apoyo femenino. Utilizaría cualquier debilidad a su favor, incluida la posibilidad de que se sintiera atraída por él. Consiguió contener la reacción sarcástica que le provocaba la idea. Si él supiera que no iba a obtener nada por ese camino…

—¿Nunca has querido algo más? —le preguntó—. ¿Un lugar que reclamar como propio?

Se arrepintió enseguida de las impulsivas palabras. El fuego crepitó en sus iris ambarinos, más abrasador que el *whisky* añejo que su padre solía meter a hurtadillas en la casa cuando creía que su madre no lo veía. Los labios de Sawyer esbozaron una mueca torcida muy sensual.

—Ese concepto está sobrevalorado. He aprendido a apreciar el presente en todos sus aspectos. El sabor, la textura, la vista y el olor. Me deleito con todo lo que me ofrecen, porque no hay garantías de que siga ahí por la mañana. Mi hogar es el lugar donde me encuentre en cada momento, nada más y nada menos. —Una pasión visceral envolvió la mesa y la quemó como agua hirviendo

—. Salvo por Purity. Es la única constante que quiero en mi vida. Todo lo demás acaba marchitándose con el tiempo.

—¿Incluso el amor?

La pregunta brotó de sus labios sin pensar, y estuvo a punto de jadear, espantada. El rubor se extendió por sus mejillas. *Mio Dio*, ¿qué había hecho? Seguro que estaba en mitad de una crisis por la edad. Su tranquilidad y su control desaparecían delante de ese hombre de una forma que la aterraba. Esperó que él estallara al escuchar una pregunta tan íntima, pero en cambio dejó el tenedor suspendido en el aire, como si estuviera tan alucinado como ella.

—¿Qué has dicho?

Julietta se obligó a soltar una carcajada.

—Lo siento… Por favor, olvida la pregunta. No sé qué bicho me ha picado.

—Pues yo creo que sí lo sé. —Su mirada la desnudó, la analizó, la despedazó. A Julietta le costó la misma vida no encogerse al notar su intensidad—. Me gustan las mujeres que preguntan lo que se les pasa por la cabeza. Se demuestra más fuerza con la honestidad que con palabras bonitas que nunca escarban más allá de la superficie de lo que es real.

—No hace falta que…

—Pero voy a hacerlo. No, Julietta, no creo en el amor. Nunca he creído en él. Creo en la pasión y en la lujuria, creo en la honestidad y en la lealtad. Creo en el trabajo duro y en el sacrificio. Creo en disfrutar de los regalos de este mundo. Pero no creo en el amor.

Julietta sintió que le temblaban las manos. Cogió la copa y apuró el contenido de un trago en un intento por ocultarle cómo la habían afectado esas palabras. ¿Conocía a algún otro hombre con una presencia tan poderosa? y ¿estaría dispuesto Sawyer a explorar cada rincón oculto de su cuerpo y de su alma con un placer ardiente como si no hubiera temas tabú? Sin embargo, había compartido con ella uno de sus secretos, como si se tratase de un regalo.

No creía en el amor.

Julietta esperó que el alivio la inundara, pero solo sintió una extraña inquietud. ¿Por qué le molestaba esa confesión? El estómago se le encogió debido a la pena que sentía por un hombre a quien ni siquiera conocía, un hombre que aseguraba no poseer emociones tiernas. Ella ansiaba experimentar más, pero ese anhelo solo podía acabar mal. Sawyer la observaba sin parpadear desde el otro lado de la mesa. Y Julietta tomó una decisión.

Su relación no iría más allá de lo estrictamente laboral. Nada más.

Había llegado el momento de dejar claras las reglas.

Apartó el plato que tenía delante y se irguió.

—Gracias por compartir tus sentimientos, pero mi pregunta ha sido inoportuna y me disculpo. Creo que de ahora en adelante deberíamos ceñirnos a temas de conversación que solo traten de negocios.

Vio que Sawyer contenía una sonrisa y con ese gesto volvió a adoptar una expresión un tanto distante y sarcástica. Joder, siempre conseguía despistarla. Y siempre conseguía que se comportase como una tonta.

—Qué educada eres. Seguro que te he incomodado al hablar de cosas… inquietantes.

Julietta consiguió reprimir un estremecimiento, pero lo vio todo rojo.

—Tenemos un largo camino por delante y vamos a tener que trabajar codo con codo. Las distracciones no nos vendrían bien a ninguno de los dos en este momento.

—¿Distracciones como el sexo?

En esa ocasión sí dio un respingo. Se le volcó la copa, aunque consiguió atraparla a tiempo. Él la miraba con expresión abiertamente risueña.

—¿Te gusta escandalizar a las mujeres, Sawyer? —se burló—. Ya descubrirás que no soy presa fácil. Me han acosado, me han hecho proposiciones y me han insultado, y he tenido que lidiar con muchísimos berrinches masculinos. Lo he visto todo y sé valerme por mí misma. Prefiero que nuestra relación sea beneficiosa para todas las partes implicadas, pero si quieres jugar duro, no tengo inconveniente. *Capisce*?

Sawyer analizó a la mujer que tenía delante. Sus increíbles ojos castaños brillaban por la furia apenas contenida y por una sensualidad oculta que ella contenía sin miramientos. Ya era oficial.

Estaba loco por ella.

Su mente bastaba para llevarlo a las alturas que tanto había echado de menos. La espinosa conversación activaba su intelecto, al mismo tiempo que su cuerpo vibraba por el placer de su compañía. Julietta era su igual en todos los aspectos, salvo por su negativa a admitir que lo deseaba.

Aunque lo hacía.

Cada jadeo que ella intentaba ocultar sonaba como una pieza de Mozart para sus oídos. Tenía un control férreo, pero ya había atisbado grietas en su armadura, en lugares donde ella no era consciente. Como la forma en la que se le iluminaban los ojos cada vez que mencionaba la palabra «sexo». O el ligero temblor de sus dedos al sostener el tenedor. ¿No sabía que el decoroso sujetador blanco que llevaba debajo de la camisa de seda era la fantasía de cualquier hombre? La levísima sombra de sus pezones bajo la tela le suplicaba que los liberase. Tenía la deliciosa costumbre de humedecerse el labio inferior, una costumbre que hacía que un hombre se imaginara su sabor. ¿Y el dichoso pañuelo rojo? Él le daría un uso mucho más práctico que el de llevarlo atado alrededor de ese delicado cuello a modo de adorno. Como por ejemplo asegurarse de que no pudiera moverse mientras le quitaba la recatada blusa y el decoroso sujetador para acariciarle los pechos. Despacio. Con sus reglas.

Por supuesto, lo más intrigante de todo era su negativa a reconocer la

atracción.

Su cuerpo estaba encorsetado. Era una fantasía muy dulce imaginarse sacándola de su prisión y cosechando los beneficios. Se preguntó qué gilipollas la había convencido de que pasara de sus necesidades físicas. ¿Por qué si no una mujer tan vital y sofisticada se escondía detrás del trabajo?

Había insistido durante la cena porque necesitaba un análisis completo. Aunque Julietta tenía razón. Jamás se arriesgaría a que algo estropeara el contrato, y estaba seguro de que ella se había enfrentado a muchos tíos que la habían tratado fatal. Tal vez había llegado el momento de revelarle otro trocito de la verdad a fin de que conociera sus motivos.

De momento, se merecía una respuesta.

—No ha sido mi intención ofenderte, Julietta. —Su nombre se derritió en sus labios como una trufa Godiva. Dulce, oscura e intensa—. Dejemos una cosa clara. No necesito amenazar ni acosar a una mujer para que se acueste conmigo. Me gusta el sexo y dar placer. Me resultas fascinante, compleja y muy sensual. También creo que eres la primera mujer desde hace varios años que consigue que desee romper unas cuantas reglas para ponerle las manos encima. Dentro. En cualquier parte. Pero si vas a jugar la carta del juego sucio y del acoso sexual, me retiraré sin hacer ruido y te dejaré tranquila. *Capisce*? Ya puedes respirar.

Al escuchar su orden, el aire abandonó los pulmones de Julietta de golpe. Se quedó paralizada en la silla, con los ojos abiertos como platos en una mezcla de estupefacción, confusión y miedo. El miedo también iba mezclado con un ramalazo de puro anhelo. Sí, también lo deseaba. Interesante. ¿Por qué no hacer nada al respecto? ¿Por qué se alteraba tanto cuando un hombre le demostraba interés?

El camarero apareció de nuevo, se llevó los platos y les preguntó si querían postre.

—No —contestó ella con firmeza.

—Tiramisú, por favor —contestó él—. Y dos expresos con sambuca.

Julietta lo miró con cara de pocos amigos y él tuvo que contener el impulso de besarla. ¿Cómo era posible que una mujer que no se pintaba los labios tuviera una boca tan suculenta? Ese mohín de color rosa claro.

—Ojalá esto no sea un indicativo de cómo sueles hacer negocios —dijo ella —. Aunque aprecio tu sinceridad en lo tocante a tu atracción inicial por mí, te aseguro que se te pasará. No tengo tiempo para aventuras.

Su tono remilgado le provocó una punzada de lujuria en las entrañas que se extendió por todo el cuerpo. Cambió de postura en la silla y se colocó bien la servilleta.

—¿Por qué crees que se me pasará?

Ella desvió la mirada. Acto seguido, cuadró los hombros, pero él se percató

de la tensión que invadía todo su cuerpo.

—Es lo que suele ocurrir siempre.

—¿Me deseas?

En esa ocasión Julietta fue incapaz de contener el jadeo.

—Nos conocimos ayer. No me meto en la cama con desconocidos ni tomo decisiones basadas en la atracción que pueda sentir después de una cena.

—Algunas veces lo mejor es confiar en el instinto. En cuanto racionalizamos la química, nos arriesgamos a perderla para siempre.

Sus palabras parecieron tocar un punto sensible. El arrepentimiento brilló en los ojos de Julietta. Sawyer sintió que el afán protector se apoderaba de él, desestabilizándolo. Ansiaba estrecharla entre sus brazos, mecerla y aliviar la tristeza que se ocultaba más allá del sereno exterior. Sin embargo, ella no le pertenecía, de modo que no tenía derecho a hacerlo.

Todavía.

Llegó el postre y ella decidió guardar silencio. Saborearon a placer el tiramisú, deleitándose con las capas de chocolate, *mascarpone* y bizcocho emborrachado. La nota de licor que aderezaba el café lo golpeó con fuerza y le calentó la sangre. Se percató de que Julietta pensaba en muchas cosas por la forma en la que fruncía el ceño y por la expresión concentrada de su cara. Les llevaron la cuenta y la pagó, y le lanzó una miradita de advertencia a Julietta cuando esta abrió la boca para protestar. Una vez que el plato del postre estuvo limpio y los cafés apurados, ella se limpió los labios con la servilleta y lo miró a los ojos.

—Creo que vamos a formar un gran equipo —dijo en voz baja—. Pero no me interesa trasladarlo al dormitorio. Tengo motivos personales y aprecio tu sinceridad. Eres un hombre atractivo y en otras circunstancias aprovecharía sin dudar la oportunidad de tener una aventura apasionada. Por favor, respeta mi decisión y no insistas más. No… no lo hagas.

Se le quebró la voz con la última palabra. Sawyer sintió que se le encogía el corazón con una necesidad que no reconocía, pero sabía cuáles eran las reglas. Él las había creado. Las dos partes tenían que estar dispuestas a pasar al siguiente nivel. La confianza era un elemento clave para conseguir que la relación siguiera en su punto álgido sin marchitarse. El macho alfa que llevaba dentro aullaba de lujuria por el desafío de hacerla cambiar de opinión y obligarla a suplicar por haberlo torturado. Esperó a que se aplacara el torbellino de emociones antes de intentar controlarse y calmar sus pensamientos.

Esbozó una sonrisa.

—Como gustes —murmuró.

Julietta relajó el cuerpo. Se humedeció de nuevo el labio inferior y sonrió.

—*Grazie*.

Sawyer asintió con la cabeza mientras ella se ponía en pie. La vio ponerse la

chaqueta. Coger el bolso. La guió al exterior con una mano en el codo e intentó controlar el subidón de adrenalina que le tensaba los músculos y le alteraba la respiración. Un último pensamiento se repetía una y otra vez en su cabeza como un mantra: « Que comience el desafío» .

4

Julietta levantó la cabeza y torció el cuello para mitigar el dolor. El montón de documentos apenas se había reducido a la mitad y la taza de capuccino se había enfriado hacía mucho rato. El dolor reflejo que sentía detrás de los ojos le indicaba que se le estaba agotando el tiempo. *Mio Dio*, pensó, ¿cuánto llevaba trabajando? Una miradita al reloj le confirmó que llevaba cuatro horas sin parar. Se le escapó un suspiro, sorprendiéndose a sí misma. Normalmente disfrutaba de los sábados por la mañana en su apartamento, ya que se ocupaba de los cabos sueltos para los que no tenía tiempo durante la semana. Café, documentos, su portátil, un poco de música y era feliz. Salvo que…

Miró por la ventana. El brillo del sol que rara vez se dejaba ver durante el oscuro febrero se abría paso entre las nubes como un gesto desafiante. Extendió las piernas y se acercó a la ventana para ver la escena que se desarrollaba por debajo. El rugido de las motos de gran cilindrada y de los ciclomotores resonaba por las calles en un intento por recorrer el mayor número de kilómetros en ese día tan bueno.

Apoyó la mano en el frío cristal y sopesó la idea. Era curioso, pero desde su último encuentro con Sawyer, un extraño impulso rebelde acosaba a su habitual sentido práctico y la instaba a romper con la rutina para disfrutar del sentimiento que creaba el día soleado.

A la mierda. El trabajo podía esperar.

Tomó una decisión y no dudó un segundo. Iba a montar en moto durante lo que quedaba de tarde. Le ardían los dedos por el deseo de cerrarlos en torno al manillar de la moto y dejar de pensar durante un rato. Dada su tendencia a pasarse horas trabajando y a su leve trastorno obsesivo compulsivo, en muchas ocasiones acababa exhausta. Al menos había encontrado una vía de escape aceptable que no requería sesiones con un psicólogo.

Las motos.

Se detuvo para corregir la inclinación de las tres fotos que había sobre la repisa de la chimenea y fue al dormitorio. En un tiempo récord se vistió con unos pantalones cómodos de Prada, unas botas y un jersey de cachemira. Se puso la cazadora de cuero, cogió el casco de la parte alta del armario, metió el móvil en el bolso y se fue.

Recorrió a pie las manzanas que la separaban del aparcamiento donde tenía la moto. El viento era frío, pero llevaba bastantes capas de ropa para mantenerse calentita durante el trayecto. Calculó mentalmente los kilómetros que quería recorrer y decidió tomar una ruta fácil hacia Navigli.

Se plantó delante de su obsesión secreta y sintió un cosquilleo en la piel, como si contemplase a un amante.

Era perfecta.

El metal sin adornos y el carenado negro conformaban la moto, que era una maravilla única. Su flamante Moto Morini Corsaro tenía todos los elementos que ella admiraba y deseaba en una moto. Velocidad. Poco peso. Agilidad. Y una potencia muy sensual y atronadora.

El estómago le dio un vuelco mientras se ponía los guantes de cuero. Su obsesión secreta por las motos rápidas le había llegado directamente a través de su hermano Michael, pero sus hermanas no la entendían. Sobre todo porque ella era la más seria de la familia. ¿Cuántas veces había interrogado a Michael en relación con sus carreras de coches y había intentado robarle las motos para dar una vuelta? Había soñado con tener la moto perfecta de acuerdo con sus especificaciones, y por fin la había conseguido.

Levantó una pierna para pasarla por encima del asiento y en ese momento la llamaron por teléfono.

Porca vacca. Casi pasó de la llamada, pero la fuerza de la costumbre la hizo comprobar quién era. Metió la mano en el bolso y sacó el móvil. Después de mirar la pantalla, dejó el dedo un segundo sobre el botón de llamada antes de aceptarla.

—¿Sí?

—*Ciao, bella*. ¿Por qué no te alegra oír mi voz?

Julietta contuvo la impaciencia y se recordó que estaban hablando del acuerdo del siglo. La educación era importantísima.

—Lo siento, Sawyer, estaba a punto de salir un rato. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ah, estupendo. Necesito verte para revisar un detalle del contrato. ¿Por qué no me paso por tu casa y así acabamos antes?

Miró el móvil con el ceño fruncido.

—Ahora no es un buen momento. ¿Lo podemos dejar para mañana?

Se hizo el silencio. Un silencio muy masculino que transmitía irritación.

—No suelo invadir la vida privada de mis socios con los negocios, pero es un paso muy importante para Purity. Debo saber si puedo contar contigo en esta etapa tan delicada. Al cien por cien.

Julietta estuvo a punto de escupirle al móvil.

—Acabo de pasarme casi todo el sábado pegada al portátil. Mi compromiso es total, que no te quepa la menor duda. ¿Podemos arreglarlo por teléfono?

—No. ¿Adónde vas? ¿Podemos vernos allí?

Julietta miró su moto con un anhelo voraz que la hacía temblar.

—Voy a estar unas horas dando vueltas. ¿Qué te parece si me paso después por tu casa y hablamos de los puntos que hay que negociar?

—¿Vas a dar una vuelta? ¿En bici?

Fue incapaz de morderse la lengua, de modo que le soltó de mala manera:

—No, en moto.

Sawyer se quedó callado un segundo.

—Estupendo. Dame un cuarto de hora y nos vemos en el Duomo.

Se quedó boquiabierta al escucharlo.

—¿Qué? No… no, no puedes venir conmigo. Voy a dar una vuelta en moto.

—Te he entendido la primera vez. Te prometo no acosarte con mi moto. Nos vemos en un rato.

La llamada se cortó.

Parpadeó e intentó con desesperación mantener la calma. Eso no estaba pasando. Su tranquilo paseo en moto, el que iba a dar para desestresarse, se estaba convirtiendo en una salida de negocios con el hombre a quien tenía que evitar a toda costa. Sopesó la idea de no aparecer o de llamarlo para cancelar el encuentro, pero se temía que ese hombre tan dominante no cogería el teléfono. Y si no se presentaba a su reunión improvisada, Sawyer podría cancelar el contrato.

Soltó el aire, disgustada, y se montó en la moto. El ronco rugido del motor empezó a sonar justo antes de salir hacia el centro de la ciudad, internándose con pericia entre los coches y manteniendo una velocidad controlada hasta que llegó a una zona despejada donde pudo darle gas.

Tuvo que reconocerle el mérito a Sawyer. Su reloj marcaba y cuarto cuando lo vio aparecer. Intentó no sorprenderse por su elección de moto. Había esperado una llamativa Harley, pero el muy cabrito había conseguido dejarla alucinada sin pretenderlo siquiera.

Se levantó la visera del casco y lo miró con expresión fría.

—Bonita moto. ¿Dónde te has dejado la Harley?

Ese espécimen perfecto de virilidad sobre la MV Agusta F4CC debería estar prohibido. Con unos vaqueros desgastados, una cazadora de cuero y unas botas de montar antiguas, tenía una pinta entre surfero y chico malo que casi le provocó un infarto. Casi. Lo vio quitarse el casco despacio antes de apoyarlo en la flexura del codo. Después, Sawyer sacudió la melena rubia. Su sonrisilla dejó al descubierto unos incisivos algo torcidos.

—No estarás burlándote del fenómeno Harley en Estados Unidos, ¿verdad, cariño? Porque por eso podrían pegarte un tiro allí.

Se encogió de hombros con delicadeza a modo de respuesta. Sawyer no podía enterarse de que estaba enamorada de ese clásico estadounidense.

—Menos mal que no estoy allí. ¿Cómo has conseguido una de esas? Solo hicieron cien.

Sawyer bajó la voz hasta convertirla en un susurro sensual.

—Conozco a gente. Me deben favores.

La emoción le provocó un escalofrío en la espalda. La voraz mirada de Sawyer la desestabilizó mientras la recorría de los pies a la cabeza, pero consiguió reponerse.

—¿De qué querías hablar?

Sawyer soltó una carcajada ronca.

—De nada ahora mismo. ¿Adónde vamos?

Julietta frunció el ceño e intentó mostrarse firme.

—A ninguna parte. Vamos a hablar de negocios y después me iré a dar una vuelta.

—¿Adónde?

Se encogió de hombros de nuevo.

—A donde me apetezca.

—Me parece un buen plan. Podemos hacer una parada para descansar y hablar de negocios más tarde. Tú delante.

Julietta ardía en deseos de borrarle la expresión ufana de la cara.

—Mira, intento ser educada, pero me lo estás poniendo difícil. Hoy no tengo ganas de mantener una conversación formal.

—¿Quién ha hablado de conversación?

Se le secó la boca y tuvo que contener un jadeo. Sus labios carnosos hicieron una mueca, como si se hubiera dado cuenta de su reacción corporal.

—Si no eres capaz de seguir el ritmo, no pienso esperarte. Este es mi momento personal —le advirtió ella.

La lenta sonrisa de Sawyer pulsó todos los botones que debía pulsar. O más bien los que debía dejar tranquilos.

—Admito mi sorpresa al ver que has elegido La Pirata. Pero ¿eres capaz de manejarla, chiquilla? A lo mejor soy yo quien te tiene que esperar.

Julietta se bajó la visera, arrancó el motor y lo miró con lástima.

—Nos vemos al otro lado.

Salió disparada.

Atravesaron la ciudad sorteando el tráfico hasta llegar a una zona menos transitada. Las calles se ensancharon y las dejaron atrás a toda velocidad a medida que abandonaban la ciudad, y las increíbles montañas de los Alpes brillaron en la distancia como si de un espejismo se tratara. El sol luchó como el astro rey que era y se impuso al ambiente gris durante unas cuantas horas. Había menos tráfico del habitual para ser sábado, de modo que enfiló hacia Navigli. Condujo con agresividad, llevando al límite la moto y exprimiendo al máximo su potencia. El rapidísimo paso de la calzada bajo las ruedas, el azote del viento en el cuerpo y las manchas azules, verdes y amarillas que eran los edificios que dejaba atrás confluyeron hasta formar una sinfonía que la llenaba de dicha. Durante un breve momento, a lomos de una moto rápida, en su adorada tierra, fue verdaderamente libre.

Se detuvieron para hacer un descanso en una pequeña cafetería junto al canal, donde compraron algo de comida. Aparcaron las motos y estiraron las piernas con un paseo tranquilo. El mercado estaba abierto, abarrotado de gente, y una barca surcaba con lentitud el agua, haciendo disfrutar a los turistas con su toque antiguo y bohemio. Navigli tenía uno de los mercados más maravillosos de

todo Milán lleno de complementos, ropa, comida y joyas. Las calles estarían más abarrotadas a medida que se acercara la puesta de sol, de modo que Julietta metió las botellas de agua y la comida que no habían tocado en la alforja que llevaba y reemprendió la marcha.

Tuvo que reconocerle el mérito a Sawyer, porque no pronunció palabra alguna.

Sin embargo, él siguió con la mirada cada movimiento de sus caderas y también se percató de sus miraditas de reojo. El culo de ese hombre podía compararse al del David, y la estatua de Miguel Ángel le había arrancado lágrimas de emoción.

Julietta miró el cielo. No faltaba mucho para el anochecer. Anhelaba el subidón de adrenalina que siempre le proporcionaba un acuerdo de negocios. Pero acababa de encontrar otra forma de conseguir el chute.

Paró la moto, ladeó las caderas e hizo el ofrecimiento.

—Voy al castillo Sforzesco. La carretera es estupenda para darle caña a las motos. A ver quién llega antes.

Sawyer puso cara de sorpresa.

—¿Quieres hacer una carrera?

—Llámalo como te apetezca. Pienso esperarte en la puerta.

Sawyer echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. El sonido era más dulce que la música de Mozart y más *sexy* que la voz de Pavarotti.

—Estás de coña. Esta chiquitina tiene más cojones que cualquier otra moto del mercado.

Julietta esbozó una sonrisa dulce.

—Seguro que puede decirse lo mismo de ti. Nos vemos allí.

Sintió que le ardía la piel por la emoción y que se le calentaba la sangre en las venas por el desafío.

Voló en dirección hacia el castillo Sforzesco en un intento por ganarles la carrera al sol poniente y al hombre que la acompañaba. Detestaba admitir que Sawyer montaba como un profesional y que manejaba la potente moto con una elegancia de la que pocos hombres harían gala. Ella había conducido con muchos hombres a lo largo de los años: familiares, amigos o amantes. Normalmente se llevaba una desilusión por la agresividad y el egoísmo que mostraban los pilotos.

Ese no era el caso de Sawyer. Él respetaba el poder de la ansiada pieza de Claudio Castiglioni, sin forzarla para alcanzar los 196 caballos de potencia que decía alcanzar; en cambio, usaba la mecánica para sacarle todo el partido con las manos de un amante, con una habilidad seductora que la puso a cien. Sawyer también era un piloto dominante, que demostraba un control absoluto en las curvas, concentrado únicamente en su objetivo.

De haberse tratado de velocidad punta, habría ganado. Pero ella llevaba años corriendo, se conocía las calles como la palma de la mano y era una máquina a

la hora de sortear los obstáculos de la bulliciosa ciudad. Consiguió ponerse en cabeza y mantuvo la posición exprimiendo al máximo la velocidad y la maniobrabilidad de la moto mientras la adrenalina le corría por las venas y se apoderaba de ella.

Cuando por fin llegó al castillo, iba unos segundos por delante. La construcción de piedra dominaba el paisaje, pero el tranquilo parque que había al otro lado era su verdadero objetivo. Apagó el motor, se quitó el casco y esperó a que él hiciera lo mismo.

Sawyer se bajó de la moto, que ya no rugía. Julietta esperó a que hablara y se preparó para un comentario mordaz. Una broma. O una excusa.

Sin embargo, guardó silencio. Se limitó a coger la alforja con la comida y dejó que ella lo precediera por los senderos empedrados hasta una zona despejada. La piedra estaba muy fría, de modo que se sentaron en uno de los bancos de madera diseminados entre los altos árboles, desde el que se podía observar el castillo a placer.

Le encantaba conducir por esa carretera desde la que se veía la increíble torre del reloj recortada contra el cielo, rodeada por un montón de piedras talladas. Una enorme fuente recibía a los visitantes, y los numerosos chorros de agua caían sobre el círculo de mármol y atrapaban los últimos rayos de sol. Los senderos empedrados trazaban caminos retorcidos por los que los turistas podían pasear e incluso comprar algún recuerdo o algo de comer en los puestos callejeros. Estar tan cerca de una belleza tan antigua le recordaba que la vida era larga y que muchas cosas no duraban, pero que las importantes sí lo hacían.

Sawyer siguió callado, como si él también hubiera caído bajo el hechizo de la carrera. Lo vio desenvolver los sándwiches y compartieron la comida: pan crujiente, aceitunas saladas y las deliciosas lonchas de salami *strolghino di culatello*, aderezadas con un poco de queso gorgonzola. El panecillo dulce con mantequilla de fresa fue la nota golosa de la comida.

Julietta relajó los hombros todavía más y comió en perfecta soledad mientras admiraba la vista. Por fin tenía la mente en blanco, como si acabara de salir de un *ashram* hindú después de una semana de meditación.

—Un carrerón para una piloto increíble. ¿Te importa decirme cómo aprendiste a manejar esa cosa? Y no digamos ya cómo supiste lo que era capaz de hacer.

El orgullo se reflejó en la cara de Julietta.

—Mi hermano, Michael, era piloto de carreras de coches, en circuitos. Su amor por los vehículos rápidos se extendía a las motos, y me enganchó. Tuvo el detalle de no decirme que las chicas buenas no conducen motos rápidas y me enseñó todo lo que sabía.

Sawyer meneó la cabeza y bebió un buen trago de agua.

—Bien. La mayoría de las mujeres se pasa a la hora de compensar su falta

de fuerza bruta. Pero tú la has usado a tu favor. Ha sido como ver poesía en movimiento. Pasión, belleza y elegancia sobre una moto potente. ¿Cuál es la mejor moto que has tenido?

—La sigo teniendo. Es la Moto Morini 3 ½ *Vintage* clásica.

—¡Joder! ¿Estás de coña?

Ella se inclinó hacia delante.

—Pues no. Rojo brillante, líneas clásicas… y si alguna vez escuchas el motor, jurarás que estás soñando. Tardé años en restaurarla y mucha gente me suplica que se la venda. —Frunció los labios—. Como si estuviera dispuesta a vendérsela a alguien que no la vaya a usar. Menuda tragedia.

Sawyer le miró los labios. Y a ella le costó la misma vida respirar, pero se clavó las uñas en las palmas de las manos para no perder el norte. Ese hombre era peligroso y ella se negaba a mezclar negocios y placer. Aunque amara y respetara las motos.

—Tienes toda la razón. No darles utilidad a las cosas bellas es un crimen.

La insinuación presente en el comentario la desquició y se le endurecieron los pezones. Sawyer se inclinó hacia delante y levantó una mano. Muy despacio, acortó la distancia que los separaba con toda la intención de tocarla. Hipnotizada por el cazador que tenía delante, Julietta tardó unos segundos en reaccionar a sus intenciones.

—No. —Apartó la cara—. Creía que habíamos acordado ceñirnos a los negocios.

Sawyer levantó la mano.

—Lo siento. Es que tienes un poco de mantequilla en la mejilla. Solo quería limpiártela.

Julietta agachó la cabeza para ocultar el rubor que le tiñó las mejillas y cogió una servilleta. Una vez más, percibió cierta sorna en el aura de Sawyer. Como si le importase. Pero no lo hacía. Era como si él estuviera por encima del descontrol que provocaban las emociones y el drama, y ella fuera su juguete del momento.

—¿Qué pasa con el contrato?

—Sección B, cláusula tres. Se te ha olvidado poner la inicial.

Lo miró fijamente.

—Me has llamado, me has acosado hasta venir conmigo a dar un paseo en moto… ¿solo por la firma? Nuestros abogados habrían solucionado el asunto en cuestión de segundos.

—Siempre me gusta hacer las cosas en persona. En todos los aspectos.

Julietta resopló.

—¿De dónde te sacas esas frases? Cualquier conversación contigo es como un campo de minas, y todos los caminos conducen al sexo.

Eso pareció sorprenderlo. Sawyer enarcó una ceja y cambió de postura en el

banco.

—¿Qué tiene de malo el sexo?

Julietta fue incapaz de contenerse. Sawyer tenía el desafío escrito en la cara, y su deseo de tomarla por tonta con el pretexto de los negocios la sacaba de quicio. Se acercó a él despacio y se quedó a escasos centímetros de su boca. Sawyer inspiró hondo justo antes de que el soplo de su cálido aliento le rozara los labios, dejando un olor a menta, azúcar y pecado. Cuando la vio humedecerse el labio inferior con la lengua, se le escapó un gemido. Julietta le colocó una mano en el duro muslo y le dio un apretón.

—El sexo no tiene nada de malo. Cuando la ocasión lo requiere.

Su voz sonó gravísima al replicar:

—¿Qué me dices de esta ocasión?

Ella contestó con una carcajada ronca:

—No va a pasar mientras trabajemos juntos.

—No pusiste tu inicial. Técnicamente, el contrato es nulo.

Julietta siguió un camino ascendente por la tela vaquera hasta llegar a la hebilla del cinturón para después meter la mano por debajo de la cazadora de cuero. Empezaba a pasárselo en grande. No solía calentar a un hombre para después dejarlo con dos palmos de narices, pero Sawyer necesitaba que le dieran una lección. La tableta de chocolate que era su abdomen se tensó por sus caricias y sus ojos ambarinos se oscurecieron.

—No va a pasar de todas formas.

—¿Te importa decirme por qué?

Esbozó una sonrisa satisfecha, seductora e incluso pícara.

—Quien tiene los cojones más grandes no siempre gana, Sawyer Wells.

Él soltó un taco entre dientes.

—¿Y quién gana?

Julietta hizo un mohín.

—Quien sea capaz de aguantar el viaje.

La satisfacción se apoderó de ella. ¿Qué tal esa réplica como indirecta? Ufana por haber pronunciado la última palabra, hizo ademán de alejarse de la zona de peligro.

Demasiado tarde.

Sawyer se movió tan rápido que no tuvo oportunidad de reaccionar. Con una fuerza que la sorprendió, la levantó del banco y se la puso en el regazo, sujetándole los brazos pegados al cuerpo, de modo que no pudiera mantener el equilibrio. Se debatió de forma instintiva, pero se tranquilizó enseguida gracias a los ademanes serenos pero implacables de Sawyer.

Había cometido un error garrafal.

E iba a pagarlo.

Esa mujer lo estaba volviendo loco.

Se la había puesto durísima, y la estrechez de los vaqueros era una tortura de la que ansiaba librarse. La brisa esparcía el aroma de Julietta, una mezcla de cuero, almizcle y chocolate, de modo que le inundaba las fosas nasales, haciendo estragos en su cabeza y en su polla al mismo tiempo. Su cuerpo era esbelto, pero tenía las curvas justas, desde los pechos hasta el trasero, que en ese momento estaba pegado a su entrepierna. En su cara podía ver la incertidumbre que le provocaba aquella posición y cierto arrepentimiento por haberlo llevado hasta el límite. Al menos Julietta percibía su necesidad de dominar y de tomar lo que deseaba. Una lujuria desatada le corría por las venas, provocada por la arrolladora mezcla de sensualidad reprimida, sarcasmo e ingenio agudo de la mujer que tenía en el regazo.

Cuando llegó al punto de encuentro y la vio, le faltó muy poco para caerse al suelo. Vestida con cuero negro y botas altas, y con el pelo recogido bajo el casco rojo, se le hizo la boca agua. No conocía a ninguna mujer que montara en moto, y mucho menos que le gustaran. La forma en la que Julietta había encarado la carrera demostraba la férrea determinación de una mujer que disfrutaba ganando, y su habilidad a la hora de sortear todos los obstáculos que se le cruzaban por el camino sin aminorar la marcha lo dejó al borde de una situación muy vergonzosa.

Al borde.

Y ella había ganado. Le encantaban las competiciones y casi nunca perdía. La idea de que ella fuera capaz de cruzar la línea de meta en primer lugar le provocó el deseo de arrancarle la ropa y ganar de otra forma. De un modo mucho más placentero.

La sujetó con más fuerza. Suponía que la intención de Julietta era torturarlo, pero en ese momento él solo pensaba en cabrearla lo suficiente para que perdiera parte de ese control. Por algún motivo el instinto le decía que la rabia traspasaría sus defensas y permitiría que parte de esa increíble energía sexual saliera a la luz. Julietta se reprimía muchísimo, y había algún otro motivo ajeno por completo a los negocios. Mientras no descubriera de qué se trataba, no podría dormir tranquilo por las noches.

El pelo de Julietta estaba suelto, se le había roto el pasador. Hasta entonces solo había visto su melena recogida en un moño alto. Lo que vio en ese instante cimentó la decisión de tenerla en su cama a toda costa.

Una brillante cascada sedosa caía por sus hombros hasta llegarle a la cintura. La melena de Rapunzel. Se imaginó sujetándole el pelo al tiempo que ella se la metía hasta el fondo, sentada a horcajadas sobre él; se imaginó que los largos mechones le rozaban los muslos, el estómago y el pecho mientras ella se movía. Se quedó en blanco un segundo, incapaz de decidir si podría contenerse para no hacerla suya en un parque público.

Las secas palabras de Julietta lo devolvieron al presente.

—¿Qué crees que estás haciendo? Suéltame. Esto no es nada profesional.

Joder, lo ponía a cien. Siguió aferrándola con fuerza y se echó a reír.

—¿Y lo que tú has hecho sí es profesional? ¿Te parece bien torturarme de esa manera?

La vio alzar la barbilla.

—Te lo tenías merecido. Tienes que dejar de soltar indirectas relacionadas con el sexo.

—Me parece justo. Estás cachonda, ¿verdad?

Una mezcla de estupefacción, indignación y lujuria apareció en sus ojos.

—Dime que no acabas de preguntarme eso —le soltó—. Te has pasado de la raya.

—El cuerpo te delata. —Le pasó una mano por el trasero y se la metió por debajo de la chaqueta antes de deslizarla hacia delante para cubrirle un pecho. El pezón se le clavó en la palma de la mano, endurecido contra la tela del jersey y del sujetador, exigiendo que lo liberasen—. Veo cómo te late el pulso en la garganta. Tienes los pezones duros y las pupilas dilatadas, y casi no puedes respirar.

—Hace frío y ha sido una carrera dura.

El comentario se la puso todavía más dura. Joder, era una mujer magnífica y se negaba a ceder un centímetro. Podría ser su mayor desafío.

—Sé de otra cosa que está dura —masculló.

—¿Lo ves? Ya estás otra vez. Deja que me levante.

—Un beso.

Se quedó paralizada. ¿Era miedo o arrepentimiento lo que veía en su cara? ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—¿Por qué?

—Demuéstralo. Demuestra ahora mismo que no te interesa.

Julietta puso los ojos en blanco.

—Has salido con demasiadas rubias. Esa frase es típica de un capullo.

Sawyer contuvo la sonrisa.

—Bésame. Una sola vez. Si no te entregas al beso, a mí, no te molestaré más. Tú controlas la situación.

—¿No intentarás tocarme?

—No. —A regañadientes, apartó la mano de su pecho y dejó caer los brazos a los costados.

Julietta cambió de postura para mantener el equilibrio, y se vio obligado a contener un gemido de dolor.

—¿Con mis condiciones? ¿Y después me dejarás tranquila?

—Sí.

Julietta frunció el ceño. Él esperó con paciencia hasta que la vio asentir con la cabeza.

—Vale. Y después seguiremos como socios comerciales. Sin cosas raras.

—Hecho.

Como si se estuviera preparando para una prueba, Julietta inspiró hondo, cerró los ojos y se inclinó hacia delante. Los labios de ella rozaron los suyos, muy suaves y dulces, como el algodón de azúcar que le gustaba de niño y que le seguía encantando. Tímidos. Sinceros. Puros.

Sintió que se relajaba contra él, y se percató de todas las señales que le indicaban que estaba excitada. Le costó la misma vida aceptar el beso con las condiciones de Julietta, pero cuando por fin apartó los labios, la sorpresa que vio en sus ojos oscuros le reveló mucho más que cualquier cosa que hubiera averiguado sobre ella hasta el momento.

Ah, sí, Julietta tenía miedo. De él. De su propia reacción. Lo deseaba con tanta desesperación como él la deseaba a ella. Sin embargo, no sabía qué hacer con esa atracción y sufría un bloqueo total en lo referente a su reacción física, como si no se permitiera llegar a un punto en el que no estuviera al mando.

Otra pieza del rompecabezas encajó en su lugar.

Julietta se apartó. Se humedeció el labio inferior y posiblemente capturó su sabor, dado que la vio estremecerse ligeramente. Se dio cuenta de que ese casto beso era más erótico que un ardiente beso con lengua, sobre todo porque era la primera vez que ella le daba algo de forma voluntaria.

Se juró que Julietta le daría muchísimo más.

—¿Y bien? ¿Satisfecho?

—Sí.

Julietta titubeó, como si no se fiara de que él se rindiera sin más. Sin embargo, se repuso enseguida, se levantó de su regazo y comenzó a recoger sus cosas.

—Será mejor que nos vayamos. No tardará en oscurecer.

No le contestó. Tiraron la basura a una papelera, regresaron a sus motos y se pusieron los guantes.

—Gracias por dejarme acompañarte. Te mandaré las hojas del contrato a tu despacho y mi asistente irá a recogerlas cuando hayas terminado.

—Estupendo. —Julietta intentó ocultar todo ese glorioso pelo bajo el casco y él se percató del temblor de sus dedos—. Supongo que cumplirás tu palabra y no me volverás a molestar con algo de índole… íntima, ¿no?

—No.

Julietta levantó la cabeza.

—¿Qué?

Sawyer se balanceó sobre los talones, disfrutando como un niño con zapatos nuevos.

—Te dije que si no respondías al beso, con tus condiciones, te dejaría tranquila. Pero lo has hecho. Me deseas tanto como yo a ti.

Julietta se quedó boquiabierta, pero después cerró la boca de golpe. Y apretó

los puños.

—¡No he respondido! Te dije que no me interesa llevar nuestra relación al dormitorio y tienes que respetar mis deseos. *Porca vacca*, ¡eres insoportable!

Sonrió al oírla.

—Ese beso ha demostrado muchas cosas, incluido tu interés. Sé que hay algo que te tiene prisionera, pero no sé muy bien qué es. Ahora tu comentario tiene mucho sentido. No se trata de quién tenga más cojones.

—¿Cómo dices?

Le guiñó un ojo.

—Se trata de quién aguante hasta el final. Un final al que pienso llegar contigo. Nos vemos el lunes. Se subió a la moto, aceleró y se perdió por el camino, dejándola junto al castillo bajo la luz del atardecer, con una expresión anonadada en la cara.

5

Sawyer contempló el basurero que solía ser su inmaculada cocina y contuvo su impaciencia.

Otra vez.

Un refresco derramado en la encimera. Una bolsa abierta de patatas fritas, reblandeciéndose. Una mancha oscura y restos de queso quemado en la cocina de acero inoxidable. Sus botas rechinaron sobre el suelo de mármol blanco mientras devolvía las patatas fritas al armario, tiraba las botellas de refresco en la basura para reciclar y pasaba una bayeta a la cocina.

¿No contaban los padres hasta diez cuando estaban a punto de explotar? De acuerdo, le gustaba que su casa estuviera limpia, y aunque era un hombre, lo que tenía delante parecía demasiado incluso a sus ojos. Desde que el chico se fue a vivir con él, su ya escasa paciencia era casi inexistente.

El plan original de alojarse en un hotel no tenía sentido. Permanecería en Milán una temporada y necesitaba supervisar cada una de las fases de la construcción de Purity, de modo que había decidido alquilar un apartamento cercano a las oficinas centrales. Cuando regresara a Nueva York, su nuevo aprendiz se alojaría en una *suite* adyacente en un hotel de cinco estrellas, y así ambos tendrían intimidad pero permanecerían lo bastante cerca como para que pudiera ejercer de guardián. Por supuesto, los beneficios de un hotel incluían servicio de limpieza y de habitación, de manera que rara vez tenía que preocuparse por el estado en el que el chico dejaba la habitación o de si se alimentaba bien.

Cuando llegó a Milán, decidió alquilar el lujoso apartamento y permitir que el chico viviera con él. Al fin y al cabo, era demasiado joven como para confiar en el muchacho, aunque su comportamiento se pareciera al de un viejo amargado con pinceladas de chulo agresivo. El apartamento era muy amplio, así que debería haber espacio suficiente para los dos.

Error.

Sawyer devolvió la bayeta al fregadero y se preguntó por enésima vez si estaba loco por haber acogido en su hogar a un vagabundo de las calles de Nueva York y por haberlo involucrado en su negocio. Como si no tuviera bastantes cosas en su lista de pendientes, añadía a un chico sin hogar, de mente ágil y sarcástico, empeñado en retarlo a cada paso del camino. Tal vez fuera la mirada perdida y furiosa de sus ojos lo que lo había incitado a conocer su pasado y había despertado en él el ansia de demostrar que había gente que se preocupaba por el mundo. El ansia de demostrar que podía ayudar y que podía marcar una diferencia. Bien sabía Dios que su hermano de acogida, Danny, jamás había contado con esa oportunidad.

Sawyer solo había planeado ayudar a Wolfe durante unas semanas y abrirle

el camino para que continuara solo. En cambio, ya habían pasado ocho meses y todavía no había hecho el menor intento de separarse de él. Por supuesto, el adolescente había demostrado ser rematadamente listo y una gran ayuda para levantar Purity. Al poco tiempo de estar compartiendo vida con él, Sawyer decidió contratarlo como su asistente fijo y ver hasta dónde llegaban.

Si no se mataban antes.

Fue al salón, decorado con tonos sencillos y masculinos, beige y marrón, que en ese momento estaba hasta arriba de ropa interior sucia, vaqueros y calcetines, y siguió el hedor hasta el dormitorio posterior. Lo recibió un silencio absoluto, pero sabía que Wolfe tenía los auriculares del *iPod* en las orejas, de modo que no escuchaba otra cosa que no fuera música. En vez de llamar a la puerta, la abrió directamente.

Se encontró con la mirada desafiante de unos ojos azules. Sawyer pasó de él y se dio unos golpecitos en una oreja para indicarle al chico que se quitara los auriculares. Vincent, llamado Wolfe a esas alturas, se removió en la cama y masculló un taco. Tras arrancarse el auricular de la oreja derecha, sobre la cual se había rapado el pelo, lo miró furioso.

—¿Qué?

—¿Y si limpias el desastre que vas dejando a tu paso?

Wolfe resopló.

—Tienes una señora de la limpieza, ¿qué más te da?

—Solo viene una vez a la semana, y hoy ya huele. ¿Sabes lo que es una cesta para la ropa sucia?

—Tú dejas las cosas por ahí.

Sawyer se negó a suspirar, era un tópico demasiado manido.

—Sí, pero no dejo la ropa sucia. He permitido que te quedes aquí para evitar que te gastes dinero en alojamiento. Lo menos que puedes hacer es comprar comida de vez en cuando.

La respuesta de Wolfe fue un hondo suspiro.

—Claro. Lo siento.

—¿Por qué no sales de aquí alguna vez? Sal a pasear. Ve de compras. Haz algo.

El chico lo miró como si hubiera ganado el premio al tonto del año. Los aros de oro que llevaba en una ceja y en una oreja brillaron como si se burlaran de él. ¿Por qué tenía ganas de repente de mover los pies, nervioso? ¿Cómo era posible que un chico de diecinueve años lo intimidara de esa manera? Se recordó que debía ser paciente. La paciencia y la comprensión le permitirían a la larga llegar hasta él. El muchacho había pasado lo suyo, y supuestamente debía ayudarlo.

—¿Para qué? ¿Para ponerme esa ropa tan ridícula que me compras e ir por ahí como si fuera el maniquí de un diseñador? ¿O para beberme un café expreso y fingir que lo tengo todo controlado para ligarme a una tía buena? No, gracias.

Me quedo aquí.

Sawyer le echó un vistazo a su uniforme habitual: vaqueros desgastados con un agujero en la rodilla. Botas negras maltrechas. Camiseta blanca. La cazadora de cuero completaba la imagen de chico malo, una imitación del Johnny Depp de este siglo. En realidad, le daba igual lo que el chico se pusiera, siempre y cuando estuviera presentable para ir a la oficina. Intentó cambiar de tema.

—No tienes por qué ponerte la ropa si no te gusta. He pensado que te apetecería salir a explorar un poco. Hablas genial el italiano, lo has pillado mucho antes que yo.

—Es un idioma para mariquitas.

Sawyer contuvo una carcajada. El chico era un incordio.

—Vale. Quédate aquí, pero no me robes las últimas botellas de Peretti… todavía eres menor de edad. Y no uses mi casa como base para conseguir mujeres. ¿Te has puesto en contacto con el departamento de ventas para comentar los temas que te dije?

—Sí, ya lo he hecho.

—Gracias, Vincent.

El nombre se le escapó sin ser consciente de que lo pronunciaba. Los ojos azules se entrecerraron y lo miraron, furiosos. El chico había apretado los puños. Sawyer se quedó muy quieto mientras Wolfe luchaba con sus demonios interiores. Unos demonios sobre los que él sabía demasiado.

—No vuelvas a llamarme así —masculló el muchacho—. Jamás. Me llamo Wolfe.

Sawyer levantó las manos.

—Lo siento. Todavía tengo que acostumbrarme.

Sawyer dio media vuelta y lo dejó solo. Mierda, hablar con él era como cruzar un foso lleno de víboras. Un paso en falso y se perdía una pierna. Debía de estar loco para pensar que podía cambiar las cosas con él. Y lo peor era que tenía un ego como una catedral para haberse llevado al chico de Nueva York a Italia a fin de enseñarle el negocio. No había lazos de sangre entre ellos. No le debía nada. Y el chico, Wolfe, tal como se hacía llamar, le había robado y después le había escupido en la cara cuando lo amenazó con mandarlo a la cárcel.

Los registros legales indicaban que se llamaba Vincent Soldano. Tres meses antes, le había dicho que ya no respondería a ese nombre y exigió que lo llamara Wolfe.

La importancia de dicha exigencia lo quemaba por dentro y removía recuerdos con los que todavía seguía batallando. Joder, él había hecho lo mismo. Se había reinventado y había adoptado un nombre nuevo en un esfuerzo por empezar de cero. Crear una nueva identidad lo ayudaba a olvidar la mierda del pasado. Sin embargo, todavía se le escapaba de vez en cuando el nombre de Vincent. Necesitaba ponerle más empeño.

Esbozó el asomo de una sonrisa. Wolfe era un chico con fuego interior, joder. Y él se había percatado de inmediato de que dicho fuego podía llevar a una persona por dos caminos: una vida delictiva donde un cerebro despierto y unas habilidades decentes podrían conseguirle el dinero suficiente para mitigar el dolor; o una vida real.

Que casi siempre era un camino difícil, donde no se ganaba tanto dinero, y que dolía mucho más.

Él le ofrecía esa vida real. El chico había tomado ese camino. El resto formaba parte del pasado y punto. Y de una casa sucia.

La vibración de su teléfono interrumpió sus pensamientos. No reconoció el número, pero respondió de todas formas.

Una voz familiar le llegó desde el otro lado de la línea y se quedó helado. Los recuerdos pasaron como un carrusel por su mente. Una mezcla de cosas buenas, malas y una encrucijada que jamás olvidaría. Saludó a la persona en italiano e intercambió los comentarios de rigor. Ella habló un rato y él escuchó hasta que reinó el silencio, a la espera de su respuesta. Sawyer cerró los ojos e inspiró hondo. La tensión le provocó una presión en la cabeza, pero se negó a darse una vuelta por el pasado, ya que se le antojaba más parecido a una película de Tim Burton que a una de Disney.

—Sí. Gracias por la invitación. Estaré allí. —Cortó la llamada y se dispuso a cambiarse de ropa.

Julietta caminó por la calle adoquinada y se sintió tranquila por primera vez desde hacía semanas. Los músculos del cuello y de los hombros se fueron relajando con cada paso que daba, con cada repiqueteo de sus tacones. La calidez de su tierra natal la abrazó con su familiaridad.

La villa de terracota de tres pisos era de diseño sencillo y arcos altos. Michael había insistido a su madre para que la abandonara y así poder comprarle un castillo acorde al imperio que había creado, pero ella se rió y anunció que moriría en la casa en la que había vivido su padre. Julietta no la culpaba.

Más de dos hectáreas de terreno se extendían en las cuatro direcciones y permitían al visitante contemplar la belleza de los Alpes. Bérgamo era el lugar perfecto para que su familia creciera, una combinación de lo viejo y lo nuevo, una ciudad dividida en dos alturas, *Città Bassa* y *Città Alta*, la ciudad baja y la ciudad alta. Una ciudad llena de balcones con barandillas de hierro forjado, patios frescos gracias a las plantas y huertas infinitas de limoneros y olivos. Julietta abrió la puerta y se dirigió a la cocina.

El espacio estaba dominado por mesas de pino tallado y sillas, que invitaban a largas cenas familiares y extensos menús, y que habían sido los testigos de un tiempo ya pasado. El suelo de madera estaba cubierto por alfombras hechas a mano. Los cálidos tonos rojizos, dorados y verdes de la Toscana se extendían ante ella, estimulando los sentidos. Captó el olor del limón, de las aceitunas en

salmuera, del laurel y de los tomates maduros. La parte derecha de la cocina estaba ocupada por una larguísima encimera de granito donde descansaban varios tarros de cristal y diversas cestas llenas de fruta fresca. En el fuego había varias ollas de agua hirviendo. El fiambre estaba dispuesto en distintas bandejas. La mesa estaba cubierta con un sinfín de hogazas de pan italiano cortado en rebanadas. En sus labios apareció una sonrisa y la invadió la tranquilidad.

Estaba en casa.

—¿Mamá?

Mamá Conte, que estaba delante de los fogones, se volvió.

—¡Ay, Dios mío, no te había oído! Antes oía incluso el crujido de la ventana cuando tu hermana intentaba escabullirse de casa para encontrarse con Dominick. Ahora no oigo ni siquiera cuando la puerta principal da un portazo.

Julietta se echó a reír y la abrazó. Había dado a luz a cuatro hijos, había creado una exitosa cadena de pastelerías y había enterrado a su esposo, pero su madre aún poseía una fuerza vital arrolladora. Se había recogido la larga melena canosa en un moño en la nuca y la artritis que padecía era lo bastante seria como para que necesitara un bastón para caminar. Sus problemas de corazón le habían dado varios sustos, pero aguantaba el tipo desde hacía unos años.

Llevaba su delantal favorito, que sacaba todos los domingos, adornado por las distintas manchas que había sufrido durante los años, pero siempre recién lavado. El delantal tenía impreso el logotipo de *La Dolce Famiglia* y había sido un regalo de su padre después de abrir su primera pastelería. Por un instante, Julietta regresó a la infancia con su madre frente a los fogones y fue feliz. Se sintió a salvo.

Se quitó el bolso del hombro, cogió su delantal y se colocó frente a la mesa para cortar tomates y pimientos.

—¿El tío Brian viene a cenar? —preguntó mientras troceaba la verdura con precisión.

—No, no vendrá, quiere llevar a los niños a pasear después de misa.

—¿Toda esta comida es para mí? —replicó, a modo de broma—. No intentes engordarme, mamá. Tendré que renovar todo mi vestuario.

Su madre hizo una pausa, como si estuviera sopesando sus siguientes palabras.

—Tendremos un invitado a cenar.

—¿Quién?

—Ya lo verás. De momento, cuéntame cómo van las cosas en el trabajo. ¿Has cerrado el trato con el Palazzo tal como querías? Sé que llevas meses trabajando en eso.

Julietta intentó controlar la decepción que le provocaba el fracaso y cuadró los hombros.

—No, tomaron la decisión hace semanas. El acuerdo no se concretó.

—Lo siento, cariño. Sé que era muy importante para ti, pero no es necesario.

Todo sucede por un motivo. Ya llegará un acuerdo mejor.

La verdad que encerraban las palabras de su madre la golpeó con fuerza. Se imaginó a Sawyer de repente: sus labios esculpidos de rictus malicioso y burlón, como si supiera que acabaría en su cama. Al menos había retrocedido y no había intentado presionarla. Sin embargo, necesitaba estar en guardia en todo momento. No confiaba en que fuera un hombre que siguiera las reglas.

Finalmente carraspeó y dijo:

—Mmm, en realidad voy a firmar un acuerdo muy importante, mamá. Para colaborar con una nueva cadena hotelera llamada Purity. Trabajaremos en exclusiva para dichos hoteles y el primero se inaugurará en Milán este mismo año.

La cara de su madre reflejó el orgullo que sentía.

—Bien hecho. ¿Por qué no lo celebramos con un buen *moscato*? Tengo una botella enfriándose en el frigorífico y la abriremos para cenar. Ahora que has firmado ese importante acuerdo, ¿es posible que reduzcas tu carga de trabajo?

La confianza de Julietta sufrió un ligero revés y evitó la mirada de su madre. Por supuesto. La empresa nunca era suficiente comparada con el matrimonio y los hijos. Tragó saliva para desterrar el escozor de las lágrimas y se preguntó si todo se debería al síndrome premenstrual. ¿Qué le pasaba últimamente? Estaba demasiado emocional y… ñoña.

—En realidad, ahora tendré que trabajar más —contestó a la ligera—. Pero me lo estoy pasando en grande. Estoy haciendo lo que siempre he soñado que haría.

Su madre cortó un trozo de *mozzarella* fresca y se lo ofreció junto con una rebanada de pan. El cremoso y sabroso queso se fundió con el pan caliente y Julietta tragó, saboreándolo encantada.

—Sé que disfrutas con tu trabajo. Sin ti, no estoy segura de que *La Dolce Famiglia* hubiera sobrevivido, aun con Michael al timón. Tienes un don. Lo único que quiero es que lo compartas con alguien especial.

Julietta encogió un hombro. El típico sueño de una madre moderna. Sin embargo, el comentario le escoció, porque parecía que lo que había hecho con su vida no bastaba. Tampoco podía confesarle a su madre que le pasaba algo raro, que era incapaz de conectar con un hombre. Desterró la depresión al fondo de su mente e intentó concentrarse en pasar una velada agradable con la visita.

—A lo mejor algún día —replicó con alegría.

—Sí. Algún día.

Alguien llamó a la puerta, salvándola de más preguntas. Julietta se limpió las manos en un paño de cocina y sonrió.

—Ah, nuestro misterioso invitado. Me apuesto lo que quieras a que es el padre Richard. Le encanta disfrutar de tus platos. —Caminó hasta la puerta principal y la abrió.

Se quedó boquiabierta.

Sawyer Wells estaba en la entrada. Su traje de empresario había sido sustituido por unos chinos cómodos, un jersey de punto de color crema y unas botas de cuero de Versace. Llevaba el pelo suelto, una deliciosa melena rubia y ondulada cuyas puntas le acariciaban los hombros. En las manos tenía un ramo de flores recién cortadas y una botella de vino tinto.

—Hola.

Julietta siguió mirándolo.

Él ladeó la cabeza y pareció luchar contra la risa.

—Esto… ¿puedo pasar?

Ella recobró la voz y masculló en voz baja:

—¿Qué haces aquí?

Sawyer enarcó una ceja.

—Supongo que no sabes que me han invitado a cenar.

Julietta parpadeó.

—¿Eh?

—Veo que fuera de la oficina te cuesta hablar. Tu madre me ha invitado a cenar.

Julietta se apartó de un brinco.

—Imposible.

Desde el pasillo les llegó una voz:

—Julietta, no tortures más al pobre hombre y déjalo pasar. Tiene razón.

Sawyer sonrió.

—Te lo he dicho —replicó al tiempo que pasaba por su lado.

Julietta se aferró con fuerza a la puerta en un intento por seguir de pie. Tras respirar hondo varias veces, lo siguió.

—¡Qué bonitas! —Oyó que exclamaba su madre mientras aspiraba el aroma de las rosas y las azucenas—. Julietta, ¿puedes ponerlas en el jarrón del salón? Sawyer, ¿puedes abrir la botella de *moscato*? Está en el frigorífico. Acabo de enterarme de que Julietta ha firmado un acuerdo empresarial estupendo y vamos a celebrarlo.

Sawyer echó el cuerpo hacia atrás, balanceándose sobre los talones. Era evidente que la situación le hacía mucha gracia.

—Un acuerdo empresarial estupendo, ¿no? Por supuesto.

—Mamá, ¿qué pasa? No sabía que Sawyer y tú fuerais amigos íntimos.

Su madre volvió la cabeza al instante.

—Es un amigo de Max y es domingo. Es normal que lo invite a cenar con nosotros. Mi casa está abierta a todo el mundo, sobre todo a alguien cercano a mi familia. Estoy segura de que estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

Julietta se humedeció los labios, que tenía resecos. Ay. La furia de su madre era antológica, y nada la enfadaba más que la idea de que alguien no fuera bien

recibido en su casa. *Mio Dio*, ¿por qué le estaba pasando eso ese día? Lo único que quería era un poco de paz y tranquilidad, y al final iba a compartir la cena con la fuente de todo su nerviosismo en la casa familiar. Se obligó a decir:

—Por supuesto. Voy a por el jarrón.

Se dispuso a colocar las flores mientras Sawyer abría la botella de vino espumoso y lo servía. Aunque hablaron de cosas sin importancia, le ardía la piel bajo su abrasadora mirada. ¿Cómo se las arreglaba ese hombre para hacer que la estancia pareciera más pequeña? Se comportaba con una actitud tan digna que daba la impresión de robarle todo el aire. Se sintió muy vulnerable. De repente, deseó llevar su traje de chaqueta y sus taconazos. Su atuendo dominical consistía en unos vaqueros, una camiseta de manga corta de color lila, una rebeca con cremallera y unas manoletinas negras de ante. Se había dejado el pelo suelto, que se le había enredado un poco con el aire, y apenas llevaba maquillaje ya que no acostumbraba a arreglarse mucho cuando visitaba a su madre. Apretó los labios y se juró que no permitiría que ese hombre la incomodara. Él era el extraño, no ella.

—Sentaos y relajaos. Lo tengo todo controlado. Comed un poco de *antipasto*. —La bandeja con jamón, pan crujiente, queso y *pepperoni* tenía una pinta estupenda.

Había algo muy íntimo en el hecho de comer en la cocina de su madre. La mesa de pino macizo era grande, pero la estancia poseía un aire acogedor. El enorme ventanal de medio punto emplazado sobre el fregadero permitía que la luz entrara a raudales y ofrecía una vista fantástica de las colinas doradas. El suelo de madera de pino, con sus tonos anaranjados, rojizos y dorados, reflejaba la luz, y sus matices complementaban los coloridos cuencos de pasta y las bandejas pintadas a mano. Las servilletas estaban cosidas a mano, lo mismo que los manteles individuales, y se usaban a modo de presentación con cada plato que se servía. En el aire flotaba el olor de la salsa, del ajo frito y del limón, envolviéndolos con su calidez. Julietta sabía que su madre no le permitiría ayudar, ya que contaban con un invitado, de modo que se llenó el plato hasta arriba, bebió vino y miró a su socio con expresión asesina.

Él no pareció intimidado. Más bien fascinado por su atuendo, por su apetito y por su malhumor.

—Mamá Conte, es un honor que me hayas invitado a cenar. Supongo que Julietta ya te ha contado todos los detalles de nuestro acuerdo, ¿verdad?

—No, no hemos entrado en detalles todavía. ¡Madre mía! ¿Eso quiere decir que vais a trabajar juntos?

Sawyer sonrió.

—Sí. Estoy construyendo una nueva cadena de hoteles llamada Purity y *La Dolce Famiglia* será mi proveedor exclusivo. Por supuesto, Max se encargará de los hoteles de Estados Unidos, pero la gran inauguración será en Milán. Julietta

será clave para conseguir que el lanzamiento sea un éxito.

Julietta trató de no mirarlo echando chispas por los ojos, algo demasiado juvenil y que denotaba muy poca clase. ¿Cómo se atrevía a robarle la noticia? Más bien parecía que el acuerdo era un regalo que él le había hecho sin que ella hubiera participado en el proceso. Que le dieran. Decidió intervenir.

—Por supuesto, se han llevado a cabo ciertas negociaciones antes de firmar el acuerdo. Algunas de las cláusulas eran inaceptables.

—Por supuesto —replicó él.

Su pronta aquiescencia la enfureció todavía más.

¿Por qué la irritaba constantemente?

—Julietta es un orgullo para la familia. Y tú lo has hecho muy bien, Sawyer. Háblame de esa cadena hotelera.

Mientras hablaba sobre Purity, Julietta vislumbró el placer que se reflejaba en su cara. Aunque le resultara raro, lo comprendía de forma instintiva. La necesidad de triunfar y de demostrar su valía. La feroz satisfacción de haber construido algo propio en un mundo donde nada era permanente. Rara vez se detenía a analizar la procedencia de dichos anhelos. La verdad la asustaba demasiado.

Había pasado una semana desde el beso. Como si hubiera presentido su necesidad de alejarse, Sawyer le había permitido mantener las distancias y se había limitado a ponerse en contacto con ella a través del teléfono y de una breve visita que fue estrictamente de negocios.

Sin embargo, el daño estaba hecho.

Se pasaba el día pensando en el beso. En la textura de sus labios, en el olor de su piel, en la promesa de su boca, que la devoró con ansia y avidez. Se pasaba las noches en vela, poniéndolo de vuelta y media. ¿Cómo era posible que un simple beso la afectara hasta ese punto? Si no conociera bien cómo funcionaba su cuerpo, arrojaría la prudencia y sus principios por la borda y se lo llevaría a la cama.

Por desgracia, estaba segura de lo que sucedería. El estallido de la pasión y del deseo. La promesa de la satisfacción. Y al final la llama que se apagaba cuando su cuerpo se congelaba bajo las caricias de un hombre. Con Sawyer sería igual, y no tenía la menor intención de permitirle saber su secreto.

Solo necesitaba superar la atracción.

Se concentró en la conversación.

—Mamá, ¿cómo conociste a Sawyer? —Se aseguró de formular la pregunta de manera que él no pudiera contestarla.

Vio que Sawyer se tensaba. Una miríada de emociones se reflejó en sus ojos atigrados, pero se recuperó tan rápido que acabó preguntándose si todo había sido fruto de su imaginación.

De repente, se hizo un tenso silencio en la cocina. Sabía que había una historia

importante, y esperó a que su madre la contara.

Por fin encajaría una pieza del rompecabezas que componía a ese misterioso hombre y tal vez ganaría cierta ventaja sobre él.

—Estaba tomándome una copa con la madre de Max en el hotel Prospect. Sawyer estaba en la barra con su jefe. Madre mía, hace tanto tiempo que ya casi ni lo recuerdo, pero creo que hubo un agrio intercambio de palabras. Su jefe se comportaba de forma abusiva. ¿Cuántos años tenías? ¿Veintidós?

—Sí.

Sawyer contestó con voz neutra, con el rostro carente de toda expresión.

—El caso es que su jefe se marchó y yo no podía conseguir que el camarero me atendiera. Sawyer me invitó y empezamos a hablar. Me recordó mucho a Max: joven, ambicioso, listo para conquistar el mundo.

Julietta esperó. Se hizo el silencio.

—¿Y ya está?

Su madre la miró sorprendida.

—Sí. A ver, ¿cómo esperabas que nos hubiéramos conocido?

La mirada de Julietta se cruzó con la de Sawyer. Sintió que el calor la invadía por entero, extendiéndose bajo su piel y mojándola entre los muslos. El extraño poder sexual que él ostentaba era demasiado para ella, pero prefería morir a dejarlo ganar esa lucha de miradas.

—Sawyer se mostró muy misterioso sobre la forma en la que os conocisteis. Pensé que había algo más.

—No que yo recuerde. Sawyer, ¿pasó algo más?

Él vaciló un momento. El instinto de Julietta le decía a voz en grito que había pasado algo más con su madre en aquel bar, pero ella permitía que fuera Sawyer quien llevara las riendas. Al final, lo vio esbozar una tensa sonrisa.

—No. Eso fue todo.

Julietta encorvó los hombros, derrotada. Joder, necesitaba algún tipo de munición. Por más que tratara de ahondar, su pasado era un lienzo en blanco en la etapa previa a su irrupción en el mundo empresarial. Detestaba la idea de que él supiera más cosas de ella. ¿Y qué era lo peor?

Que Sawyer era consciente de esa circunstancia.

Su madre siguió hablando.

—El destino es increíble. Conociste a Maximus en un proyecto empresarial y ahora vas a formar parte de nuestra empresa con Julietta. Es casi como si estuviera escrito que tuvieras que acabar siendo parte de la familia.

De repente, Julietta oyó campanas de alarma en la cabeza. Se negaba a compartir sus tranquilas cenas dominicales con un hombre que solo quería pulsar sus botones sexuales. Su relación debía restringirse al ámbito empresarial de la oficina, que era adonde pertenecía. Carraspeó.

—Esto… Seguro que a Sawyer le gusta mantener apartada su vida privada

del ámbito laboral. Tenemos que respetarlo.

Su madre resopló y agitó una mano en el aire.

—Tonterías. Te repito que necesitas más distracciones además del trabajo. Cenar con amigos y con la familia es algo necesario en los tiempos que corren. El dinero y el éxito no lo son todo. Lo importante es la felicidad.

Julietta se llevó a la boca otra rebanada de pan crujiente cargada con *pepperoni* para no gritar. Sawyer unió las puntas de los dedos frente a la cara y esperó. La miraba fijamente con expresión guasona.

—Estoy de acuerdo —dijo él despacio—. De hecho, le he dicho a Julietta que me encantaría pasar más tiempo con ella en un ámbito más personal. No conozco a mucha gente en Milán.

Julietta se tragó el pan de golpe y estuvo a punto de ahogarse, aunque logró controlarse para no toser.

—Una idea estupenda. De ahora en adelante, cenarás con nosotras los domingos. Estoy segura de que Julietta encontrará tiempo en su apretada agenda para presentarte a algunas de sus amistades.

—Gracias.

Julietta abrió los ojos como platos. Su madre colocó frente a ellos unos cuencos a rebosar de *manicotti* y ensalada fresca y sonrió.

—¿No es maravilloso? Y ahora, a comer. Los dos.

—¿Por qué me incordias?

Estaban sentados en la terraza de atrás, bebiendo *capuccinos* y disfrutando de un plato de *biscotti* de almendras con miel recién horneados. El lugar era amplio y abierto por los laterales y por el frente, orientado hacia la piscina con forma de laguna y los jardines. El mobiliario de hierro forjado le añadía un toque tradicional a la villa de mamá Conte. Las macetas de terracota se alineaban sobre el suelo adoquinado. En algunas había hierbas aromáticas y en otras, arbolillos frutales listos para florecer en cuanto llegara la primavera. El invierno aún daba sus últimos coletazos, pero el frío del aire despejó los pulmones a Sawyer y aguzó sus instintos. Las montañas brillaban a lo lejos y el borboteo del agua que caía sobre el ángel de mármol de la fuente era música relajante para sus oídos. Colocó las piernas en el sillón que tenía enfrente y mojó la galleta en el café.

—No lo hago. Tu madre me aprecia.

Julietta puso los ojos en blanco.

—Mi madre aprecia a todo el mundo. Sería capaz de invitar a cenar a un asesino en serie.

—Muy bonito.

—¿Qué pasó realmente entre mi madre y tú? Tengo la impresión de que hay algo que me estáis ocultando.

Ah, ahí estaba. Aunque jamás confesaría esa parte tan importante de su

pasado. Mamá Conte le había salvado la vida y lo había llevado por un nuevo camino que lo había cambiado todo. Rememoró el recuerdo de su encuentro más reciente.

Mamá Conte fue a verlo tras obtener su primer gran éxito con el hotel El Príncipe. Puesto que estaba orgulloso de lo que había conseguido con su ayuda y ebrio por el hecho de llevar una vida que solo se había atrevido a soñar, la invitó a almorzar y después la abrazó con ternura. Acto seguido, le hizo una promesa en italiano, una promesa sagrada que le salió de lo más hondo del alma y de las entrañas; le susurró al oído:

—Estoy en deuda con usted. Si alguna vez me necesita, haré lo que me pida.

Tenía la intención de cumplir esa promesa si se le presentaba la oportunidad. Desterró el recuerdo.

—Digamos que supe de inmediato que era una mujer extraordinaria. Debe de ser genético.

—Mira, no quiero que nuestra relación pase de lo profesional a lo personal. Ya te lo he dicho muchas veces, pero no me haces caso. No me interesa.

—Eso dices, sí. —Volvió la cabeza para mirarla.

Le encantaba la vulnerabilidad que irradiaba ese día. Vestida con esa ropa informal, con la melena suelta tan *sexy*, parecía muy cercana. Joven. Se había sentado sobre los pies descalzos, unos pies que parecían demasiado pequeños para una mujer tan alta. La imagen de reina de hielo había quedado relegada de momento. El intenso anhelo que le atenazaba las entrañas le resultó extraño. Ansiaba sentarla en su regazo, sujetarla por la nuca y darse un festín con esos labios pintados de rosa claro. Explorar su boca con la lengua hasta oír los gemidos que se escapaban de su garganta mientras le suplicaba más.

Esa mujer era un ramillete de contradicciones. Astuta empresaria. Motera agresiva. Y dulce y tranquila en la cocina de su madre. Durante la cena, Julietta se había quitado la rebeca y el movimiento había dejado a la vista el tirante de encaje de color lila del sujetador que llevaba debajo de la camiseta de manga corta, una imagen que se la había puesto dura al instante. Por favor, esa mujer llevaba ropa interior sensual. En algún lugar oculto, detrás de esa fachada de control y disciplina, había una vampiresa deseando liberarse. Apostaría lo que fuera a que llevaba tanga. Seguramente también sería lila, para hacer juego con el sujetador. ¿Se habría depilado por completo? ¿O tendría un sedoso triángulo de vello oscuro que ocultaba sus secretos?

—¿Hola? La Tierra llamando a Sawyer —soltó Julietta, que lo miraba con el ceño fruncido—. ¿Por qué tienes esa expresión tan rara en la cara?

Julietta se removió en el sillón y él captó el color rojo de las uñas de sus pies. Nada de esmalte transparente o color melocotón recatado. Un rojo sangre. Sí, estaba coladito por ella.

—Estaba pensando. —Extendió un brazo y le cogió un mechón de pelo, que

se escurrió entre sus dedos con la suavidad de una amante. Entre el color castaño había vetas rojizas que parecían estar jugando al escondite—. Tienes un pelo precioso. Tan largo y suave. —Le soltó el mechón, que regresó despacio a su lugar. Después le acarició una mejilla—. Y una piel perfecta. Dorada y sedosa. Si la lamiera, ¿sabría a chocolate y coco?

Julietta contuvo el aliento, pero se negó a rendirse.

—Allá vamos. ¿Mis ojos son dos pozos oscuros de deseo que esperan que te sumerjas en ellos?

Sawyer meneó la cabeza. Joder, era lista.

—No está mal. Iba a seguir con la referencia del chocolate, así que lo normal era compararlos con el cacao.

En los labios de Julietta apareció el asomo de una sonrisa.

—Habrías exagerado.

—Es posible. También he estado pensando mucho en tus pechos.

—Mmm… a ver si lo adivino. ¿Suaves curvas de alabastro?

—Horrible, simplemente horrible. No, son firmes y turgentes, con grandes pezones que intentan liberarse del sujetador. Confieso que he soñado con su color. ¿Rosa claro como el algodón de azúcar? ¿O rojo oscuro como una deliciosa fresa? —Se percató de que el deseo dilataba sus pupilas, de modo que decidió aprovecharse y le pasó la yema del pulgar por los labios, presionándolos con delicadeza. Como si fuera una cierva en mitad de un verde prado, Julietta se mantuvo inmóvil por completo y esperó, presintiendo el peligro—. Me gusta imaginar que te los chupo para ponértelos duros. Y que los muerdo, me apetecería mucho morderte los pezones, Julietta. A veces, un puntito de dolor mezclado con el placer te lleva a una dimensión nueva. Me encantaría explorar esa dimensión contigo.

—Para.

—¿Por qué? —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y se inclinó hacia delante. Su aliento le acarició los labios, que había separado, y la cercanía le provocó una erección instantánea—. ¿No te ha dicho nunca un hombre lo que quiere hacer contigo? Los preliminares verbales son claves para excitar a una mujer. El cerebro es la zona erógena más importante del cuerpo y muchos no aprovechan su potencial. —Con la otra mano empezó a acariciarle una pierna por encima del vaquero, y se detuvo en la rodilla—. Tus piernas han sido creadas para rodear las caderas de un hombre mientras él te la mete hasta el fondo. Son largas y torneadas, y me encanta que lleves las uñas pintadas de rojo. Aunque a lo mejor te pediría que te dejaras puestos los zapatos de tacón que tanto te gustan. Creo que sería agradable sentir el roce de los tacones en los muslos mientras me pides más.

Vio como se le sonrojaban las mejillas. Consciente de que la tenía hechizada, aunque fuera durante unos segundos, le introdujo el pulgar entre los labios

solicitando la entrada. Ella titubeó un instante y después abrió la boca.

Le metió el dedo y ella se lo lamió. El roce húmedo de su lengua lo dejó sin aliento.

—Pero me parece que te haría esperar —murmuró—. Porque creo que me has torturado demasiado. Te metería los dedos en el coño mojado y te acariciaría el clítoris hasta que me suplicaras más.

Julietta le mordió la yema del pulgar.

El deseo se apoderó de él al instante.

—A la mierda con todo —gruñó él.

Apartó el dedo de su boca, la aferró por la nuca y se apoderó de sus labios.

La devoró tal como había deseado hacer desde que la vio por primera vez. No hubo juegos delicados ni besos dulces. Siguió su instinto y la obligó a entregarse por completo, a rendirse del todo.

Exploró con la lengua el interior de su boca, que sabía a azúcar y miel, y recorrió cada uno de sus sedosos recovecos. Se tragó sus gemidos y se bebió su pasión. En un primer momento, Julietta le devolvió el beso con el mismo deseo, acariciándolo con la lengua y clavándole las uñas en los hombros. En un primer momento la pasión estalló en su interior, de una forma tan intensa y abrasadora que estuvo a punto de arrancarle los vaqueros y hacerla suya allí mismo, en la terraza de atrás de la casa de mamá Conte.

Y después Julietta cambió.

Se percató del cambio de inmediato. La frialdad de su piel. La rígida tensión de unos músculos que segundos antes estaban relajados y rendidos. Suavizó el beso mientras ella dejaba de ser una fervorosa participante y se convertía en mera receptora. El fuego se apagó y dejó un rastro de humo, cenizas y ascuas moribundas.

Apartó los labios de ella y la miró a los ojos.

Desprecio.

No hacia él. No por el beso. Más bien era decepción y disgusto consigo misma. El arrebato emocional desapareció al instante y se ocultó en algún rincón profundo de su interior. Julietta se envolvió en un manto gélido y reservado, y tuvo la impresión de estar mirando a una desconocida distante en vez de a la mujer que segundos antes ardía entre sus brazos.

Y entonces lo supo.

La certeza lo golpeó de repente, pero no tuvo tiempo para asimilarla. Ella lo apartó de un empujón, haciendo un alarde de silenciosa dignidad, y levantó la barbilla.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo —le dijo con frialdad—. Estoy segura de que necesitabas hacer el experimento, pero como ya te he dicho antes, no me interesa mantener una relación física contigo.

Sawyer le permitió la retirada porque necesitaba tiempo para procesar la

nueva información.

—Lo siento. La conversación sobre comida y partes del cuerpo me ha hecho perder el control.

Julietta esbozó una sonrisa tensa, obviamente desesperada por superar la incomodidad provocada por el beso.

—Disculpa aceptada. Sawyer, esto no va a funcionar. Quiero que busques una excusa para no venir a cenar los domingos. Es el único momento de relax del que disfruto en toda la semana y cuando puedo pasar un rato agradable con mi madre. Estoy segura de que lo entiendes y lo respetas.

—Me gusta verte así —murmuró—. Más relajada, más cercana. Me gusta ver cómo ayudas a tu madre en la cocina, cómo disfrutas de la comida sin preocuparte por nada y cómo miras a tu madre, con tanto amor y respeto. —Sus pensamientos regresaron al pasado.

Siempre había deseado tener una familia a la que amar. Una familia que lo amara. Era un concepto misterioso que nunca había comprendido, y observar la relación entre Julietta y su madre había despertado una emoción y un anhelo que rara vez se permitía experimentar. Recordó el día que volvió a casa con un ojo morado después de que uno de los chulos del colegio le pegara en el patio. Cuando su padre de acogida le preguntó quién había ganado la pelea, le dijo la verdad, y como premio se llevó un bofetón que casi lo dejó sin dientes. A modo de castigo, no le permitió comer en dos días, porque los perdedores no merecían nada.

¿Qué estaba haciendo?

Quería seducir a Julietta Conte, quería que se sintiera cómoda a su lado. Quería que sus habilidades como empresaria convirtieran a Purity en la mejor cadena de hoteles. No necesitaba inmiscuirse en su familia ni que le recordaran esos sentimientos agradables para los que no tenía ni cabida ni tiempo. Sabía que ella se los provocaba, pero no podía dejarse engañar. No eran para él. Pensar en imposibles no le reportaría nada.

Tenía que salir de allí.

Julietta se apartó, sorprendida, al ver que se levantaba.

—Tienes razón. No te molestaré más durante las cenas. Voy a despedirme de tu madre y nos vemos mañana en la oficina. Necesito que conozcas a los demás proveedores de Purity y que repasemos los planes iniciales.

—Sí, claro, por supuesto.

—Muy bien. Buona sera, Julietta.

La dejó en la terraza y trató de no salir corriendo como si llevara a unos zombis pegados a los talones. Julietta tenía razón en una cosa: la cena había sido un error.

Pero no el beso. El beso desde luego que no. Por fin sabía lo que ella necesitaba, lo que ansiaba, y sabía cómo ofrecérselo. No pensaba renunciar a la

oportunidad de demostrarle lo que se había estado perdiendo ni a introducirla en el sensual mundo de los placeres eróticos.

Apretó los labios y, decidido, fue en busca de mamá Conte para despedirse de ella.

6

¿Qué había pasado la tarde anterior? Julietta se sentó a la mesa de la sala de conferencias con el resto del equipo de Sawyer e intentó concentrarse. Por un instante, había conseguido desestabilizarla, pero cuando recuperó el control, algo había cambiado entre ellos. Vio una certeza en sus ojos que la acojonó. De repente, le recordó a un depredador hambriento dispuesto a devorarla. Lo más aterrador era que ese final no le parecía tan malo.

Cuando creía haber recuperado la compostura, vio en su cara el asomo de algo. Arrepentimiento. Y cierto anhelo. Sawyer se fue tan deprisa que supo que se sentía herido por algo que ella no entendía. La idea de que podía hacerle daño a un hombre como Sawyer Wells la mantuvo despierta toda la noche. Pensando en ese beso. Durante unos segundos su cuerpo cobró vida y estuvo listo para jugar duro. Durante un instante creyó que él la había curado, y se habría subido encima de él tan alegremente para metérsela hasta el fondo más rápido de lo que él habría imaginado siquiera. La idea de experimentar un orgasmo la emocionaba, la tentaba como un faro en la noche al que era incapaz de llegar. Sin embargo, al igual que le pasó con el resto, su mente acabó entrando en juego y su deseo se apagó.

Solo fue un espejismo.

El fracaso se había burlado de ella y la había torturado mientras daba vueltas en la cama revuelta. Si Sawyer era incapaz de hacer que respondiera, ningún hombre lo lograría. Lo sabía con seguridad. Él le había transmitido todas las señales para que se recuperase. Por supuesto, al menos ya no tenía que torturarse más con las posibilidades. Se centraría en los negocios y ya no sentiría tentación alguna. Sí, sería bochornoso pensar que Sawyer le tenía lástima, pero a lo mejor creería que no se sentía atraída como el resto de las mujeres. Tal vez no creyera que tenía algún defecto, sino que era la excepción que confirmaba la regla. Con un poco de suerte.

Se volvió a concentrar en el resto de los proveedores que se apiñaban alrededor de la mesa. Tanya, la decoradora de interiores y experta en tejidos, parecía un poco esnob, pero con mucho talento. Su melenita pelirroja, el cuidado maquillaje y la tendencia a vestirse de negro indicaban que poseía mucho estilo y que sabía cómo hacer que todo combinase. Ricardo, el chef encargado de los restaurantes de Purity, exhibía una calma esencial en la industria hotelera y exponía sus ideas de forma profesional. Evelyn, la experta del *spa*, era muy moderna, con una melena rubia hasta las caderas y vestida de los pies a la cabeza con tejidos orgánicos y en tonos tierra. Hablaba con voz melódica y baja, y tenía una piel luminosa y fresca, así como un cuerpo delgado que entrenaba mediante horas de yoga. Cada cual aportaba algo a la mesa, y sentía que podían trabajar en equipo, sin perder la esencia personal.

Observó a Sawyer con los párpados entornados. Era magnífico en acción. Tenía el control absoluto, y lo lograba con una facilidad y una pose accesible que invitaba a ofrecer opiniones y a entablar una discusión. Organizado al máximo y con don de palabra. Le recordaba a Michael, pero Sawyer funcionaba con más sutileza, como si ofreciera una imagen un tanto superficial pero siempre mantuviera un férreo control. Su traje gris se amoldaba a su cuerpo musculoso como las manos de un amante. Cuando se volvió hacia la presentación en *PowerPoint*, se le fueron los ojos hasta ese duro trasero que sus dedos se morían por explorar. Era increíble lo mucho que ansiaba sus caricias. Ya tenía las bragas mojadas y un ardiente deseo le palpitaba entre las piernas. Era una pena que se quedara paralizada en cuanto se tocaban.

Sawyer se volvió y le dirigió una mirada elocuente. Ella intentó no dar un respingo; en cambio, se concentró en no ruborizarse. Qué vergüenza. Contemplarle el culo como una tonta adolescente coladita por su profesor.

En ese momento se abrió la puerta y entró un chico, que susurró algo a Sawyer al oído antes de asentir con la cabeza y acercar una silla a la mesa de conferencias para unirse al grupo.

Todos lo miraron boquiabiertos.

Ataviado con un serio traje azul marino y una corbata, parecía el típico empleado de cuello para abajo. Hasta ahí, todo normal. Porque llevaba la mitad derecha de la cabeza rapada, dejando al descubierto un pendiente dorado y varios *piercings* en la oreja y en la ceja. El pelo del lado izquierdo era negro y lo llevaba peinado formando púas muy tiesas, como si su estilista hubiera tenido un mal día. Unos ojos azules de expresión hosca se clavaron en los proveedores, como si los estuviera desafiando a protestar por su aspecto. Tenía un tatuaje en torno al cuello, una especie de serpiente enroscada, a modo de collar eterno. Julietta calculó que tendría diecinueve o veinte años como mucho. ¿Qué hacía allí?

Sawyer carraspeó antes de hablar.

—Me gustaría presentaros a mi asistente, Wolfe. Lleva un tiempo trabajando conmigo en prácticas y le he asignado la tarea de ayudaros en todo lo que os haga falta. Sé que ya tenéis personal de sobra, pero será vuestra persona de contacto en cualquier problema que surja en el día a día.

Nadie habló.

Wolfe torció los labios con gesto burlón.

—No os entusiasméis tanto —soltó.

Cuando Sawyer lo reprendió con la mirada, Wolfe se limitó a encogerse de hombros antes de acomodarse en la silla, como si le importase una mierda.

Tanya dijo:

—Sawyer, no creo que un muchacho con problemas de identidad pueda trabajar para mí. Mis colaboradores están bien entrenados. Yo me ocuparé de

todos los detalles que me atañen, pero si hay algún problema, acudiré a ti directamente.

Ricardo asintió con la cabeza, de acuerdo con sus palabras. Evelyn miró a Wolfe con curiosidad, como si lo estudiara para un proyecto.

—Fascinante —susurró—, pero estoy de acuerdo con Tanya. Solo hablaremos con el director del proyecto. Si no te parece bien, me temo que va a suponer un problema.

Wolfe meneó la cabeza.

—Te lo dije —soltó—. No iba a salir bien. Solo te quieren a ti.

—Os aseguro que Wolfe es absolutamente capaz de ayudar y que está al tanto de todo lo que queremos lograr con Purity. Llevo meses entrenándolo. No os dejéis engañar por su aspecto.

—Es verdad, sé contar sin usar los dedos —añadió Wolfe.

Julietta se mordió el labio para contener una carcajada. Joder, estaba muy cabreado. Le recordaba a Carina con su misma edad; aunque era muy dulce, también estaba cabreada, se sentía desdichada y odiaba su vida. ¿Por qué había contratado Sawyer a alguien así? El misterio le resultaba fascinante.

Tanya soltó una carcajada seca.

—Sin ánimo de ofender, señor Wolfe, pero nos negamos a que haya un intermediario. Así se cometen demasiados errores. O lo tomas o lo dejas, Sawyer.

—Lo mismo digo —indicó Ricardo.

—Yo trabajaré con él. —Los tres se callaron y miraron a Julietta boquiabiertos. El chico la miró con los ojos entrecerrados y expresión recelosa —. Siempre y cuando al señor Wolfe le parezca bien trabajar conmigo. Me encantaría contar con alguien a quien pasarle la información. Sawyer estará demasiado ocupado probando cómo encajan todas las piezas del rompecabezas, así que me vendrá bien la ayuda.

—Es Wolfe a secas, nada de señor.

Julietta sonrió.

—*Mi dispiace*. Pues Wolfe a secas. Gracias por la ayuda.

El chico asintió con la cabeza, cruzó los brazos por delante del pecho y clavó la mirada en la mesa. El placer y el alivio inundaron la cara de Sawyer. A Julietta le dio un vuelco el corazón. Qué raro. Sawyer parecía preocuparse por ese chico más que por cualquier empleado normal. Tenía que averiguar qué historia se escondía detrás de esa actitud.

Dieron por concluida la reunión y se tomaron un descanso para comer. Julietta se acercó a Wolfe.

—Gracias de nuevo por ofrecer tus servicios.

Le tendió la mano y él titubeó, como si la creyera capaz de apartarla en el último momento y echarse a reír. Pero después se la estrechó con fuerza y se la

soltó tan rápido que Julietta se preguntó si la tenía sudorosa.

—De nada.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Sawyer?

El chico cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros antes de contestar:

—Por curiosidad. Purity lo es todo para él. Si confía en ti para que participes, debe de creer que eres bueno.

Wolfe miró por encima del hombro a Sawyer, que estaba hablando con Tanya.

—Tengo memoria fotográfica —admitió él a regañadientes—. Y soy un hacha con los números. Nos conocimos en Nueva York y me pidió que viniera a trabajar con él.

El chico relajó la mandíbula y sus ojos azules adoptaron una expresión menos dura. Interesante. Se tenían afecto. Reservó el resto de las preguntas que tenía para más adelante y asintió con la cabeza.

—Me encantaría que vinieras a *La Dolce Famiglia* y conocieras a parte de mi equipo. Tengo una lista específica de requisitos y alguien que sepa contar sin usar los dedos sería una grandísima ayuda.

Lo vio contener una sonrisa.

—Genial.

—Nos vemos luego. —Giró sobre los talones y echó a andar hacia la puerta, pero oyó que alguien pronunciaba su nombre. Se le quedaron los pies clavados en el sitio al oír el tono dominante, y el estómago le dio un vuelco y se le cayó a los pies. Volvió la cabeza—. ¿Sí?

Sawyer la atravesó con su ardiente mirada.

—Quédate, por favor. Tengo que hablarte de una cosa.

Abrió la boca para negarse, pero él ya se había vuelto hacia Tanya para terminar la conversación. Estuvo tentada de salir de la sala, pero decidió dejar que Sawyer ganara ese asalto. Lo vio despachar con rapidez a los demás, así como a Wolfe, y cerró la puerta, tras lo cual pulsó un botón en su escritorio.

La puerta se cerró con llave en absoluto silencio, dejándolos encerrados.

Ah, no. Otra vez no.

Sintió como la furia le corría por las venas. ¿Cómo se atrevía a intimidarla de esa manera? No era su lacaya y no tenía derecho a darle órdenes. Alzó la barbilla y echó a andar hacia él.

—La cerradura mágica es un buen truco, pero no funciona conmigo. —¿A quién le importaba si mentía?, pensó—. La próxima vez, pregúntame de buenos modos si puedo quedarme. No me gusta que me mangoneen.

Sawyer sonrió y cambió de postura, apoyando una cadera en la mesa. Con gesto indolente y expresión curiosa, se desabrochó la chaqueta y se la quitó. La

blanquísima camisa se ceñía a su amplio pecho, y la corbata roja conseguía que estuviera todavía más bueno.

—Interesante, porque yo creo todo lo contrario. Me parece que echas de menos a un hombre que te diga lo que tienes que hacer. Que te diga lo que desea. Y cómo lo desea.

Se quedó sin aire en los pulmones al escucharlo. La habitación empezó a darle vueltas, pero se paró cuando entendió lo que acababa de decir. ¿Se había vuelto *pazzo*?

—¿Acabo de entrar en una peli porno de serie Z? Mira, no soy una de esas feministas reprimidas que necesitan que el hombre adecuado desate sus deseos más ocultos. Ya he pasado por eso. Ahora abre la puerta, porque, si no lo haces, te planto una denuncia tan rápido que no sabrás ni por dónde te ha venido.

Sawyer meneó la cabeza y se echó a reír.

—Esto no tiene nada que ver con el trabajo y lo sabes muy bien. Te creía más valiente, Julietta. No te escondas detrás del contrato que hemos firmado.

La indignación la dejó boquiabierta.

—¿Me estás echando la culpa de esto? Tiene narices. Voy a dejarte las cosas claritas: tú me besaste ayer. Yo lo permití. No hubo fuegos artificiales, el eje de la Tierra no cambió y ahora seguimos con nuestras vidas. ¿Qué te parece si te vuelves a meter el ego en los pantalones y nos olvidamos de todo este asunto? A lo mejor puedes probar suerte con Evelyn, parece de las que les gusta eso del sexo tántrico, algo que podría ser la leche para ti.

A Sawyer se le escapó una carcajada. La distante sofisticación de la que tanto se enorgullecía Julietta la abandonó y la dejó con una amalgama de emociones con las que no sabía lidiar.

—Joder, eres perfecta para mí. Vale, pasemos de la fase de «vamos a conocernos despacio» y vayamos derechos a la parte interesante.

De repente, su pose relajada desapareció. Como si hubieran activado un interruptor, Sawyer se apartó del escritorio y se concentró en ella. Sus ojos brillaban por la pasión, con cierta expresión amenazante.

Julietta recordó haber visto un documental sobre el leopardo de las nieves. La elegancia de sus cuerpos cuando perseguían a sus presas parecía un poco traviesa al principio, justo antes de que aumentaran el nivel de energía hasta tal punto que dichas presas eran incapaces de huir y se quedaban paralizadas, a la espera de que se las comieran.

Así se sentía ella en ese momento. Ni siquiera fue consciente de retroceder hasta que se golpeó la espalda con la pared. La mueca satisfecha de los labios de Sawyer le indicó que sabía lo mucho que la afectaba y que tenía toda la intención de demostrar sus palabras con hechos. Despacio, Sawyer la atrapó con su cuerpo al colocar las manos en la pared, a ambos lados de su cabeza. Su cuerpo cobró vida, suplicándole poder jugar. El encaje del sujetador se le clavó en los sensibles

pezones y sintió que una oleada de calor se apoderaba de su cuerpo.

Furiosa por esa debilidad, se debatió.

—Como te acerques más, te arrepentirás.

Sawyer arqueó una ceja dorada.

—¿Te refieres a esto? —Con un movimiento ágil, le separó los muslos con una pierna y pegó las caderas a las suyas. Su dura erección la dejó sin aliento.

—Eres un cabrón. —Ansiaba deslizar los dedos por sus mechones rubios y rendirse. Saber que su cuerpo se quedaría paralizado dentro de poco para torturarla hizo que tuviera que parpadear para no echarse a llorar por la impotencia—. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Tienes que conquistar a una mujer que te ha dicho que no para sentirte como un hombre? Vale, termina de una vez. Repitamos lo de ayer para que pueda demostrarte que no tenemos la química que hace falta.

La expresión de Sawyer se suavizó mientras le acariciaba la mejilla con gesto tierno.

—Cariño, tenemos la química perfecta. Nunca he deseado a una mujer tanto como a ti. ¿Cuánto tiempo llevas sin responder a un hombre?

Julietta intentó apartarlo y lo empujó, pero no se movió.

—La semana pasada.

—Dime la verdad.

La humillación la abrumó. *Mio Dio*, ya no aguantaba más. A sabiendas de que una respuesta sincera lo alejaría definitivamente, soltó con desdén:

—¡Nunca! Soy incapaz de responder cuando estoy con un hombre, nunca lo he hecho. ¿Ya estás satisfecho? ¿Vas a dejarme tranquila y a dejarte de jueguecitos de una vez?

Sawyer le colocó la frente sobre la suya para tranquilizarla.

—Gracias, Julietta —le susurró contra los labios—. Gracias por contarme la verdad.

Ella se mantuvo tensa, a la espera de que por fin se alejara. Sin embargo, cuando Sawyer comenzó a darle pequeños besos en la frente y en las mejillas, estuvo a punto de sollozar.

—Por favor, suéltame.

—No. Todavía no. —La torturó con lentas caricias sobre las caderas, la torturó pasándole las manos por debajo de la chaqueta, para rozar la seda de su blusa. Sus caricias eran ardientes y fuertes mientras le presionaba los músculos. Su boca se desplazó hasta su oreja y jugueteó con el lóbulo, lamiéndoselo y mordiéndoselo hasta que las llamas le abrasaron la piel—. Te han jodido, nena, y de la peor manera. Esos gilipollas te han hecho sentir que te pasaba algo malo. Te han acomplejado de tal manera que tu cuerpo está paralizado.

Julietta inspiró hondo, se movió con rapidez y levantó la rodilla. Por desgracia, él ya se había anticipado al movimiento y consiguió bloquearla. El

roce de su erección en el pubis le arrancó un gemido que parecía el de un animal. ¿De dónde salía ese sonido? La ronca carcajada de Sawyer le agitó los mechones de la sien y por increíble que pareciera la puso todavía más cachonda.

—Podría enseñarte todo lo que te has estado perdiendo —se jactó él. Le lamió el interior de la oreja y su cálido aliento hizo que a Julietta se le pusiera la piel de gallina. Sawyer siguió acariciándole las caderas un rato más antes de pasar las manos sobre su trasero, obligándola a ponerse de puntillas—. Cosas que liberarían tu delicioso cuerpo y te permitirían someterte al placer.

Jadeó al escucharlo.

—¿Cómo la discriminación y el acoso sexual? ¡Bien!

—Vamos a darle mejor uso a esa boca tuya, ¿te parece?

Sawyer dejó un reguero de besos por su mejilla hasta apoderarse de su boca. Le mordisqueó el labio inferior. El ramalazo de dolor la sorprendió de tal modo que le permitió acceso total. En esa ocasión, Sawyer no se apoderó de su boca. No, la tentó y la sedujo con la lengua, introduciéndosela y sacándosela de la boca, mientras seguía mordisqueándola para despistarla. De forma automática, ella levantó los brazos para apartarlo, pero Sawyer la agarró de las muñecas con una mano y se las puso por encima de la cabeza. Era imposible liberarse. Los pechos se le pegaron a la blusa mientras se afanaba por respirar. Intentó mantener el equilibrio, pero él le sostenía las piernas todo lo separadas que la falda de tubo le permitía. La mezcla de placer y dolor, de contención y control, hizo que las emociones brotaran en su interior y la abrumaran por completo. Tenía la mente abotargada y era incapaz de pensar con claridad. Los dedos de Sawyer le apretaron un pezón endurecido y jugaron con él a través de la seda y del encaje, pero no le proporcionó la fricción necesaria para satisfacerla. Sintió que el deseo le corría por las venas y levantó las caderas en busca de más.

—Eso es —murmuró él—. Las mujeres fuertes como tú necesitáis desconectar el cerebro. Sométete por completo a mí y te haré sentir tanto placer que me suplicarás más.

Se tensó al oírlo. ¿Someterse? ¿De qué estaba hablando? Ella no era débil, era…

—Ah, ya has vuelto a pensar, ¿no? Fallo mío, que he dejado que te distraigas. —Le desabrochó los tres primeros botones de la blusa y metió la mano para acariciarle un pecho.

Sus cálidos dedos le tocaron la piel y se vio obligada a contener un gemido. El pulgar le acarició el dolorido pezón, tenso contra el encaje del sujetador, y le provocó un escalofrío. Ansiaba una caricia más firme, pero Sawyer se negaba a dársela, se negaba a darle el contacto corporal que ella necesitaba para sentirse satisfecha. La acarició con roces suaves, adelante y atrás, una y otra vez, hasta que apretó los dientes y se retorció bajo sus dedos en un intento por liberarse. Sawyer se limitó a sujetarla con más fuerza, y esa tortura erótica la excitó

todavía más. Oyó otra carcajada muy *sexy*, como si Sawyer supiera lo que ella deseaba y que se negaba a ceder.

—Te gusta, ¿a que sí? Pero no estás preparada para nada más. Primero tienes que aprender a pedir lo que deseas, nena. A pedirlo con mucha educación.

Puso los ojos como platos al escucharlo.

—¿Cómo?

—Me has oído. —Clavó la mirada en sus ojos hasta que ella se vio inmersa en sus ardientes llamas doradas—. ¿Sabes lo que quiero yo? Quiero levantarte la falda, bajarte las bragas y meterte los dedos hasta el fondo. Quiero chuparte el pezón mientras tienes las piernas separadas y tu esencia me impregna los dedos. Quiero verte la cara cuando te corras con tanta fuerza que grites, y después quiero desnudarte por completo y repetirlo todo desde el principio.

El corazón le latía a mil por el miedo y la lujuria. ¿Cómo podía Sawyer decirle esas cosas? Cosas tan fuertes, tan explícitas y tan… sexuales. Nadie se había atrevido a hablarle así antes. No era apropiado.

—No puedes decirme eso. —La voz le salió ronca y entrecortada.

—¿Por qué no? —susurró él, endureciéndole todavía más el pezón. Sawyer observaba cada movimiento que hacía, dejándola desnuda y vulnerable—. ¿Porque no es apropiado? Ya has hecho lo que era apropiado y no te ha funcionado. Ha llegado el momento de hacer guarrerías.

—No, no funcionará, no… ¡Ah! —Sawyer le mordió el cuello con fuerza antes de lamerle la zona y pellizcarle el pezón al mismo tiempo. Se estremeció por entero mientras perdía el hilo de sus pensamientos.

—Estás cachonda, ¿verdad? ¿No sería maravilloso si metiera los dedos entre tus piernas? ¿Si te frotara el clítoris hasta que toda esa tensión explotara?

Sus atrevidas palabras deberían avergonzarla, pero las buenas maneras la abandonaron de repente ahuyentadas por los repentinos anhelos de su cuerpo. Jadeó e hizo un último y desesperado intento por recuperar el control.

—Soy incapaz de tener un orgasmo, ¿vale? Suéltame.

—No. —La sorpresa de que un hombre no atendiera a sus órdenes la descolocó—. Durante los próximos minutos tu cuerpo está bajo mi control. —Sus ojos ambarinos ardían por la determinación y por una pasión ardiente—. No puedes oponerte a lo que hago. No puedes tocarme ni preocuparte por lo que sucederá a continuación. —Apartó la mano de sus pechos y le subió la falda con un par de tirones, de modo que se la enrolló en la parte superior de los muslos. No podía moverse, estaba paralizada por sus palabras, por su tono de voz y por sus órdenes—. No te está permitido pensar en el contrato, en tu agenda ni en lo que vas a preparar para cenar. —Le colocó una rodilla detrás de la suya, de modo que la obligó a levantar la pierna y la dejó expuesta a sus caricias—. Ahora veamos lo cachonda que te ha puesto este encuentro.

Julietta jadeó por la crudeza de sus palabras, pero él se apoderó de su boca sin

miramientos.

Sawyer le invadió la mente y el cuerpo a la vez. Le recorrió los labios con la lengua antes de metérsela en la boca al mismo tiempo que buscaba con los dedos el elástico de las bragas para penetrarla. A Julietta se le escapó un gemido entrecortado, pero él se limitó a tragarse el sonido con una pericia que la dejó sin aliento. Los hábiles dedos le separaron los labios y la penetraron. Confundida, solo pudo responder a las exigencias que él le hacía mientras sus pezones ansiaban sentir el azote de su lengua y el delicioso sabor a café, a especias y a deseo masculino la instaba a separar todavía más los labios en busca de algo más. Apretó los músculos en torno a los dedos que la penetraban hasta que la abrumó la increíble sensación del orgasmo que se avecinaba. Se abrió a él en un intento por aferrarlo con su mente. Se agarró a la mano que Sawyer tenía libre cuando sintió su pulgar contra el clítoris, ansiando el clímax. Sawyer apartó la boca de la suya mientras ella quedaba suspendida al borde del abismo, atrapada en ese limbo donde moría la lógica y la necesidad física se imponía a cualquier lección que hubiera aprendido. Sawyer la taladró con la mirada y le exigió que se rindiera. ¡Sí! Sí, haría cualquier cosa en ese momento. La más mínima estimulación la catapultaría. Un poquito más y…

Julietta parpadeó entre jadeos mientras su mente intentaba adivinar qué había pasado. Los pocos centímetros que los separaban de repente provocaron un frío estremecedor a su acalorada piel. Un deseo atávico se había apoderado dolorosamente de su cuerpo. Lo miró con creciente espanto al tiempo que asimilaba la escena. No, no podía haber pasado. Sawyer solo quería torturarla, darle una lección horrible y dejarla tirada para poder echarse unas risas a su costa. Con dedos temblorosos, se bajó la falda y se colocó bien la ropa. Sentía en los párpados el escozor de las lágrimas provocadas por la humillación, pero apretó los dientes y luchó contra la emoción hasta regresar a ese lugar frío y seguro donde nada podía hacerle daño.

—¡Ni se te ocurra! —masculló él—. No volverás a humillarte en mi presencia. Mírame. Mira lo mucho que me gustaría poseerte contra la pared como un animal. —Su erección parecía enorme, confinada en la tela de los pantalones—. ¿Crees que todo ha sido una lección para calmar mi ego? Tenía que demostrarte lo que podía pasar entre nosotros. Puedo seguir hasta el final, pero eres tú quien debe tomar esa decisión.

La frustración se apoderó de ella.

—No soy un proyecto, Sawyer. ¿Querías demostrarle a la pobrecita frígida que puedes hacer que se corra? Felicidades… casi lo logras. Gracias por el entrante, pero paso del menú. Ahora déjame tranquila de una puta vez.

Cuando echó a andar hacia la puerta, él la bloqueó con tal rapidez que Julietta se acordó de las películas de Crepúsculo, en las que Edward se plantaba delante de Bella con esa elegancia vampírica.

—No sin que me escuches. Porque de lo contrario, te estampo de nuevo contra la pared y a la mierda las consecuencias.

La amenaza hizo que le temblaran los muslos. ¿Qué coño le pasaba? Estaba enferma si se ponía cachonda con esa actitud tan machista.

—No estás enferma —dijo él con ternura.

La habilidad de Sawyer para leerle el pensamiento la cabreó todavía más. Cruzó los brazos por delante del pecho y alzó la barbilla.

—Habla. Tienes dos minutos. Después, me largo. Y te juro que como intentes detenerme otra vez, echo abajo el edificio con mis gritos.

—Me parece justo. Hablando en plata, respondes a unas prácticas sexuales dominantes mejor que otras mujeres. Tu mente es tan fuerte y ejerce tal control que tu cuerpo no tiene la menor posibilidad. Seguramente te excitarás más con ataduras o con un amante al que puedas rendirte en la cama.

—¿Y tú cómo lo sabes?

La tensión se apoderó de la cara de Sawyer, como si estuviera recordando algo doloroso.

—En su momento tuve que solucionar unos cuantos problemas y aprendí bastante acerca de la dominación y de la sumisión.

Julietta puso los ojos en blanco al escucharlo.

—No tengo que someterme a ningún hombre.

—Someterte no. Jamás podrías ser el juguete de un hombre, nena. Aunque según los roles, el poder siempre lo ostenta quien se somete. No, solo me refiero a que te rindas. A ceder el control para excitarte sexualmente y no perder esa excitación.

Sawyer dio un paso hacia ella y su olor se le subió a la cabeza. Julietta luchó contra el impulso de cerrar los ojos e inspirar hondo. Su mera cercanía la ponía más cachonda que cualquier otro hombre que hubiera conocido.

—Quiero mostrarte ese mundo. Darte placer. Desde que te conocí, te he imaginado en mi cama, rodeándome las caderas con las piernas mientras te la meto hasta el fondo. Me he imaginado tu cara mientras te corres. Pero primero necesito que confíes en mí un poco. Dame una oportunidad.

Se quedó sin fuerzas, abrumada por la dolorosa realidad de que no creía a Sawyer. Sí, la había llevado al borde del orgasmo, pero no había conseguido alcanzarlo. Suponía que se había dejado llevar por la sorpresa. Otro encuentro planeado no funcionaría.

—Una noche, Julietta. —Su voz aterciopelada la acarició y alcanzó hasta el rincón más oscuro—. Te deseo y haré cualquier cosa para conseguirte. Si no puedo darte un orgasmo en una noche, te dejaré tranquila. De hecho, te daré un incentivo.

Sus palabras le arrancaron una carcajada carente de humor.

—¿Un orgasmo y un incentivo? ¿Qué más se puede pedir?

—Te pondré al frente de toda la operación.

Se quedó paralizada.

—¿Qué has dicho?

—Te dije que tendrías acceso total, pero que yo tomaría las decisiones finales. Si pasas una noche conmigo y no te quedas satisfecha, te daré el control absoluto para aprobar cualquier cosa que tenga que ver con *La Dolce Famiglia*.

La idea de tener el control total en lo tocante a sus pastelerías le provocó un subidón de adrenalina. Tenía un montón de ideas a las que tal vez él se opondría. De esa manera podría poner en marcha cualquier proyecto que quisiera. Si no estaba de acuerdo con las decisiones de Sawyer, podría derogar sus órdenes. Era casi una garantía de éxito, porque saldría ganando en cualquier caso… jamás tendría que depender de su aprobación.

Sawyer se echó a reír.

—Ya sabía yo que eso te gustaría. Piénsatelo.

—¿Qué sacas tú? Perderías uno de los aspectos más importantes del acuerdo: la capacidad para vetar cualquier decisión.

—Te consigo a ti.

Sawyer la miró fijamente. Julietta fue incapaz de contener los temblores o de ocultar el crudo deseo de volver a sentir sus caricias. De tenerlo desnudo en su cama, dándole órdenes y llevándola a lugares con los que solo había soñado. *Mio Dio*, ¿qué iba a hacer?

—Solo por una noche. —Sus atropelladas palabras apestaban a derrota. Sawyer la observaba en silencio. Julietta cambió el peso del cuerpo de un pie a otro e intentó concentrarse—. ¿Y si pierdo?

Sawyer sonrió.

—En ese caso, los dos ganamos, ¿no te parece?

En ese momento sonó el interfono, interrumpiendo la electricidad que crepitaba en el ambiente.

—Señor Wells, su cita de la una ha llegado.

Él ni se movió ni contestó. Julietta envidiaba el control que demostraba, aunque se daba perfecta cuenta de que Sawyer seguía excitado. Había llegado el momento de retirarse y de recuperar la compostura. Ese hombre destilaba unas feromonas que le licuaban el cerebro.

—Me lo pensaré.

Sawyer asintió con la cabeza, como si estuvieran hablando de un acuerdo comercial más que de una noche de sexo.

—Muy bien. Esperaré tu respuesta.

Julietta dio un rodeo, concediéndole una pequeña victoria. Daba igual. Tendría tiempo para recomponerse, porque en ese preciso momento tenía que evitar su cercanía. La carcajada ronca de Sawyer le indicó que se había dado cuenta de la maniobra, de modo que Julietta masculló un taco mientras salía por la puerta en

una retirada cobarde.

Ese hombre era insoportable.

¿Qué narices iba a hacer?

Los demonios habían vuelto.

Sawyer se frotó la nuca y se apartó del ordenador. Pasar horas trabajando solía concentrarlo, lo mantenía en tensión y centrado en su objetivo final. Sin embargo, tenía los nervios destrozados después de su encuentro con Julietta y de tener que equilibrar demasiadas peticiones a medida que se acercaba la inauguración de Purity.

Era incapaz de sacársela de la cabeza. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que una mujer se le había metido bajo la piel y se había quedado allí? Sí, en el pasado había perseguido a ciertas mujeres que habían despertado su interés, pero jamás había experimentado una intensidad que trascendía lo físico y le afectaba la mente y las emociones. Lo atormentaba el maravilloso rubor de su cara. Levantó una mano y se llevó los dedos a los labios. Dios, todavía podía olerla. Un olor almizcleño, con notas de vainilla y de coco. Recordaba sus suaves labios relajados, sus caderas arqueadas en busca de más, sumida en ese momento con él y entregada a su cuerpo.

Le bastó el primer beso para darse cuenta de que Julietta necesitaba un hombre que la controlase en la cama. Con razón tenía problemas para responder. Una mujer tan independiente al mando de un enorme imperio detestaría la idea de entregar su cuerpo, y apostaría lo que fuera a que sus anteriores amantes no tenían pelotas de acero. Joder, eso era lo que se necesitaba para desafiarla, y la mayoría de los hombres tenían un ego muy frágil. Arrancarle una respuesta tímida a un amante solía frustrar a ambas partes. Seguro que Julietta intentó perder las inhibiciones y a cambio solo acabó humillada. Una mujer como ella recogería velas y pasaría página, asumiendo toda la culpa de su fracaso en el dormitorio.

Qué panda de gilipollas. Le habían arrebatado toda la pasión que llevaba dentro y la habían obligado a creer que era frígida. En cambio, era un puto volcán a punto de entrar en erupción, derramando su lava ardiente y sus gritos apasionados. Su forma de morderse el labio con fuerza para controlar los gemidos y de tensar los músculos había sido elocuente: si se relajara y se dejara llevar, le habría dado todo lo que tenía y más.

Esbozó una sonrisilla al recordar su lucha interna. Le encantaba cómo Julietta lo desafiaba en todos los aspectos y lo obligaba a esforzarse. Había aprendido hacía bastante tiempo que le gustaban muchos de los aspectos del BDSM, y se lanzó de lleno a la experiencia en cuanto tuvo el dinero suficiente para satisfacer sus eclécticos gustos. Según se acercaba a los treinta y cinco, admitía que le agradaban algunos aspectos de la relación entre dominante y sumisa, pero no se trataba de un estilo de vida que quisiera llevar en todo momento. Los juegos tanto

en privado como en clubes exclusivos consiguieron calmar la bestia durante un tiempo, pero el trabajo pronto empezó a alimentar su insaciable apetito de un modo mucho más tranquilizador. De momento, las mujeres habían sido un pasatiempo temporal.

Hasta que apareció Julietta.

Le gustaba el control. Lo necesitaba a todas horas para administrar la vida que llevaba. Sin embargo, en una fracción de segundo, estuvo a punto de perderlo, de desabrocharse los pantalones y de penetrarla sin miramientos. Y eso, tal como había descubierto, era peligroso. ¿Cuántos años había tardado en dominar la violencia y la rabia? ¿Y la frustración de depender de personas cuyo único objetivo era defraudarlo? Solo dos personas en el mundo le habían permitido atisbar algo distinto.

Jerry White.

Y mamá Conte.

La conocida sensación en el estómago lo instó a ponerse de pie y lo llevó a la parte posterior de su despacho. Hacia la puerta oculta emplazada detrás de las enormes estanterías, donde encontraba el asomo de cordura y de paz suficiente para alejarlo del abismo.

Joder, detestaba esa debilidad.

Entró en la estancia. Recorrió la sala con la mirada, un lugar preparado para la tortura física. Estaba aislado acústicamente de modo que no se oyeran los gruñidos de dolor. La moqueta era gruesa bajo sus pies, y los diferentes instrumentos estaban allí por un único motivo.

Sudar.

Se quitó los zapatos con los pies, se desvistió y se puso unos pantalones cortos y una camiseta. Se recogió el pelo con una gomilla, se puso las zapatillas de deporte y se colocó los guantes. Comenzó con el saco, calentando con una serie de golpes mientras dejaba que su mente se vaciara y su cuerpo se hiciera con el control, preparado para liberar el veneno.

Uno. Dos. Tres.

El recuerdo acudió a su mente.

—Eres un marica de mierda, lo sabes.

Era Nochebuena, pero no había árbol, ni luces ni alegría en ese agujero inmundo. Su padre de acogida bebía de una botella de Clan MacGregor que se vaciaba a toda prisa, y el olor dulzón y fuerte se le subió por la nariz, provocándole una arcada. Se quedó callado, a sabiendas de que el truco consistía en decir lo menos posible.

Estaba encadenado a una silla en la sucia cocina. El suelo de linóleo amarillo estaba lleno de arañazos y de manchas. Dejó que su mente divagara y clavó la mirada en la minúscula manchita circular que había junto a la pata de la silla. Trazó el círculo con la mirada sin descanso, hasta que su mente empezó a

abstraerse. Los otros niños dormían en el sótano. Había cerrado la puerta al salir para que el Gilipollas no pudiera entrar, ya que sabía que las fiestas navideñas eran una de sus fechas preferidas para jugar. Era más sencillo cabrearlo y hacer que fuera a por él que sacrificar al resto del grupo por una fiesta.

Por desgracia, el plan había funcionado mejor de lo que había pensado.

Sawyer controló el pánico que amenazaba con abrumarlo. Aún tenía los pies libres y cuanto más *whisky* desapareciera, menos reflejos tendría el Gilipollas. Sin problemas.

El dolor que le provocó el cigarro al tocarle el brazo hizo que diera un respingo, pero mantuvo la vista agachada, clavada en el círculo, trazándolo sin descanso.

La carcajada que oyó destilaba pura maldad.

—Te gusta ser el héroe, ¿a que sí, chico? Siempre te has creído mejor que nosotros. Es hora de enseñarte de qué va la vida y bajarte de ese pedestal.

Hizo caso omiso de las burlas. El primer puñetazo le hizo mucho daño, y supo que iba a ser una noche muy larga…

Sawyer se movió, esquivó a un oponente imaginario y golpeó el saco con los puños una y otra vez. Rápido como una bala, luchó contra los recuerdos que se agolpaban en su cabeza hasta que el sudor le corrió por la piel y un rayito de luz brotó de la basura que era su pasado.

Sí, el Gilipollas se cebó con él aquella Nochebuena. Le arreglaron la costilla rota más tarde y las cicatrices de las quemaduras le daban igual. Pero aquella noche consiguió algo muchísimo más importante.

Esperanza.

Su cuerpo crecía y eso lo hacía más peligroso. Por supuesto, si él no recibía los golpes, sufrían los más pequeños, y prefería tener las magulladuras físicas al nudo en el estómago que se lo comía vivo. No, era más fácil recibir los puñetazos, pero se estaba quedando sin tiempo. Sería libre en nueve meses, cinco días y cuatro horas. Cumplir los dieciocho significaba la libertad. La huida. Tal vez cuando los cumpliera pudiera acudir a los servicios sociales para hablarles de los demás. Tal vez…

La rabia más visceral se apoderó de él, de modo que golpeó con más fuerza, dio patadas más alto, y cayó en la brutalidad de la calle, donde ganar implicaba mucho más que una simple competición: era cuestión de supervivencia. Era un idiota por creer que podría dejar atrás su pasado. El último vestigio de inocencia desapareció de su alma cuando la certeza de haber fracasado casi lo mató. Casi. En cambio, aceptó que había matado a Danny, su hermano de acogida, debido a su ansia por escapar. A la fuerza, metió esa certeza en un recóndito lugar y cerró la puerta. Después decidió vivir.

—¿Sawyer?

Se dio la vuelta y se agazapó, apenas en el presente. Mientras respiraba con

dificultad, reconoció a Wolfe en la entrada. El chico rara vez se sorprendía de algo, pero parecía que descubrirlo golpeando un saco con saña en su habitación privada lo había descolocado. Sawyer se irguió y se dirigió al bar.

—¿Cómo has entrado?

El chico alzó la barbilla.

—La puerta no estaba cerrada del todo. He encontrado un resorte en la estantería, así que lo he accionado. No estaba espiando.

—Lo sé. —Se tragó media botella de agua fría antes de secarse los labios con el dorso de la mano—. Es un espacio privado, nadie más sabe que existe.

Una expresión rara cruzó por la cara del chico. ¿Estaba dolido?

—Me importa una mierda. No lo soltaré la próxima vez que vaya a algún lado a tomar el té. Solo quería decirte que voy a *La Dolce Famiglia* unas cuantas horas antes de la cena. —Hizo ademán de volverse—. Además, ¿qué pasa? ¿Es tu *Batcueva* o algo?

Sawyer contuvo una carcajada y cogió una toalla.

—Más o menos. ¿Te entrenas?

Wolfe observó las paredes, donde descansaban pesas, sacos de boxeo y barras de peso. Un carísimo sistema de sonido estaba sujeto a un conjunto de metal que Sawyer adoraba. Vio un brillo fugaz en esos ojos azules, algo parecido al anhelo.

—No, no me va.

Sawyer se secó la frente y miró al chico. Llevaban juntos casi ocho meses y aún no sabía casi nada de su pasado. Por supuesto, estaba al tanto de lo esencial. El abuso era evidente, como un perro apaleado que se encogía al oír ruidos fuertes y que gruñía para alejar a los desconocidos. Los tatuajes de Wolfe, su cabeza medio rapada y los *piercings* indicaban que estaba buscando su trocito de paz y que seguramente todavía no lo había encontrado. Su intención había sido la de darle una oportunidad en el mundo empresarial y sacarlo de las calles. En cambio, había acabado como su mentor, lo había arrastrado hasta Italia y lo había puesto al frente de su mayor operación. Incluso vivía con él, por el amor de Dios.

El recuerdo acudió a su mente y lo revivió a cámara lenta.

Estaba en el Waldorf, en Manhattan, un edificio majestuoso en mitad de la elegante Park Avenue, en el centro. La opulencia y la elegancia que los habitantes de Nueva York exigían a un hotel de lujo se conseguían gracias a los suelos de mármol, a los muebles antiguos, a los increíbles tapices y a las arañas doradas. Actuaba como consultor en un proyecto y en aquel momento recorría el pasillo en dirección a su próxima reunión. Un empleado pasó junto a él con la cabeza gacha, y aunque estaba distraído, Sawyer se dio cuenta enseguida de que le habían birlado la cartera del bolsillo del traje.

Gracias a sus rápidos reflejos, extendió el brazo y agarró la mano del

empleado. Cualquier otra persona seguramente no se habría dado cuenta, porque el tío era bueno, pero vivir en las calles le había dado a Sawyer una habilidad de la que la mayoría carecía. El jadeo contenido y el tirón hicieron que Sawyer apretara con más fuerza, hasta que unos ojos azulísimos se clavaron en los suyos.

Un crío. De dieciocho años o así, con un uniforme del hotel. Antes de que pudiera asimilar la información, el chico le dio un buen empujón que lo tiró de espaldas. Acto seguido, salió corriendo por el pasillo con su botín. Y se estampó con uno de los gerentes del hotel.

Las siguientes horas pasaron volando, unas horas en las que descubrieron que había estado viviendo en la zona de mantenimiento, robando uniformes y sisando a los clientes. Había hurtado comida de los carritos del servicio de habitaciones. Se había lavado en los distintos aseos que había por el hotel. A medida que la historia iba tomando forma, los recuerdos de su infancia lo estrangularon sin compasión. Buscar un sitio seguro en el que dormir a sabiendas de que los albergues eran los lugares más peligrosos para estar. Caer por fin en la cuenta de que lo más inteligente sería centrarse en uno de los hoteles de lujo y aprender cómo funcionaba su sistema. Por el amor de Dios, si Jerry no lo hubiera tomado bajo su ala, también habría acabado en la cárcel. Y en ese momento, años después, miraba a un adolescente en la misma tesitura que estuvo él. Le ocasionaría un sinfín de problemas y supondría una enorme complicación que no le hacía falta. Lo mejor sería darle la espalda a todo ese asunto y no mirar atrás. Lograría que el hotel retirase los cargos y se aseguraría de que el asunto quedaba enterrado. Y después le desearía buena suerte.

En cambio, hizo un trato. Consiguió que retirasen la denuncia y después le ofreció al chico un trabajo en el que podría vigilarlo.

Nunca había creído que pudiera funcionar. Al fin y al cabo, ese crío estaba muy cabreado y lleno de cicatrices. Era un campo de minas a punto de estallar, de una manera o de otra. Consiguió seguir el rastro de la documentación hasta un chico llamado Vincent Soldano, que había estado en numerosas casas de acogida y que tenía un montón de quejas. Con dieciocho años, estaba solo y sin un lugar al que ir. Sawyer le facilitó una habitación en el hotel donde se hospedaba y le ofreció enseñarle lo necesario para ser su asistente. Joder, supuso que el muchacho al menos podría aprender a archivar y a hacer fotocopias, sería como un chico de los recados. Con el pelo negro, los ojos azules y las facciones clásicas, daría el pego con un traje y una corbata.

Sawyer meneó la cabeza, sumido en el recuerdo.

Ah, sí, se acordaba perfectamente de la conversación tan educada. Vincent asintió con la cabeza y le dijo que tendría la respuesta en veinticuatro horas. Cuando volvió al día siguiente, tenía un *piercing* dorado en la ceja, el tatuaje de una serpiente enroscada en el cuello y se había rapado la mitad de la cabeza. Se enfrentó a Sawyer con una mueca desdeñosa y un comentario que lo cambió

para siempre.

—Esto es lo que te vas a llevar. Ahora ya estoy jodido por dentro y por fuera. ¿Sigues queriéndome a tu lado?

Sawyer se dio cuenta de que era un desafío y una súplica a la vez. El estómago le dio un vuelco al contemplar la estrambótica apariencia del chico, mientras admiraba su terquedad y su espíritu.

—Como toques las drogas, estás fuera. Y nada de robar. Eso es innegociable.

—No me meto nada. Y a ti no te robaré.

La verdad refulgía en esos ojos azules. Y Sawyer le dio una respuesta.

—Sí, te quiero a mi lado. Tenemos que comprarte ropa. Empiezas mañana.

Sawyer se imaginó que conseguiría enderezarlo y que el chico seguiría su camino. Ocho meses después continuaban juntos, con una relación retorcida que a los dos les daba miedo analizar.

Intentó que el chico fuera a un psicólogo, pero casi lo dejó plantado, de modo que decidió mantenerlo cerca y ver qué pasaba. Al reparar en su gimnasio particular, se dio cuenta de que tal vez pudiera enseñarle a Wolfe otra forma de matar sus monstruos. Apuró el agua y dejó la botella en una mesita.

—Ven, necesito que alguien controle la barra.

Wolfe enarcó una ceja y la luz se reflejó en el *piercing* dorado que llevaba en ella.

—No, gracias.

—¿No te crees capaz de levantar tu propio peso?

Wolfe torció los labios con ferocidad.

—Puedo darte una tunda cuando me dé la gana, viejo.

Sawyer sonrió y le lanzó unos pantalones cortos y una camiseta.

—Demuéstralo. Llevas joyas muy bonitas, pero creo que eres incapaz de levantar pesas.

Su pulla funcionó. El chico desapareció para cambiarse de ropa y después se acercó al banco de pesas. Sawyer se dio cuenta de que no llevaba la camiseta de manga corta, sino que se había puesto una de manga larga que le cubría los brazos. Wolfe colocó las pesas, se tumbó de espaldas en el banco y agarró la barra, con las manos alineadas con los codos.

—Cuenta.

Hizo una tanda, descansó e hizo otra. Después cambiaron las posiciones mientras las canciones clásicas de Guns N'Roses resonaban a su alrededor y ahogaban cualquier intento de conversación. Trabajaron el circuito juntos, levantando pesas, haciendo bancada, gruñendo y sudando, hasta que la mente de Sawyer se quedó vacía y su cuerpo, extenuado. Le lanzó a Wolfe una botella de agua y los dos bebieron con ansia.

—Lo has hecho bien —dijo Sawyer—. Esos brazos enclenques me han sorprendido.

Por increíble que pareciera, el chico sonrió. Sawyer se dio cuenta de que en contadas ocasiones, si acaso había sucedido alguna vez, las emociones se reflejaban en la cara de Wolfe. Sobre todo si indicaban risa o felicidad. El corazón le dio un extraño vuelco en el pecho que casi lo avergonzó.

—Me sorprende que un tío de tu edad pueda seguir boxeando.

Sawyer resopló.

—He estado boxeando durante años. Implica más que dar puñetazos a un saco. Hay que tener equilibrio, flexibilidad y fuerza controlada. —Recordó los entrenamientos en aquel gimnasio inmundo. Se encargaba de las tareas más asquerosas con tal de que los hombres le permitieran quedarse. Limpiaba los cuartos de baño, lavaba las toallas sucias, aceptaba los puñetazos como *sparring*… y todo con la esperanza de poder pasar unas cuantas horas en un lugar donde se sentía seguro. Practicando durante horas a fin de sobrevivir en la calle.

—Te enseñaré.

El chico volvió la cabeza a toda prisa. Lo miró con expresión recelosa.

—¿Por qué?

Porque necesitaba algo que lo ayudara a desprenderse del dolor. Porque tenía que empezar a vivir y dejar de existir sin más. Porque no sabía qué otra cosa hacer para intentar llegar hasta él.

Se encogió de hombros.

—Porque me aburro yo solo. Estoy aquí a las cinco, luego me ducho y me cambio para trabajar.

—Joder, ¿a las cinco de la mañana?

—Tienes que dormir para que no te salgan arrugas, ¿no? Con razón eres un blandengue.

La expresión furiosa volvió, pero en esa ocasión iba acompañada de cierto brillo.

—Y una mierda. Vale. Vendré, pero solo porque necesitas un desafío, viejo.

Sawyer sonrió y reprimió el impulso de darle un apretón en el hombro. Hacía ya unos cuantos meses que había aprendido que el contacto físico estaba fuera de toda cuestión con el chico. Por los altavoces sonaba «*Welcome to the jungle*». Sawyer lanzó la botella de agua al otro lado de la habitación y la encestó con precisión en la papelera.

—Volvamos al trabajo.

Salieron juntos del gimnasio.

7

Julietta miró por la ventana. Ante ella se extendía un panorama gris y lluvioso. Las motos sorteaban las calles y luchaban contra las multitudes. Era casi la hora del almuerzo. Muchas personas caminaban bebiendo *capuccinos* en vasos de plástico mientras fumaban y avanzaban con las cabezas gachas para protegerse de la llovizna. El Duomo se alzaba en la distancia y por un instante deseó ser una de sus dos hermanas menores. Venezia correría hacia las tiendas y se perdería en Prada, en Armani o en Dolce & Gabbana. Carina pasearía por las calles adoquinadas, mordisqueando algún dulce y disfrutando del paisaje, con lluvia y todo.

Contuvo un suspiro y miró el enorme montón de papeles que se acumulaba en su escritorio. Ella no. Ella comería de nuevo en la oficina, aliviaría algunos egos maltrechos de la junta directiva que aún protestaban por haber permitido que Wolfe fuera su intermediario en el proyecto y calcularía algunas cifras. La campaña de *marketing* debía estar acabada lo antes posible a fin de preparar la inauguración. Las ventas habían caído en Florencia por alguna extraña razón y necesitaba llamar al chef.

Presionó la palma de la mano contra el frío cristal y pensó de nuevo en la oferta.

Una noche con Sawyer.

Había pasado casi una semana desde el último encuentro. Cinco días sin mantener otro contacto que no fuera una mirada desde el otro extremo de la mesa de conferencias. Cinco días desde que la tocó, la besó y le propuso el escandaloso acuerdo sexual. Su mente racional se rebelaba por la crudeza que había demostrado y por su obvio desprecio hacia las reglas que controlaban la sociedad y el mundo empresarial.

La otra parte de su ser ansiaba abrazar esa erótica libertad.

Se alejó de la ventana y alineó las fotografías que descansaban sobre su escritorio y que se empeñaban en torcerse. ¿Qué le pasaba últimamente? Por regla general, el trabajo satisfacía todos los aspectos de su vida. Durante la reunión del día anterior, había descubierto que sus ojos buscaban a Sawyer en todo momento. Sobre todo ese culo tan prieto que tanto resaltaba el traje de Calvin Klein. Y no era producto de su imaginación que Sawyer se hubiera dado la vuelta y la mirara con una sonrisa sensual. Como si hubiera adivinado sus pensamientos. Sus fantasías. Aquello que se negaba a darle hasta que aceptara su ridículo trato.

Qué bochornoso era todo.

Se repitió una y otra vez que Sawyer estaba jugando para satisfacer su ego, porque no le gustaba perder. ¿Por qué estaba tan decidido a provocarle un orgasmo? ¿Qué le importaba a él? Sin embargo… la tentación de pasar una noche

con él estaba haciendo estragos en su sentido común. Si cedía al trato, ¿volvería todo a la normalidad? El resultado final sería una doble victoria para ella.

Paseó de un lado a otro de la oficina, analizando los detalles. A lo mejor había margen de negociación. Sawyer haría todo lo posible por satisfacerla físicamente, y si ella era incapaz de… bueno, de llegar al clímax, tendría el control absoluto sobre la repostería en Purity.

Eso anotaba en la balanza de los pros.

Cierto que podía ser un poco incómodo, pero ya le había advertido sobre su incapacidad para relajarse y podía tolerar unas horas de incomodidad por la recompensa. Su mente sopesó las opciones e hizo de abogada del diablo. ¿Y si tenía un orgasmo?

Sintió un nudo en el estómago al imaginarse semejante placer. Bueno, sería genial, ¿no? De esa manera a lo mejor podía concentrarse otra vez en el trabajo. Al fin y al cabo, ¿no podía hacer que un orgasmo durara mucho? Como si lo llevara en el inventario. Su cuerpo estaría más relajado, podría disfrutar de la satisfacción de ser una mujer normal y pasaría página. Sí, Sawyer seguiría teniendo la última palabra en cuanto a la empresa. A menos que…

¿Y si subía la apuesta? ¿Y si cambiaba las condiciones para dificultarle la consecución del objetivo?

Además, si era capaz de ceñirse a las nuevas condiciones del acuerdo, ella merecería perder. Su instinto le dijo que sería una tarea imposible para Sawyer. Aunque consiguiera llevarla a la cima del placer una vez, jamás, jamás de los jamases, lograría que se corriera dos veces. ¿Verdad?

Se dio unos golpecitos con la uña del índice en el labio inferior mientras sopesaba todas las posibilidades. ¿Lograría convencerlo? Sí, retaría a su ego y le ofrecería un desafío inalcanzable que sus tendencias dominantes no podrían pasar por alto. Sintió un escalofrío en la espalda. Porque sabía que sería dominante en el ámbito privado. Su forma de apresarla por las muñecas y la mirada lujuriosa que había visto en sus ojos la habían excitado. Presentía que estaría de acuerdo con las nuevas condiciones y eso lo llevaría a la derrota. A lo mejor ella conseguía un orgasmo y el control de la situación.

Todo eran ventajas.

En ese momento, como si sus pensamientos lo hubieran conjurado, su secretaria anunció por el interfono:

—El señor Wells quiere verla. ¿Lo hago pasar?

Julietta controló el ridículo impulso de comprobar su peinado y su maquillaje, aunque apenas iba pintada, y carraspeó.

—Sí, por favor.

Como no tenía una puerta mágica, se limitó a sentarse en su sillón de cuero de color vino, enderezando la espalda, y fingió estar ocupada con los informes. Sawyer entró en silencio, como si fuera un ladrón de guante blanco en sus ratos

libres, y descubrió que estaba frente a ella por el calor que irradiaba su cuerpo y por el maravilloso olor especiado que lo acompañaba. Levantó la cabeza con una sonrisa educada para saludarlo y se quedó petrificada.

Era guapísimo. ¿Se acostumbraría alguna vez a su cara?

Llevaba un abrigo de lana de cachemira de color gris humo, que resaltaba la bufanda de cuadros roja y el halo dorado de su pelo. Su atlética y alta figura emanaba un poder que le resultaba irresistible y al mismo tiempo intimidante. No necesitaba hacer alarde alguno delante de los demás. Se mostraba tal como era. La cicatriz que le cruzaba la cara resaltaba la elegancia de sus rasgos y le recordaba que debajo de esa fachada civilizada y elegante acechaba algo salvaje. Se le secó la garganta y cuando trató de tragar saliva, descubrió que no le quedaba ni un poco. Sin perder un solo segundo, Sawyer atravesó la estancia, colocó las manos sobre su escritorio de caoba y se inclinó hacia delante. Sus ojos del color del caramelo atraparon su mirada sin titubear y sin disculparse. Como si hubiera estado esperando pacientemente su respuesta y ya no lo aguantara más.

—¿Y bien?

Julietta fue consciente de que un extraño ruido brotaba de su garganta. Soltó el informe que tenía en la mano y replicó:

—Y bien, ¿qué?

Sawyer esbozó una sonrisa.

—¿Le has dado el visto bueno al último diseño? Los constructores necesitan preparar el espacio necesario para montar la tienda a pie de calle.

Su preocupación por el trabajo fue una decepción para Julietta. Había sido una tonta al creer que había ido a verla por otro motivo. Desterró sus pensamientos y entrecerró los ojos mientras pensaba.

—Prefiero la esquina derecha. Los estudios demuestran que los emplazamientos en los vestíbulos incitan a las compras compulsivas.

—No en este caso. *La Dolce Maggie* tiene un sitio similar en el Venetian y las ventas van muy bien.

—Esto no es Estados Unidos —le recordó ella—. Milán es una ciudad difícil de conquistar, sobre todo siendo un hotel con influencia estadounidense. Es posible que atraigas a los turistas, pero los clientes de repostería prefieren una tienda con un escaparate a la derecha.

Sawyer esbozó una sonrisa amenazadora que dejó sus dientes a la vista.

—Es posible. Pero he pensado en darle otro uso a ese espacio. Podrás compensarlo de otra manera. Ya no tienes por qué depender de los transeúntes para conseguir beneficios.

La irritación le crispó los nervios.

—Una opinión interesante pero absurda.

Sawyer arqueó una de sus rubias cejas.

—Así que absurda, ¿no?

Ella siguió como si no lo hubiera oído.

—Da la casualidad de que las compras impulsivas conllevan unos beneficios a los que no queremos renunciar. Sobre todo porque, tal como decís los estadounidenses, vamos a poner todos nuestros huevos en la misma cesta.

—Pero la cesta es la leche.

Sus palabras irradiaban un deje seductor del que Julietta hizo caso omiso, pero el corazón empezó a latirle con fuerza de todas formas.

—Es posible. Aunque un pelín pequeña.

Su carcajada la sorprendió. Se vio obligada a contener la oleada de placer que la invadió al ver que era capaz de hacerlo reír. Sawyer apartó las manos del escritorio para deshacerse el nudo de la bufanda. Acto seguido se despojó del abrigo, que dejó en el respaldo del sillón. ¿Por qué la afectaba de esa manera el hecho de ver cómo se quitaba la ropa? Era como si estuviera en su dormitorio privado, esperando el desnudo final. Recorrió su cuerpo con la mirada mientras se preguntaba cómo sería sin la fina capa de ropa. Vestido parecía tener músculos en los sitios adecuados. Cuando la había atrapado contra la pared, le pareció duro como una piedra y fuerte.

—Esa sí que es una idea interesante —murmuró.

En esa ocasión Julietta se ruborizó. Agachó rápidamente la cabeza y fingió ordenar el montón de informes que tenía delante, tras lo cual hizo girar el sillón. El enorme escritorio ocultaba gran parte de su cuerpo y le otorgaba la protección que necesitaba.

—En fin, ¿podemos cambiar la ubicación original?

—No.

Julietta se tensó.

—¿Por qué no?

Sawyer se colocó los puños de la camisa como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Porque no quiero. Mi plan es mejor.

—¿Y si disiento de tu opinión? —Pronunció la última palabra con retintín como si quisiera dejar claro lo que pensaba.

Él se encogió de hombros.

—Me da igual. La decisión final es mía, ¿recuerdas?

Julietta contuvo el aliento.

—¿Estás usando esto como presión para que acepte tu ridícula oferta?

Los ojos de Sawyer adoptaron un brillo socarrón.

—Julietta, no necesito presionarte de ninguna manera. Las relaciones personales no afectan en absoluto a mis negocios. En este caso, te deseo lo suficiente como para correr el riesgo.

Su franqueza a la hora de admitir que deseaba acostarse con ella le recordó que se enfrentaba a un experto. Y por un instante de locura ansió jugar en otro

escenario. Ansió dar el salto y asumir el riesgo de hacer algo que le ponía los pelos de punta.

La posición defensiva que ocupaba detrás del escritorio de repente le pareció una cárcel. Se puso en pie y se movió, aunque mantuvo una distancia segura entre ellos. El hecho de ver que la situación le resultaba graciosa la enfureció de nuevo y soltó el comentario para pillarlo desprevenido.

—Vamos a negociar las condiciones.

—Ya te lo he dicho. La decisión sobre la ubicación es firme.

—Me refiero a la noche que vamos a pasar juntos.

Consiguió lo que quería. La sorpresa se reflejó en los rasgos esculpidos de su rostro.

—¿Quieres hacer una lista?

Julietta pasó de su pregunta y se introdujo en el mundo donde más cómoda se sentía: la negociación. El repiqueteo de sus tacones sobre la madera pulida del suelo la acompañó mientras paseaba despacio de un lado para otro.

—Por supuesto. He estado pensando en tu oferta. A primera vista parece un compromiso sólido debido a mi incapacidad para experimentar ciertos retos físicos que no suponen problema alguno para la mayoría de las mujeres.

Sawyer meneó la cabeza, cruzó los brazos por delante del pecho y la miró fijamente.

—Tengo la impresión de que hay un « pero» .

—Pero me da la sensación de que es un objetivo muy fácil para ti. Creo que si aumentamos la cantidad de orgasmos a dos, podremos competir en igualdad de condiciones para ganar.

Sawyer abrió la boca, pero no dijo nada. Verlo mudo de repente la llenó de satisfacción. Ya iba siendo hora de que llevara la delantera. Al cabo de unos segundos, él consiguió decir:

—¿Estamos negociando el número de orgasmos?

Julietta frunció el ceño.

—Por supuesto. No he limitado tus opciones especificando el uso de juguetes sexuales, así que a lo mejor me llevas ventaja. Vamos a ser sinceros, ¿te parece? Lograr un orgasmo puede ser difícil, pero alcanzable dentro de un plazo estimado de ocho horas. Dos será un reto más complicado e igualará nuestras opciones.

—Joder. Estás hablando en serio.

Sus palabras la irritaron.

—Lo siento, es posible que me haya confundido. ¿Era una oferta válida y negociable o no?

Sawyer soltó una carcajada, un sonido lleno de vida que resonó en el despacho.

—Dios, eres magnífica —murmuró. La risa desapareció de repente, reemplazada por la lujuria.

Julietta sintió un ramalazo de placer.

—Tienes razón, Julietta —siguió él—. Es una oferta válida y podemos negociar las condiciones.

Sintió que su confianza flaqueaba. ¿Por qué de repente parecía que Sawyer había recuperado el mando de la situación? Se recordó que debía limitarse a negociar los términos sin dejarse afectar por su atractivo sexual. Al fin y al cabo, usaría dicho atractivo en su beneficio.

—Muy bien. Creo que deberíamos subir de uno a dos —dijo ella.

—Hecho.

Julietta parpadeó. Todo había sido muy fácil. ¿Por qué le parecía Sawyer tan peligroso? Lo vio lamerse el labio inferior con la punta de la lengua como si estuviera imaginando su sabor cuando por fin la devorara.

—Bueno, pues muy bien. En ese caso, supongo que tenemos un trato.

—Ah, pero no hemos acabado —replicó él.

Sawyer se acercó a ella y observó su cara en silencio.

—En primer lugar, supongo que esto no será un acuerdo por escrito, sino uno verbal, ¿cierto?

Julietta luchó para no ponerse colorada y en esa ocasión lo consiguió.

—Sí, confío en tu palabra y preferiría que no quedara testimonio escrito de este acuerdo.

—Muy bien. —Dio otro paso más hacia ella.

Julietta retrocedió un paso tratando de disimular el movimiento y ganó otro centímetro de separación.

—El tiempo es importante —siguió Sawyer—. Has mencionado ocho horas. Creo que deberíamos ser más específicos. Digamos que desde las ocho de la tarde hasta las ocho de la mañana. Doce horas.

—Esto… no creo que deba pasar la noche contigo. Ni dormir en tu cama. ¿Qué te parece de ocho a dos?

—No es negociable. Necesitaré cierta intimidad para conseguir que tengas dos orgasmos. Pasarás la noche conmigo.

Julietta aborrecía la idea y había esperado poder escapar antes de que se hiciera de día.

—Accedo hasta las seis de la mañana. Nada más.

¿Era orgullo lo que vislumbraba en la cara de Sawyer o se lo estaba imaginando?

—De acuerdo. Vamos a discutir el lugar. ¿Dónde llevaremos a cabo el encuentro? ¿En tu apartamento?

Julietta frunció el ceño.

—No. Tendrá que ser en territorio neutral.

—Reservaré habitación en un hotel.

Julietta dio otro paso hacia atrás.

—No quiero habladurías. La discreción es esencial.

—Te prometo que yo me encargo de todo. ¿Confías en mí?

¿Lo hacía? ¿Confiaba en él para mantener su secreto a salvo y para entregarle su cuerpo? Sí. La respuesta surgió de sus entrañas y no la puso en tela de juicio. Las malas experiencias le habían enseñado a fiarse de su instinto, lo quisiera o no.

—Sí.

En los ojos de Sawyer apareció un brillo satisfecho. Dio tres pasos hacia ella.

—Gracias.

Julietta apretó los puños.

—*Prego*. ¿Algo más?

—Sí. Los métodos.

Mio Dio.

—¿Qué tipo de métodos?

Sawyer esbozó una sonrisa sensual.

—¿Se me permite usar juguetes sexuales o solo la boca y los dedos?

El corazón le latía tan fuerte que Julietta oía resonar el eco en el despacho. La idea de que Sawyer usara un vibrador era demasiado. Negó con la cabeza.

—No, nada de juguetes. Te darían una ventaja injusta.

—Mmm, me tienta oponerme a este punto. Podría aumentar tu placer y llevarte a lo más alto.

Julietta sintió que le sudaban las palmas de las manos.

—No, gracias.

—Muy bien. Eso hará que me esfuerce más.

Incapaz de soportar su cercanía, Julietta dio media vuelta y regresó prácticamente a la carrera a la seguridad que le proporcionaba su escritorio.

—Bien. Creo que ya está. Debería volver al trabajo.

Oyó que Sawyer susurraba:

—¿Cuándo?

Se sentó en el sillón.

—¿El sábado por la noche? —sugirió.

—Hecho. Ah, Julietta, y una cosa más. Es una regla y me mantendré inflexible al respecto.

Sintió que se le caía el alma a los pies.

—¿Qué regla?

Sawyer se acercó despacio a ella. Su refugio se convirtió en una prisión cuando él rodeó el escritorio y, tras aferrar los brazos del sillón, lo hizo girar y la colocó frente a él. Todo pensamiento racional abandonó su mente y acabó convertida en una idiota balbuceante. Su olor la embriagó mientras él tiraba del sillón para acercarla todavía más a su cuerpo. Acto seguido, se inclinó hacia delante y se detuvo a escasos centímetros de sus labios y dijo:

—Yo mando. En cuanto entres por la puerta, tu cuerpo me pertenecerá. Si te ordeno que hagas algo, debes acceder.

Julietta se estremeció.

—Eso es ridículo. No voy a hacer todo lo que me mandes.

—Entonces no hay trato.

Su mirada la taladró y confirmó que se mantendría inflexible. Todo o nada.

—¿Y si algo me resulta incómodo o me asusta?

La expresión de Sawyer se suavizó. Le pasó el dedo índice por los labios.

—Jamás te haría daño. Te diré cómo puedes ralentizar las cosas, o detenerlas, pero necesitas confiar en mí.

Allí estaba de nuevo esa palabra. « Confiar» . Confiar en un hombre con una brutal cicatriz y sin pasado, con un magnetismo sexual irresistible. Su instinto le gritó de nuevo la respuesta, de modo que acabó diciendo:

—*Va bene*.

El brillo triunfal que iluminó esos ojos del color del caramelo casi hizo que retirara el consentimiento. Casi. Sawyer debió de percatarse de su titubeo, porque tras una última caricia, dio un paso atrás para dejarle espacio.

—En ese caso, hasta el sábado por la noche. Te haré saber dónde nos vemos. —Se puso el abrigo, se colocó la bufanda en torno al cuello y echó a andar hacia la puerta—. Si tienes algún problema con Wolfe, dímelo. Estaremos en contacto.

Y salió sin decir una sola palabra más.

Julietta se estremeció y se preguntó si acababa de hacer un trato con el mismísimo Hades.

—No quiero que este chico se involucre.

Julietta contuvo un suspiro y miró al director de *marketing*, un hombre obstinado que llevaba años en el cargo. Nunca le había caído especialmente bien, aunque reconocía que desempeñaba su trabajo sin problemas. Le resultaba un poco engreído, con su ropa de diseñador, su pose perfecta y su tendencia a criticar a todos los demás. Seguramente fuera el mayor cotilla de la empresa y casi todas las empleadas babeaban por él. Sus ojos recorrieron el impecable traje azul, las botas de Gucci y la camisa rosa de Stone Rose. Llevaba el pelo oscuro muy corto para resaltar sus increíbles ojos verdes, un corte que también acentuaba sus labios carnosos. En su opinión, esa boca que muchas tildaban como sensual tenía un rictus petulante y cada vez que hablaba era para quejarse. Le gustaba salirse con la suya solo para alardear de que podía hacerlo.

Se ajustó los puños de la camisa, con sus gemelos de diamantes, y señaló la puerta de la sala de conferencias con un gesto de la cabeza.

—Parece un delincuente. Desde luego que no pienso trabajar con un adolescente que tiene un problema de actitud.

Julietta contuvo su impaciencia.

—No tienes que trabajar con él a largo plazo, Marcus. Apenas tratará con el

departamento de *marketing*. Está aquí para ayudarnos con la transición y para que abracemos cuanto antes la visión de Purity. Si vendemos Purity, vendemos *La Dolce Famiglia*. Uno más uno son dos.

En ese momento vio aparecer el famoso mohín.

—Yo dirijo mi equipo y no necesito interferencias. La campaña publicitaria con la imagen de tu madre como seña de identidad fue un éxito. Pasarnos a la industria hotelera y tratar de atraer a un cliente que disfruta de un período de relax y que está acostumbrado a la comida de restaurante será un desafío, de modo que necesitamos ideas nuevas. Ya estoy trabajando en una.

—Muy bien. ¿Puedes tener lista la presentación para la semana próxima?

—Desde luego.

Julietta asintió con la cabeza.

—Si tienes algún problema, dímelo.

Marcus echó a andar hacia la puerta y se detuvo de repente al ver que esta se abría. Era Wolfe quien entraba. La luz hizo brillar el aro de oro que llevaba en la oreja. Se había peinado con el pelo de punta. La otra mitad de su cráneo, que llevaba rapada, aumentaba el efecto estrafalario. Aunque pareciera raro, Julietta empezaba a apreciar su presencia. Además de añadir un toque de color, el muchacho parecía listo, siempre iba directo al grano y no tenía problemas de ego.

Marcus retrocedió como si temiera que pudiera robarle la cartera. Wolfe puso cara de asco.

—Hola, Mark.

Marcus se estremeció con delicadeza.

—Me llamo Marcus.

—Como quieras. —Wolfe pasó por su lado rozándole el hombro sin disculparse siquiera y se sentó a la mesa. Marcus se sacudió la manga y lo miró furioso—. A ver, Enzo no quiere trabajar conmigo. Dice que no puede confiarme las últimas cifras de ventas. Seguramente piensa que se las venderé a Princi Bakery para pagarme mi nuevo tatuaje.

Julietta se mordió el labio y contuvo una carcajada al ver la expresión estupefacta de Marcus.

—Esto no va a funcionar —siguió Wolfe—. De verdad que te agradezco el hecho de haberlo intentado, pero no estoy dispuesto a discutir cada vez que entre en un despacho nuevo para pedir información. Me voy a la oficina central y se lo diré a Sawyer.

Marcus masculló algo entre dientes, claramente aliviado.

—Ni hablar.

Ambos hombres se volvieron hacia ella. Julietta se acercó el micrófono del manos libres que llevaba colocado en la oreja y pulsó un botón.

—Quiero a los directores de todos los departamentos en mi sala de

conferencias ahora mismo. Sácalos de cualquier reunión que estén manteniendo. Quiero verlos dentro de un cuarto de hora.

Su secretaria respondió al instante.

—Sí, señorita Conte.

Julietta le dijo a Marcus:

—¿Crees que involucraría a alguien en quien no confío en el negocio más importante que ha hecho esta empresa desde que se creó? —Su tono gélido dio en el clavo. Marcus se quedó blanco y miró a Wolfe con desprecio—. ¿Crees que me importa que sea diez años más joven que nosotros y que le guste llevar *piercings* en la cara? Ha trabajado con Sawyer y está dispuesto a ayudarnos a avanzar. Conoce bien la visión que debemos abrazar y necesito la colaboración de todo el mundo.

Marcus se tensó.

—No me gusta su mala educación, su falta de profesionalidad ni tampoco me gusta tu disposición a meter con calzador a un extraño en un negocio familiar.

Julietta asintió con la cabeza.

—Me parece bien. Marcus, te respeto y estoy de acuerdo contigo. Necesitamos trabajar juntos y confiar los unos en los otros. —Su mirada se clavó en el chico que en ese momento se sentaba encorvado en la silla, ataviado con un conservador traje negro que solo conseguía hacerlo resaltar aún más—. Wolfe, no tienes por qué simpatizar con todos los empleados de la empresa, pero espero que respetes a los directores de los departamentos. ¿De acuerdo?

Aguardó su respuesta. Se preguntó si el chico saldría de su despacho con aire ofendido. En cambio, pareció analizar sus palabras con un aire pensativo que la llevó a imaginar que algún día sería un empresario brillante cuando desarrollara sus propios talentos. Poseía esa especie de intensidad contenida que tenía Sawyer, pero Wolfe era joven y todavía no había logrado integrarse por completo en la sociedad. Wolfe se volvió para mirar al director de *marketing*.

—Lo siento.

Simple y llanamente. Sin excusas, sin quejas y sin explicaciones. Marcus no parecía contento, pero hizo un seco asentimiento de cabeza. El valor del muchacho le provocó una rara oleada de orgullo a Julietta.

—Bien. Marcus, ¿puedes dejarnos solos unos minutos?

Marcus abandonó la sala de conferencias. Wolfe se removió en la silla, a la espera sin duda de alguna reprimenda. El incómodo silencio hizo que aumentara la tensión en el ambiente. Julietta lo observó con atención. ¿Hasta qué punto podía presionarlo? Entre ellos hacía falta cierto nivel de confianza si querían avanzar. Por extraño que pareciera, un vínculo laboral era tan importante como uno personal… y a veces más. Muchas horas trabajando juntos, situaciones estresantes y decisiones interminables con respecto al dinero y al tiempo eran la norma. Ella escogía a sus empleados con mucho tiento y se aseguraba de que

todos congeniaran, porque de lo contrario el resultado final sería el fracaso y la desorganización. Tenía diez minutos antes de que llegaran sus empleados para decidir qué hacía.

Se quitó el manos libres de la oreja y se sentó en la silla opuesta a la de Wolfe. El muchacho tensó todos los músculos del cuerpo como si se estuviera preparando para una paliza. Julietta sintió que se le encogía el corazón. Se preguntó si Wolfe tendría el aguante necesario para acortar las distancias y darle algo de valor. Algo que podría dolerle.

—Wolfe, quiero trabajar contigo. Estoy dispuesta a apoyarte delante de mi equipo para que jamás tengas otro problema en esta empresa. Formarás parte del grupo y participarás en todas las tomas de decisiones relacionadas con *La Dolce Famiglia* y con Purity. Te ganarás su respeto si eres bueno en tu trabajo. Pero necesito saber si puedo confiar en ti.

Él soltó una carcajada amarga.

—Sí, claro. Como si alguien fuera a confiar en mí de todas formas. Todo esto ha sido un error. No pertenezco a este lugar.

La emoción salvaje que apareció en sus ojos azules la golpeó con la fuerza de un puñetazo. Sin embargo, Wolfe no necesitaba su lástima ni su compasión. Saltaba a la vista que su pasado era un campo de minas y sería mejor para él si iba directa al grano.

—No conozco tu historia y tampoco me interesa. Lo que me importa es cómo te comportes conmigo y con mi personal. Tienes que buscarte un sitio entre nosotros si quieres seguir adelante con esto.

Wolfe levantó la cabeza y la miró. Se había ganado su atención y no iba a desaprovechar el tiempo.

—Sawyer seguramente tampoco pertenezca a este lugar, pero se ha hecho un sitio gracias a su tesón. Cuando me enfrenté a un muro de empleados que me dijeron que no sería capaz de dirigir un negocio porque no tenía pene, creí que tampoco pertenecía a este lugar. Yo creé ese lugar. Tú también puedes hacerlo.

—¿Cómo?

La sinceridad de su pregunta le dio esperanza.

—Te daré todo mi apoyo con una condición.

Wolfe frunció el ceño y preguntó con recelo:

—¿Qué condición?

—Dame una razón para confiar en ti. Lo que me digas quedará entre nosotros y no saldrá de este lugar. ¿Por qué debería permitir que nos ayudaras a llevar a cabo un acuerdo multimillonario?

Wolfe dio un respingo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? O confías en mí o no lo haces.

Julietta negó con la cabeza.

—No. La confianza es algo que hay que ganarse. Dame algo, alguna verdad

sobre ti, un hecho que nadie más conozca. Dime por qué deberías quedarte por decisión propia y no porque Sawyer te permita jugar a los empresarios.

Los segundos pasaron despacio. El rostro del muchacho reflejaba el dilema, o compartía algo de lo que no quería hablar o se largaba. Se removió en la silla, se levantó, dio un paso, se detuvo y soltó un taco entre dientes. Julietta decidió tomar la iniciativa para darle el empujón que necesitaba.

—Yo tenía veintidós años cuando empecé a trabajar con mi hermano. Sabía que tenía mucho que demostrar, y juré que algún día se enorgullecería de mí. Trabajé con más ahínco y durante más horas que todos los demás. Estudié al detalle la industria y soporté un montón de gilipolleces de los ejecutivos que no aceptaban que yo ocupase este cargo. Una noche me quedé a trabajar hasta tarde y un ejecutivo del departamento de *marketing* me siguió a mi oficina.

Dios, todavía recordaba el olor de su agobiante colonia y la falsa sonrisa de sus labios. Sus ojos relucían con una frialdad que la dejó congelada. Se sentó en el borde de su mesa mientras fingía que entablaba una conversación trivial. Le tocó el pelo. Clavó su ávida mirada en el bajo de su minifalda. Al cabo de un momento, sintió su aliento en la boca y sus manos en los muslos.

—Intentó violarme. Tuve suerte. Un empleado del servicio de limpieza me oyó y entró en mi oficina antes de que sucediera algo. —Su tono sereno contradecía el estremecimiento que le recorrió el cuerpo—. Presenté una denuncia, pero después la retiré. El ejecutivo fue despedido. Y yo aprendí la lección. Daba igual que fuese la más lista, la que más trabajara o la que más mereciera los triunfos. Para él solo importaba lo que veía: una chica tonta, un objeto que no era merecedor ni de estar en esta empresa ni de su respeto. —Se encogió de hombros—. Aquel episodio me fortaleció. No puedo cambiar la opinión de los demás, pero ni loca voy a permitir que me jodan solo porque creen que pueden hacerlo. Esa es mi verdad.

Wolfe no se movió. Julietta lo miró a los ojos y esperó. Vio que apretaba los puños y supo que ciertos recuerdos habían resurgido en su mente, fue consciente de la lucha que se producía en su interior, y observó como retomaba el control para recuperar la compostura. Al final, apretó los dientes y dijo:

—He estado en el infierno. Y conseguí salir. No pienso regresar jamás. —Tragó saliva—. No tenía ningún sitio adonde ir, así que intenté robar a Sawyer y me pilló. Cualquier otro ricachón me habría denunciado y me habría mandado a la cárcel. En cambio, Sawyer me ofreció hacerme un hueco. Darme un trabajo y la oportunidad de aprender el negocio. Ni siquiera sabía nada sobre mí, pero me dio más de lo que los demás me habían ofrecido en toda mi vida. Una oportunidad. Puedes confiar en mí porque la alternativa es regresar al infierno.

—¿Es solo por el trabajo? ¿O hay algo más?

Wolfe, al oír las preguntas, le contestó de nuevo con el preciado regalo de la verdad.

—Al principio era solo por el trabajo, pero ahora hay algo más. Llevamos juntos casi un año. Sawyer es el tío más listo que he conocido en la vida y es un hombre justo. —Agachó la cabeza y se le quebró la voz—. No quiero decepcionarlo.

Julietta sintió un dolor punzante en el pecho y respiró con cuidado, manteniendo una expresión impasible mientras asentía con la cabeza.

—No lo harás. Has demostrado habilidades propias de una persona con más edad y experiencia que tú, y has visto el otro lado, así que no darás nada por sentado. Eres el tipo de hombre que quiero en mi equipo.

Wolfe alzó la vista. Asintió con la cabeza. Julietta atisbó una sonrisa casi imperceptible mientras se sentaba de nuevo, tras haber tomado la decisión de quedarse.

—*Grazie*.

Joder, el chico le caía bien. Era áspero, sincero y real.

—*Prego* —replicó ella.

—¿Julietta?

—¿Qué?

—¿Cómo se llama el tío que te agredió? ¿Y si alguien le hiciera una visita?

Sorprendida, se echó a reír, encantada por ese repentino arrebato de protección tan característico del macho de la especie. Otro rasgo que le gustaba de él. Una vez que se ganaba su confianza, era leal hasta la médula.

—Tranquilo. Michael permitió que retirara la denuncia por un buen motivo. Digamos que mi hermano conoce a cierta gente. Al menos, su estancia en el hospital fue breve.

—Bien. —Wolfe esbozó una sonrisa torcida—. Desde luego, los italianos son los mejores a la hora de tomarse la revancha. He visto El padrino y Uno de los nuestros un montón de veces.

Julietta aún seguía riéndose cuando sus empleados entraron en la sala de conferencias. Todos los miraron con extrañeza mientras se sentaban y esperaban a que ella empezara a hablar. Julietta se colocó en la cabecera de la mesa y sonrió.

Iba a ser divertido.

Sawyer dio un rápido repaso a la habitación para asegurarse de que todo estaba en orden. El hotel Bulgari Milano era perfecto para su primer encuentro, ya que ofrecía un lujo clásico, arrebatador en todos los sentidos. El salón tenía una atmósfera íntima gracias a la chimenea de piedra de Brera y al contraste con las maderas oscuras de la teca y el roble, mezclados con los tonos claros de la vainilla y la crema que otorgaban una sensación de tranquilidad. La refinada elegancia del palacio del siglo XVIII le recordaba a Julietta. El despliegue de joyas y de preciosas antigüedades diseminadas por la estancia añadía un toque extra. A través de un arco esculpido se accedía al dormitorio, que estaba dominado por una magnífica cama con dosel. Los cuadrantes de color azul hielo complementaban las carísimas sábanas de algodón. El dormitorio también contaba con un balcón privado orientado hacia los jardines al que se accedía a través de unas cristaleras. Una botella de champán se enfriaba en una cubitera de plata, situada frente a una bandeja con canapés dispuestos para mantener el hambre a raya.

Sin embargo, esperaba despertar en Julietta otro tipo de hambre. La emoción le provocó una dulce agonía y también una erección. Las negociaciones previas a esa noche todavía lo excitaban. Jamás había conocido a una mujer que mereciera tanto disfrutar del placer. Su agudo intelecto lo estimulaba tanto como su sensual cuerpo. Un cuerpo que ella no sabía usar ni sabía satisfacer. El dominante que había en él aullaba pidiendo que liberara semejante tesoro y lo hiciera suyo.

Ese afán posesivo lo sorprendía. En el pasado había compartido mujeres sin problemas; no para hacerles daño, sino para asegurarles que no las coartaba con falsas expectativas. Hacía mucho tiempo que había comprendido que, mentalmente, jamás estaría lo bastante bien como para mantener una relación sentimental sana a largo plazo. Con su pasado lleno de abusos, abandonos y torturas mentales, no podía ofrecer nada bueno ni puro. Se aseguraba de que las mujeres supieran que no había un futuro con él, de modo que jamás albergaran falsas esperanzas. No obstante, desde que conoció a Julietta, el cavernícola que llevaba dentro se había liberado y lo presionaba con el primitivo impulso de marcarla como suya.

Tendría que superarlo.

De todas formas, aún le parecía increíble haberla convencido para pasar la noche con él. Cuando le informó con serenidad de que solo tendría unas horas y de que se marcharía antes del amanecer, la necesidad de hacerla suya hasta que reinara la luz del día lo asombró hasta lo más hondo. Porque lo normal era que sucediera todo lo contrario. Esbozó una sonrisa renuente. Había probado un sorbo de su propia medicina. Y amargaba.

Alguien llamó a la puerta.

Mientras la abría sintió un hormigueo en los dedos y se preguntó si Julietta habría obedecido su primera orden. La nota manuscrita que le envió con el regalo seguramente la había intimidado. ¿Se habría pasado de la raya? Abrió la puerta.

En vez de encontrar a una amante temblorosa, descubrió a una furiosa reina de hielo.

Julietta tenía el ceño fruncido.

—¿De verdad crees que a las mujeres nos gusta ponernos estas horteradas? ¿Sabes lo humillante que es ver que la gente piensa que vas desnuda debajo del abrigo? Me han mirado desde el taxista hasta el portero. —Entró en el dormitorio ataviada con un abrigo de color crema. Unos zapatos de tacón de aguja. Unas medias negras. Y poco más.

Se había dejado el pelo suelto y la ondulada melena caoba le caía hasta la cintura, resaltando la desnudez de su cuello, una invitación clara a echar un vistazo para comprobar si llevaba algo debajo. La falda que se había puesto era tan corta que desaparecía por debajo del abrigo y aumentaba el erotismo del atuendo.

Ah, sí. Lo había obedecido al pie de letra. Su mirada la recorrió con avidez, aun cuando trataba de contener una sonrisa tras su aparición. Era muy distinta de las demás mujeres. La mezcla de confianza en sí misma y vulnerabilidad que la acompañaba lo fascinaba por completo.

—¿No te gusta que te miren otros hombres? —la retó—. ¿No te sientes deseable? ¿*Sexy*?

—Sucia —soltó ella mientras dejaba el bolso en un sillón y se volvía para echar un vistazo por la habitación. Era evidente que no quería quitarse el abrigo —. *Puttana*.

Sawyer le sirvió una copa de champán y se acercó a ella. Su piel olía a coco y chocolate.

—¿Una prostituta? Ah, veo que otra vez te estás juzgando según las expectativas de la sociedad. ¿Por qué no puede una mujer poderosa ser una puta en su dormitorio? Me parece una connotación muy negativa para aplicarla a una mujer que exige placer y que hará cualquier cosa para conseguirlo. —Sus palabras le provocaron un delicado estremecimiento. Bien. Al parecer, a Julietta le gustaban los preliminares verbales, y la afectaban a un nivel profundo.

Julietta decidió cambiar el tema de conversación.

—No sé si me siento cómoda en este hotel.

—¿Por qué?

La vio mordisquearse el labio inferior.

—Las habitaciones están muy cerca las unas de las otras. Pueden oírnos.

Sawyer le entregó la delicada copa de champán. Dios, era adorable. Una

leona que se transformaba de repente en una virgen asustada.

—Me alegro de que creas que vas a disfrutar tanto como para gritar, pero ya me he ocupado de ese problema.

—¿Cómo?

Sonrió.

—He reservado todas las habitaciones de esta planta. Estamos completamente solos.

Julietta parpadeó.

—Ah. Buena idea.

—Gracias. —Bajó la voz—. Era necesario. Porque vas a gritar, Julietta. Mucho.

Ella aferró con fuerza la copa, pero se negó a acobardarse. Levantó la copa y bebió un buen trago. Después se enfrentó a su mirada.

—Si tienes suerte.

—¿Por qué no te quitas el abrigo?

—Todavía no. Bueno, dime, Sawyer. ¿Esto es lo que los hombres imaginan que llevan las mujeres? Porque he venido para decirte que es muy incómodo y eso no me hace gracia. El tanga se me mete por el culo y el corsé me aprieta tanto el pecho que me cuesta respirar. No es la mejor manera de ponerme en situación.

Sawyer extendió un brazo y le acarició un lustroso mechón de pelo. El calor que irradiaba su cuerpo lo abrasó y lo atrajo hacia ella, una realidad que ponía en tela de juicio su comportamiento distante. Sí, definitivamente estaba excitada. Pero no sabía qué hacer en esa situación y pensaba que lo mejor era encerrar la emoción con llave en un bonito armario. Estaba deseando provocarle más incomodidad en las horas que tenía por delante. El pensamiento se la puso todavía más dura.

—Te limitas a analizar la superficie —murmuró—. Bajo esa leve incomodidad subyace la oportunidad de ceder el dominio a tu cuerpo. El corsé que he elegido te realza los pechos y aumenta la sensibilidad de tus pezones. Tienes que controlar cada respiración, de modo que eres consciente del aire que entra en tus pulmones. —Siguió acariciándole el pelo, tirándole con suavidad para despertar su cuero cabelludo—. Cuando estás excitada, tus pezones se endurecen y tensan el encaje. El roce te hará pensar en la aspereza de mi barba contra tus pechos. El hilo del tanga separa tus glúteos y por delante apenas te cubre el pubis. Cuando te mojes, serás consciente de cada sensación. La incomodidad aumenta la percepción, Julietta. Todo forma parte del erotismo.

Vio que se le dilataban las pupilas. Sí. Sabía que se había mojado mientras lo oía hablar, y que su cuerpo por fin había conectado con su cerebro. Imaginó la dureza de sus pezones en la lengua y el dulce movimiento de sus caderas cuando separara las piernas para darle acceso. Pero antes necesitaba derribar todas sus

barreras mentales.

Le soltó el pelo y dio un paso atrás de forma deliberada.

—Y ahora, repito lo que te he dicho antes. Quítate el abrigo.

Julietta puso cara de sorpresa.

—Tengo frío.

Sawyer sonrió.

—Yo te haré entrar en calor. De momento, vamos a dejar que esto sea un sutil recordatorio de las condiciones del acuerdo. Yo doy las órdenes. Tú obedeces.

Su reina se rebeló. Joder, era magnífica. Sus ojos marrones echaban chispas mientras se desabrochaba los botones.

—Esto es ridículo. —Un botón. Dos—. Es increíble que haya accedido a representar esta escenita sexual. Para que lo sepas, esto no me pone cachonda, así que espero que tú por lo menos te excites con el numerito. —Tres. Cuatro. Se quitó el abrigo y lo arrojó sobre el sillón de terciopelo donde descansaba su bolso —. ¿Contento?

« Ah, sí» .

Recorrió con la mirada el delicado encaje negro del corsé, que se le ceñía a la cintura, le unía los pechos y se los levantaba como un regalo a los dioses. La minúscula falda negra apenas le tapaba el culo. Tenía una piel inmaculada y de color dorado que pedía a gritos las caricias de un hombre. Esas piernas interminables cubiertas por las medias negras daban paso a sus pies, calzados con unos eróticos zapatos de tacón de diez centímetros, con la punta descubierta para dejar a la vista los dedos de los pies, cuyas uñas llevaba pintadas de rojo sangre a modo de rebelión.

Ya era hora de poner límites a su testaruda amante, o más bien a la que estaba a punto de serlo. Usó su voz de dominante, en la que resonaba el poder de su confianza y que restalló por la habitación como un látigo.

—Date la vuelta.

Julietta dio un respingo. Parpadeó. Pero obedeció de inmediato y se volvió para que pudiera darse un festín con su redondeado trasero, apenas cubierto por la tela de la falda que se ceñía a las partes más íntimas de su cuerpo. El deseo de acariciar esa erótica piel y de ponerla rosada le provocó un hormigueo en los dedos. Pero de momento se limitó a cruzar los brazos por delante del pecho y a contemplar cada centímetro de su persona. Un leve rubor cubrió sus mejillas. Bien. Era consciente de que se había convertido en su centro de atención y eso la había desestabilizado.

—¿Alguna vez te ha mirado un hombre de esta forma, Julietta?

Ella negó con la cabeza.

—Contéstame, por favor.

En su voz distinguió el rencor más puro, y también algo más profundo.

—No.

—Cuando te haga una pregunta, quiero una respuesta verbal.

—De acuerdo.

Mantuvo una expresión seria en la cara, ocultando la gracia que le hacía la situación, y siguió con su escrutinio.

—Los hombres somos criaturas visuales. Cuando una mujer se quita la ropa, se libera de sus barreras y ofrece un regalo muy valioso. Su vulnerabilidad. ¿Sabes lo que eso me hace sentir?

—¿El qué?

—Me siento honrado. Excitado. Algo similar a la emoción de abrir un regalo, de quitar el envoltorio y descubrir un tesoro. Déjame decirte lo que veo cuando te miro. —Su voz se hizo más ronca y dejó que el deseo que lo abrasaba se reflejara en su cara—. Veo unos pechos voluptuosos cuyos pezones ya están duros, suplicando las caricias de mis dedos y de mi lengua. Te tiembla un poco el abdomen por la emoción. Ahora mismo te recorrería esa zona con la lengua y descendería hasta ese minúsculo trozo de encaje que hay más abajo. Sentiría tu calor y tu humedad y olería tu excitación. Tienes unas piernas largas y elegantes, y me las imagino rodeándome las caderas y estrechándome con fuerza mientras te la meto. —Vio que sus pechos se elevaban al contener la respiración—. Quiero descubrir cada secreto de tu cuerpo y mil formas de hacer que grites mi nombre.

—Le brillaron los ojos mientras se acercaba a ella. —Un recordatorio de las reglas básicas. Haz todo lo que te diga. No hables a menos que te haga una pregunta. Y no pienses en nada. Esta noche yo pensaré por los dos—. Hizo una pausa para darle tiempo y que asimilase sus palabras. —Vamos a empezar, ¿te parece?

Julietta se abrasaba. Le ardía la piel como si estuviera cerca de una hoguera y el calor de las llamas le acariciara todo el cuerpo. Se removió, incómoda, e intentó aferrarse a la extraña sensación de que su cuerpo se había desconectado de su mente, que había quedado atrás. Le dolían los pezones bajo los confines del estrechísimo corsé y el tanga aumentaba la palpitante sensación que se extendía entre sus piernas. Le parecía todo muy raro porque no era la primera vez que se excitaba. Incluso estaba segura de que en un par de ocasiones había estado a punto de experimentar un orgasmo. Pero jamás se había puesto tan cachonda con un hombre que ni siquiera la había tocado.

Sawyer la acechó lentamente, haciéndole saber que estaba bajo sus órdenes en tan solo un par de minutos y que no había nada que pudiera hacer para cambiar la situación. Sintió un ramalazo de emoción. La planta del hotel estaba vacía y nadie sabía que había ido a ese lugar aquella noche. Se encontraba por completo a su merced y Sawyer podía hacer lo que quisiera con su cuerpo. Podía soltar todos los comentarios escandalosos que le apetecieran. No tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación, si sería cruel o delicado.

Eso la puso cachonda. A mil.

Sawyer seguía vestido, con una nívea camisa blanca y unos chinos de color beige, pero estaba descalzo. Ansiaba acariciar esa melena rubia ondulada que le enmarcaba la cara, una mezcla fascinante que variaba del platino más claro al dorado más oscuro. Ansiaba ver su torso desnudo y acariciarle la piel. ¿Tendría vello o no? Olía a una rica mezcla de aromas que la estaba embriagando: granos de café, especias y almizcle.

Mantuvo su posición y se negó a retroceder. Si ese era el inicio del primer asalto, prefería morir a ponérselo fácil. Sawyer le colocó las palmas de las manos en los hombros y le acarició los brazos, como si estuviera comprobando la musculatura de un caballo de carreras que quisiera comprar. La idea la ayudó a centrarse.

—¿He pasado la prueba? —Logró decir con la voz serena y fría.

—¿Ya estamos incumpliendo las reglas? Nada de hablar a menos que te haga una pregunta.

Julietta cerró la boca de golpe y le lanzó una mirada asesina. Aquellos ojos del color del *whisky* la miraron con sorna, pero el resto de su cara se mantuvo impasible mientras seguía acariciándola. Entrelazó los dedos con los suyos y se los masajeó uno a uno de forma sensual. Tensó el cuerpo, a la espera, pero Sawyer se tomó su tiempo. De los dedos pasó a los pechos, que se elevaban sobre el corsé como si le dieran la bienvenida. Le acarició la base de la garganta, allí donde el pulso le latía errático. La curva de un pómulo. La sensible línea del cuello. Sus dedos exploraron cada centímetro expuesto a la vista hasta que tuvo la impresión de derretirse por dentro.

Empezó a relajarse.

Sawyer se arrodilló delante de ella.

Oyó que un ruido extraño surgía de su garganta mientras se preguntaba qué iba a hacer. Mio Dio, sus manos le aferraron un muslo y empezó a masajearle los músculos de las piernas, explorando las corvas y descendiendo por las pantorrillas hasta llegar a esos ridículos zapatos de tacón que parecían de buscona. Arriba y abajo, hasta que se le puso la piel de gallina y todos los músculos del cuerpo se le tensaron a la espera de su siguiente movimiento.

—Quítate la falda.

Julietta titubeó. Oía un rugido en los oídos y de repente tuvo la impresión de que la ropa la ahogaba. La mirada de Sawyer enfrentó la suya y la instó a obedecerlo. Antes de poder analizar su reacción, introdujo los pulgares bajo la cinturilla de la falda y se bajó la prenda por las caderas. Hasta que cayó al suelo.

Sintió la satisfacción de Sawyer en todo el cuerpo. Él le levantó un pie y después el otro, y seguidamente tiró la falda al suelo.

—Muy bien. Ahora no te muevas.

Jadeó asombrada cuando él le alzó un pie y se colocó el tacón del zapato en

un hombro. Acto seguido, presionó la boca contra la cara interna del muslo y le acarició la sensible piel de la zona con las mejillas. Un dolor palpitante se extendió entre sus muslos, suplicándole más, pero él parecía contento con aspirar su olor y mordisquearle delicadamente un muslo y luego el otro. Se apoyó en la pared para mantenerse en pie y le puso los dedos de forma instintiva en la cabeza. Las sensaciones eran exquisitas: el roce de su lengua y los mordiscos que iban ascendiendo hacia el lugar que más los deseaba. ¿Por qué iba tan despacio? ¿Quería que participara? Llegados a ese momento siempre era un desastre, porque empezaba a preguntarse si tendría que devolverle el sexo oral a su pareja y durante cuánto tiempo tendría que hacerlo, ya que en el fondo no le gustaba mucho. Si lograba abreviar esa parte, a lo mejor podrían pasar pronto al sexo de verdad.

Sawyer acercó la boca al borde del tanga de encaje y sintió el roce de su aliento en los labios, ya hinchados. *Merda*, tenía que acelerar las cosas. Lo agarró del pelo con ambas manos y lo instó a besarla allí donde más necesitaba sentirlo.

Él se apartó. Julietta se estremeció y soltó un suspiro irritado.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó—. ¿Por qué te has parado?

Sawyer meneó la cabeza para expresar su desaprobación y se incorporó.

—Obviamente no estás hecha para obedecer las normas. Así que vamos a ver si te ayudo un poco, ¿vale? —Se acercó a un pequeño escritorio, abrió un cajón y sacó unas esposas.

La barbaridad de la escena la dejó tan horrorizada que levantó las manos.

—Joder, ni hablar. Eso no lo usarás conmigo ni de coña.

—¿Confías en mí?

—La confianza no pinta nada aquí.

Sawyer enarcó una de sus cejas doradas.

—La confianza lo es todo. De eso va esta noche. Confías en que yo te dé lo que necesitas, y yo confío en que tú me obedezcas.

—Pero… yo…

—¿Confías en mí, Julietta?

Si mentía, podría irse a casa. A la mierda el acuerdo empresarial. No necesitaba ni un orgasmo ni tener más control sobre el negocio. Su mente le gritaba que cogiera el abrigo y saliera de la habitación; en cambio, las hormonas le asestaron un puñetazo a su cerebro.

—Sí. Confío en ti.

—Vamos a usar las esposas. Extiende los brazos, por favor.

Julietta se humedeció el labio inferior, pero le ofreció las muñecas. Por desquiciada que pareciera, la situación hizo que se mojara aún más y se le endurecieron tanto los pezones que incluso le dolían por el roce con el corsé, del que necesitaba librarse. Sawyer le colocó las esposas, comprobó que estaban bien puestas y se alejó para mirarla.

—Mucho mejor.

La piel que recubría el metal la acariciaba de forma deliciosa. Sawyer la instó a levantar la barbilla y se apoderó de su mirada.

—No puedes tocarme —le dijo—. No hace falta que te preocupes por lo que debes hacer para complacerme. Yo controlo tu cuerpo y haré con él lo que me apetezca. ¿Entendido?

Julietta experimentó un intenso ramalazo de emoción. Asintió con la cabeza, ya que a esas alturas era incapaz de hablar. Un extraño alivio relajó sus músculos, como si hubiera alcanzado un nuevo nivel. La verdad que encerraba la afirmación de Sawyer acababa de sacudir sus cimientos. De repente, no tenía alternativas. No tenía por qué tomar decisiones. No había una opción correcta y otra incorrecta. Él la había privado de la capacidad para elegir y la había dejado sin nada.

Sin otra cosa que no fuera la libertad.

En sus ojos atisbó el brillo de la satisfacción y de la lujuria más intensa.

—Allá vamos —lo oyó murmurar—. Esto es lo que quiero. —Inclinó la cabeza y reclamó su boca.

Julietta separó los labios, ya que no había lugar para esconderse, mientras él la acariciaba con la lengua y exploraba hasta el último recoveco de su boca al tiempo que le inmovilizaba la cabeza con las manos. Julietta gimió bajo su salvaje ofensiva y de forma inconsciente buscó el modo de acariciarlo o de guiarlo para que la besara como quería. El movimiento de sus manos hizo que las esposas tintinearan. El sonido llegó a sus oídos e hizo que le cayera un hilillo de flujo vaginal por un muslo. Mio Dio, la había puesto a mil, pero cada vez que intentaba unir las piernas para aliviar el dolor, él la pegaba a su cuerpo y le introducía un muslo entre ellas para mantenerla expuesta a sus caricias. Él dominaba cada sensación y le provocaba espasmo tras espasmo con las caricias de su lengua contra la de ella. Sawyer apartó las manos de su pelo y se las colocó en los pechos. Le acarició con delicadeza los pezones, aún atrapados bajo las ballenas del corsé, hasta que ella se retorció en un intento por intensificar las sensaciones.

Sawyer le mordió el labio inferior.

—¿Qué quieres?

—Que me toques.

Él la besó con pasión y avidez, pasando por alto sus palabras. Cuando se apartó de sus labios, sus ojos dorados la abrasaron y le ordenaron que le pidiera más.

—¿Dónde? Si quieres algo, pídelo.

La vergüenza desapareció, arrollada por el deseo de conseguir lo que tanto ansiaba.

—Quítame el corsé. Tócame los pechos.

—Muy bien. —Sawyer le rodeó el torso y con una gran habilidad le desabrochó la larga hilera de corchetes que unía la prenda.

Agradecida, Julietta inspiró hondo mientras sus pechos se liberaban. Sawyer los tomó en sus cálidas manos y le frotó los endurecidos pezones. Ella arqueó la espalda, suplicándole más.

—¿Te gusta?

—Oh, por favor…

—Dímelo.

—Chúpamelos.

Sawyer soltó un gemido satisfecho, inclinó la cabeza y se metió un pezón en la boca. La cálida humedad de su lengua mientras se lo lamía y se lo chupaba estuvo a punto de arrancarle un grito de placer. Se retorció y de nuevo intentó usar las manos para aferrarse a algo, pero estaba maniatada y a su merced.

Justo como le gustaba, pensó.

Esa idea voló por su cabeza. Le palpitaban los pezones bajo el asedio de la boca de Sawyer, que pasaba de uno a otro a su antojo, pero la revelación de que le encantaba saberse maniatada y que la usaran como si fuera una mujer débil y desvalida creó una especie de explosión en su cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo era posible que la directora ejecutiva de una poderosa cadena de pastelerías le suplicara a un hombre que le hiciera guarrerías mientras estaba esposada? En sus entrañas se extendió un manto de hielo, que la devolvió a un escenario familiar. Su cuerpo empezó a congelarse, y la excitación fue desapareciendo segundo a segundo hasta que…

Sawyer se sacó el pezón de la boca y el gesto provocó un sonido que resonó en la habitación. Acto seguido, la miró a la cara.

—Dios, qué testaruda eres. —En sus labios apareció el asomo de una sonrisa —. ¿Ya estás pensando más de la cuenta, nena? Será mejor que me aplique con más ahínco.

—Sawyer, no creo que esto sea… ¡Oh!

Sin transición alguna, sin delicadeza y sin avisar, le metió una mano bajo el tanga de encaje y la penetró con los dedos.

Julietta arqueó las caderas y se mojó aún más. La deliciosa fricción de esos dedos que la penetraban una y otra vez contrastaba con la delicadeza de las caricias del pulgar sobre su clítoris. Intentó cerrar los ojos para ocultarse de la descarada respuesta de su cuerpo, pero él se lo impidió mirándola para evitar que se escondiera. Cada expresión y cada gemido le pertenecían. Y él se lo recordaba con cada caricia de sus habilidosos dedos.

La combinación de todo eso la llevó al límite. Se tensó ante la proximidad del orgasmo, frenética por aferrarse a él antes de que desapareciera. Cada caricia del pulgar le hinchaba más el clítoris. Oía el tintineo de las esposas. Sawyer apartó la mano un instante, flexionó los dedos y se los metió de nuevo.

« Oh, sí. Justo ahí» .

—*Mio Dio*! —exclamó ella entre espasmos, al borde del orgasmo y…

Sawyer se alejó.

El clímax se desvaneció ante ella.

Julietta se estremeció por la frustración y la furia.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Estaba a punto!

—Nada de hablar o te amordazo. —La amenaza hizo que abriera los ojos como platos—. Ni siquiera estás cerca. Aunque ahora mismo estás preciosa, necesito más. Vamos a quitarte esta ropa.

Su temperamento estaba a punto de estallar cual serpiente enroscada y furiosa. Levantó las manos esposadas.

—No puedo hacer mucho con esto. —El deje ligeramente apenado de su voz fue una fuente de humillación para sí misma. Sin embargo, a Sawyer no pareció importarle. De hecho, su reacción pareció satisfacerlo.

El corsé estaba atrapado por las esposas, a la altura de sus muñecas. Esperó para ver si Sawyer se las quitaba, pero lo que hizo fue agarrar la prenda y rasgarla de arriba abajo.

—¡Eso era muy caro!

La expresión de su cara la obligó a cerrar la boca. No estaba dispuesta a que la amordazara.

—Tu ropa me pertenece, al igual que tú. Y hago con ella lo que me da la gana. —Arrojó la prenda a un lado. Después aferró el tanga empapado y se lo bajó por las piernas.

El olor de su deseo impregnó el aire. Sawyer se alejó un poco para mirar su cuerpo desnudo. Sus ojos recorrieron cada centímetro de su piel hasta que bajo su escrutinio se sintió como una esclava en una subasta.

El deseo le atenazó las entrañas. Sentía la extraña necesidad de complacerlo, de entregarse por completo a él y de hacer todo lo que quisiera. Al fin y al cabo, tampoco tenía alternativa. Cada paso que daba la llevaba a un mundo más sensual y erótico cuya existencia desconocía.

—Joder, eres preciosa. Más de lo que imaginaba.

La verdad que encerraban sus palabras la golpeó con fuerza. Al igual que la golpeó la evidente erección bajo sus pantalones. El deseo ardiente de sus ojos mientras la miraba. Por primera vez en su vida Julietta supo que un hombre la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Antes, solo había experimentado los movimientos del sexo, la idea de la excitación y de la reciprocidad. En ese momento solo había deseo, una sensación descarnada y burbujeante. Y una especie de tristeza y melancolía que le oprimían el pecho.

Sawyer no le dio tiempo para analizar sus emociones. Con un movimiento rápido, se inclinó y se la echó al hombro, tras lo cual enfiló el pasillo por el que se accedía al dormitorio. La dejó en la cama. Las frías sábanas de satén le

refrescaron la piel enfebrecida. La colocó de manera que las piernas quedaran fuera del colchón, ya que todavía llevaba los zapatos puestos.

—Échate hacia atrás, nena. Apóyate en el cabecero. No te quites los zapatos.

Julietta lo obedeció retrocediendo poco a poco. Lo vio asentir con la cabeza al tiempo que le levantaba las manos para enganchar el cierre de las esposas a la cadena que colgaba de la pared. Todo sucedió tan rápido que ni siquiera le dio tiempo a protestar, hasta que descubrió que tenía las manos inmovilizadas por encima de la cabeza. ¿Había colocado cadenas sobre la cama? ¿En un hotel respetable?

—No creo que…

—Yo sí —la interrumpió con severidad para silenciarla.

De nuevo sintió que se mojaba al escuchar su tono de voz dominante. Sawyer abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un condón y una goma para el pelo. Tras dejar ambas cosas a un lado, se subió a la cama. Julietta se tensó, pero vio que se limitaba a coger la goma para recogerse el pelo en una coleta. Cerró las piernas, pero él sonrió y meneó un dedo.

—Chica mala. Jamás te escondas de mí. Nunca. A menos que quieras que te ate de pies y manos a la cama, con las piernas separadas.

La abrumó una sensación abrasadora y gimió sin poder evitarlo.

Sawyer le aferró los tobillos y le separó las piernas. Acto seguido, se arrodilló entre sus muslos.

—Mmm… creo que eso te gustaría. Quizá la próxima vez.

¿La próxima vez? Eso era una locura. Tenía que salir de allí. No podía ser la mujer que él quería que fuera, no podía darle la satisfacción que él buscaba con sus parejas. Solo estaba interpretando un papel y su cuerpo no tardaría mucho en secarse como era habitual. Tenía los nervios tan de punta que le erizaban la piel. Ese camino solo la conduciría a más frustración, humillación y dolor. Tenía que salir de allí, tenía que…

—Julietta, mírame. Mírame a los ojos.

Lo obedeció y lo miró presa del pánico mientras se esforzaba por respirar.

—No tienes por qué asustarte de mí. Nunca te haré daño. Jamás.

El miedo se atenuó, dejando solo incertidumbre.

—No puedo ser lo que quieres que sea —susurró.

Los ojos de Sawyer la miraron con una furia ardiente. Sin embargo, su expresión se suavizó, demostrando un afán posesivo que jamás había visto antes en él.

—Nena, no debes ser nada. No tienes alternativa. Te las he quitado todas. Estoy a punto de empezar a jugar con este cuerpo tan delicioso que tienes y no podrás hacer nada para impedírmelo.

El alivio le relajó los músculos y bajó los brazos, que siguieron inmovilizados por las cadenas.

No podía hacer nada…

Lo que sintiera o no ya no dependía de ella. Mientras asimilaba ese hecho, Sawyer se desabrochó despacio la camisa. Julietta recorrió con mirada ávida los maravillosos contornos de su pecho y de sus hombros. Tenía los pectorales definidos, y esos bíceps y antebrazos musculosos le dejaron claro que hacía ejercicio. Mucho. La blanca camisa cayó al suelo y ella contuvo el aliento al fijarse en su tableta de chocolate. Su pecho estaba salpicado de vello en algunas zonas, pero el resto de su piel era dorada y sin vello alguno. Se percató de las extrañas marcas y cicatrices que lucía en algunos lugares, pero no le dio tiempo a preguntarse por su origen. Sawyer se inclinó y apoyó el peso sobre los codos mientras se tumbaba entre sus muslos separados. La miró desde esa posición. Y sonrió.

El dormitorio pareció moverse de repente ante el impacto de esa sonrisa depredadora y tan masculina. Ah, sí. Estaba a punto de darse un festín. Y ella iba a ser el menú. Iba a comérsela enterita. La certeza de esa conclusión se reflejaba en su cara, y la promesa de lo que estaba por llegar relucía en sus ojos. La absoluta vulnerabilidad de la posición en la que se encontraba la espantaba y la excitaba a la par. Pensar que él le estaba viendo los labios vaginales, completamente expuestos. Y el clítoris, también a la vista y palpitando a la espera de lo que él quisiera hacerle… con los dedos, con la lengua, con los dientes o con los labios. Estaba tan tensa que se vio obligada a contener el impulso de tirar de las cadenas y de retorcerse por el deseo de que se explayara con ella y le hiciera todo lo que se le antojara.

—He pasado noches imaginando tu sabor. Muriéndome de ganas de lamerte para que te corras en mi boca. Pero no voy a permitir que esto sea fácil, ni para ti ni para mí. —Hizo una pausa y el silencio pareció palpitar—. Tendrás que suplicarme mucho para que te dé lo que quieres, nena. Me lo he ganado.

E inclinó la cabeza.

Julietta había experimentado con el sexo oral en el pasado. Más que nada recordaba lo pendiente que había estado en todo momento de lo que sucedía, constantemente preocupada por cómo olería, por cómo sabría y por si su pareja estaría disfrutando. Había fingido los orgasmos con desgana, de manera que los hombres se percataban de lo que sucedía y en todos los casos se había visto obligada a cortar con ellos para disfrutar de cierto alivio.

Sawyer le acarició la cara interna de los muslos, presas de continuos estremecimientos, mientras se frotaba la nariz y las mejillas contra el diminuto triángulo de vello púbico, húmedo a esas alturas. El roce áspero de su barba le resultaba un tanto incómodo y a la vez era un delicioso estímulo. Sus músculos internos sufrieron un espasmo, cerrándose en torno al vacío y suplicándole algo más, pero Sawyer se limitó a torturarla durante un buen rato, aspirando su olor, murmurando guarrerías contra su coño y acariciándole la zona alrededor del

clítoris con delicadeza, aunque nunca directamente.

Julietta inspiró hondo e intentó recobrar la compostura. Ansiaba preocuparse por mil cosas distintas, pero su cuerpo se derretía suplicando más. Suplicando algo que pusiera fin a la creciente tensión que le retorcía los músculos y que le provocaba una sensación palpitante bajo la piel. Su vasto mundo empezó a encogerse hasta que solo pudo concentrarse en el siguiente movimiento de Sawyer. Tuvo la impresión de que pasaban horas antes de sentir el primer lametón de su lengua directamente donde más lo necesitaba. Sin embargo fue muy breve y los siguientes solo le ocasionaron más frustración.

Gimió y les dio un tirón a las esposas.

—No vas a rendirte fácilmente, ¿verdad? —se burló él, mientras le separaba los labios con los pulgares—. Ah, ya veo que tienes el clítoris hinchado, está pidiendo más. ¿Te gustaría que te diera más?

Julietta encogió los dedos y se aferró a la escasa cordura que le quedaba.

—Sabía que ibas a ser una digna oponente. —Los ojos de Sawyer relucían con un deseo rayano en la locura—. Tenía razón. Sabes a una barrita de coco y chocolate. —Le separó más los labios y la devoró.

De los labios de Julietta brotó un grito agudo. Las expectativas sobre cómo era el sexo oral desaparecieron de su mente ante el asalto de la lengua de Sawyer. La acarició trazando círculos hasta que tuvo que encoger los dedos en el interior de los eróticos zapatos de tacón. Aunque le lamió el coño entero, en ningún momento le pasó la lengua sobre el lugar donde más lo necesitaba, sino a ambos lados del clítoris. Sus dientes la mordisquearon con delicadeza, ocasionándole el punto justo de dolor que la llevó al borde del orgasmo pero sin llegar a provocárselo.

—Por favor —suplicó con voz quebrada, aunque ya no le importaba nada—. Por favor, necesito más.

—Todavía no.

Su negativa la hizo soltar una retahíla de palabrotas vulgares que le habrían reportado una buena azotaina por parte de su madre. Sawyer chasqueó la lengua, encantado.

—Acabo de aprender un par de palabras nuevas. ¿Has llamado «idiota» al hombre que controla tus orgasmos?

Julietta agitó la cabeza sobre la mullida almohada. Él le pasó un pulgar sobre el clítoris a modo de castigo. El sudor le bañaba la piel.

—*Mi dispiace*. Sawyer, por favor. Necesito… Dios, lo que necesito…

—Sé lo que necesitas.

Le introdujo dos dedos en la vagina. Sus músculos se cerraron en torno a ellos e intentó atraerlo más hacia el interior, pero él se movía muy despacio, usando su flujo vaginal para mojarle el clítoris y torturarla con más caricias. La locura amenazaba con apoderarse de ella. Necesitaba un orgasmo más que el aire que

respiraba. Más que un contrato empresarial. Más que cualquier otra cosa. Sus pezones se erguían suplicando que llegara por fin el alivio.

—Pídemelo, Julietta.

Ella parpadeó y rotó las caderas, asaltada por una nueva oleada de deseo. Clavó los tacones en el colchón.

—¿Qué?

Sawyer levantó la cabeza. Su mirada la atravesó, derribando todas las barreras que ella había erigido a lo largo de la vida, y se clavó en la parte más oscura de su alma. En ese momento le dio igual. Lo dejó entrar en su interior durante ese breve instante y se lo entregó todo.

—Pídemelo —susurró él.

De sus labios brotó un sollozo.

—Sawyer, por favor, por favor, déjame que me corra.

En el rostro de Sawyer se reflejó un afán posesivo arrollador y la satisfacción más absoluta surgió en oleadas de su cuerpo.

—Buena chica.

La penetró con tres dedos, retorciéndolos hasta dar con el lugar que había encontrado poco antes, y empezó a acariciarla con firmeza. Al mismo tiempo le rodeó el clítoris con los labios y lo acarició directamente con la lengua. Una vez. Dos.

Julietta explotó.

Gritó abrumada por las intensas oleadas de placer que caían sobre ella una tras otra. Su cuerpo se estremeció sin control bajo el implacable asalto. El placer surgía desde lo más hondo y se elevaba hasta la superficie sin cesar. Era consciente de las manos que le aferraban los muslos mientras la obligaba a mantenerlos separados y seguía lamiéndola, provocándole una sucesión de espasmos que se prolongó durante interminables minutos.

Después se dejó caer sobre la almohada, exhausta y satisfecha. Le temblaban todos los músculos y su visión parecía estar borrosa debido a una especie de neblina, de modo que tuvo que esforzarse para seguir consciente. Jamás había vivido una experiencia tan intensa y física.

Por fin sabía lo que se había estado perdiendo. ¿Cómo iba a imaginar que el sexo podía ser así? ¿Qué podía provocar un placer tan intenso que embotaba la mente y se adueñaba de todo el cuerpo al tiempo que robaba la cordura y elevaba el alma hasta unas alturas desconocidas para ella?

Con la mente en blanco, se esforzó por abrir los ojos.

Sawyer la estaba mirando.

La fea cicatriz de su cara resaltaba la elegancia clásica de sus rasgos. Su frente despejada y los pómulos afilados. La carnosa curva de sus labios y su fuerte mentón. El fuego ambarino de sus ojos. Se cernía sobre ella y estaba a punto de penetrarla. Le había levantado las piernas, que estaban a ambos lados de

su cabeza, pegadas a sus hombros. De repente, la vulnerabilidad de su posición y lo que estaban a punto de hacer la devolvió a la realidad.

Su enorme erección palpitaba y amenazaba con provocarle una invasión que no podría controlar. Mio Dio, aún estaba encadenada. Indefensa. Tiró de las cadenas y trató de respirar. El pánico se apoderó de ella.

—Tranquila, nena. —Sawyer la besó con dulzura y paciencia—. Eres magnífica. Jamás había visto a nadie tan hermoso como tú durante un orgasmo. —Una luz interior iluminaba su rostro, algo que la fascinó—. Me lo has entregado todo, sin pensar siquiera en contenerte. Y eso es un regalo difícil de encontrar. Algo que atesoraré toda la vida.

Sus palabras aliviaron los agujeros de su alma y sanaron algo que siempre había estado herido sin que ella lo supiera. Su cuerpo se relajó y dejó de luchar. Sawyer no le haría daño. Esa certeza se extendió por sus entrañas y vio como se reflejaba en su cara, que en esos momentos estaba tensa mientras mantenía su posición sin moverse siquiera. Tragó saliva.

—Todavía no has ganado —le recordó.

Sawyer soltó una carcajada. Acto seguido, le dio un beso largo, acariciándola con la lengua, que se coló en el interior de su boca para luchar contra la suya. Sintió el roce de su pene. El flujo vaginal se deslizaba por sus glúteos y el deseo palpitante que se había apoderado de sus entrañas le dijo que estaba lista para el siguiente asalto. ¿Sería posible? ¿Otra vez?

—Lo haré —replicó él con una voz arrogante que hizo que se le cayera el alma a los pies—. Vamos a aumentar las apuestas, ¿quieres?

Meció las caderas hacia delante y hacia atrás, como si tuviera todo el tiempo del mundo. La tensión se había apoderado de su rostro, pero mantenía un férreo control sobre sí mismo. Ser testigo del poder que ostentaba sobre su propio cuerpo y la vulnerabilidad de su postura le provocó una ardiente sensación entre los muslos. El delicioso deseo se incrementó al imaginar que dentro de poco se la metería hasta el fondo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Meses? Más bien años. Pero ¿y si no alcanzaba otro orgasmo? ¿Y si se congelaba como le sucedía normalmente y ambos se llevaban una decepción? La idea fue como un mazazo.

—¿Otra vez te estoy aburriendo?

La pregunta hizo que regresara a la realidad. Antes de que pudiera retomar el hilo de sus pensamientos, Sawyer inclinó la cabeza y le chupó un pezón con tanta fuerza que la deliciosa sensación le arrancó un gemido. Era consciente de que estaba a punto de metérsela, de la presión de ese cuerpo sobre el suyo y de las caricias de su lengua en el pezón. Un repentino mordisco le arrancó un grito y, por inexplicable que le pareciera, se mojó todavía más.

—Antes de que te evadas otra vez, vamos a acordar las nuevas condiciones. Voy a darte dos orgasmos más porque me siento generoso.

Ella se las apañó para resoplar, aunque era presa de una maravillosa tortura.

Sawyer empezó a acariciarle el otro pecho con una mano, excitándola aún más.
—Imposible. Has tenido suerte con el primero.
—Dos más. Y te disculparás por todas las cosas feas que me has dicho esta noche.
—Jamás.
—Lo harás. Y quiero una recompensa.
Julietta luchó por respirar mientras él la penetraba apenas un centímetro. Contrajo los muslos.
—¿Ahora vas a escribir?
—No. Una recompensa que me cobraré después. Cuando pueda castigarte como es debido por tu impertinencia.
La tensión sexual le había derretido las neuronas.
—¿Castigarme? ¿Quieres otra noche?
Sawyer le atrapó el pezón entre los dientes y le dio un tirón. Ella jadeó.
—Sí, quiero otra noche contigo. —Se la metió un poco más. Una pequeña embestida y estaría enterrado por completo en ella.
De repente, Julietta ansió experimentar la sensación de pertenecerle a un hombre. Ansió la certeza de su invasión, de su posesión, más que nada en el mundo. Más que la posibilidad de perder.
—Di que sí. —Sus ojos y su voz le exigían que accediera y se negaban a aceptar otra cosa que no fuera una rendición total.
Julietta apretó los dientes.
—Sí.
Sawyer la penetró hasta el fondo.
Su cuerpo lo acogió como si ese fuera el lugar del que formaba parte. Empapada por el flujo vaginal, la estrechez de su cuerpo apenas lo hizo titubear. El hecho de saberse totalmente indefensa la golpeó de nuevo con absoluta claridad.
Sawyer había invadido cada centímetro de su cuerpo, había luchado contra ella para ganar ese espacio y no le había dejado lugar alguno donde esconderse. Tenía las manos inmovilizadas sobre la cabeza, las piernas separadas, un pezón entre sus labios. Temblaba con tantas emociones y sensaciones, había tanto que asimilar, que sufrió una repentina sobrecarga sensorial.
—No, no, no… —murmuró, agitando la cabeza hacia delante y hacia atrás. Intentó que él no se lo arrebatara todo, pero ya era demasiado tarde. Se le llenaron los ojos de lágrimas.
—Julietta, mírame.
—No, por favor, no puedo.
—Sí que puedes. Respira, nena. Sí, así. Otra vez. Puedes hacerlo, solo tienes que dejarte llevar por las sensaciones. Respira otra vez despacio. Confía en mí.
Julietta se aferró a sus palabras, serenas, fuertes y seguras. El aire le inundó

los pulmones y el miedo desapareció poco a poco.

De repente, al igual que sucedía cuando una imagen pasaba del blanco y negro al sorprendente tecnicolor, su cuerpo cobró vida. La tensión la abandonó y fue consciente de la maravillosa fricción entre sus cuerpos. Sawyer se movía incrementando el ritmo muy despacio, hacia delante y hacia atrás, mientras aumentaba la excitación y la humedad de su cuerpo.

—Eso es, relájate y déjame llevarte a donde los dos queremos ir.

El recordatorio de que tenía las manos encadenadas y de que no podía controlar ni el ritmo ni el ángulo de su penetración avivó el ardiente y burbujeante deseo que la consumía. Relajó los músculos y él se la metió aún más.

Sawyer gimió.

—Dios, qué estrecha eres, joder. Me gusta así. —Le agarró los talones y se los colocó sobre los hombros.

Los tacones de aguja se le clavaron en los músculos de los hombros, provocándole a Julietta un ramalazo de emoción.

Y entonces Sawyer comenzó a moverse de verdad. Se la sacó. Se detuvo y volvió a penetrarla despacio, repitiendo el mismo proceso una y otra vez, a su ritmo y placer. Julietta se había preparado para la familiar carrera hasta la línea de meta. Sus experiencias previas se reducían al amante de turno moviéndose frenéticamente mientras ella trataba de seguirle el ritmo y no decepcionarlo. Los orgasmos le provocaban un estrés que había decidido dejar de lado. Pero eso se había acabado.

Sawyer parecía disponer de todo el tiempo del mundo. Jugaba con sus pechos cada vez que rotaban las caderas, unas veces con suavidad y otras con frenesí y avidez. El errático ritmo no le permitía anticiparse ni calcular cuál debía ser su respuesta. De repente, anheló más. Mucho más. El clítoris le palpitaba, torturado por la enloquecedora fricción de su polla, y le clavó los tacones en los hombros mientras levantaba las caderas pidiéndole más. A modo de escarmiento, él le clavó los dientes y soltó una carcajada sensual, dejándole claro que sabía exactamente lo que quería y se negaba a dárselo.

—Más —gimió Julietta.

—No.

Tiró de las cadenas. Sawyer la penetró tan hondo que tuvo la impresión de que formaba parte de ella. Cambió el ángulo y se detuvo. Y le mordió un pezón con suavidad.

Percibió el súbito ramalazo de dolor al mismo tiempo que su polla le rozaba un punto que le hizo ver fuegos artificiales. Cerró los ojos con fuerza y jadeó. Tan cerca. Necesitaba…

—Ah, te ha gustado, ¿verdad? ¿Justo aquí? —Se la metió de nuevo.

Julietta oyó algo parecido al rugido de un animal. ¿Había sido ella? Sawyer

rió entre dientes.

—Sí, ese es el sitio. ¿Y si hago esto? —Introdujo la mano entre sus cuerpos y presionó su hinchado clítoris.

Julietta se preguntó si una persona podía morirse por culpa de la tensión sexual, ya que estaba tan cerca del orgasmo que parecía llevar suspendida en el aire varios minutos. Sawyer la acarició con suavidad, al tiempo que se la metía despacio, pero sin llegar hasta el fondo, de manera que pudiera frotarle ese lugar tan sensible en el que experimentaba ese placer candente y cegador.

—Julietta, ¿estás lista para tu segundo orgasmo?

El orgullo y la racionalidad desaparecieron bajo la feroz exigencia de su cuerpo.

—Sí, por favor. Sawyer, por favor.

—¿Y serás mía una noche más?

Una nueva caricia de sus dedos.

Julietta gritó:

—¡Sí! Sí, lo que quieras, pero por favor…

—Abre los ojos. Quiero verte los ojos mientras te corres.

Sus palabras la transportaron a la cima del éxtasis en la misma medida que lo hizo su siguiente embestida. Sus dedos y su polla la torturaron en perfecta sincronía, dándole lo que más ansiaba, y experimentó un orgasmo por segunda vez esa noche.

El placer se extendió desde los dedos de los pies hasta todos los rincones de su cuerpo. Se dejó llevar, rendida, y arqueó el cuerpo, presa de unos violentos espasmos. Era algo tan insoportable que comenzó a sollozar mientras el orgasmo se prolongaba. Sawyer no apartó la mirada de ella en ningún momento y disfrutó de cada expresión y de cada grito como si le pertenecieran. Cuando Julietta por fin se calmó, se percató de que seguía enterrado hasta el fondo en ella, totalmente erecto.

Ebria por la sobrecarga hormonal, logró incorporar la cabeza de la almohada.

—¿Qué haces? —le preguntó con dificultad.

Sawyer se retiró un poco, provocándole un nuevo estremecimiento. Haber experimentado dos orgasmos tan seguidos hacía que la línea entre el placer y el dolor se hubiera difuminado.

—Todavía no hemos acabado. Me debes uno más.

Sintió que se le aceleraba el corazón. Intentó negar con la cabeza de forma convincente, pero tuvo la impresión de que su cuello estaba hecho de gelatina.

—No, no puedo. No quiero.

Su ronca carcajada le acarició los oídos. Sawyer empezó a moverse de nuevo, adoptando una suave cadencia y frotándose lo justo contra ella para que experimentara el placer en pequeñas dosis. Tenía los muslos empapados cuando alzó las caderas ante la implacable sensación.

—*Mio Dio*, otra vez no.

—Un trato es un trato, preciosa. —Le separó más los muslos y empezó a penetrarla con ímpetu, enterrándose hasta el fondo en ella.

Julietta estaba tan exhausta que no podía pensar ni moverse, de modo que respondió tal como él le exigía. Regresó de nuevo a la cumbre y se mantuvo en lo más alto. Sawyer aumentó el ritmo de repente y sus embestidas alcanzaron un frenesí primitivo que la excitó nuevamente. El sonido de sus cuerpos húmedos, el olor del deseo, el roce de sus pieles sudorosas. Sintió que se le contraían las entrañas y que su cuerpo estallaba en llamas.

Sawyer le pellizcó el clítoris con delicadeza.

—Córrete para mí, nena. Ahora.

En cuanto la orden llegó a sus oídos, su cuerpo explotó. Sawyer rugió mientras la aferraba por las caderas con fuerza y la penetraba una y otra vez, corriéndose en su interior. La intensa satisfacción que se reflejaba en su rostro se suavizó, casi como si se hubiera entregado a la experiencia en la misma medida que ella. El orgasmo siguió y siguió, asolando cada centímetro de su cuerpo hasta que al final Sawyer se desplomó sobre ella.

Exhausta e incapaz de hacer otra cosa, Julietta dejó que sus brazos colgaran inertes de las cadenas. El vacío de su interior que poco antes había estado lleno a rebosar se convirtió de repente en un abismo invadido por un caos emocional. Las lágrimas que habían amenazado con aparecer poco antes hicieron acto de presencia y volvió la cara, avergonzada.

En ese momento Sawyer le quitó las esposas, liberándole las manos. Tras frotarle los doloridos músculos para aliviar la tensión de sus manos, de sus dedos y de sus brazos, la pegó a su cuerpo. Una vez que la tuvo acurrucada contra su pecho, tiró de la colcha y de la sábana para arroparse y la estrechó entre sus brazos.

—Suéltame. —Julietta intentó alejarse, pero se sentía como un potrillo recién nacido, con las piernas temblorosas e incapaz de mantener el equilibrio. Intentó sacar fuerzas de flaqueza para zafarse de su abrazo.

—Tranquila, preciosa, no vas a ir a ningún lado. —Sawyer la aferraba como si sus brazos fueran de acero, aunque tanto su voz como sus manos la trataron con delicadeza mientras le acariciaba el pelo y le murmuraba al oído—: Estás agotada y necesitas descansar. Conmigo estarás bien.

El calor de su piel bajo el cobijo de la colcha hacía que se sintiera segura y protegida, sensaciones que nunca había creído que pudieran existir. Tal vez podría quedarse un minuto. Sawyer olía muy bien y sus delicadas caricias la sumieron en un agradable sopor que relajó sus músculos y la ayudó a conciliar el sueño. Solo un minuto. Mientras se dormía, susurró algo que llegó a oídos de Sawyer, aunque no era esa su intención.

—¿Qué me has hecho?

Y se dejó arrastrar por el sueño.

Sawyer la abrazó con fuerza mientras la miraba con atención. El sudor le pegaba el pelo a la frente y a las mejillas. El aliento brotaba entrecortado de entre sus labios. Con la reluciente piel y las largas pestañas cuajadas de lágrimas, le recordaba a una princesa durmiente a la espera de su príncipe. A una princesa satisfecha y bien follada. Se le puso dura.

¿Qué había pasado?

Por regla general, siempre mantenía el control durante una escena. Reprimía sus necesidades físicas y se concentraba en lo que requerían sus amantes. No tenía problemas para contenerse, por más que le suplicaran, le prometieran o lo tentaran. Permitía que ambos llegaran al clímax según sus propias reglas, relegando sus emociones.

Pero no había sido así con Julietta. Desde que la tocó, había tenido que luchar para mantener la neutralidad. Su placer alimentaba el suyo propio, pero nunca antes había ansiado ir más allá, desnudarse en cuerpo y alma para reclamar a una mujer. En ningún momento había dudado de su capacidad para tener orgasmos. Los imbéciles que habían estado con ella se merecían que los azotaran por haberle metido tantas gilipolleces en la cabeza. No, sabía que necesitaba un hombre que le permitiera rendirse y dejar que su cuerpo se impusiera a esa mente privilegiada. El instinto le indicaba que Julietta tenía el alma de una sumisa sexual, que rogaba que alguien la dominase y controlase su cuerpo. Lo que lo estaba matando era todo lo demás.

La forma en la que se entregaba a él mientras tenía un orgasmo. Los dulces gritos que brotaban de sus labios mientras le suplicaba que la penetrase. La confianza y el valor que demostró al permitirle que la atara durante su primera noche juntos. La forma en la que su cuerpo cobraba vida bajo él y cómo acogía su polla, como si su lugar estuviera entre sus muslos.

Ensombrecía a cualquier mujer que hubiera conocido antes que ella. Como si de una droga se tratase, ya ansiaba su siguiente dosis, aunque acababa de correrse. Se moría por hacerla suya una y otra vez, por atarla a su cama y retenerla allí hasta que admitiera que era el lugar donde quería estar.

Esperaba un bajón emocional después de semejante intensidad. Normalmente daba pasos muy medidos para contrarrestar los bajones: una manta, una botella de agua, unas palabras amables y un abrazo reconfortante. Sin embargo, en cuanto vio las lágrimas de Julietta y la repentina rabia al darse cuenta de esa muestra de debilidad, anheló estrecharla con fuerza. Mecerla entre sus brazos, secarle las lágrimas a besos y mantenerla a su lado. Nada que ver con su reacción habitual.

El delicioso olor a coco, a almizcle y a sexo le inundó las fosas nasales. Bajo el influjo del orgasmo, la había convencido de que pasara otra noche con él. ¿Por

qué lo había hecho? Una vocecilla en su cabeza le susurró la respuesta y sintió un escalofrío en la espalda.

Porque no quería perderla.

Solo habían transcurrido unas horas y ya estaba enganchado a Julietta Conte. Fascinado por su sinceridad, su fuerza y su vulnerabilidad, solo quería más. Por supuesto, era imposible. Trabajar juntos, sí. Tal vez mantener una aventura durante un tiempo determinado, una relación en la que ambos fueran conscientes del final. ¿Algo a largo plazo?

Jamás.

El escalofrío se extendió. Si bien ella había crecido en una casa acogedora, él había luchado con puños, cuchillos e ingenio por llevarse algo a la boca. El hecho de que se escapara de dos hogares de acogida después de que sus padres murieran lo había marcado como un niño problemático dentro del sistema. Sobre todo por su edad, porque a los nueve años empezaba a ser un niño no adoptable. Las familias de acogida y los padres adoptivos querían bebés, o niños pequeños, incluso tal vez un crío de siete años con posibilidades de llevar una vida normal. Los once años implicaban hormonas, cabreos y réplicas sarcásticas. En cuanto entró en su tercera casa de acogida, supo que sería distinta. En el aire flotaba el olor a miedo, y también se percató del puntito cabrón que tenía el hombre con los puños enormes, las facciones enrojecidas y la barriga cervecera. A la trabajadora social le dio igual. En cuanto lo dejaron con su nueva familia, le informaron de las reglas, comenzando con una paliza que le dejó la espalda en carne viva gracias al cinturón.

Latigazo. Nada de huir. Necesitaban el dinero.

Latigazo. Nada de crear problemas.

Latigazo. Nada de intervenir cuando se castigaba a los otros chicos.

Latigazo. Una comida al día. Robar más tendría consecuencias.

Latigazo. La boca cerrada. No hablar con nadie. Nunca. ¿Castigo?

Latigazo.

La peor pesadilla que podría haber imaginado.

El Gilipollas le tiró una toalla con la que limpiarse la sangre y después lo obligó a cambiarse de camiseta. Recordaba que la tela se le había pegado a las heridas en carne viva y que tuvo que luchar contra las náuseas y la pérdida de la conciencia a cada paso. Supo en aquel momento que eso marcaría su futuro. Si metía la pata, el Gilipollas se le echaría encima todos los días. La fuerza y el control eran claves para sobrevivir. Después de que comenzara su primer día en el infierno, sobrevivió durante años, hasta que cumplió los dieciocho y por fin escapó.

Y se dio cuenta de que al salvarse él, había matado a otro.

A su hermano de acogida.

—Hola.

Parpadeó para librarse del recuerdo y sonrió. La voz ronca de Julietta era muy sensual, al igual que el ligero rubor que le teñía las mejillas. Adorable. Cuando se acercó a ella y sintió el roce de su erección contra el muslo, Julietta puso los ojos como platos.

—Hola. —Le acarició la acalorada piel con un nudillo—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. —Puso los ojos en blanco al darse cuenta de lo que había dicho—. Menuda mentira. Me siento genial. Como caramelo líquido, toda calentita y derretida.

Sintió que se le ponía todavía más dura. Así era justamente como la sentía cuando la penetraba y lo envolvía con ávida calidez. Pensó en tumbarla de espaldas para procurarle otro orgasmo, pero sabía que estaría dolorida. Era hora de anteponer su comodidad.

—Hay un baño turco y una ducha de vapor en el cuarto de baño. Voy a preparar el agua. —Le dio un beso en la sien, salió de la cama y fue desnudo al cuarto de baño adyacente.

Las enormes puertas de cristal de la ducha tenían un marco dorado, y las paredes estaban cubiertas por mosaicos en tonos tierra. El vapor empezó a salir por las paredes y formó una densa nube. Accionó otra palanca y empezó a caer agua caliente desde el techo sobre los azulejos y en especial sobre el banco, alicatado a juego con las paredes. Sacó varias toallas blancas y los albornoces del hotel antes de regresar al dormitorio.

Sonrió al verla. Estaba sentada en el borde de la cama, envuelta como una momia con la sábana. En su cara había una mezcla de timidez e irritación. Pronto recordaría quién mandaba allí y perdería parte de sus inhibiciones. Se apoyó en la puerta y cruzó un tobillo por encima de otro.

—La ducha está lista.

Julietta miró de reojo su erección y su desnudez. Se mordió el labio inferior y de repente se puso en pie, irguió los hombros y sus ojos oscuros lo miraron con decisión. Cruzó la habitación como si fuera la reina de Saba, con la sábana arrastrando tras ella. Titubeó al acercarse a él, pero se negó a moverse, embargado por la curiosidad de saber qué iba a hacer.

Con un resoplido altivo, pasó junto a él, soltó la sábana y entró en la ducha. La mampara se cerró con un chasquido liberador y él contuvo la carcajada que pugnaba por salir de su garganta. Su reina pronto se daría cuenta de que no había posibilidad de ocultarse de él. En ninguna parte.

Le concedió unos minutos de intimidad mientras él llenaba sendos vasos de agua en la zona principal de la *suite*. Los puso en una bandeja con galletitas saladas, queso y unas *crudités*, y después dejó la bandeja en la mesita auxiliar junto al diván. Añadió dos copas de burbujeante champán y volvió al baño.

La expresión de su cara cuando lo vio meterse en la ducha no tuvo precio. En un intento por aparentar dignidad con el pelo mojado y su delicioso cuerpo

expuesto, Julietta se volvió a medias e intentó ocultar lo avergonzada que se sentía. Sawyer se moría por derribar cualquier inhibición que tuviera en lo concerniente al sexo. Y eso incluía ducharse juntos y lo que él era capaz de hacer con la alcachofa.

Esbozó una sonrisa.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

Su respuesta le arrancó la carcajada que estaba conteniendo. Le quitó la esponja natural que aferraba con fuerza y se echó un poco de gel en las manos.

—Qué pena.

Sin nada a lo que aferrarse, Julietta hizo acopio del valor suficiente para resoplar y darle la espalda, ya que había optado por la postura que menos la avergonzaba. Su increíble trasero y la elegante curva de su espalda hicieron que Sawyer diera las gracias a Dios por ser hombre. No había nada más erótico que el culo de una mujer, y el cuerpo de Julietta y su suave piel estaban creados para sus manos. Se acercó a ella y la pegó contra su cuerpo. Julietta siseó.

—Soy capaz de lavarme solita. —Se tensó—. De hecho, ya he terminado, así que si no te importa…

—¿Te has duchado antes con un hombre? —Le pasó la esponja llena de espuma por los pechos.

—Pues claro.

—Mentirosa. —Bajó la mano, trazando amplios círculos por su abdomen, sus caderas y la parte superior de sus piernas. La polla le palpitaba, enterrada entre sus muslos—. Me alegro de que nunca lo hayas hecho. Me gusta enseñarte cosas por primera vez.

La temperatura bajó unos cuantos grados. Julietta se tensó por entero.

—No soy una virgen sin experiencia, Sawyer —protestó ella con frialdad—. Y tampoco soy una obra benéfica.

La obligó a darse la vuelta y le agarró la larga melena. Julietta jadeó y levantó las manos, poniéndoselas en el pecho como si intentase apartarlo. Tiró de su cabeza hacia atrás y la miró a los ojos.

—No vuelvas a decirme algo así en la vida. —El enfado teñía sus palabras—. Eres una mujer apasionada y hermosa que ha tenido la desgracia de toparse con una panda de gilipollas incapaces de encontrarse las pollas a oscuras. Ese comentario nos insulta a los dos.

Las pupilas de Julietta se dilataron por el miedo, aunque pronto brillaron por el deseo. Sawyer aflojó las manos al percatarse de su respiración entrecortada y de sus endurecidos pezones. Ah, sí. A su mujercita mandona le encantaba que le dijeran lo que tenía que hacer en el dormitorio. Bajó la cabeza y le dijo, hablando junto a sus labios hinchados:

—A lo mejor tengo que mantener esta boca tan ocupada como tu cerebro.

Se apoderó de sus labios y se bebió su sabor y su esencia mientras conquistaba su boca. Con cada caricia de su lengua le recordaba que le pertenecía en todos los aspectos.

Julietta se entregó por entero. Sawyer gimió al sentir como se rendía y como sus lenguas se entrelazaban. Se agarró a sus hombros mientras él la sostenía pegada a su pecho, con la espalda arqueada levemente para que no pudiera mantener el equilibrio del todo. Cuando la tuvo sometida a sus caricias, le levantó la cabeza despacio y puso fin al beso.

Sus increíbles ojos oscuros brillaban con un torbellino de emociones descarnadas. Dejó que las procesara un momento, aunque esperaba que se apresurara a retroceder, algo que él pensaba impedir.

—Me siento tonta.

La sorpresa hizo que se apartara un poco de ella.

—¿Por qué, nena?

La vio cerrar los ojos mientras hacía acopio de valor.

—Tengo treinta y dos años y nunca he hecho esto… nada de esto. No sé cuál es la manera adecuada de comportarse.

Su sinceridad lo conmovió. Algo en su interior cobró vida de repente, pero como no reconoció la emoción, la enterró. Era una mujer con alma de niña, con más valor que muchos hombres a quienes había conocido.

La pegó a él y apoyó la frente en la suya. Después le cogió las manos y le besó las palmas.

—No tienes que comportarte de una forma determinada. Tu única misión es sentir y no preocuparte por nada. Yo me ocuparé de ti.

Julietta se estremeció. Una punzada de deseo se apoderó de él como una bala que atravesara la carne. No sabía cómo procesar la intensidad, de modo que se concentró en la mujer desnuda que tenía entre los brazos y en lo que podía hacer para complacerla. En esa ocasión, Julietta le permitió total acceso cuando empezó a dejar un sendero de espuma por su piel. Se le escapó un gemido ronco mientras él lavaba hasta el último centímetro de su cuerpo, con movimientos circulares que la calmaban pero la excitaban a la vez. Le frotó los pezones con la parte más áspera de la esponja, y se endurecieron por la sensación, adoptando un precioso rojo intenso que igualaba el de sus labios.

Se arrodilló. El cuerpo de Julietta estaba creado para perderse en él, desde la interminable longitud de sus piernas y sus muslos hasta sus uñas pintadas de rojo, pasando por el perfecto vello púbico. La bañó con una ternura que jamás le había demostrado a otra mujer, instándola a separar las piernas para él.

Con un siseo, Julietta obedeció.

Su excitación le provocó una atávica sensación de victoria, ya que sus labios vaginales relucían por el agua y por su propia lubricación. Pegó la esponja a los labios y los frotó, asegurándose de trabajar con un ritmo lento. Julietta arqueó la

espalda y gimió, ofreciéndole los pechos como un precioso regalo. Por Dios, debería dejarla descansar, pero ya había llegado demasiado lejos como para detenerse. Tenía que hacer que se corriera de nuevo, sentir cómo se desintegraba a su alrededor y se rendía a lo que le hacía.

—Date la vuelta.

Su titubeo le brindó la oportunidad que necesitaba. Le dio una palmada en el trasero. Ella dio un respingo y puso los ojos como platos, indignada. Sawyer desvió la vista y esperó.

Sí. Se le habían endurecido todavía más los pezones y podía ver cómo el pulso le latía en el cuello. Se apostaría lo que fuera a que una azotaina erótica le proporcionaría muchísimo placer, pero antes tenía que asegurarse de que semejante idea no la asustaba ni la horrorizaba. Julietta fruncía el ceño, pero la miró a los ojos y repitió la orden.

—Date la vuelta. Ahora.

Ella obedeció. La voluptuosa curva de sus glúteos estaba rosada debido al vapor y a su mano. Sawyer empezó por sus talones y siguió ascendiendo, deteniéndose en la parte trasera de sus muslos, en sus caderas y en la base de su espalda. Se enderezó y le pasó la esponja por los hombros, haciéndole cosquillas en la nuca y alternando entre la parte áspera y la suave para que Julietta no supiera a qué atenerse. El ligero temblor de sus piernas y la tensión de sus músculos le indicaron que ya estaba lista.

Volvió a postrarse de rodillas. La instó a separar todavía más las piernas. Y le pegó la esponja al coño.

Julietta se estremeció en su intento por permanecer quieta, pero él siguió torturándola con la esponja al acariciarle el clítoris con la parte áspera al tiempo que le mordía el culo.

Ella extendió las manos en busca de algo a lo que aferrarse y acabó apoyándolas en la pared. El vapor y el agua caliente que los empapaba a ambos aumentaban el erotismo. Sawyer gruñó, ansiando más. Le separó los glúteos y le pasó la lengua por los labios empapados mientras le frotaba con más fuerza el clítoris con la esponja.

Julietta gritó cuando el orgasmo se apoderó de ella con fuerza. Pero él no se detuvo, sino que prolongó su placer mientras sus gritos se mezclaban con el siseo del vapor y su lengua la lamía sin descanso. Por fin, ella se estremeció y se dejó caer contra la pared. Sawyer se puso de pie y la pegó a su cuerpo. La besó en la sien y le acarició la espalda. Su cuerpo aún se estremecía con delicadeza, de modo que se acurrucó contra él, como si hubiera llegado a su casa.

—Sí, esto es puramente una obra benéfica —masculló él mientras intentaba que su mente recuperase el rumbo y que se olvidara de su erección.

La carcajada ronca de Julietta fue como una caricia para sus oídos.

—Eres un abusón.

—En absoluto.

—*Sei un maniaco sessuale*.

Enarcó una ceja al escucharla.

—Créeme. Si hago mi trabajo como debo, tú también serás una maníaca sexual.

Algo ensombreció la expresión de Julietta antes de que alzara la barbilla para mirarlo.

—¿Soy un trabajo, Sawyer?

Esa pregunta tan directa le exigió más que cualquier otra cosa le había exigido antes. Desterró la incomodidad y contestó:

—No. —Lo que estaba a punto de decir se le quedó atascado en la garganta, algo que agradeció. No estaba preparado para añadir nada más.

La cara de Julietta se relajó antes de esbozar una sonrisa traviesa.

—Bien. ¿Qué me dices de ti?

Todavía la tenía dura. Se la miró y se encogió de hombros.

—Se me ha olvidado el condón mientras estábamos jugando en el agua. No te preocupes.

—¿De verdad crees que hablo más de la cuenta?

Sawyer le dio un tironcito a un mechón de su pelo mojado.

—Joder, sí.

—En ese caso, a lo mejor debería hacer algo para remediarlo.

No supo lo que iba a hacer hasta que la vio arrodillarse delante de él con la elegancia de una bailarina, una elegancia que lo dejó sin aliento. Hizo ademán de detenerla, porque la noche no iba de complacerlo a él, pero en cuanto separó los labios y se metió la punta en la boca, estuvo perdido. Se había jurado que solo le permitiría experimentar cuando se sintiera cómoda, consciente de que Julietta no se fiaba de su habilidad y de que necesitaba aprender a confiar en su instinto. La lección se la estaban dando a él en un abrir y cerrar de ojos. Se la chupó y se la lamió despacio y de arriba abajo, con tal entusiasmo y entrega que fue incapaz de luchar. Utilizó las manos para acariciársela de la punta a la base, hasta que él explotó y el orgasmo consumió su cuerpo.

La muy bruja se puso en pie cuando la habitación dejó de dar vueltas y lo contempló con una sonrisa femenina muy satisfecha.

Salió de la ducha, contoneándose de tal forma que sus nalgas desnudas se burlaban de él.

Joder, tenía un problema.

Uno muy gordo.

Meneó la cabeza, cerró el grifo y la siguió.

¿Quién iba a decir que la reina de hielo se convertiría en una ninfómana desatada?

Julietta se envolvió en el albornoz de color tierra. Tenía los músculos tan

blandos como fideos y una paz interior la inundaba por completo. ¿Eso era lo que el buen sexo le hacía a una mujer? ¿Le licuaba el cerebro y le ponía una sonrisa tonta en la cara? En la vida real era peligroso. Con razón las mujeres se comportaban como tontas bajo el hechizo de un hombre. A Sawyer le bastaba con mover un dedo para que ella se arrodillara a sus pies. Con gusto.

Por extraño que pareciera, su reacción no la inquietaba tanto como antes. A lo mejor el sexo le había embotado tanto la cabeza que las preocupaciones ya no la afectaban. A la mañana siguiente seguramente se despertaría con un ataque de pánico. A lo mejor.

O a lo mejor no.

Lo vio salir de la ducha. Tenía una expresión relajada y por fin había perdido la erección. Aunque no sería por mucho tiempo, seguro. Ese hombre era una dinamo sexual y durante un breve período de tiempo le pertenecería solo a ella.

Ese afán posesivo la desconcertó, pero se negó a analizar la emoción. Sawyer cogió una toalla, se la enrolló en la cintura y se volvió.

Julietta jadeó.

Tenía la espalda y la parte superior de los glúteos llenos de cicatrices, algunas blanquecinas y otras muy rojas. No parecía haber un patrón definido. Unos círculos perfectos le deformaban los bíceps. Sawyer se quedó helado, como si se hubiera olvidado de ocultarle su desnudez. Entonces Julietta repasó la velada. Sawyer había tenido la camisa puesta hasta el último momento, ya en la cama. Y nunca le había dado la espalda, siempre la había mirado de frente.

Se le formó un nudo en la garganta. ¿Por qué tenía la sensación de que esas cicatrices eran distintas a la de su cara? Esa la lucía como si le diera igual quién la viera. Como un tatuaje que le confiriera un aire de chico malo. Pero esas cicatrices ocultas eran mucho más. Presentía que eran las cicatrices que ocultaba al mundo, un dolor secreto y profundo que nadie sospechaba. Un dolor que él se negaba a compartir o a explicar.

La parte racional de su cerebro sabía cómo responder. Debía restarle importancia. Olvidar la presencia de las cicatrices, fingir que le daban igual y pasar a otro tema. Una mujer embarcada en una aventura de una noche se ceñía a las reglas: ni lazos ni emociones ni confesiones de pasados dolorosos. Solo placer, orgasmos, alcohol y una rápida huida al día siguiente.

Intentó comportarse como lo haría una mujer así, pero sintió el escozor de unas lágrimas absurdas. La idea de que el hombre fuerte que tenía delante de ella hubiera estado indefenso y hubiera sufrido a manos de unos desconocidos le partía el alma. Se acercó a él y le colocó las manos en la espalda. Sawyer dio un respingo. Siguió el trazo de cada cicatriz que vio con lentitud y delicadeza. Él permaneció inmóvil. Callado. A la postre, ella rompió el silencio.

—Siento que alguien te hiciera daño. —Se aseguró de que no hubiera ni rastro de lástima en su voz. Era imposible tenerle lástima a un hombre que mostraba

tanta fuerza y tanta personalidad, a un hombre con tanto éxito. Tal vez las cicatrices lo instaran a ser mejor. Se negaba a encararlo y a hacerle un millón de preguntas, pero jamás fingiría no haber visto lo que una o más personas le habían hecho—. Me alegro de que salieras victorioso.

Sawyer agachó la cabeza. Tomó una entrecortada bocanada de aire. Y respondió.

—Nunca hablo de mi pasado, Julietta. He vivido en él demasiado tiempo y he luchado demasiado para dejarlo atrás. Él era perverso y estuve a su merced demasiados años. Intentó arrancármelo todo a golpes, pero me negué a darle esa satisfacción. —En su voz se oían los demonios de un pasado que ella ni alcanzaba a imaginar—. He hecho… cosas. Tampoco pienso disculparme por ellas. Lo entenderé si no eres capaz de asimilarlo ahora mismo o si quieres irte. Te liberaré del acuerdo.

Julietta clavó la mirada en la espalda del hombre que le había provocado orgasmos y que la había hecho sentirse una mujer por primera vez en la vida. Durante todas esas horas no había tomado nada para sí mismo, sino que se había entregado libremente y la había obligado a traspasar sus límites. Había hecho que se sintiera segura. Sin embargo, ¿la creía tan frágil como para huir nada más ver unas cuantas cicatrices o al oírlo admitir que había tomado malas decisiones?

Le besó la espalda. Sawyer se tensó bajo la caricia, pero ella siguió besando cada cicatriz con una humildad que se moría por demostrar.

—*Che idiota*! ¿Cómo se te ocurre insultarme de esa manera? Hicieras lo que hicieses, fue para sobrevivir. ¿Tan mal piensas de mí que crees que saldría corriendo por unas cuantas cicatrices después de haber disfrutado del mejor sexo de mi vida?

Sawyer se volvió para mirarla. La observó con expresión recelosa. Julietta se cabreó por el evidente rastro de las lágrimas en sus mejillas, y se dio cuenta de que jamás se le darían bien esas situaciones.

Sawyer extendió una mano y le pasó el pulgar por la cara.

—¿Estás llorando?

El tono sorprendido de su voz la cabreó más.

—No estoy llorando por el hombre que eres —masculló—. Lloro por el niño que no tuvo a nadie que se preocupara por él. —Dejó que la rabia le cortara el llanto—. Ojalá que esté muerto. Ojalá que quienquiera que te pusiese las manos encima tuviera una muerte lenta y dolorosa.

Sus ojos ambarinos brillaron con un anhelo descarnado. Los dedos de Sawyer le acariciaron el pómulo, como si fuera un hada a punto de desaparecer en mitad de la niebla. Despacio, se apartó un poco, y Julietta se percató de que le temblaba la mano. Sawyer abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, se tragó las palabras. Acto seguido, esbozó esa sonrisa torcida tan sensual que le aceleraba el corazón.

—Me estás llamando idiota de nuevo, ¿no?

Julietta resopló antes de contestar:

—Porque te comportas como tal.

Sawyer se echó a reír.

—Tanta violencia oculta debajo de una fachada tan educada. Recuérdame que nunca te ponga de malas, nena.

—Soy muy arrabalera cuando alguien le hace daño a uno de los míos.

Sawyer se quedó quieto. Las palabras se le habían escapado antes de que pudiera morderse la lengua. *Mio Dio*, ¿qué había dicho? Sawyer no le pertenecía. Nunca lo haría. Se trataba de un acuerdo, puro y simple, y aunque lo habían ampliado a una noche más, no había relación posible.

¿O sí?

Un sinfín de emociones cruzó por la cara de Sawyer. Su voz sonó ronca y grave.

—Te creo. El hombre al que elijas será un cabrón con suerte. —Carraspeó y la crepitante tensión se alivió—. Ven conmigo. Seguro que tienes hambre.

Sawyer entrelazó sus dedos y la llevó al dormitorio de la mano. Se dieron un festín con las galletas saladas, el queso y los pimientos dulces, regándolo todo primero con agua y después con champán. Sawyer se puso sus pies en el regazo y le masajeó los empeines, doloridos por los zapatos de tacón. Sorprendida por el hecho de que no se sintiera incómoda después de varios encuentros sexuales, se relajó con la conversación sobre el trabajo y después le habló de lo que significaba criarse con un hermano mayor tan sobreprotector.

Mientras hacía girar el líquido dorado en la copa, formuló su siguiente pregunta con tiento.

—¿Cuánto haces que conoces a Wolfe?

Sawyer dejó de mover los dedos.

—Más o menos un año.

Julietta contuvo un gemido cuando él le masajeó los tensos isquiotibiales.

—No te he dado las gracias por darle una oportunidad —siguió él—. La mayor parte de la gente se fija en su apariencia y cree que es un inútil.

—Nunca contratarías a un trabajador que no poseyera unas habilidades increíbles. Sobre todo en lo relacionado con Purity. Me ha contado un poco de su pasado.

Sawyer rió por lo bajo.

—Sí, te ha dicho que salió de un salón de tatuajes, ¿no? Les cuenta a todos esa historia. Wolfe no le habla a nadie de su verdadero pasado.

—Me ha dicho que evitaste que fuera a la cárcel y que lo acogiste. Que le diste una oportunidad para demostrar su valía.

Sawyer levantó la vista, sorprendido.

—No me lo puedo creer. Nunca… nunca se abre a los demás.

Julietta sonrió.

—Te admira. Se esconde detrás de la fachada de chico duro. Tiene una habilidad increíble para los negocios pese a su juventud. Con razón te lo has traído a Italia.

Sawyer meneó la cabeza como si quisiera despejarse las ideas.

—Sí, es un muchacho muy listo. Acabó perdido en el sistema, pasando de un hogar de acogida a otro, y después trató de sobrevivir en las calles. Lo atrapé cuando me robó la cartera, y le di a elegir: la cárcel o un trabajo de asistente en mi empresa. —El dolor se reflejó en sus ojos—. Los primeros meses fue tan capullo que estuve a punto de echarlo a la calle. Pero es tan listo que da miedo. Tiene memoria fotográfica y sabe cómo hablar con la gente en cuanto supera su inseguridad inicial. Siempre que le asignaba una tarea, la terminaba antes que cualquiera de mis empleados normales. —Se encogió de hombros—. Así que su carga de trabajo fue aumentando, y aunque le pagaba el sueldo, esperaba que saliera huyendo. Todavía no lo ha hecho.

—Te preocupas por él.

Sawyer dio un respingo y le apartó las manos de la pierna. Julietta sintió que la piel se le enfriaba tan rápido como lo había hecho su voz.

—Las emociones no tienen nada que ver. Decidí traerlo para poner a prueba su capacidad. Usó el método ese de la piedra de Rosetta y aprendió el idioma en tiempo récord. Pero si fracasa, lo dejaré marchar.

Julietta observó atentamente al hombre que tenía delante. Qué raro que fuera capaz de dar tanto en el dormitorio pero que las relaciones normales le parecieran imposibles de aceptar. Sawyer mentía. Era evidente que se preocupaba por Wolfe más de lo que estaba dispuesto a admitir. Seguramente no tenía ni idea de cómo lidiar con un chico traumatizado, y Julietta sospechaba que compartían un pasado similar. Sin embargo, no era ni el momento ni el lugar para presionarlo al respecto.

—Entendido. Al fin y al cabo, los negocios son los negocios.

La expresión de Sawyer se suavizó y los fantasmas desaparecieron. Julietta se quedó sin aliento, asaltada por el ya conocido deseo. Sawyer le atrapó los tobillos con las manos y entonces la acercó a él.

—Eso es. Creo que es hora de retomar las negociaciones.

Julietta desterró la alegría que la abrumó, achacándosela a las hormonas segregadas por el sexo.

—Creía que ya habíamos terminado. Cuatro orgasmos te proclaman el vencedor de la apuesta.

Sawyer la miró con una sonrisa ladina.

—Dejémoslo en que soy un perfeccionista.

Se colocó sobre ella. Julietta desconocía que perder pudiera ser tan placentero.

Sawyer deambulaba por el vestíbulo a medio terminar del Purity con el resto del equipo. El rugido de las máquinas flotaba en el ambiente, y el olor a madera, a aceite y a pintura se le metía por la nariz. El edificio vacío del conocido Le Méridien llevaba años abandonado, como una solitaria pieza de arquitectura que suscitaba añoranza en pleno corazón de la ciudad. Después de años trabajando para comprar el edificio, por fin había ganado. Había dado el primer paso para dejar su huella en el mundo y conseguir un trocito de inmortalidad. Era lo máximo a lo que podía aspirar. La estructura poseía esa elegancia antigua que necesitaba para dejar huella en aquel lugar. El caballo alado de mármol emplazado en la parte delantera conducía a un elegante edificio con una fachada blanca que se caía a pedazos en mitad de las brillantes puertas rojas, lo que le confería una personalidad única. El restaurante y la zona común serían reemplazados por completo por una versión moderna de lo que era el entretenimiento, y la sala de comunicaciones para las empresas disfrutaría de la tecnología punta. Dado que estaba todo amueblado, había que renovar todas las estancias y decidir qué muebles y qué zonas se quedaban como estaban y cuáles se cambiarían, algo que abrumaba a su equipo de diseñadores.

El orgullo se apoderó de él mientras conducía despacio al equipo a través de las zonas en las que ya se estaba trabajando. Charlaron mientras Wolfe tomaba notas y él les presentaba su visión, señalando dónde quedarían sus respectivos espacios. Al llegar a la zona donde se emplazaría la pastelería de *La Dolce Famiglia*, se detuvo para concentrarse en Julietta.

Había llorado por él.

El recuerdo de sus lágrimas lo desconcentró. Salvo algún que otro vago recuerdo de sus padres abrazándolo, no tenía recuerdos agradables a los que aferrarse. El contacto solía significar un castigo o algo que evitar a toda costa. Había recibido una lección brutal a una edad muy temprana que le había enseñado que las lágrimas eran inútiles y que se consideraban una debilidad. ¿Cuántas veces lo habían apaleado, lo habían matado de hambre, lo habían humillado o castigado de diferentes formas sin que nadie le prestase la menor atención? Sus hermanos de acogida estaban demasiado ocupados intentando sobrevivir, y cualquier gesto amable hacia él siempre había sido castigado con severidad.

Sawyer nunca los culpó. Él habría hecho lo mismo. Pero en cuanto vio las lágrimas de Julietta, un inquietante abismo se abrió e intentó tragárselo. Julietta se preocupaba por él. Le había besado las cicatrices. Le había gritado cuando le comentó que tal vez quisiera irse. Se había mostrado cariñosa y amable, y él no sabía cómo reaccionar.

Las incontables mujeres con las que había estado antes de conocerla se

convirtieron en un remolino indefinible de caras que solo se interesaban por sus cicatrices para asegurarse de que conseguía que se corrieran. Nunca una amante lo había besado con tanta ternura, y mucho menos había llorado por algo que desconocía y que no comprendía. Las emociones le provocaron tal opresión en el pecho que fue incapaz de detener la riada. Se negaba a analizar esa debilidad. Era mejor concentrarse en la rabia y en los insultos de Julietta que en un regalo tan íntimo; de otro modo, tal vez no consiguiera recuperarse nunca.

Había pasado una semana entera y él había estado inmerso en el trabajo todas las noches. Cuando por fin se metía en la cama, el sueño lo eludía. Solo veía su cuerpo desnudo y su cálida humedad tras los párpados cerrados, hasta que le resultaba imposible dormir. Se moría por pasar otra noche con ella, pero había decidido que era mejor esperar. Otra noche en su compañía podría hacerle perder el rumbo… y tenía que mantener el control a fin de poder darle el placer que ella se merecía. También le iría bien a sus emociones, descontroladas de repente. ¿Cuándo fue la última vez que se encaprichó de una mujer? ¿Cuándo fue la última vez que se preguntó qué tal le iba el día, qué estaría almorzando o qué veía en la tele antes de acostarse?

No lo había hecho nunca.

La respuesta era clara. Mantenerse alejado unos días y después acercarse de nuevo en busca de otra noche, cuando estuviera todo bajo control. Y pensar que le había dado miedo que ella acabara encariñándose más de la cuenta…

Carraspeó y dijo:

—Julietta, tal como hablamos, estamos preparando toda esta zona para que *La Dolce Famiglia* se aproveche del tránsito de peatones. Tendrás que escoger a tu equipo con esmero, porque en esta planta no estará el obrador.

La vio asentir con la cabeza mientras examinaba la tienda vacía. El sobrio traje negro que llevaba Julietta era su preferido. Era el de corte más conservador, con una falda de tubo y una chaqueta de doble botonadura que cubría casi todas sus deliciosas curvas. El pelo recogido en un moño y la decorosa blusa blanca despertaron en él el deseo de despojarla de ese aire recatado. Siempre le había encantado la fantasía de la bibliotecaria cachonda. A lo mejor la obligaba a dejarse el traje puesto. Le subiría la falda por los muslos, la echaría sobre el escritorio y después le haría de todo con la lengua y los dientes para que gritase.

Al notar que se le ponía dura, se apresuró a desviar el rumbo de sus pensamientos. Solo le faltaba que Tanya creyese que lo excitaba, porque eso garantizaría una visita nocturna. Su diseñadora de interiores tenía un talento único, pero le recordaba a un depredador. Se estremeció al pensarlo.

Julietta se dio la vuelta.

—Puede funcionar. Aunque creo que me gustaría más el otro espacio del que hablamos.

Tuvo que contener una sonrisa. Joder, los tenía bien puestos. Había supuesto que Julietta fingiría que la velada erótica no había sucedido. En cambio, había adoptado una fachada profesional sin despeinarse. Ni miradas ardientes desde el otro lado de la mesa de conferencias ni mejillas ruborizadas cuando sus ojos se encontraban. Lo había tratado con la cortesía distante de un socio comercial, algo que lo había excitado todavía más.

—Recuerdo la discusión, sí. Pero teniendo en cuenta que fui capaz de demostrarte por qué no era posible, me sorprende que saques el tema.

—Bueno, supongo que se me ha olvidado. —Ella mantuvo un tono indiferente—. A lo mejor la conversación debería haber sido más memorable.

Estuvo a punto de atragantarse al escuchar esa impertinencia. Wolfe lo miró con una expresión rara antes de seguir tomando notas. Julietta también poseía un sentido del humor perverso. Ah, iba a pagar por ese comentario. Consiguió aplacar la creciente excitación gracias a los años que llevaba ocultando sus emociones.

—Tal vez tengas razón. —La taladró con la mirada—. En el futuro me aseguraré de explicarme con más claridad.

La sonrisa encantada de Julietta lo abrasó.

—Estupendo. La práctica lleva a la perfección —comentó ella con voz cantarina—. Veamos la cocina. Quiero asegurarme de que todo está tal como acordamos.

Sus tacones marcaron un ritmo delante de él que se asemejó al canto de una sirena. El elegante contoneo de su trasero lo instó a seguirla, y en ese momento se dio cuenta de que Julietta Conte había descubierto todo su poder.

Que Dios lo ayudara.

Dieron una vuelta por el edificio, desenrollaron planos y terminaron bien avanzada la tarde. Sawyer se aseguró de acompañar al resto del equipo hasta la salida. ¿Julietta le seguiría el juego y le permitiría pasar un tiempo a solas? En ese momento estaba charlando con Wolfe. ¿Estaba tan desesperada como él por que se tocaran? Tras esa interminable semana de celibato, quería tocarla por todas partes como si fuera un adolescente cachondo. Echó un rápido vistazo por la estancia e intentó encontrar un lugar seguro en el que pudiera desnudarla sin ofrecerles un espectáculo a los trabajadores de la obra.

Se acercó a ellos por la espalda y vio una ligera sonrisa en los labios de Wolfe. Qué curioso, había visto a Wolfe relacionarse con mujeres, pero rara vez lo había notado interesado. Julietta tenía algo que hacía que el chico se relajara, y eso era un milagro en sí mismo.

—Gracias por tus sugerencias —dijo ella con su habitual tono seco—. Ojalá que puedas tomarte un respiro.

Wolfe se encogió de hombros.

—No me hace falta. Me gusta el trabajo.

—Te entiendo perfectamente. —Julietta titubeó y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro—. Quiero que vengas a cenar el domingo. A casa de mi madre.

Sawyer se quedó helado por la sorpresa. Wolfe reaccionó de la misma manera, ya que cuando contestó, lo hizo de forma atropellada.

—Esto… gracias… pero estoy ocupado.

—¿Qué vas a hacer?

Wolfe se lo pensó y agachó la cabeza.

—Trabajar.

Sus ojos del color del chocolate se entrecerraron y se clavaron en Sawyer.

—Estoy segura de que tu jefe te dará la tarde del domingo libre.

—No a menos que yo también esté invitado.

Julietta apretó los labios, molesta.

—Solo he invitado a Wolfe.

Sawyer se encogió de hombros.

—Vamos juntos. No pienso perderme un plato de pasta casera mientras él se pone hasta las cejas. —Señaló al chico con el pulgar—. Además, ni siquiera sabría apreciar una buena comida casera. Solo come porquerías.

Wolfe lo fulminó con la mirada.

—De eso nada. Si alguna vez compraras comida en vez de cenar todas las noches sentado a tu escritorio, a lo mejor cocinaría algo.

—Sí, igual que limpias, ¿no?

—Y tú eres el ama de casa perfecta, ¿verdad? La próxima vez mejora la puntería. He visto los envoltorios de Big Mac en el suelo.

Julietta jadeó. Sawyer fulminó al chico con la mirada e intentó cambiar de tema.

—Olvídalo, vamos a pasar a otra cosa.

—¿Has ido a un McDonald's? —susurró Julietta—. Qué asco.

« Ah, mierda» , pensó Sawyer. Iba a matar a Wolfe.

—Vale. Quería una hamburguesa. Para acordarme de casa.

A Sawyer le costó contener la carcajada al ver su espanto.

—Podrías haberte comido una hamburguesa de verdad en Roberto's. Le habría encantado prepararte una.

¿Cómo narices podía describir esa necesidad imperiosa que lo asaltaba a veces y lo instaba a saborear la espantosa salsa y toda la sal? Recordaba la primera vez que probó un Big Mac: media hamburguesa envuelta que encontró encima de un cubo de basura. En la vida había probado nada más rico, y cada vez que se comía una, recordaba lo mucho que había progresado desde aquel entonces. Por supuesto, nunca compartiría esa historia. ¿Por qué la había recordado de repente? Se irguió.

—No es lo mismo. ¿Estoy invitado a casa de mamá Conte o no?

—Vale.

—Esto… yo mejor paso, Julietta. Pero gracias por invitarme.

Sawyer contempló, fascinado, cómo Julietta cruzaba los brazos por delante del pecho y miraba a Wolfe con expresión decidida.

—Vas a venir. Por la tarde. No hace falta que traigáis nada.

El pánico asomó a los ojos del chico.

—Yo… esto… tengo otros planes. No puedo ir.

Julietta no se amilanó.

—Te estoy invitando a cenar con mi familia, Wolfe. A mi madre le encanta cocinar para sus invitados y hacerlo será un placer para ella.

Sawyer sintió cierta pena por el chico. Wolfe rara vez se relacionaba con los demás a menos que fuera por temas laborales. Cada vez que él había intentado que se sumara a una cena o algún tipo de actividad social, se había negado.

Wolfe levantó la cabeza y alzó la barbilla.

—No se me dan bien las madres. No les caigo bien.

Julietta sonrió, extendió un brazo y le tocó la mano. Wolfe ni se inmutó.

—No conoces a mi madre. Te adorará. Te pido que vengas como favor personal. Mi madre está muy sola desde que sus hijos no viven con ella en casa y la harás feliz.

Sí, era buena. ¿Cómo podía negarse Wolfe a una invitación tan sentida? Vio como el chico se deshacía cachito a cachito ante sus ojos.

—Vale, iré.

—*Grazie*.

Wolfe se despidió.

—Tengo que irme. Nos vemos en casa.

Se marchó sin decir nada más y por fin los dejó solos.

La sonrisa desapareció de la cara de Julietta. Su reina de hielo había vuelto con ganas de jugar.

—Veo que también eres un abusón fuera del dormitorio.

Sawyer miró de reojo a los obreros y decidió que había llegado el momento de recordarle quién mandaba.

—Es curioso que lo digas, porque tú has bordado el papel. El pobre Wolfe no sabía lo que se le venía encima. Sígueme.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el fondo de la estancia. Los materiales de construcción bloqueaban gran parte del espacio, pero había visto una robusta mesa de madera en un rincón que serviría para sus propósitos. Julietta lo siguió, distraída por la discusión.

—Necesita que se le incluya en algo más grande. Permanecer aislado durante demasiado tiempo es perjudicial.

—Wolfe aprendió muy pronto que solo podía fiarse de sí mismo. Tardará en salir de su cascarón. Ve con cuidado por donde pisas.

Julietta saltó por encima de un cable y rodeó una sierra circular.

—Una buena comida sentado a una mesa con gente en quien confíe es importante. Pasar por el autoservicio del McDonald's no sirve de nada.

Dio un respingo al oírla, le cogió la mano y la obligó a pasar a través del marco de una puerta.

—Cometí un error, ¿vale? ¿Te parece un motivo suficiente para mantenerme alejado de la comida de mamá Conte?

—Creía que habíamos acordado que no irías a las cenas de los domingos.

—He cambiado de idea. Sobre todo porque Wolfe puede ir. Ven.

La estancia estaba a oscuras. La internó en el espacio hasta que le pegó la espalda a la mesa, cubierta de serrín y trozos de madera.

—Usa su aspecto para que la gente mantenga las distancias. Mi madre se dará cuenta del truco y tal vez él se dé cuenta de que no todo el mundo lo juzga. ¿Dónde estamos?

—O tal vez le dará un ataque al recordar malas experiencias con su propia familia y eso lo hará retroceder. Intento no presionarlo mucho. —Cogió un trapo que estaba cerca y limpió la mesa—. Siéntate aquí un momento.

—Sustituir un mal recuerdo por uno bueno es una forma de sanar. Créeme, lo sé. ¿Por qué estoy sentada en una mesa de obra, Sawyer?

La emoción lo consumió.

—Porque quiero hacer que te corras.

Vio como las emociones cruzaban por su cara. Estupefacción. Fascinación. Miedo.

Y deseo.

Se colocó entre sus piernas y le subió la falda. Ella no opuso resistencia, ya que su mente estaba trabajando a marchas forzadas recopilando los motivos por los que era una mala idea hacer eso. Se aprovechó de la pausa, le separó más los muslos y la empujó hasta hacer que perdiera el equilibrio.

Julietta se aferró a sus hombros. El pulso le latía desbocado en la base de la garganta y su aroma lo asaltó. Coco y un toque de vainilla. Café cargado. Agachó la cabeza y la pegó a la curva de su cuello para inspirar hondo.

Ella se quedó sin aliento e intentó apartarlo.

—¿Te has vuelto loco? —susurró—. No puedes decir esas cosas. La cuadrilla de obreros sigue aquí. Estamos en un edificio público. Puede que a ti te guste montarte una peli porno delante de los demás, pero a mí no me pone.

Gruñó y le dio un mordisco en la sensible piel de detrás de la oreja. Julietta se estremeció.

—A mí tampoco me van las exhibiciones. De hecho, solo de pensar que otro hombre te vea desnuda me dan ganas de partirle la cara a alguien. —Julietta le clavó los dedos en el traje al tiempo que le temblaban las piernas.

Por Dios, cómo le gustaba hacer que se sintiera una mentirosa. Julietta se ponía cachonda si le decía qué tenía que hacer y aunque nunca compartiría a una

amante, ese puntito de peligro aumentaba la excitación.

—Te he dado toda una semana de tiempo por educación y tú te has dedicado a torturarme.

Un gemido ronco brotó de la garganta de Julietta.

—No te he torturado. Ni siquiera he mencionado nuestra noche juntos.

—Precisamente. —Le pasó una mano por debajo de la falda y encontró piel cálida, sin medias que le bloquearan el paso. Cuando le acarició el borde de las bragas de seda, se dio cuenta de que ya estaba mojada. ¿Que era frígida? Esa mujer era más ardiente que el mismísimo infierno—. ¿Te has vestido así para mí? ¿Esperabas que por fin perdiera el control e hiciera lo que he estado soñando todos los días sentado a esa mesa de conferencias?

Su indignación consiguió ponérsela más dura.

—Claro que no. —Jadeó cuando la acarició con el pulgar por encima de la tela—. Esta… estaba esperando que tú dijeras algo. Me niego a ser una de esas mujeres. Desesperadas, desvalidas, suplicando por un hombre.

Saber que ella estaba tan descolocada como él lo tranquilizó. Había creído que darle tiempo y espacio ayudaría. En ese momento se dio cuenta de que al día siguiente debería haberla estrechado entre sus brazos para besarla. Culpa suya. Algo que pensaba remediar de inmediato.

—Nena, tú nunca estarás desvalida. Llevo toda la semana desesperado por ponerte las manos encima, pero quería darte tiempo.

Ella se arqueó pidiéndole más.

—Muy amable por tu parte.

—El tiempo se ha acabado.

Se apoderó de su boca como llevaba fantaseando tanto tiempo. Reclamó sus labios, acariciándola con la lengua, inhalando su sabor como un alcohólico tras un período de sequía. Le colocó la palma de la mano entre los muslos y comenzó a acariciarla, y ella le rodeó las caderas con las piernas y se dejó hacer. Julietta sabía a fuego, a anhelo y a deseo, y él sintió que su erección crecía con una urgencia que le nublaba el cerebro y lo instaba a tomar más y más y…

—¡Jefe!

Sawyer detuvo los dedos a un centímetro de ese pozo de deseo. Apartó la boca de la de Julietta y luchó por recuperar la cordura. Ella se tensó y puso los ojos como platos, muerta de la preocupación, antes de humedecerse los labios, castigados por sus besos.

—¿Sí?

—Vamos a recoger por hoy. ¿Necesita algo?

Sawyer rezó para que la voz no le temblase.

—No, estoy bien. Nos vemos mañana.

El ruido del material siendo arrastrado y de los susurros de los hombres inundó la habitación. Muy despacio, Sawyer sacó la mano de debajo de su falda

y se la colocó bien. Le apartó los mechones que se le habían pegado a las mejillas y besó con ternura esos labios rosa.

—¿Te reunirás conmigo de nuevo en el hotel?

—Sí.

El alivio lo inundó. No tenía ganas de recordarle que le debía otra noche. Que Julietta admitiera que deseaba estar con él era un regalo muy dulce. La ayudó a bajarse de la mesa, la cogió de la mano y la condujo al exterior. Antes de soltarla, inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—Aunque no estés desvalida ni desesperada, me suplicarás. Te lo prometo.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, sonrió y se fue. La palabrota que flotó en la brisa nocturna fue muy soez, pero había merecido la pena.

—Julietta, ¿te encuentras bien?

Dejó de picar tomates y miró a su madre, que fruncía el ceño con expresión suspicaz. Esa mirada siempre conseguía atravesar su fachada. *Mio Dio*, ¿sería posible que su madre supiera que se estaba acostando con alguien? Julietta soltó el cuchillo y se colocó bien el jersey, con la esperanza de que no hubiera marcas ni mordiscos a la vista. Su segunda noche con Sawyer había aniquilado de nuevo cualquier imagen de normalidad. Sawyer derribaba todas sus barreras y se complacía en demostrar que la imagen que tenía de sí misma era falsa. Esposas. Sexo en la ducha. Y juguetes. Contuvo el escalofrío al pensar en el maravilloso uso que se le podía dar a un vibrador. Pronto tendría que contar los orgasmos con cifras de dos dígitos. ¿Quién lo iba a decir?

Tragó saliva y se centró de nuevo en picar los tomates.

—Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Tu piel parece distinta. Y estabas tarareando.

Se quedó espantada. Nunca cantaba ni tarareaba. La cosa pintaba mal.

—Esto… bueno… es que el otro día fui al *spa*. Me hicieron una limpieza de cutis y me dieron un masaje. Me siento mejor.

—Mmm.

Se le escapó un tomate, pero lo atrapó mientras rodaba por la tabla de cortar. ¿De verdad el sexo hacía que una mujer brillase? Claro que ella llevaba reprimida un montón de años, así que tal vez su cuerpo necesitaba ponerse al día antes de recuperar el equilibrio. Parecía lógico. Mejor cambiar de tema.

—¿Has hablado con Michael o con Carina últimamente?

Su madre se volvió hacia la cocina. El olor a ajo, a cebolla y a escarola flotaba en el ambiente.

—Sí, quieren venir de visita.

—¿Todos?

—Sí. Traerán a los bambini. Puede que Alexa y Nick también vengan.

Julietta sonrió, eufórica. Su madre parecía muy feliz y emocionada. Ojalá todos fueran a verla. Se los imaginó a todos juntos, a sus sobrinos y a sus

hermanos. Como en los viejos tiempos, solo que mejor.

—Mamá, sería maravilloso.

Alguien llamó a la puerta en ese momento. Su madre se limpió las manos en el delantal y le hizo un gesto para que fuera a abrir.

—No los hagas esperar, Julietta. Ve a abrir

Los dos hombres estaban juntos, tras un alegre ramillete de flores. Los ojos de Sawyer se oscurecieron por el deseo, y a ella le costó la misma vida no ruborizarse. Wolfe parecía nervioso, y muy delgado bajo la camisa azul eléctrico y la chupa de cuero. Lo vio remover los pies, calzados con unos zapatos muy elegantes, y se le encogió el corazón al darse cuenta de que el chico se había vestido de forma más conservadora de lo habitual para la ocasión. Los invitó a pasar y los condujo a la acogedora cocina.

—Mamá, te presentó a Wolfe, el asistente de Sawyer. Su ayuda ha sido inestimable para alcanzar el acuerdo.

Mamá Conte le dio a Sawyer un sonoro beso, murmuró palabras emocionadas al ver las flores y se acercó a Wolfe. El muchacho parecía aterrado delante de ella, a la espera de sus comentarios. Su pendiente relucía a la luz y su tatuaje sobresalía por el cuello conservador de la camisa para dejar su marca negra en el cuello. Mamá Conte estudió su aspecto con expresión astuta y después sus labios sonrieron para darle la bienvenida.

—Bienvenido a mi hogar, Wolfe. Es un honor que hayas hecho un hueco en tu apretada agenda para hacerle compañía a una anciana. —Hizo caso omiso de la pose que indicaba que no quería que lo tocasen y extendió los brazos, tras lo cual lo besó en la mejilla. Acto seguido, regresó a su puesto junto a la cocina—. Espero que traigáis mucho apetito.

Wolfe parpadeó y miró a Julietta. Al cabo de un momento, el aura del chico cambió y apareció una sonrisa en sus labios. Su pose desdeñosa solo era una fachada para ocultar un corazón tierno con el que seguramente no sabía lidiar. Wolfe solo necesitaba que alguien le diera un empujoncito para superar la reserva. Julietta sonrió y lo condujo a la acogedora cocina.

Unos enormes cuencos de madera llenos de raviolis en salsa recién hechos salieron de la cocina, junto con pan crujiente y botellas de vino blanco y tinto. Julietta los animó a sentarse a la mesa de pino tallado, tras lo cual se relajaron y empezaron a comer mientras charlaban tranquilamente.

—Contadme más cosas sobre el acuerdo. —Mamá Conte se sentó y comió con su habitual entusiasmo—. Tengo entendido que *La Dolce Famiglia* tendrá la exclusividad en los hoteles de Purity. ¿Cuándo es la inauguración?

Julietta contestó.

—Dentro de unos meses, sexo o así.

Se hizo el silencio. Los tres la miraron como si le hubiera salido una segunda cabeza y de repente se dio cuenta de lo que había dicho. ¡Joder! Eso sí que era un

desliz freudiano de proporciones épicas.

—*Scusa*? —Mamá Conte entrecerró los ojos como si le fallara la vista, no el oído.

Sawyer apretó los labios, pero sus ojos ambarinos relucían con una expresión traviesa.

Julietta se inclinó sobre la mesa y alzó la voz.

—He dicho que unos seis meses, mamá.

—Ah. Muy ambicioso todo.

—Sí, ha sido un proyecto muy ambicioso. —Sawyer bebió un sorbo de vino y pasó el pulgar por el borde de la copa—. Pero el esfuerzo ha merecido la pena.

El estómago le dio un vuelco. Sawyer tenía la misma expresión que cuando estaba decidido a provocarle un orgasmo. Ese hábil pulgar había hecho cosas perversas con su clítoris, con sus pezones y con sus labios, cosas que deberían estar prohibidas. Menos mal que no lo estaban. Sintió un hormigueo en la piel y un calor abrasador. Cruzó las piernas en un intento por aliviar las sensaciones.

—Sawyer siempre consigue lo que quiere —continuó Julietta—. No acepta un no por respuesta cuando algo se le ha metido en la cabeza.

—Tu padre era igual. —Una sonrisa tierna apareció en los labios de mamá Conte—. Creía que tendríamos éxito con la pastelería, aunque empezamos desde muy abajo. Cuando se fijaba un objetivo, derribaba cualquier obstáculo que se le cruzara por el camino.

—Todavía recuerdo la fascinación que sentía por la cocina. Me sentaba en la silla y observaba cómo mi madre mezclaba y amasaba durante horas, con la esperanza de poder probarlo todo. Siempre estaba cubierta de harina. Cuando mi padre iba trajeado a alguna reunión, siempre se quejaba de que todo el mundo sabía de dónde había salido por la nube de harina que llevaba consigo.

Sawyer sonrió.

—¿Él también hacía pasteles?

Mamá Conte asintió con la cabeza.

—Todos ayudábamos en la cocina. Mis hijos aprendieron de pequeños, pero ninguno desarrolló la pasión por la cocina necesaria para convertirse en chef. Venezia lo soportó como pudo, siempre más interesada por la ropa, por los tacones y por el maquillaje. Michael lo hizo por responsabilidad. Carina era demasiado joven en aquella época y siempre se sintió atraída por su arte. —Su madre la miró desde el otro lado de la mesa con un brillo orgulloso en los ojos—. Julietta demostró tener un gran talento, pero se parece mucho a su padre. Estaban muy unidos y parecía disfrutar más del lado comercial de *La Dolce Famiglia* que de la repostería en sí.

Julietta terminó con sus raviolis y se limpió la boca.

—Mi padre empezó a llevarme con él al trabajo cuando compró el edificio donde están las oficinas centrales. Siempre discutía con Michael. Solía decirme

que yo era su última esperanza y que tenía que ser la racional de la familia.

—¿Empezaste a trabajar después de salir de la universidad? —preguntó Sawyer.

Ella negó con la cabeza.

—Ah, no, no tuve tiempo para la universidad. Me gradué en el instituto y empecé a trabajar enseguida. Mi padre me enseñó todo lo que necesitaba saber para dirigir una pastelería de éxito. A esas alturas ya nos estábamos expandiendo y necesitaba a alguien en quien pudiera confiar.

—¿Alguna vez quisiste hacer algo distinto?

Julietta volvió la cabeza a toda prisa al oír la voz de Wolfe. El chico había terminado sus raviolis y le había hecho la pregunta con una curiosidad que la desconcertaba. Parpadeó mientras sopesaba la respuesta. ¿Alguna vez había querido hacer algo distinto? No, nunca había tenido la oportunidad de hacer otra cosa. ¿Cuántas veces había escuchado a conocidos quejarse por el hecho de que sus padres les hubieran marcado el camino? Cierto que a veces hubiera deseado una adolescencia más libre, con fiestas en la universidad y noches de borrachera. Sus años de adolescente estaban llenos de lecciones acerca de cómo desenvolverse en el mundo empresarial. De cómo asegurarse de mostrarse siempre segura de sí misma, de vestirse como era debido y de honrar el apellido familiar. En vez de salir con chicos, había revisado incontables hojas de cálculo porque su padre contaba con ella. No había margen para las equivocaciones, para decepcionar a su padre. Michael y Venezia ya le habían partido el corazón al negarse a trabajar en *La Dolce Famiglia*. Siempre supo que tenía que dar un paso al frente y hacer que se sintiera orgulloso. ¿Había tenido alternativa?

No, no había tenido alternativa. Pero se negaba a mancillar el recuerdo de su padre al quejarse de algo que nunca había tenido. Las oportunidades de las que había disfrutado y su niñez habían sido un regalo… uno que ni Sawyer ni Wolfe habían experimentado jamás.

Los comensales permanecían en silencio, y se dio cuenta de que tanto su madre como Sawyer esperaban la respuesta. ¿Lo que veía en los ojos de su madre era arrepentimiento o se trataba de un efecto óptico? Alzó la barbilla con gesto orgulloso y contestó:

—Nunca me he alegrado más de mi decisión. Y no me arrepiento de nada.

Su madre carraspeó y se puso en pie.

—Traeré el secondo corso.

Wolfe la miró, sorprendido.

—Ah, pero ¿hay más?

Mamá Conte se echó a reír, encantada.

—Tontos estadounidenses. La pasta siempre es el primer plato. Quedan tres más.

Julietta le guiñó un ojo a Wolfe y ayudó a recoger los platos. A medida que

los platos llegaban a la mesa, la tensión del chico fue desapareciendo, y Sawyer bajó la guardia todavía más. Cordero asado con un toque de menta, cuencos de escarola aderezada con aceite y ajo y cremosa polenta pasaron de unas manos a otras mientras mamá Conte hablaba de su juventud y de las travesuras de sus hijos.

—Sawyer, es posible que dentro de poco veas a Maximus. Piensa venir de visita pronto. Ah, ¡Carina y Julietta estaban enamoradas de él cuando eran jovencitas!

Julietta resopló.

—Fue una tontería. Pero Carina llevaba años loca por él. Estaban destinados a estar juntos.

Sawyer clavó la mirada en ella.

—¿Eso es verdad? —preguntó con voz indolente—. Parece que mi viejo amigo Max era todo un donjuán.

Julietta aceptó el desafío.

—Ah, tú no te quedas muy atrás. Mamá, tengo entendido que Sawyer cortejó a Carina cuando estuvo en Las Vegas. A lo mejor hubo un duelo a la antigua usanza por tu pobre hija.

Mamá Conte levantó la vista del plato, interesada.

—Sí, creo que Max me mencionó algo antes de la boda. Algo sobre una pelea.

—¿Perdiste? —le preguntó Julietta a Sawyer. Este se medio encogió de hombros y ella chasqueó la lengua con fingida compasión. Saber que Sawyer deseó a su hermana y se peleó con Max le dolía más de lo que había pensado. Intentó fingir desinterés para no ponerse en evidencia. Aunque ya habían pasado las dos noches juntos, no habían hablado de tener otro encuentro. A lo mejor todo había terminado entre ellos. En realidad, no tenían una relación de verdad. No como la que seguramente él había querido tener con Carina—. Qué pena. Aunque estoy segura de que encontraste un buen premio de consolación para sustituir a tu primera candidata.

Sawyer soltó el tenedor con brusquedad. Julietta levantó la vista. Los ojos de Sawyer brillaban de irritación masculina y echaban chispas. El corazón le dio un vuelco mientras intentaba permanecer impasible ante la hipnótica tensión sexual que amenazaba con engullirla. Su lado malo fantaseó con gatear por la mesa, subirse a su regazo y echarle un polvo allí mismo.

Mamá Conte chasqueó la lengua.

—Julietta, ¿se puede saber qué bicho te ha picado? Has sido muy descortés con nuestro invitado.

Se removió, incómoda por la regañina. Ese hombre hacía que perdiera los estribos como nunca antes le había pasado.

—Lo siento —masculló.

—No te preocupes. —Sawyer la taladró con su mirada inmisericorde—. Pero dejemos una cosa clara: no me conformo con premios de consolación, Julietta —dijo en voz baja—. ¿Entendido?

El sentido oculto de esas palabras la calmó y la excitó a la par. El rubor inundó sus mejillas, de modo que agachó la cabeza y se concentró en la comida. A lo mejor había sido una mala idea. Su intención fue la de invitar a Wolfe a una comida familiar, pero en ese momento los sentimientos tan complicados que le suscitaba Sawyer estaban provocando tensión en el ambiente. Incluso su madre parecía darse cuenta de que algo no iba bien, ya que su astuta mirada iba de uno a otra como si intentase averiguar de qué se trataba.

Julietta se levantó y recogió la mesa, ya que prefería estar ocupada fregando los platos y guardando las sobras de comida. Su madre charló con Sawyer y Wolfe mientras ella preparaba el café y sacaba un surtido variado de frutas, queso, higos y tartaletas de manzana.

¿Qué le pasaba? ¿Quería mantener una relación con Sawyer Wells? La idea le parecía imposible, pero su cuerpo lo ansiaba sin cesar. Jamás pensó que sería de esa clase de mujeres que se sentían cómodas con una relación puramente sexual; pero, por supuesto, nunca había encontrado a un hombre capaz de provocarle un orgasmo. Y aunque estuviera interesada en semejante relación, Sawyer había dejado bien claro que deseaba evitar cualquier tipo de compromiso a largo plazo. Seguramente lo mejor sería ponerle fin a su aventura en ese instante, antes de que se enredara todavía más. Se negaba a convertirse en una de esas mujeres ñoñas que suplicaban un poco de cariño. Era demasiado orgullosa.

Engancharse a él sería desastroso. Y estaba convencida de que aguantaría años solo por los orgasmos que había tenido. Sirvió el café y dejó las tazas en la mesa antes de mordisquear un higo.

—Tenemos que irnos pronto, mamá. Nos espera una semana muy larga.

—Por supuesto. ¿Puedo hablar un momento contigo, Wolfe?

El chico pareció sorprenderse.

—Sí, claro.

—En privado, si no te importa. Julietta, Sawyer, ¿podríais esperar en el salón?

Julietta titubeó. Pero confiaba en su madre, y si tenía que decirle algo a Wolfe, era importante. De modo que asintió con la cabeza.

—Claro.

—*Grazie*.

Julietta condujo a Sawyer al salón. La alegre alfombra hecha a mano cubría el suelo de madera de pino y combinaba a la perfección con los tonos tierra del sofá, del diván y de la otomana. Unos delicados visillos de encaje decoraban las ventanas, y varios ovillos de lana descansaban en la mesita auxiliar, uno de los proyectos empezados que denotaban el amor de su madre por el punto. La chimenea estaba encendida y caldeaba la estancia. Se abrazó el cuerpo y

empezó a deambular por la habitación, demasiado alterada como para sentarse.

—No te preocupes. Mi madre nunca diría nada que lo incomodara, te lo prometo.

—No me preocupa Wolfe.

De repente, sintió el calor corporal de Sawyer en la espalda, cubriéndola. El delicioso y especiado olor a almizcle la envolvió. Se apresuró a poner distancia entre ellos.

—Me preocupa más lo que pasa por esa cabecita tuya —añadió él.

Julietta se concentró en alinear a la perfección varias figuritas y portarretratos situados sobre el baúl antiguo.

—Nada que debamos discutir ahora mismo.

—No estoy de acuerdo. Teniendo en cuenta que mi polla estaba dentro de ti hace menos de doce horas, creo que merezco saber lo que estás pensando.

Julietta se detuvo y dio media vuelta. Sawyer se había acercado como un depredador silencioso, y su cuerpo se derritió por completo. Habría entregado una fortuna por poder proclamarse frígida en ese momento.

Su título de reina de hielo había quedado reducido a cenizas debido a esa constante calentura que la sacaba de sus casillas. Se aferró a la irritación e intentó controlar las hormonas.

—No digas esas cosas —masculló—. Estamos en casa de mi madre.

—Pero tu madre no puede oírnos ahora mismo. Estás intentando racionalizar lo que hay entre nosotros, ¿verdad?

Odiaba lo astuto que era. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? Unos pantalones negros ceñidos mostraban todos sus encantos, y la camisa de color topo acentuaba el brillo dorado de sus ojos. Llevaba el pelo despeinado como si acabara de salir de la cama y olía a limpio. Apretó los puños en rebeldía. Ansiaba abrazarlo y sentir esa deliciosa boca sobre sus labios. Saborear su olor mientras se emborrachaba de él. En cambio, tenía que mantener una conversación lógica acerca de la posibilidad de no volver a acostarse con él.

—No creo que debamos seguir viéndonos.

—No estoy de acuerdo.

Se quedó boquiabierta.

—Acabo de decirte que esto… que esto que tenemos debe acabar.

Sawyer apretó los labios.

—Y yo he dicho que no.

La frustración le puso los nervios de punta. ¿Por qué no podía largarse como los demás hombres cuando eran rechazados?

—Pues lo siento mucho. Nuestro contrato verbal ha terminado. Has ganado. Tenemos que concentrarnos en Purity y en acabar a tiempo. Dejémoslo en que ha sido una bonita experiencia, démonos la mano y sigamos adelante.

Sawyer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Julietta lo fulminó

con la mirada.

—Dios, eres buena. Así que ha sido una bonita experiencia, ¿no? —Se movió tan deprisa que ella no tuvo oportunidad de ofrecer resistencia. Sawyer la estrechó contra su cuerpo y le devoró la boca con un beso tan carnal, tan osado, que el estómago le dio un vuelco y se le endurecieron los pezones mientras gemía sin control por el asalto de su lengua. Sawyer apartó la boca y masculló—: ¿Quién te crees que soy, uno de tus lacayos? ¿De verdad piensas que puedes controlar lo que tenemos y declarar que se ha terminado? —Su rostro era una máscara de lujuria, anhelo y deseo. Julietta lo miró, fascinada por las descarnadas emociones—. Pues me niego. No voy a fingir que quiero estrecharte la mano cuando en realidad preferiría meterte los dedos entre las piernas y hacer que te corras. No pienso sonreírte con educación cuando preferiría besarte hasta que pierdas el sentido y obligarte a reconocerte como la mujer que eres.

Lo empujó, pero Sawyer no se movió.

—Sé muy bien quién soy —susurró, furiosa—. Una mujer adulta que toma sus propias decisiones según la lógica. Unos cuantos orgasmos no bastan para poner en peligro el contrato o mi cordura.

—Pues jódete —replicó él con desdén—. No pienso ir a ninguna parte y tampoco juego según las reglas. Si quieres dormir casta y pura en tu cama, estupendo. Pero estaré pegado a ti todos los días, recordándote lo que puedo ofrecerte. No huyo de las cosas porque sean complicadas y reales, nena.

—¿En serio? ¿Y qué más estás dispuesto a dar, Sawyer? —Se puso de puntillas y pegó la cara a la suya—. Cuando acabemos con las esposas, las vendas en los ojos y los vibradores, ¿qué más te quedará para darme? Ya has dejado claro que no hay posibilidad de una relación a largo plazo. Así que no me vengas con mierdas de lo que es complicado y real. ¡Nene!

Sawyer la soltó y retrocedió, sorprendido. Julietta se llevó los puños a la boca. ¿De verdad lo había desafiado para que esa relación fuera en serio? ¿Era lo que quería en el fondo?

No tuvo tiempo para analizar sus palabras. Un ruido interrumpió el tenso silencio.

Mamá Conte estaba en la puerta, con Wolfe.

—Ya está todo listo.

Julietta recuperó la compostura y esbozó una sonrisa.

—Genial. Deja que coja los abrigos y mi bolso, enseguida nos vamos.

Sawyer no contestó, pero le siguió el juego mientras recogían sus pertenencias y se despedían. Julietta le dio un fuerte abrazo a su madre, haciendo acopio de fuerzas gracias a los firmes brazos que la rodeaban, e inspiró los reconfortantes aromas de su hogar.

—Cuídate, preciosa mía. —Mamá Conte le acarició la mejilla mientras le

recorría el rostro con la mirada como si intentase averiguar qué la atormentaba.

—Te quiero, mamá.

Wolfe se plantó delante de su madre con una expresión muy rara. Con movimientos lentos y titubeantes, extendió los brazos y la medio abrazó antes de apartarse, incómodo. Con una dignidad impropia de su corta edad, dijo:

—Muchas gracias por invitarme a tu casa, mamá Conte. Gracias… por todo.

Julietta se mordió el labio, abrumada por la emoción. Su madre sonrió y acarició la mejilla a Wolfe.

—De nada. Siempre serás bienvenido. A partir de ahora vendrás todos los domingos con Sawyer.

Wolfe asintió con la cabeza. Julietta salió por la puerta y saludó con la mano a Sawyer y al chico antes de arrancar el coche. Como si la persiguieran todos los demonios del infierno, se aferró al volante, se imaginó que iba en su moto y pisó a fondo el acelerador.

Se negaba a analizar el fiasco que había sido la velada. Por la mañana amanecería más fuerte, más preparada para enfrentarse al día. Encendió la radio, buscó una emisora local, subió el volumen a tope y se dirigió a casa.

Sawyer estaba sentado, sumido en la oscuridad, mientras intentaba averiguar qué le pasaba.

No había pronunciado una sola palabra de vuelta a casa. Wolfe parecía estar igual de afectado y se contentó con mirar el paisaje. Algo había cambiado esa noche, y no sabía muy bien qué hacer.

En cuanto Julietta intentó alejarse de él, se volvió loco. Su actitud distante lo había desafiado a demostrar la conexión que había entre ellos y le había provocado un pánico atroz que jamás había experimentado. Solo sabía que no estaba preparado para renunciar a ella. Todavía no.

Suponía que Julietta se había asustado. Por desgracia, él no había arreglado el asunto al comportarse como un cavernícola y ella había respondido usando la baza de una relación estable. ¿Quería Julietta algo más permanente entre ellos? ¿El sexo se estaba mezclando con los sentimientos?

No tenía con qué comparar. Nunca había deseado a una mujer más allá de unas cuantas noches. Nunca había ansiado ir más allá de las necesidades físicas de la velada. Disfrutaba manteniendo el control y proporcionando placer. Pero había algo distinto con Julietta, y no sabía qué hacer.

Miró el cuadro de la pared. Una pareja entrelazada. El pie del hombre entre las piernas separadas de ella, y su espalda desnuda bloqueando la visión del espectador. Las sombras oscurecían la habitación y resaltaban partes de la anatomía femenina. La curva de una cadera. Un endurecido pezón. Los mechones oscuros sobre los hombros. La cara de la mujer estaba demudada por un anhelo descarnado mientras miraba a su amante. Dado que el cuadro reducía cualquier emoción compleja a la lujuria y el deseo, Sawyer podía encontrar la

paz. Siempre le había gustado el arte erótico. Durante un breve instante, mientras contemplaba una buena obra, se trasladaba a un lugar en el que podía imaginar y tocar algo real. Algo que rara vez había experimentado en el buen sentido.

Ver a Julietta en su casa, con su madre, tranquilizaba su alma. Sus comidas consistían en comer solo en restaurantes elegantes, en autoservicios o sentado a su escritorio. Compartir una comida había establecido una intimidad entre ellos que lo fascinaba.

Claro que, cómo no, jamás podría salir bien.

Recordó la noche en la que había conocido a mamá Conte.

Por Dios, era tan joven y estaba tan verde, tan lleno de rabia y de ambición, que apenas podía contenerse. Había luchado con uñas y dientes por la oportunidad de trabajar como asistente en el hotel Plaza de Nueva York, y su jefe era el capullo más grande del planeta. Le recordaba a su padre de acogida: un cabrón bien vestido con dinero para protegerse. Robin lo odió a primera vista y convirtió sus días en un infierno, culpándolo por todos los errores y atribuyéndose todo lo que salía bien. Aun así, cuando logró acompañar a Robin a Milán para cerrar un acuerdo, tuvo la sensación de que había ganado el gordo. Subir a un avión, aprender italiano y conseguir un pasaporte oficial hicieron que se sintiera vivo. Ya no era un fantasma en la sociedad, sino un hombre con posibilidades. Hasta aquella noche.

El cliente se había quedado muy impresionado con él. Su gran error fue darle una tarjeta con la esperanza de volver a trabajar con él en el futuro. A Robin no pareció hacerle mucha gracia que su asistente se le adelantara. Cuando llegaron al bar para tomarse una copa y celebrar el acuerdo, Robin comenzó a maltratarlo verbalmente. A medida que la voz y la rabia de Robin aumentaban, Sawyer estalló y se defendió.

Y acabó despedido.

Cerró los ojos, abrumado por el recuerdo. El terror de verse tirado en Italia, sin trabajo y con el esfuerzo de empezar de cero. La humillación de que todos los del bar lo mirasen mientras meneaban la cabeza, sintiendo lástima por el pobre chico.

Acabó de vuelta en su pasado.

Robin se quedó en el bar, bebiendo como un cosaco. El plan se afianzó en su cabeza al ver cómo le tiraba los tejos a la mujer tan bien vestida que tenía al lado. Sabía que era una prostituta, y cuando advirtió que su hasta entonces jefe empezaba a ponerse más pesado y vociferante, tomó una decisión.

Salió del bar. Le resultó fácil comprar la videocámara. Fue más fácil todavía llegar a un acuerdo con la puta para grabar lo necesario a fin de chantajear y arruinar a Robin. Fue testigo de la escena desde un rincón mientras Robin se tambaleaba y la mujer sacaba la tarjeta de su habitación con intención de llevárselo. La mujer asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano.

Cinco minutos.

Se levantó para esperar con una cerveza junto a la barra. Y oyó la voz.

—Que sepas que seguramente se lo merece.

Volvió la cabeza al instante. La mujer que estaba a su lado iba vestida con pantalones grises claros y una rebeca gris pizarra, y tenía una preciosa melena canosa recogida en un moño. Las arrugas de su cara no mermaban su elegancia ni su buen humor, y sus ojos oscuros lo miraban con expresión amable.

—*Scusi*?

La mujer sonrió y le pidió al camarero una copa de chardonnay.

—Estaba comiendo con una amiga cuando he oído lo que sucedía. Es tu jefe, ¿no?

Sawyer tamborileó con los dedos sobre la barra y se miró el reloj. Cuatro minutos.

—Era mi jefe. Me ha despedido.

La mujer suspiró.

—Muchas personas usan el poder con fines equivocados. ¿En qué sector trabajas?

—Hotelero. Hemos venido para reunirnos con un cliente, pero supongo que he tenido demasiado éxito. —El odio y la amargura se retorcieron en su interior, provocándole náuseas. Apartó la cerveza—. No sé por qué creía que iba a ser distinto —musitó—. He sido un tonto al jugar según las reglas.

—No. Has sido valiente. Creer en algo bueno es lo único que nos ayuda a seguir adelante.

Sawyer guardó silencio y la observó. La mujer olía a azúcar, a pasteles y a dulzura. ¿De qué iba? Acarició la bolsita en la que llevaba la cámara. Acto seguido, la agarró con más fuerza y bebió un sorbo de cerveza. Tres minutos.

—Créame, no vivo en el mundo de los privilegiados. Hay que protegerse con cualquier medio que tengamos al alcance. Solo los fuertes sobreviven.

De repente, la mujer le agarró la muñeca. Su primera reacción fue apartarse, nunca había soportado que lo tocasen sin previo aviso, pero su piel era cálida y su mirada, firme. Sus ojos castaños lo taladraron, de modo que sintió que era capaz de ver cada uno de sus retorcidos demonios.

—La vida es algo más que sobrevivir, ¿no te parece? La vida es cuestión de elecciones. De elecciones difíciles. Hay algo mayor que nosotros ahí fuera, algo llamado «karma». Cada buena acción vuelve al universo, y cada mala acción exige una retribución. A lo mejor no aquí en la Tierra, pero sí después.

Sawyer se estremeció por el asalto de las emociones. Esbozó una sonrisa desdeñosa al sentir que se ablandaba.

—Y una mierda, señora. No hay más allá, y la felicidad aquí significa dinero, poder y conseguir lo que se desea.

La sonrisa de la mujer era amable y parecía tan llena de sabiduría que

Sawyer se quedó sin aliento.

—Te equivocas. Sé lo que quieres hacer, y no te culpo. Nadie te culparía. El ojo por ojo parece lo indicado. Pero de esa forma acabarás más vacío y necesitarás más odio para llenar el hueco de tu interior. —Sus dedos se cerraron con más fuerza en torno a su muñeca, donde el pulso le latía acelerado de repente—. Te pido que elijas otra opción. Hoy. Elige alejarte de esto, y tal vez todo cambie.

El miedo lo sacudió como si fuera un cachorro al que le estaban saliendo los dientes y que acabara de conseguir un hueso.

—¿Quién es usted? No me conoce, ni tampoco lo conoce a él. No sabe nada de nada.

—Sé que he visto algo en ti que trasciende todo esto. —Aflojó la mano y sacó unos cuantos euros del bolso, que deslizó por la barra. Después, le dejó una tarjeta de visita—. Me gustaría ayudarte. Conozco a alguien que dirige un conocido hotel y creo que tú encajarías a la perfección. Pero tienes que decidir qué es lo que más deseas.

Sawyer resopló al ver la tarjeta, donde estaba escrito el nombre de *La Dolce Famiglia* al lado de una delicada tarta. ¿Una puta pastelería? Una carcajada histérica brotó de su pecho. Estaba a punto de grabar una peli porno con una puta para chantajear a su jefe. Vivía en la basura porque eso era lo único que conocía. Cualquier intento de conseguir algo real o limpio solo acabaría en decepción. Y había aprendido bien la lección.

La esperanza era letal.

—Claro, señora, lo que usted diga. —Se guardó la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta para deshacerse de ella más tarde—. Gracias por el ofrecimiento.

La mujer cerró los ojos un instante, como si él fuera su hijo y la hubiera decepcionado. Cuando los volvió a abrir, sus ojos castaños tenían un brillo limpio, penetrante y cortante, como el filo de una botella rota.

—Sé que no me crees. Seguramente yo tampoco lo haría de estar en tu lugar. Aun así, Dios nos da a elegir cada día, y cada elección supone un pequeño fragmento en la construcción de nuestra vida. Eso no quiere decir que a la gente buena no le pasen cosas terribles. A la gente inocente. —La tristeza la envolvió como una nube de colonia—. Tu futuro puede cambiar por una decisión. Una buena acción puede eliminar una montaña de malas acciones. Pero tienes que elegir. —Cogió su copa de vino y asintió con la cabeza con tal elegancia que Sawyer anheló tener algo hermoso en su vida—. Gracias por escucharme.

La mujer desapareció del bar como si la hubiera hecho aparecer un mago sacado de los putos libros de Harry Potter. Sawyer miró el reloj y desterró el extraño encuentro de su memoria.

Había llegado la hora del espectáculo.

Apuró la cerveza, pagó y subió en el ascensor hasta la planta once. La tarjeta

de la habitación 117 le quemaba en la mano. Comprobó que no hubiera nadie en el pasillo. No había empleados ni huéspedes a la vista. Sacó la cámara y toqueteó los botones, asegurándose de que estaba preparado para grabar la película de su vida. Por fin. El primer paso hacia la venganza, más dulce que cualquier paliza que les hubiera dado a los chicos que intentaron atacarlo en el callejón que consideraba su hogar o que robarles a los ricachones capullos que gastaban el dinero en café, en ropa de marca y en mujeres guapas.

Metió la tarjeta en la cerradura y esperó el chasquido.

La luz parpadeó. Se quedó quieto.

La imagen de Danny apareció en su cabeza. Un niño pequeño que se fijaba en él como modelo, que lo creía lo bastante fuerte para protegerlo de los demonios y mantenerlo a salvo. Su fracaso se burló de él, y años de mierdas y de dolor rugieron en sus tripas. Le temblaron los dedos y sintió la bilis en la garganta, ahogándolo.

Así sería su vida. Una vida sin reglas, sin límites, solo una interminable espiral de vacío. El pánico lo atenazó y se estremeció por entero, como si fuera presa de convulsiones, mientras el aliento se le quedaba atascado en el frío pecho.

Al otro lado de la puerta se oyeron risas lejanas. Un insulto pronunciado con voz entrecortada. El sonido de una azotaina y un gemido ronco. Sabía que si abría la puerta, se encontraría con una escena sacada del paraíso del porno. Recuperaría su trabajo, conseguiría que le dieran la patada a Robin y no echaría la vista atrás.

Su pasado se confundió con el presente, y con el futuro. Las palabras de la desconocida del bar resonaron en su cabeza hasta que una luz blanca lo cegó.

Tenía una opción delante de él, clara y sencilla, con consecuencias precisas.

La otra opción era lejana y estaba envuelta en el misterio, dispuesta a lanzarlo al barro por atreverse a correr el riesgo.

—Ah, sí, nena, sí. Así, así, ¡joder, me gusta!

Sawyer se apartó de la puerta mientras intentaba recuperar el aliento. Como si estuviera borracho, recorrió el pasillo y bajó las escaleras corriendo, alejándose de sus demonios todo lo rápido que podía. Salió al vestíbulo y después a la calle, donde inspiró hondo el aire limpio y se perdió en la multitud que lo rodeaba y que caminaba en dirección al trabajo, el placer, la familia, la vida.

No sabía cuánto tiempo ni qué distancia había recorrido. Minutos. Horas. Por fin sacó la tarjeta y leyó la dirección. Cogió un taxi y después el funicular hasta Bérgamo, y al final llegó a la casa. Le temblaba la mano cuando la levantó para llamar a la puerta.

La puerta se abrió y la mujer del bar lo miró.

—No lo he hecho. —Se quedó sin aire en los pulmones. Un raro sollozo brotó de sus labios—. No lo he hecho.

La voz de la mujer lo envolvió con fuerza y calidez, prometiéndole un refugio

seguro. Prometiéndole algo en cuya existencia Sawyer no creía.

—Estoy muy orgullosa de ti. ¿Cómo te llamas?

—Sawyer Wells.

—Entra, Sawyer Wells. Vamos a hablar. Todo se arreglará.

Entró en la casa y su vida cambió.

El recuerdo se difuminó y desapareció como volutas de humo. Estaba traicionando a la mujer que quería. Si Julietta albergaba por él sentimientos más allá de lo sexual, la destruiría y le haría daño a mamá Conte. Julietta era una mujer con mucha personalidad, fuerza y visión. Era leal a su familia y caminaba bajo la luz. En el fondo, nunca sería lo bastante bueno para ella y cuanto más tiempo pasaran juntos más peligroso sería el resultado. Tenía que darle a Julietta el espacio que ansiaba con tanta desesperación. Se merecía un hombre completo que pudiera ofrecerle una vida a su altura. Matrimonio. Hijos. Un corazón entero. No alguien que solo podía ofrecer buenas intenciones e interminables noches de sexo.

No, tenía que ponerle fin en ese momento. Retornar a una relación laboral y contentarse con los recuerdos.

Le ardía el estómago.

—¿Qué haces?

Sawyer volvió la cabeza. Wolfe estaba en la puerta, con una camiseta Nike de manga larga y unos *boxers*. Llevaba el pelo de punta formando ángulos imposibles.

—Nada. —Su voz sonaba hueca, tan vacía de emoción como su penosa alma—. Vete a la cama. —Estaba a punto de darse la vuelta cuando vio la expresión en los ojos del chico.

Atormentada.

Ah, sí. Los monstruos siempre regresaban de noche, cuando se necesitaba dormir y se ansiaba la paz. Cuando se era más vulnerable. Sawyer lo invitó a acomodarse a su lado, en el sofá.

—La verdad es que me estás haciendo un favor. Siéntate un momento. Tengo un humor de perros y no me apetece estar solo.

El chico entró en la sala de estar, se sentó en los cojines plateados y apartó un elegante cojín de rayas azules. Sawyer reconoció la capa de sudor que tenía en la frente, la camiseta arrugada de tanto revolverse en la cama y las ojeras. Wolfe por fin habló.

—¿Qué pasa? Creía que te lo habías pasado bien esta noche.

—Yo también lo creía. —Un breve silencio. Aunque por regla general no le gustaba la presencia de los demás en su espacio privado, la de Wolfe lo reconfortaba—. He tenido una pesadilla. ¿Tú las tienes?

Wolfe cambió de postura en el asiento.

—Sí. —Otra pausa—. ¿De qué iba?

Sawyer observó al chico que estaba sentado en su sofá y se dio cuenta de lo mucho que se parecía a Danny. Joven. Fuerte. Deslenguado. Más listo que el hambre. Pero descalzo y con ese pelo también parecía muy vulnerable. Muy fácil de… decepcionar. Otra vez. Carraspeó.

—Cosas chungas. Que me dan una paliza, que intento sobrevivir… ¿Y tú?

Los ojos azules de Wolfe se helaron.

—Igual.

Sawyer se aferró a una conversación normal, ya que no quería torturar al chico con un campo de minas lleno de sentimientos que él seguía intentando asimilar.

—Tengo que estar en la obra muy temprano. ¿Puedes revisar los archivos del inventario para que esté preparado para las entregas?

—Sin problemas.

—La cena ha estado bien, ¿a que sí?

—Me ha gustado la pasta. Mejor que cualquier comida en esos restaurantes tan caros a los que vas.

—Sí, mamá Conte no se anda con tonterías con la comida. ¿Qué tal la charla?

Wolfe agachó la cabeza.

—Ha sido agradable conmigo.

—Me salvó el culo cuando era un poco mayor que tú. Es buena gente.

—Sí.

—Toda la familia es increíble. ¿Y has probado algunos de sus postres? Joder, son alucinantes.

—¿Alguna vez desaparece?

La pregunta resonó en la habitación como un cañonazo mal dirigido. Sawyer ocultó su sorpresa y miró al muchacho. Vio los labios apretados, la barbilla alzada y algo que asomaba a sus ojos, la desesperación por alcanzar la normalidad, la necesidad de oír las palabras que lo borrarían todo, que le asegurarían que sería feliz durante el resto de su vida.

Algo cobró vida entre ellos, una conexión. Sawyer sintió una opresión en el pecho y la acuciante necesidad de borrar el dolor del chico lo consumió por entero. Joder, se moría por mentir. Pero sabía que la verdad era más importante.

—No. —La expresión desolada de Wolfe lo dejó sin aliento—. Pero mejora. Te juro que habrá noches sin pesadillas y sin recuerdos. Soportarás más cosas normales. El trabajo ayuda. Tal vez con terapia.

Wolfe resopló.

—Ya he pasado por eso. No, gracias.

—Depende del loquero. Algunos están bien. Yo también pasé. Pero podemos mirar e intentarlo de nuevo.

Wolfe asintió con la cabeza.

—Vale. Al menos eres sincero.

La imagen de su hermano muerto en un callejón, como si fuera basura, lo asaltó de repente. Inspiró hondo.

—Siempre te diré la verdad. Y te ayudaré en todo lo que pueda. Día a día. Y aunque yo tampoco soy uno de esos tíos sensibleros, puedes hablar conmigo. De lo que sea.

Wolfe asintió con un gesto seco de la cabeza. Parte de su tensión desapareció.

—Gracias, Sawyer.

Sawyer tomó una decisión al vuelo. A la mierda. De todas formas no iban a dormir ninguno de los dos. Se puso en pie y le hizo un gesto a Wolfe.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Mi terapia particular. El gimnasio. Nos vemos allí en cinco minutos. ¿Hace?

—Hace.

Sawyer se fue a su dormitorio para cambiarse, preparado para unos cuantos encuentros con el saco de boxeo y con la esterilla, y una feroz competición de pesas. Se animó al pensar que iba a pasar unas cuantas horas sudando, también en el bendito vacío de mente y alma y en la compañía de un chico por el que empezaba a sentir mucho cariño. Cogió la bolsa y salió del dormitorio.

Julietta contemplaba el cuadro torcido de la pared mientras se preguntaba por qué se había ladeado. Sintió que se le ponía el vello de punta, afectada por el trastorno obsesivo compulsivo que padecía. Carina se lo había enviado como un regalo, y la imagen la calmaba siempre que la miraba. Había decidido colgarlo en su despacho en vez de hacerlo en casa, ya que allí era donde pasaba la mayor parte del tiempo, aunque también lo había hecho por el tema del cuadro en sí.

Su padre estaba sentado al extremo de la mesa de la cocina familiar, en cuya superficie había bandejas de comida, cestas con pan y botellas de vino. A ambos lados de la mesa se sentaban los restantes miembros de la familia, como una presencia borrosa, pero eran el centro de atención de la mirada de su padre, que los observaba con las manos unidas sobre la mesa y los ojos rebosantes de un amor inmenso. En el cuadro su padre llevaba el pelo canoso peinado hacia atrás y su rostro estaba plagado de arrugas provocadas tanto por el cansancio como por la risa. Su larga nariz, típica de su origen italiano, dominaba su rostro.

La relación con su padre había sido distinta. Definitivamente Julietta había sido la niña de papá, pero era algo más profundo. El convencimiento mutuo de que *La Dolce Famiglia* era la piedra angular del sudor, la sangre y las lágrimas de la familia. El respeto que Julietta sentía por él y por su forma de trabajar para hacer realidad el sueño de su madre la instaba a hacerlo mejor día a día. Por él. Por ella. Por todos.

Le encantaba contemplar el cuadro mientras sopesaba una decisión empresarial o cuando sus empleados se marchaban a casa y ella se quedaba sola. Al parecer, Carina sabía que necesitaba a alguien que la cuidara.

Se preguntó si Sawyer habría tenido una experiencia similar a lo largo de su vida.

Había pasado toda la noche en vela, analizando hasta el más mínimo detalle de su último encuentro como si fuera una adolescente enamorada. Su forma de exigirle que lidiara con él y con las emociones que la atormentaban. La resistencia con la que siempre enfrentaba sus palabras gélidas, y su capacidad para darles la vuelta y encontrar la verdad que encerraban. La cabeza le decía que debía alejarse de él, pero su cuerpo y su corazón le pedían mucho más.

Mientras daba vueltas en la cama y esperaba a que amaneciera, la verdad se había revelado por fin. Aunque se arriesgaba una y otra vez en el trabajo, jamás lo había hecho en su vida privada. Siempre se alejaba de las complicaciones o de la amenaza de alguna incomodidad y prefería encerrarse en su burbujita, donde estaba a salvo. Pero a esas alturas, todos sus hermanos estaban felizmente casados y habían formado sus propias familias, mientras que ella seguía sola.

Tamborileó sobre la mesa con las uñas y se concentró en el recuerdo de su padre. ¿Estaría orgulloso de ella o menearía la cabeza, lamentando su

incapacidad de arriesgarse en el terreno personal? Aunque hubiera desaprobado la idea de mantener una relación sexual sin un compromiso serio, sabía que debía seguir adelante. Sawyer no le daba garantías, pero era un hombre fiable. De momento, ansiaba arrojar la precaución por la borda y lanzarse de lleno a una aventura apasionada y visceral que tal vez podía acabar en algo más. Ya era hora de dar una oportunidad a un hombre que le provocaba emociones que jamás había creído posibles. La próxima vez que lo viera, le dejaría claras sus intenciones.

Con un rictus satisfecho en los labios, se levantó del escritorio y se quitó los zapatos. Acabaría volviéndose loca si seguía mirando el ángulo torcido del cuadro un minuto más. Arrastró el sillón de color crema para acercarlo a la pared y se subió. Aunque rozaba el marco con los dedos, no alcanzaba lo bastante como para enderezarlo. Mmm… el sillón era lo bastante fuerte como para aguantar su peso si se subía al respaldo. Se subió la falda unos centímetros para poder moverse mejor. Tras apoyar una mano en la pared, se encaramó al respaldo y, aunque se tambaleó un poco, logró aferrar el voluminoso marco dorado del cuadro. Un centímetro. Dos. Uno más hacia la derecha y…

—¿Qué estás haciendo?

Esa voz tan familiar resonó en la estancia con fuerza. Sobresaltada, Julietta intentó mantener el equilibrio, pero se le resbaló un pie y acabó cayéndose.

El grito que brotó de forma instintiva de su garganta fue silenciado al sentir que unos fuertes brazos la cogían al vuelo. El aire escapó de sus pulmones cuando se golpeó contra un musculoso torso. Sawyer se tambaleó y dio un paso atrás, y otro, pero al final recuperó el equilibrio. Julietta alzó la vista y tuvo que luchar contra el impulsivo deseo de cubrir esa boca sensual con la suya. *Mio Dio*, físicamente era perfecto. Un rostro salido del cielo, con unos labios bendecidos por los demonios.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó él con el ceño fruncido, mientras sus ojos dorados la miraban furiosos, echando chispas—. ¿Es que nunca puedes pedir ayuda? ¿Estás tan obsesionada con controlarlo todo que prefieres romperte un tobillo antes que dejar que un hombre mueva un puñetero cuadro por ti?

La gratitud murió en la garganta de Julietta. En cuanto tuvo los pies en el suelo, se apartó de él. Cuadró los hombros, se puso los zapatos y le dirigió una mirada asesina.

—¿Por qué? ¿Es que a un hombre que mide lo mismo que yo le resulta más sencillo que a mí mover un puñetero cuadro? Porque soy más alta que la mayoría de mis empleados. Sin embargo, no tengo pene, así que a lo mejor ahí está la diferencia.

—¡Por el amor de Dios, me refería a que llamaras a alguien! ¿No podrías haberle dicho a tu secretaria que te sujetara las piernas para que tuvieras al menos un punto de apoyo? ¿O es que eso va en contra de ese principio feminista

tan ridículo que te mueve?

Julietta lo miró con expresión gélida.

—Sawyer, solo intentaba enderezar un cuadro. No estaba tratando de demostrar la igualdad de género. Tal vez deberías preguntarte por qué te molesta tanto el hecho de no poder controlar mis actos.

Sawyer soltó una carcajada carente de humor y se pasó los dedos por el pelo. Por supuesto, el gesto hizo que se le alborotara como si acabara de salir de la cama, una imagen que la excitó de inmediato.

—¿Siempre tienes una respuesta impertinente a mano?

—Siempre tengo una respuesta, punto. ¿Por qué estás tan molesto?

Sawyer masculló algo entre dientes.

—Anoche no dormí bien.

Julietta observó las ojeras marcadas y el rictus tenso de sus labios. La ira se desvaneció mientras daba un paso hacia él.

—*Mi dispiace*; ¿puedo ayudarte en algo? —Extendió una mano para tocarle el brazo, pero él retrocedió. Lo miró a los ojos. El pánico que vio en su rostro y el hecho de que no le devolviera la mirada la asustaron y le provocaron un nudo en la boca del estómago. Era evidente que no quería que lo tocara. Lo que significaba que…

—He pensado en lo que me dijiste anoche. —Lo dijo como si le hubieran arrancado las palabras a la fuerza, pero ella se obligó a escucharlo sin moverse —. Creo que tenías razón.

En ese momento Julietta se negó a darle la satisfacción de dejarle saber que él significaba mucho para ella. Se obligó a sonreír.

—Me alegro mucho. Me daba miedo que acabara incomodándonos, porque este acuerdo es más importante para mí que un… ¿Cómo decirlo de forma suave? Que un revolcón.

La mirada de Sawyer la atravesó al instante. Llegó a lo más hondo, descubrió la mentira, pero la aceptó. Acabó asintiendo con la cabeza.

—Sí. Gracias por aguantarme. Te prometo que no te incomodaré más.

—Perfecto. ¿La reunión de las tres sigue en pie?

—Sí.

—Genial. Gracias por venir a decírmelo en persona.

—De nada.

La exquisita educación con la que se comportaba le resultó más dolorosa que si la hubiera atravesado con un puñal. Desesperada por verlo salir del despacho antes de que su fachada se resquebrajara, se volvió y cogió con el semblante despreocupado un informe del escritorio.

—Será mejor que vuelva al trabajo. Nos vemos luego. —Hojeó el informe, si bien las palabras eran simples borrones de tinta, y oyó que se abría la puerta.

—Nunca olvidaré las dos noches que hemos pasado juntos, Julietta. Me has

hecho un regalo… incalculable.

Y se marchó.

Julietta clavó la mirada en el cuadro, perfectamente derecho en ese momento, y comprendió de repente por qué jamás se arriesgaba en su vida personal.

Cuando Sawyer recibió la llamada, su plan inicial fue el de ofrecerle una excusa y decirle que no podía ir. Al fin y al cabo, no estaba mintiendo. Tenía una agenda apretadísima. Lo último que necesitaba, dada la repentina tormenta emocional que sufría, era verla. Joder, no. Por desgracia, se mostró tan testaruda como el día que la conoció y lo había obligado a aceptar de una manera que no podía rechazar.

Le dijo simplemente que estaría esperándolo.

Sawyer se aferró a su paciencia mientras ella le servía un café expreso bien cargado, menos de veinticuatro horas después de haber abandonado su casa. Tras muchos minutos de conversación educada, mamá Conte se sentó frente a él, bebió un sorbo de café y lo miró directamente a los ojos.

—Quiero que te cases con mi hija.

Sawyer miró a su alrededor en busca de la cámara. Joder. Había visto un programa de cámara oculta en la televisión, pero ya habían dejado de emitirlo. Las bromas de Betty White eran para personas mayores. O tal vez fuera otro tipo de programa que consistía en asustar a la víctima. Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Lo siento, pero he visto muchos programas de estos. No vas a pegármela.

Mamá Conte lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué programas?

La sonrisa se desvaneció de sus labios. Analizando la situación, ¿para qué iba a querer mamá Conte grabar la escena?

—Lo siento, creo que te he oído mal. ¿Has dicho que quieres que me pase a por tu hija? ¿Para llevarla adónde?

—Sawyer Wells, no te hagas el tonto conmigo. Quiero que te cases con mi hija Julietta. Con la que te estás acostando.

De sus labios brotó una especie de gemido agudo. Algo que Sawyer había oído en ocasiones, pero procedente de hombres débiles que se percataban de que los habían burlado y se veían privados de comida, refugio o dinero. Qué raro que él nunca se hubiera sentido obligado a emitirlo hasta ese momento. Era casi patético. Le recordó a las películas de la mafia como Uno de los nuestros, en las que el tonto de turno se echaba al suelo y lloriqueaba como una niña mientras lo molían a palos. ¿Qué había dicho mamá Conte?

—No nos estamos acostando. —La expresión decepcionada que apareció en el rostro de la mujer hizo que levantara las manos—. No lo hacemos.

—Te acostaste con ella la otra noche.

Por Dios, eso no podía estar pasando. Había llegado el momento de echarle un par de huevos y hacerse con las riendas de la conversación.

—Vale, sí, nos hemos acostado. Lo hemos hecho. Pero ya no.

—¿Por qué habéis dejado de hacerlo?

—Mamá Conte, en realidad esto no es asunto tuyo. —Lo dijo con voz firme, como si estuviera hablando con una niña traviesa—. Estuvimos juntos y después decidimos que era mejor mantener una relación estrictamente profesional.

Mamá Conte fingió escupir en el aire.

—Bobadas, una relación profesional. Mi hija lleva obsesionada con su carrera profesional desde que era una adolescente. Al principio la benefició. Le enseñó a fijarse un objetivo, a conocer la responsabilidad. Se convirtió en una mujer segura e independiente a la que todos admiramos. Pero está perdiendo su alma por los beneficios empresariales.

Sawyer se puso en pie. Ese no era el momento ni el lugar para diseccionar la vida de Julietta. No con su madre. No con todas las extrañas emociones que sentía por Julietta aún burbujeando en su interior y sin visos de desaparecer de momento. Al cuerno con la falta de respeto, iba a largarse en ese mismo momento.

—Mmm… Bueno, esto no me incumbe. Lo siento, pero tengo que irme. No sé bien qué estás pensando, pero…

—Sawyer, siéntate.

Sawyer se sentó. Joder, ¿eso era lo que hacían las madres? ¿Usar ese tono de experta dominatriz para conseguir que sus hijos las obedecieran? Mamá Conte cerró los ojos como si estuviera suplicándole a Dios que le diera fuerzas. Cuando los abrió, Sawyer sintió un ramalazo de miedo en la espalda. Los capos de la mafia no eran nada en comparación con esa mujer.

—Quiero que me escuches. Estoy mayor. Tengo el corazón débil, mi artritis empeora y me encuentro en un momento de mi vida en el que necesito ponerles fin a todas mis preocupaciones. Todo lo que ya se ha solucionado me ha reportado grandes alegrías. Pero hay dos cosas que me quitan el sueño por la noche, que me mantienen en vela e intranquila por mucho que intente relajarme: mi hija mayor y *La Dolce Famiglia*.

Mamá Conte hablaba despacio y con gran deliberación. Sawyer se acomodó en la silla, pendiente de cada una de sus palabras.

—Levanté la empresa con sangre, sudor, familia y amor. Necesito saber que seguirá triunfando durante mucho tiempo, sin problemas, sin obligar a Julietta a sacrificar su vida para mantener la empresa a flote. Porque no delegará. Es demasiado orgullosa, como su padre, para creer que alguien más puede ocuparse de nuestro negocio. Necesito asegurarme de que la fusión entre *La Dolce Famiglia* y Purity será la llave de su libertad. Al firmar este acuerdo, te está cediendo parte de su legado. Te está confiando su éxito y a cambio ella tendrá en

ti un apoyo a largo plazo.

Sawyer meneó la cabeza, confundido.

—Un momento. Ya te hemos dicho que el acuerdo está firmado. No hay necesidad de establecer una relación personal a largo plazo entre nosotros. Ambos somos personas fieles a nuestra palabra y hemos firmado un acuerdo escrito. Nuestras empresas crecerán y se expandirán juntas. No tienes por qué preocuparte por esto. Te doy mi palabra de que siempre velaré por Julietta y por la empresa como si fueran mías.

Mamá Conte esbozó entonces una sonrisa que suavizó su expresión.

—Eres un buen hombre, aunque todavía no te lo crees. —Soltó un hondo suspiro—. Espero que lo hagas con el tiempo. Sawyer, te creo. Pero todos los días se rompen acuerdos de negocios, y cuando la tinta se seca y pasa el tiempo, la distancia lo invalida todo. Solo se me ocurre una forma de garantizar que Julietta y *La Dolce Famiglia* tengan un socio y un apoyo en los que pueda confiar durante toda mi vida. El matrimonio. Los votos sagrados del matrimonio garantizan un vínculo indisoluble. Eso es lo que necesito que hagas.

Y él necesitaba devolver a mamá Conte al camino de la razón. Porque lo que le estaba diciendo era una locura. Decidió que la mejor manera de echar sus planes por tierra era convertirse en el abogado del diablo.

—Mamá Conte, creo que tu plan no ha tenido en cuenta ciertos detalles importantes. Los matrimonios hoy en día son más inseguros que los acuerdos empresariales. La gente se divorcia, abandona a su pareja, es infiel. El matrimonio ya no es lo que era. El carácter sagrado se ha perdido.

Mamá Conte ladeó la cabeza con gesto reflexivo.

—El matrimonio es como todas las cosas. Depende de las personas, ellas deciden si serán fieles, si apoyarán a su pareja o si se beneficiarán del otro. La institución no es la que falla, son las personas. Una vez que Julietta y tú toméis esa decisión, no abandonarás tus responsabilidades. Eso lo doy por sentado.

Sawyer percibió las señales de un ataque de pánico en toda regla, pero luchó contra él.

—Vale, muy bien. Vamos a hablar de Julietta. Nos hemos acostado, pero eso no significa que nos queramos. No está interesada en pasar toda la vida a mi lado, y mucho menos si se ve obligada a hacerlo. Supongo que ya conoces la testarudez de tu hija, ¿no?

—La he visto contigo. He visto su actitud. He visto cómo se siente a tu lado.

Los recuerdos afloraron de repente en la mente de Sawyer, y por un instante recordó a la mujer que tenía delante cuando era más joven.

—Sé que alberga sentimientos reales, pero están atrapados entre la lógica, los contratos empresariales y el miedo. Necesita un hombre que sea su compañero de verdad, que entienda que el trabajo alimenta su alma. Un hombre que no quiera cambiarla, sino que la acepte tal y como es.

—Yo no soy ese hombre.

Esa certeza lo golpeó como un mazazo. Por un breve instante, se preguntó cómo sería saberse el hombre que podía darle todo eso a Julietta. El hombre que podía abrazarla, mantenerla segura, que podía permitirle la entrada a su propio mundo. Pero era solo un espejismo, imposible de alcanzar para la gente como él. Sobre todo si se trataba de una mujer como Julietta.

—Lo eres. Eres su pareja perfecta, y lo supe en cuando os vi juntos. Dos caras de una misma moneda que no saben bien cómo fusionarse. Cuanto antes lo aceptéis los dos, antes os sentiréis completos.

El fuerte temperamento de Sawyer estaba a punto de estallar. Ya estaba bien de hablar de fusiones y de pactos de matrimonio.

—Lo siento, mamá Conte, te equivocas. No soy el hombre que crees que soy. No tengo nada que ofrecerle a una pareja estable. Y si de verdad quieres a tu hija, no la obligarás a hacer algo así. La estarías sentenciando a una vida de infelicidad. Déjame preguntarte una cosa. ¿Les harías lo mismo a tus otros hijos? ¿Los obligarías a casarse como si fueran marionetas sin darles una alternativa? ¿Los amenazarías o chantajearías para hacer tu voluntad? ¿O Julietta es diferente de los demás porque eligió algo distinto? Contéstame con sinceridad.

La sensación de victoria le duró poco. Esperaba que la mujer agachara la cabeza, avergonzada. Esperaba un arrebato emocional al ponerse a la defensiva. En cambio, mamá Conte echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Sawyer la miró sin dar crédito.

—Entiendo tu punto de vista. Pero de verdad te digo que trato a Julietta de la misma manera que he tratado al resto de mis hijos. —Un brillo risueño iluminaba sus ojos—. Hazme caso.

Sawyer meneó la cabeza.

—De todas formas, el tema es controvertido. Ella jamás accederá.

—Lo hará. Si se lo pides.

En esa ocasión fue él quien rió.

—Claro. ¿Y que me arranque la cabeza en el proceso? No, gracias. —Suavizó el tono de voz—. No quiero que te preocupes por nada. Te prometo que *La Dolce Famiglia* jamás se tambaleará y que siempre estaré presente en la vida de tu hija. *Vabene*? —Se levantó para marcharse, satisfecho porque había hecho todo lo que estaba en su mano, y se volvió hacia la puerta.

—¿Recuerdas lo que me prometiste?

La estancia se bamboleó a su alrededor. Sawyer intentó recuperar el equilibrio mientras las palabras de mamá Conte lo atrapaban cual boa constrictor que estuviera enroscándose alrededor de su cuello. Inclinó la cabeza, resignado a su destino, que acababa de asestarle un puñetazo en el mentón. Apretó los dientes.

—Sí, lo recuerdo.

« Estoy en deuda con usted. Si alguna vez me necesita, haré lo que me pida» .

—Te necesito. Esto es lo que te pido. Quiero que te cases con mi hija.

No recordaba bien lo que sucedió a partir de ese momento. El rugido en los oídos, los atronadores latidos de su corazón, el sudor que le empapaba las palmas de las manos. No quiso a mirarla a los ojos, consciente de que era incapaz de lidiar con sus emociones en ese instante. ¿Podría negarse? Mamá Conte no sabía lo que le estaba pidiendo. Si accedía a su exigencia, pondría en marcha una cadena de acontecimientos que lo asustaba.

Sawyer se encontraba al borde del abismo, pero comprendió que jamás había tenido alternativa.

Acababan de cobrar su deuda de forma oficial.

Aspiró una trémula bocanada de aire y aceptó su destino. Tal vez podría satisfacer la deuda, pero no tenía por qué hacerlo con alegría ni con elegancia. Caminó hasta la puerta haciendo un esfuerzo para no tambalearse y aferró el pomo con fuerza.

—Que así sea. Pero será mejor que hables con ella antes. Y que Dios te ayude si accede.

Salió de la estancia sin mirar atrás.

Julietta estaba sentada en la *piazza* del Duomo. La esbelta y elegante silueta de la catedral se encontraba envuelta en una espesa niebla cuya frialdad calaba hasta los huesos. El viento de finales de marzo azotaba con fuerza, y los transeúntes se apresuraban por las calles, ataviados con gorros y largos abrigos de lana. Julietta contempló la maravillosa estructura que había sido una constante desde su infancia: la mezcla de elegancia y maestría de cada figurilla tallada en la enorme puerta de bronce; las afiladas agujas de mármol que se alzaban hacia el cielo. La estatua de bronce dorado de la Madonnina en el punto más alto.

Siempre le había encantado sentarse en su interior, contemplar los coloridos rayos del sol que se filtraban a través de las vidrieras góticas. La sensación de paz y tranquilidad que irradiaban las obras de arte y su mítica búsqueda de la perfección espiritual. Después, su padre la llevaba a la plaza para almorzar y comían *paninis* recién horneados, panceta y uvas maduras, y bebían *capuccinos*. Le gustaba observar a las mujeres que iban y venían, ataviadas con sus tacones y sus trajes de diseñador, y deseaba poder convertirse algún día en una de ellas.

Bueno, pues lo había conseguido. Al menos externamente. Su abrigo de lana y gorro de pieles a juego le otorgaba el aspecto de ejecutiva elegante y con aplomo a la hora del almuerzo. Su bolso de Prada verde y los Manolos que calzaba irradiaban un *glamour* exquisito. Aunque nunca había salido de Italia para viajar como Carina o Michael, siempre se sentía segura en casa. No experimentaba la necesidad de conocer otros lugares. Jamás se sentía asfixiada.

Hasta ese momento.

Iba a casarse con Sawyer Wells.

La humillación hacía que le ardiera la sangre. Su propia madre quería

obligarla a casarse para que no se convirtiera en una fría y solitaria solterona que se pasaba la vida contando sus monedas de oro. La discusión había empezado siendo divertida, había adquirido tintes de preocupación y había acabado en un enfrentamiento airado. Le había gritado cosas horribles a su madre mientras esta mantenía la calma. Como una estatua implacable, había repetido lo mismo una y otra vez.

« Te mereces ser feliz, cariño mío. Y si no lo haces a tu modo, yo lo haré al mío. Sawyer Wells te dará lo que necesitas, aunque ahora mismo no lo creas» .

No. No lo creía. Jamás lo creería. Sawyer estaba en deuda con su madre por algún motivo, y se casaría con ella para saldar dicha deuda. Su madre ansiaba la tranquilidad mental de ver a sus hijos casados y asentados de una forma tradicional. Obviamente no confiaba en su capacidad para dirigir sola el negocio, de modo que había decidido añadir una nueva capa protectora encarnada en la persona de un hombre grande y fuerte. Oh, cómo los odiaba a ambos en ese momento. A su madre por haberla traicionado.

Y a Sawyer por haber accedido.

Una sombra cayó sobre ella. Sawyer se sentó a su lado en el banco, manteniendo una distancia adecuada entre ellos. Julietta paseó la mirada por su reluciente Rolex, su lustroso pelo rubio platino y por los tonos grises de su abrigo de cachemira. La bufanda roja que llevaba pulcramente enrollada en torno al cuello le otorgaba un toque atrevido, como si le importara muy poco la opinión de los demás. Pasaron un buen rato sentados en silencio mientras el viento silbaba a su alrededor y les entumecía la piel expuesta. Los peatones caminaban a toda prisa por delante de ellos, alzando la vista al cielo para admirar la grandeza del Duomo, con sus complicados elementos arquitectónicos y sus altas agujas. Una gran bandada de palomas descendió del cielo y se aposentó en la plaza, con sus brillantes alas azules y sus cabezas picoteando furiosamente en busca de alguna migaja.

Julietta observó en silencio a una pareja joven que paseaba muy junta para mantener el calor y que se echó a reír al ver la invasión de las palomas. La chica era guapa, con un lustroso pelo rojo. Se arrodilló y extendió las manos, y al instante un grupo de aves se acercó a ella y saltó a sus brazos. Su carcajada, alegre y cristalina, flotó en el viento. El hombre rió con ella, se arrodilló a su lado y la besó. La imagen le quemó las retinas y le recordó todas las cosas que nunca tendría.

Al final Julietta decidió hablar.

—¿Tanto le debes? —susurró—. ¿Tan grande es tu deuda que estás dispuesto a sacrificar tu vida por un matrimonio falso?

—Sí.

Julietta asintió con la cabeza, ya que había anticipado su respuesta. Por sus venas corría un vacío enorme y una pena arrolladora en busca del modo de

liberarse. Aplastó ambas emociones con el tacón de aguja de sus zapatos. Jamás. Jamás aceptaría de nuevo la sumisión, las emociones que había sentido. No con él.

—Le dije que no, por supuesto. Me marché y le dije que no regresaría en la vida. La insulté. Me puse como una fiera. Ella lo toleró todo y me dijo que creía que era lo mejor. —De sus labios brotó una carcajada nerviosa—. ¿Sabes qué es lo peor de toda esta farsa? Que cree que lleva la razón. No lo hace para fastidiarnos, ni para que suframos. ¿No hay un refrán sobre las buenas intenciones?

—El infierno está empedrado de buenas intenciones.

—Ese. El caballero se merece una recompensa. ¡Y una esposa! ¡Tachán! —Trató de no dejarse llevar por la locura y se esforzó por mantener la compostura. No hacía falta enloquecer por un simple pacto de matrimonio. Porque así podía definirse lo que iba a ocurrir. Cedería a las pretensiones de su madre, pero lo haría a su manera—. Perdóname, todavía tengo que hacerme a la idea. Aunque estemos en Italia, no sabía que seguían celebrándose matrimonios de conveniencia.

—Lo entiendo.

Sawyer habló en voz baja, y ella sintió el desquiciado impulso de cogerle una mano y suplicarle que lo solucionara todo. Que la abrazara y le dijera que todo saldría bien y que aliviara la terrible opresión que sentía en el pecho. Pero hizo lo que le salió de forma natural. Siguió sentada muy tiesa en su gélida burbuja, sin moverse siquiera.

—Tardé tres días en comprender que ella había ganado. Que todo lo que he conseguido, de lo que me siento tan orgullosa, no significa nada porque sigo obedeciéndola como si fuera una cría.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Esa parte era la peor. No le gustaba desilusionar a su madre, pero no accedería de ninguna de las maneras a contraer un matrimonio sin amor. Hasta que ella pronunció las palabras que le quemaron los oídos y mermaron su firmeza.

« Antes de que tu padre muriera, me obligó a prometerle dos cosas: que me aseguraría de que consolidaras la posición de *La Dolce Famiglia* para que fuera el legado familiar y que te casarías. Quería a todos sus hijos por igual, pero tú eras especial para él. Su mayor preocupación. Creo que su alma no descansará hasta que le concedas este deseo, cariño mío» .

Una promesa realizada en el lecho de muerte y ella era la víctima colateral. Trató de olvidar las palabras de su madre, pero la torturaron noche y día. El retrato de su oficina le devolvía la mirada, exigiéndole que accediera. Hasta que por fin comprendió que no tenía alternativa. Igual que le pasaba a Sawyer.

Habló sin emoción.

—Me dijo que mi padre lo querría. Por mi bien. Por el de *La Dolce Famiglia*. Y me temo que mi madre tiene razón.

Sawyer se movió, como si quisiera consolarla, pero ella tensó el cuerpo y lo detuvo. No podría mantener esa espantosa conversación si le ofrecía el menor consuelo, porque de otro modo no se recuperaría jamás.

—¿Cómo quieres hacer las cosas? —le preguntó él en voz baja.

Eso sí podía manejarlo.

—Preferiría decir que nos fugamos. Como Carina y Max. El padre Richard puede casarnos tan pronto como llegue la documentación, con mi madre como único testigo. Le diré a mi familia que ha sido todo rapidísimo y que no queríamos fanfarrias ni un bodorrio. Podemos librarnos de la luna de miel aduciendo que estamos muy ocupados con la fusión y con el trabajo que eso conlleva. Publicaremos una breve nota en la prensa, se lo comunicaremos a nuestras respectivas empresas en una reunión, y ojalá que la curiosidad y la emoción pasen pronto. ¿Te parece aceptable?

Sawyer asintió con la cabeza.

La joven pareja que tenían delante se incorporó. Tras cogerse del brazo, se alejaron por la plaza. Julietta los observó y se preguntó si siempre serían tan felices. Desterró el pensamiento y volvió al trabajo.

—Bien. En cuanto al lugar donde viviremos, propongo que consigamos un sitio grande de inmediato. Alquilaré mi apartamento por el momento. Prefiero que sea en Milán para estar cerca de la oficina, si no te importa, y dividiremos el coste. Le diré a mi agencia inmobiliaria que busque algo cuanto antes. ¿Te parece bien?

Otro breve asentimiento de cabeza.

—Necesitaremos firmar un acuerdo prematrimonial. ¿Quieres que usemos a mi abogado o prefieres a los tuyos?

—Me da igual.

Una familia ocupó el lugar donde antes había estado la pareja, delante del banco. Dos niños pequeños empezaron a corretear de un lado para otro persiguiendo a las palomas, mientras los padres meneaban la cabeza e intentaban controlarlos. Julietta vio como el hombre sonreía de oreja a oreja mientras señalaba el Duomo y pegaba a la mujer a su cuerpo. Ella se lo permitió con una naturalidad que puso de manifiesto los años que llevaban juntos.

Julietta siguió hablando.

—Tendremos que dejar claras las condiciones. Mi madre jamás debe enterarse de que tenemos la intención de ponerle fin en un plazo de tiempo a determinar. Si te parece bien, me gustaría proponer dos años. Creo que un año no satisfaría los deseos de mi madre, pero dos es un margen apropiado para decir que lo hemos intentado. A menos que tú te opongas, claro.

Sawyer no la miró. Se limitó a observar a la joven familia como si fueran la

clave que pudiera ofrecerle las respuestas que buscaba.

—Dos años me parece bien.

—De acuerdo. Me niego a que este asunto trastoque la agenda que ya hemos marcado y que retrase la inauguración. Tienes mi palabra de que contrataré al personal adecuado y de que conseguiremos que la transición se lleve a cabo sin el menor problema.

Sawyer levantó la cabeza, como si acabara de despertarse de un encantamiento.

—¿Y qué pasa con nosotros?

Julietta parpadeó.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros. ¿Cuáles son las reglas? ¿El mismo dormitorio? ¿Dormitorios separados? ¿Trabajamos juntos durante el día, pero nos distanciamos en casa por la noche? ¿Compartiremos las cenas mientras charlamos? ¿Has pensado ya en estas cosas?

Julietta enderezó la espalda como un palo. La mirada de Sawyer la atravesó, como si buscara algún tipo de emoción que ella se negaba a mostrarle. ¿Qué quería de ella? Pronunció las palabras con sequedad y con una deliberada precisión.

—¿Por qué no nos ocupamos de todos los detalles previos antes de sincerarnos al respecto? Una vez que estemos casados, nos sentaremos y hablaremos sobre las cosas que nos resultan incómodas. Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo que nos beneficie a ambos.

Sawyer soltó una carcajada en absoluto alegre.

—Has hablado como una mujer que controla la situación hasta el mínimo detalle. Debe de ser agradable.

Las defensas de Julietta se agrietaron, cedieron y acabaron sangrando.

—¿Qué quieres de mí? ¿Una disculpa? —Se le quebró la voz, pero siguió hablando—. Lo siento. Siento mucho que la deuda que te ata a mi madre te obligue a cargar con una obra benéfica durante dos años. Siento mucho ser inadecuada para mi familia, para mí, para todos. Sobre todo para ti. —Le ardían los ojos por culpa de las lágrimas—. Estoy haciendo lo que puedo para digerir esto de la mejor manera.

La imagen de hombre distante y educado se desmoronó al instante. Sawyer extendió las manos, le aferró los brazos y la estrechó contra su pecho.

—¿Tú me ofreces una disculpa? —protestó, zarandeándola, mientras sus ojos dorados echaban chispas por la furia—. Eres idiota. ¿Crees que estoy molesto por tener que cargar contigo? ¿Cómo te atreves a decirle al hombre que te besó, que te desnudó y que te folló durante horas hasta quedar exhaustos que eres una obra benéfica? Te mereces un hombre que te complemente, que pueda proporcionarte una vida decente, y no uno que te destroce poco a poco. Jamás podré darte lo que

necesitas. ¿No entiendes que estoy congelado por dentro? No tengo nada que ofrecerte salvo el placer físico. —Sus labios sensuales esbozaron una mueca desdeñosa mientras sus dedos la apretaban con más fuerza por encima de la gruesa lana del abrigo—. Pero supongo que no soy tan educado ni tan caritativo como tú. No pienso ser un mártir ni ofrecerte un espacio seguro con dormitorios separados y alguna que otra sonrisa ocasional cuando nos crucemos por el pasillo. —El ángel se transformó en el demonio. El deseo, la ira y algo totalmente ingobernable relampaguearon en las profundidades de sus ojos—. Yo no soy así. Echaré tu puerta abajo cuando me harte de todo y los dos iremos directos al infierno. Y no me arrepentiré de nada.

Julietta separó los labios, hipnotizada por la poderosa aura que palpitaba alrededor de Sawyer. Su calor corporal batallaba contra el gélido viento y despertaba en ella el ardiente deseo de permitirle que la hiciera suya todas las veces que quisiera y de tantas formas como fueran posibles.

La mirada de Sawyer estaba clavada en sus labios. El corazón le latía desbocado. Esperó a que él inclinara la cabeza y reclamara lo que ya era suyo. En cambio, la soltó y se alejó de ella. Una profunda desolación demudaba su rostro.

—Pero no quiero hacerte daño. Así que permitiré que levantes tus barreras, que tengas tu propio dormitorio y te daré todo lo que necesites. Solo tengo una regla. Jamás dirás que eres una obra benéfica o te describirás como una mujer inadecuada. No delante de mí.

Un mechón de pelo se escapó de repente y cayó sobre su frente. Sin titubear, Julietta extendió un brazo y se lo colocó tras la oreja. Después, le acarició la mejilla. Sintió la aspereza de su barba en los dedos. Percibió en el viento las notas almizcleñas, cítricas y especiadas de su colonia.

—Vale —susurró.

Como si fuera un pecador en busca del perdón, Sawyer ladeó la cabeza y la besó en la palma de la mano. Julietta percibió algo profundo en el gesto y deseó seguir ese camino, que la llevaría a una espesura llena de zarzas, hiedra venenosa y de una multitud de depredadores listos para desgarrar su carne. Cuando esa mirada penetrante se clavó en sus ojos, supo que ese hombre sería su salvación o su perdición.

Se estremeció de puro terror. Sawyer trazó con un dedo una línea sobre su mentón, su barbilla y su cuello. La suave caricia le provocó un escalofrío y le endureció los pezones. Deseaba dar el salto y mandar al cuerno las consecuencias.

Sin embargo, Sawyer la dejó sin esa opción al ponerse en pie.

—Empezaré con el papeleo de inmediato. Avísame cuando la agencia inmobiliaria tenga algo apropiado. Wolfe irá a verte esta tarde. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Y se marchó.

Julietta lo observó alejarse por la plaza hasta desaparecer detrás del edificio. Después siguió sentada un buen rato en el banco, pese al frío, y se preguntó qué iba a hacer.

12

Julietta entró en el vestíbulo. El techo, alto y abovedado, poseía tal elegancia que se trasladaba a cada ladrillo de su nuevo hogar. Situada en la *via della Spiga*, su agencia inmobiliaria había descubierto el tesoro oculto que era esa lujosa mansión clásica. Desde el exterior, cualquiera que mirase se imaginaría bonitos apartamentos ocultos tras una fachada un tanto decrépita. En el interior, se escondía un festín para los sentidos distribuido en tres plantas. El suelo de madera relucía mientras Julietta se acercaba a la escalinata y echaba un rápido vistazo. La planta baja parecía enorme, ya que el salón y la cocina eran dos espacios integrados y abiertos. La belleza rústica de la madera antigua, los gruesos muros y las frondosas plantas le otorgaban un aura elegante.

En cuanto puso un pie en la mansión, el instinto le dijo que había llegado a casa. Era curioso que no sintiera ni pizca de pena tras abandonar el apartamento que había adorado durante tanto tiempo. Después de guardar sus pertenencias en cajas, la triste verdad se abrió paso en su cabeza. Tenía muy pocos efectos personales que quisiera o necesitase llevarse consigo. El apartamento solo tenía unos cuantos toques personales, y en su mayoría eran cosas del trabajo o aparatos tecnológicos. Esa casa era distinta. Destilaba personalidad e historia. Se imaginó dejando su huella en ese lugar, se imaginó dejando por fin una impronta permanente. Por primera vez en la vida comprendía las diferencias intrínsecas entre un lugar donde vivir y un lugar en el que prosperar.

Con Sawyer.

Se fijó la fecha de la boda. Se compró la casa. Se adelantaron a los rumores de su relación y de su rápida boda para que perdieran fuerza. Las tres semanas transcurridas habían sido una vorágine de tareas y trabajo, y también tuvo que armar sus defensas. Cada vez que hablaba con Sawyer, se mostraba atento, solícito y distante. Era como si estuviera planeando la boda y el futuro de otra persona, porque cada conversación transcurría tal como ella quería. Como una transacción de negocios. Nada de líos emocionales, solo un tranquilo y decidido plan de ataque.

Lo detestaba.

Oyó pasos a su espalda y desterró sus pensamientos. Se volvió y admiró el perfil de Sawyer. Estaba bañado por la luz del sol, que acentuaba el trazo limpio de la cicatriz y envolvía sus facciones en un halo dorado. Sawyer recorrió las distintas estancias con su acostumbrada eficiencia y examinó la distribución.

Julietta se mordió el labio.

—¿Qué te parece? Se puede cambiar lo que quieras. Tardaremos un poco más en ir al trabajo, pero la zona me tiene enamorada.

Sawyer se detuvo delante de las cristaleras por las que se accedía a la terraza. Un suelo de piedra conducía a un extenso jardín, con una pequeña piscina con

forma de lago. Julietta se imaginó trabajando en el portátil con un café al lado en ese sereno ambiente, mientras el borboteo del agua la relajaba.

—Es preciosa.

Su voz ronca le acarició los oídos. El alivio la inundó y le dibujó una sonrisa en los labios.

—Me alegro de que te guste. Hay un ala entera de la que Wolfe podría apropiarse. Sería como tener su propio apartamento, pero no estaría tan lejos como para que pudiera desaparecer durante días sin que nos diéramos cuenta. —Al ver que Sawyer daba un respingo, preguntó—: ¿Qué pasa?

—No he hablado con Wolfe sobre dónde va a vivir.

Julietta frunció el ceño al escucharlo.

—Sabe que vamos a casarnos. ¿Dónde va a vivir si no?

Sawyer cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Donde yo me alojaba. No creo que quiera vivir con nosotros. Aunque no está al tanto de nuestra situación, supone que estaremos de luna de miel. Se sentirá incómodo.

—¿Qué clase de conversación has mantenido con él?

—Hemos hablado de cosas, así en general. Le he dicho que decidimos casarnos porque encajamos bien. Le dije que su puesto en la empresa no iba a cambiar y que continuaríamos como hasta ahora. No me preguntó dónde íbamos a vivir, así que no saqué el tema.

Julietta se percató de la repentina incomodidad de Sawyer y analizó las posibles causas.

—No tendrás miedo de hablar con él, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? Llevamos compartiendo espacio un tiempo. Hablamos todos los días.

Julietta meneó la cabeza.

—No, no habláis de verdad. Habláis de trabajo. Ya está. Piensa un momento en lo que acabas de decir: compartís espacio. Creo que te da miedo hablar de temas serios por si lo alteras. Mientras las cosas sigan sin complicaciones, se quedará. —Se le formó un nudo en el estómago al pensar en Sawyer y en el chico al que había tomado bajo su ala. Suavizó la voz—. Sawyer, es importante que Wolfe sepa que quieres que siga contigo. He visto cómo te mira. Aunque jamás te lo pedirá abiertamente, busca tu aprobación. Si cree que estorba, se arrancará la mano a mordiscos para quitarse de en medio. Se negará a ser una carga.

Sawyer se dio la vuelta y la fulminó con la mirada.

—Pues claro que no es una carga. No sabes lo mal que lo pasan los chicos como él. Los han apaleado y los han torturado emocionalmente. No quiero que piense que está atrapado o que debe quedarse porque me debe algo. Si no complico las cosas, no se sentirá presionado. Solo quiero que se sienta a salvo.

Estoy intentando protegerlo.

Sawyer acababa de despojarse de otra capa frente a sus ojos. Julietta miró al hombre que estaba a punto de convertirse en su marido y se preguntó si alguna vez estaría a salvo de él. Su atractivo sexual era hipnótico, sí, pero podía soportarlo. Su determinación a la hora de proteger a Wolfe, en cambio, había traspasado sus defensas. Quería a Wolfe, pero no tenía ni idea de cómo expresarlo ni de qué hacer con ese sentimiento.

Comprendió que Sawyer no sabía cómo querer a otra persona de forma permanente. Su pasado le indicaba que el compromiso acababa en dolor. Solo Dios sabía por lo que Sawyer había pasado, pero ella tenía que demostrarle que había otro camino. Tenía que demostrarle que conseguiría muchísimo más si se abría un poco. Sawyer se lo merecía. Wolfe se lo merecía.

Luchó contra el impulso de abrazarlo y se quedó donde estaba.

—No voy a fingir que poseo los recuerdos o la experiencia de saber el dolor por el que habéis pasado los dos. Pero tengo muy claro que es un chico de diecinueve años que necesita algo a lo que aferrarse. Algo sólido. Te necesita, Sawyer.

Lo vio dar un respingo, como si lo hubiera abofeteado.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo —gruñó él—. Joder, ¿por qué lo presionas? Si quiere su propio espacio, no lo culpo. No se le puede obligar a vivir en una situación incómoda.

Tras presentir que se acercaba a un precipicio muy peligroso, Julietta hizo caso a su instinto y presionó. Sus tacones resonaron en la estancia mientras acortaba la distancia que los separaba y se plantaba delante de él. Con la barbilla en alto, lo miró a la cara y lo desafió.

—Ahora mismo necesita justo todo lo contrario. Darle espacio significa que te importa una mierda. Dejar que resuelva las cosas a su modo puede interpretarse como que tú no quieres tomarte la molestia. ¿Tan cobarde eres? ¿Solo quieres hacer la mitad del trabajo para ayudarlo y después largarte cuando la cosa se complique? Lo sacaste de las calles y le diste un trabajo. Pero en cuanto hay emociones de por medio, te quedas paralizado y empiezas la fase de negación. ¿O eso solo lo usas para acusarme a mí?

La sorpresa que le provocó reconocer la verdad de sus palabras afloró a sus ojos atigrados. Algo pareció romperse en el interior de Sawyer, un recuerdo que lo llevó a perder el control y a convertirse en ese hombre indomable y salvaje que vivía tras una fachada. Sawyer apretó los dientes.

—¿Crees que un abrazo y una charla sincera van a arreglar lo que nos pasa? Eso ya no cuela, nena. Es un puto milagro que Wolfe no dé un respingo cada vez que alguien lo toca, ya no te digo compartir recuerdos felices. ¿Te apetecería que te hablara de las noches gélidas en la calle pasadas bajo periódicos y oliendo a mierda? ¿Qué tal si hablamos de una pelea por un perrito caliente a medio comer

encontrado en un contenedor? ¿O de la paliza que le dieron a otro crío sin que nadie moviera un dedo para ayudarlo? —La oscuridad se apoderó de él. Cuando Sawyer empezó a temblar, Julietta se dio cuenta de que ya no estaba hablando de Wolfe, sino de su espantoso pasado—. Cada vez que intentaba proteger a alguien, empeoraba las cosas. Aprendí a mantenerme al margen, a no involucrarme, porque era lo más seguro para todos.

—Ya no —le aseguró ella. Le cogió una mano y le dio un apretón. Sawyer la miró, pero apenas la veía—. Eso fue antes, porque necesitabas sobrevivir. Pero ahora necesitas vivir, Sawyer, y Wolfe también. Tienes que entregarte a fondo, aunque tengas miedo. Wolfe tiene una oportunidad porque tú lo encontraste a tiempo. ¿Lo entiendes?

—¿Y si empeoro las cosas? No quiero que… que se vaya.

Julietta sintió que se le rompía el corazón antes de arrojarse a sus brazos. Le colocó la cabeza en el pecho y se enterró en su calidez mientras lloraba por el niño que nunca había contado con la ayuda de nadie. Sawyer respondió al abrazo y se lo devolvió con fuerza.

—No quiere dejarte —susurró ella—. Solo necesita saber que lucharás por él. Que te preocupa lo suficiente y que no es una obra benéfica con la que entretenerte.

Se hizo el silencio. Julietta se quedó entre sus brazos un buen rato para que él asimilara sus palabras. Cuando sintió que el corazón de Sawyer latía a un ritmo normal y que ya no la abrazaba con tanta fuerza, se apartó. Sawyer la miró a la cara, en busca de algo que a ella la aterraba.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó él.

Julietta tomó una entrecortada bocanada de aire.

—Porque veo a Wolfe en ti. —Se dio la vuelta y se separó unos pasos.

Esperó a que Sawyer la agarrara y rebatiera su afirmación. Que la obligara a aceptar esa emoción como hacía durante las interminables horas en el dormitorio, cuando le arrancaba todas las respuestas sinceras, tanto físicas como emocionales, que su cuerpo le ocultaba. Sin embargo, Sawyer guardó silencio. La decepción se apoderó de ella, pero se dijo que era lo mejor. Sí, lo mejor era mantener la relación en territorio neutral, porque de lo contrario se destruirían el uno al otro.

—Será mejor que nos vayamos. Tengo una reunión a mediodía.

Sawyer la siguió en silencio.

Sawyer llamó a la puerta e intentó olvidar que tenía las manos sudorosas. Joder, era increíble. Lo habían arrastrado al infierno de la paternidad sin tener las ventajas de una experiencia previa.

Aunque Julietta tenía razón. Había llegado el momento de echarle el resto y de hacerse con el control de la situación.

El chico abrió la puerta.

—Quiero un bocadillo de albóndigas.

Sawyer resopló.

—No he venido para que me encargues la cena, chaval. Tengo sobras de ayer que podemos calentar.

—Genial. ¿Qué pasa?

Wolfe vestía una de sus típicas camisetas de algodón de manga larga, unos vaqueros y unos calcetines deportivos blancos. Llevaba los cascos colgados del cuello y desde ellos le llegaba el ritmo de la música *rock*. Llevaba el pelo húmedo, sin el fijador habitual, de modo que le caía en gruesos mechones ondulados, lo cual indicaba que tenía un pelo bonito antes de que decidiera torturarlo.

—Quería hablar contigo un momento.

Se erigió una pared entre ellos. El buen rollo desapareció, reemplazado por el brillo decidido que apareció en sus ojos turquesa.

—Claro. Esto… oye, iba a decírtelo después, pero como vas a tener muchas cosas en la cabeza con la boda y tal… Me piro.

Sawyer entró en la habitación, obligando a Wolfe a retroceder. Un mal presentimiento le atenazó el estómago, pero mantuvo la voz tranquila.

—¿Adónde te piras?

Wolfe cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—A ti te han echado el lazo y yo empiezo a estar inquieto. He pensado que es mejor que te ayude hasta la inauguración y después me iré. Tal vez vuelva a Nueva York.

—¿Ya no te gusta trabajar conmigo?

—No, me gusta. Pero vamos a hablar claro, tío. Nunca hemos hablado de nada a largo plazo. Llevo ahorrando un tiempo y creo que ya puedo mantenerme solo. Después de todo, me pagas un buen sueldo. Me has ayudado mucho, y es hora de que sigas con tu vida. ¿Podrías darme una recomendación? Si quieres, claro.

Sawyer inspiró hondo. La pesadilla se estaba haciendo realidad. Tal vez Julietta tuviera razón. Pese a la fachada impasible de Wolfe, la desdicha y la ansiedad brillaban en sus ojos. En circunstancias normales, le habría dado la razón a Wolfe en un intento por hacerlo feliz, habría dejado que se labrara su propio camino. Pero se dio cuenta de que solo era un chiquillo sin rumbo. A nadie le había importado lo suficiente como para pedirle que se quedara.

Regresó a aquella noche de repente.

—Por favor, Sawyer, no te vayas. —La cara de Danny era una máscara de rabia, súplica y rebeldía. Estaba oscuro y un rayo de luna se filtraba por la persiana rota, derramándose sobre los colchones—. Me voy contigo.

Metió el puñado de ropa y las pertenencias en la bolsa y mantuvo la cabeza gacha. Le daba miedo dejar a Danny con el Gilipollas, pero cuanto antes se

largara, encontrara trabajo y un sitio en el que quedarse, antes podría regresar para sacarlo de allí. Si se quedaba, su padre de acogida podría seguir usando a Danny en su contra. Si se iba, el viejo podría dejarlo tranquilo y así el crío conseguiría un poco de paz.

El plan era sencillo. Irse, tener éxito y salvar a Danny. Después acudiría a las autoridades y empapelaría a ese hijo de puta. Por fin había llegado su hora.

Extendió un brazo y le dio un apretón al muchacho en el hombro. El afilado hueso se le clavó en la palma. Hizo caso omiso del tembloroso labio inferior de su hermano de acogida y se obligó a sonreír.

—Mira, chaval, todo va a salir bien. Conseguiré un trabajo y volveré a buscarte, y podrás olvidarte de este agujero de mierda. Mientras lo hago, intenta pasar desapercibido. No lo presiones, y cuando beba, enciérrate en el cuarto de baño. Allí hay armas por si las necesitas.

—Vale.

El tono seco con el que aceptó sus palabras le indicó que Danny no le creía. Cuando se marchó, se juró que arreglaría las cosas, pero unos meses después perdió la oportunidad para siempre.

Sawyer miró al chico que tenía delante mientras el pasado y el presente se mezclaban, conformando un remolino psicodélico. Había fallado a Danny. Si dejaba que Wolfe se marchara sin pelear, nunca se lo perdonaría. Algo se liberó en su interior y se convirtió en un amasijo de emociones que normalmente se negaba a analizar. El instinto le gritaba que corriese sin mirar atrás. En cambio, cruzó los brazos por delante del pecho y clavó la vista en el chico.

—No quiero que te vayas.

Wolfe dio un respingo. Se pasó una mano por los rizos mojados.

—Ya te he dicho que me voy a quedar hasta que esté todo hecho.

—No me refiero a eso. Me refiero a ti. —Tomó una entrecortada bocanada de aire e intentó pronunciar las palabras—. El trabajo que estás haciendo para Purity es increíble. Cuando te acogí, solo quería enseñarte que había otro camino. Yo tenía tu edad y casi no podía mantenerme en pie cuando un tío me hizo un favor y me echó una mano. Me cambió el futuro por completo. Eso era lo que yo pensaba hacer contigo, pero no me paré a pensar cuánto tiempo te quedarías ni qué iba a pasar. No he dicho nada antes porque soy un desastre con los temas sentimentales. Pero te he cogido cariño. Me gusta tenerte cerca. Me gusta el hombre en el que te estás convirtiendo. Y no quiero que te vayas.

La vulnerabilidad de exponerse hizo que quisiera salir corriendo por la puerta, pero se obligó a permanecer en el sitio. La estupefacción que vio en la cara de Wolfe casi mereció la pena. Tenía una expresión boquiabierta muy cómica, pero en un momento dado se dio cuenta y cerró la boca.

—Pero… pero te vas a casar.

Sawyer se encogió de hombros.

—¿Y qué? Julietta también quiere que te vengas a vivir con nosotros. Hemos encontrado una mansión enorme donde puedes tener toda la intimidad que quieras. Además, Julietta cocina. Y podemos ir a casa de mamá Conte los domingos si queremos. Te advierto que no tendremos criada, y me da en la nariz que las mujeres son muy quisquillosas con eso, así que tendrás que ser un poco más organizado.

El chico se mordió la cutícula de una uña, un gesto nervioso que le indicó a Sawyer que estaba pensando a marchas forzadas.

—No quiero estorbar. No quiero ser una obra benéfica.

Respondió con la velocidad del rayo.

—Ni se te ocurra decir eso. No eres ninguna obra benéfica, joder. Me importas. Creo que eres un tío increíble y quiero que te quedes. —Hizo una pausa —. Por favor.

Sawyer vio el brillo de placer que aparecía en sus ojos azules tras escuchar sus palabras. Por fin había hecho algo bien.

—Vale.

Sawyer sonrió. Había ganado.

—Recoge tus cosas, porque tenemos que mudarnos el sábado. Y vas a asistir a la boda. Después celebraremos una cena y luego nos iremos a la casa nueva.

—¿No hay luna de miel?

—No, demasiado trabajo. ¿Todo aclarado?

La alegría se apoderó de él cuando vio a Wolfe asentir despacio con la cabeza mientras el alivio se pintaba en su cara. En un momento de locura, ansió abrazar al chico, pero reprimió el impulso al darse cuenta de que serían demasiadas emociones para los dos en ese instante.

—Sí, aclarado.

—Genial.

Sawyer salió de la habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella, aliviado. Una vez más su reina de hielo había acertado. Aunque en un principio se negaba a remover el avispero con Wolfe, había merecido la pena. Quería que formara parte de su vida a largo plazo, y si Julietta no lo hubiera desafiado, el chico se habría ido, dejándolos a ambos infelices.

Se preguntó qué más sorpresas le iba a deparar su futura esposa.

Su parte dominante cobró vida, instándolo a derribar las barreras de ambos y a llevársela a la cama. En cuanto le pusiera las manos encima, Julietta se derretiría y le cedería el control. Sin embargo, aunque solo había pasado dos noches con ella, ansiaba mucho más. Casarse con la mujer que desafiaba su cordura no era lo más sensato. ¿Cómo iba a soportar la intimidad de verla todos los días? ¿De compartir las comidas y las noches? Necesitaba tiempo para encontrar el equilibrio, y eso significaba que el sexo estaba prohibido. De momento. Compañerismo. Trabajo. Reglas sencillas. Emociones sencillas.

Siempre y cuando Julietta no quisiera nada más de él.

Dos años. Necesitaba aguantar dos años antes de poder alejarse, con la seguridad de que técnicamente había cumplido la promesa. Se preguntó cómo sería convertirse en un verdadero marido para ella, construir una vida juntos, con niños, una familia de verdad. Pero el vacío de su interior estaba demasiado frío, era una interminable llanura de hielo ártico.

Sí. Era demasiado tarde para él.

Aceptó ese hecho y entró en su dormitorio.

Julietta observaba el diamante que tenía en el dedo. Tres quilates, corte princesa, de gran pureza. El anillo era de oro blanco y no competía con ningún otro diamante. Su marido conocía bien sus gustos: elegancia y simplicidad. Una lástima que dicho marido no fuera de verdad.

La ceremonia había sido tal como ella quería. Menos mal que Venezia y Dominick estaban en Londres por negocios. No quería que los miembros de su familia fueran testigos del engaño que tendría lugar delante de un sacerdote católico. Siempre había pensado que si algún día se casase, lo haría en la capilla Colleoni, con su famoso rosetón flanqueado por los medallones con los retratos de Julio César y Trajano. La iglesia, con sus increíbles detalles artísticos y la intimidad que ofrecía, era el marco perfecto. Su elegante vestido de novia de Rivini era exquisito, desde el corpiño ajustado hasta las vaporosas capas de gasa de la falda de color blanco roto. Llevaba un moño clásico en la coronilla, adornado con unas peinetas de diamantes cuyo brillo destacaba sobre su pelo oscuro. Los zapatos eran hechos a medida, con diamantes cosidos y tacones de diez centímetros, y parecían jugar al escondite con cada paso que daba por el pasillo hacia el altar.

Tras dicho altar las paredes estaban cubiertas de coloridos murales y frescos, que representaban pasajes sagrados de las Escrituras. Su madre y Wolfe se colocaron a un lado. La luz penetraba a través de las vidrieras mientras ella esperaba a que Dios los fulminara con un rayo, una señal de que ese matrimonio estaba condenado al fracaso.

Sin embargo, disfrutaban de un apacible día que parecía primaveral. La cantante que amenizaba la ceremonia tenía una voz preciosa que, junto con las notas del órgano, flotaba hacia la bóveda de la iglesia, despertando unas emociones que Julietta se negaba a reconocer. Su madre sonreía, orgullosa y con una satisfacción que a ella le desgarraba el corazón. Mientras pronunciaba sus votos se preguntó si el espíritu de su padre estaría contento por fin.

A diferencia de sus hermanas, ella rara vez había soñado con bodas y jamás se había imaginado caminando hacia el altar para contraer matrimonio con alguien. Miró aquellos asombrosos ojos dorados y le dio un vuelco el corazón por culpa del agónico deseo. En su cabeza oía la verdad que se burlaba de ella.

Quería que fuera real.

¿Qué se sentiría al ser la mujer que Sawyer quería de verdad?

¿Qué se sentiría al ser la mujer capaz de llegar a esos recovecos ocultos y oscuros de su alma y de abrirlo todo para que entrara el aire fresco? Sawyer poseería a su compañera con una ferocidad y un afán primitivos que ningún hombre podría igualar. Pero su alma también tenía una dulzura que la atraía. Recordaba muy bien que la había bañado con sumo cuidado, recordaba el tierno

roce de su dedo en la mejilla, la pasión que irradiaba su voz cuando le ordenó que jamás se rebajara.

—¿Julietta? ¿Estás bien?

Se obligó a abandonar sus reflexiones y alzó la vista. El objeto de sus pensamientos se encontraba en el vano de la puerta que ella había reclamado como su despacho. Después de cenar habían puesto rumbo a su nueva casa y ambos se habían zambullido en el trabajo, pero en estancias separadas. Wolfe se había ido a la cama hacía mucho rato. El ambiente tranquilo e impersonal que la rodeaba parecía burlarse de la idea de que se hubiera celebrado una boda unas horas antes. A su alrededor reinaba el trabajo, como siempre, con los *iPads*, los portátiles y los rápidos mensajes de texto enviados a los socios empresariales. La casa parecía ofenderse y exigir un uso más personal por parte de sus habitantes.

—Claro, solo estoy atando unos cabos sueltos.

Sawyer se desperezó y se frotó la parte posterior del cuello. Se había cambiado de ropa y en ese momento llevaba unos chinos holgados, una camiseta blanca de manga corta y los pies descalzos. La intimidad que otorgaba el hecho de compartir una casa cayó con fuerza sobre ella. Verlo en cualquier estado de desnudez sin sentir el derecho de que podía tocarlo. El pánico amenazó con asaltarla. ¿Y si no era capaz de llevar a cabo la farsa? Era su noche de bodas y no sabía cómo actuar. ¿Distante y sofisticada? ¿Simpática y amigable? Ansiaba meterse en la cama, taparse con las mantas y esconderse durante lo que restaba de noche, pero ¿no sería patético a esas alturas? Sawyer hablaba sin tener la menor idea de que estaba al borde de un ataque de pánico.

—Sí, yo también. Mañana tengo que levantarme temprano para ir a la obra. ¿Has acabado ya?

—Sí.

—¿Te apetece tomar una copa antes de acostarte?

Sus terminaciones nerviosas despertaron al instante y su cuerpo cobró vida de repente, preparado para jugar. Apretó los muslos de forma deliberada a modo de rebelión.

—Claro. No me importaría beber un poco de coñac antes de dormir. Yo también tengo que madrugar mañana.

Lo siguió por la escalinata de caracol, acariciando suavemente con los dedos el pasamanos de caoba, hasta llegar a la biblioteca. Cuando entró, captó el relajante olor a limón, papel y cuero. Entre ambos, habían llenado las distintas estanterías con obras de ficción, biografías, tratados empresariales y libros de cocina. Se había sentido fascinada al comprobar que Sawyer era un lector ecléctico, y también había descubierto que era capaz de mantener una conversación casi sobre cualquier tema. Se sentó cerca de la chimenea, con las piernas dobladas, sobre los pies. Era importante que fijaran un precedente para el futuro. Decidió que se mostraría amigable, pero distante.

Sawyer le ofreció la copa con el líquido ambarino y se sentó a su lado. El calor del fuego los sumió en una agradable atmósfera y logró relajarse un poco.

—Hoy estabas guapísima —comentó Sawyer.

Julietta sonrió.

—Grazie. Tú tampoco estabas mal. Y Wolfe estaba muy guapo. Se quitó hasta los *piercings*.

Sawyer rió y bebió un sorbo de licor.

—Sí, se ha pulido bastante. Todavía no te he dado las gracias. Por el consejo sobre Wolfe. —Alzó la vista y la intensidad de su mirada la atravesó—. Iba a irse y si no le hubiera pedido que se quedara, ambos habríamos acabado solos. ¿Cómo lo sabías?

Julietta tragó saliva para librarse del nudo que sentía en la garganta.

—Vi cómo os mirabais. Con respeto. Con admiración. Con cariño. Aunque en un principio fuerais desconocidos, ahora forma parte de ti. Eso es la familia. Te vuelven loco, te llevan al límite, pero siempre te respaldan.

—Mi experiencia es la opuesta.

—Lo sé. Pero la familia no se basa en los lazos de sangre. Se basa en el apoyo, en la lealtad y en el sacrificio. No quería que dejaras que Wolfe se fuera por una cuestión de orgullo.

—Y por eso accediste a casarte conmigo, ¿verdad?

Julietta se tensó, temerosa de que hubiera adivinado gran parte de la verdad. Sí, lo había hecho por la familia. Por su padre. Por el negocio. Pero en el fondo sabía que solo podría casarse con un hombre por el que sintiera algo, con un hombre con el que se sintiera segura. Sawyer cumplía ambos requisitos.

—Sí, es verdad.

—¿Habías pensado antes en el matrimonio?

Su curiosidad la sorprendió, pero decidió contestar.

—No. Hubo un hombre con el que mantuve una relación muy estrecha. Trabajábamos juntos. Durante un tiempo me pregunté qué sentiría si llegáramos juntos a casa todas las noches. Si compartiéramos las comidas, la cama y la vida. Pero empecé a darme cuenta de que no había chispa. Hacíamos un buen equipo de puertas para afuera, pero nunca trataba de pasar tiempo conmigo a solas. Me veía como a sus conferencias: algo que debía planear.

Recordó lo inadecuada que se sentía mientras ansiaba un vínculo más profundo con él, antes de comprender que no estaba interesado. Se lo expuso todo de forma racional y serena. Quería una esposa para los negocios, una compañera que le ofreciera compañía. Su frigidez lo irritaba, pero jamás se tomó el tiempo necesario para suscitar otro tipo de respuesta en ella, algo que ocasionó más tensión y entumecimiento cada vez que se encontraba entre sus brazos. Al final, la relación se marchitó y murió sin que se hubiera prendido una sola chispa o llama.

—Menudo capullo.

Julietta esbozó una sonrisa distraída, pero los fantasmas habían sido liberados. Las siguientes palabras salieron solas de su boca.

—No, es que no me deseaba lo suficiente. Ningún hombre lo ha hecho jamás.

De repente, Sawyer le prestó toda su atención. Sus abrasadores ojos recorrieron su cuerpo, recordándole todos los lugares que había acariciado, lamido y mordido, y todas las formas en las que había logrado que explotara bajo él.

—Lo repito. Era un capullo. Y un imbécil.

Humillada por su confesión, soltó una carcajada para zanjar el tema y se enderezó en el sillón.

—Estoy de acuerdo. Ni siquiera me acuerdo de él, así que fue lo mejor que podía pasar. —La mentira se alzó entre ellos y flotó en el aire como si tuviera vida propia—. ¿Y tú? ¿Has deseado casarte con alguna mujer antes?

—No.

Su tajante negativa hizo que ladeara la cabeza.

—Sé que has estado con muchas mujeres. Parece que aprecias su compañía. ¿Qué echabas en falta?

La expresión de Sawyer se endureció. Una sombra oscureció su mejilla, resaltando la cicatriz.

—Nada. Todo. Podía divertirme con las mujeres y mantener aventuras sexuales con ellas, pero siempre me exigían más. Cosas que no podía darles. Así que siempre acababa pasando página.

—¿Y ahora? ¿Qué harás ahora?

Su desafío pareció sorprenderlo.

—No creo haber conocido nunca a una mujer tan directa como tú.

—Estoy segura de que eso no es un cumplido.

Sawyer soltó una carcajada breve.

—Lo es. Eres capaz de sorprenderme y retarme continuamente. ¿Ha llegado el momento de sincerarnos?

Su mal genio se avivó de nuevo y lo miró con los ojos entrecerrados.

—No me hace gracia que se burlen de mí. ¿Por qué no hacemos lo que sea mejor para los dos? Trabajar juntos. Compartir el espacio. Respetarnos. Mantendremos las emociones más básicas fuera de la ecuación para no perder la concentración. ¿Te parece bien?

Sawyer la sometió a un implacable escrutinio, pero ella se negó a sucumbir. Se mantuvo firme bajo su mirada. Su mente suplicaba a gritos que él aceptara el compromiso. Sus entrañas suplicaban que hiciera caso omiso de su educada petición y la llevara a rastras a la cama. Al cabo de un rato, lo vio asentir con la cabeza.

—Como desees.

El aire pareció enrarecerse. La energía la abandonó como si tuviera una tubería rota, y se apresuró a apurar el coñac.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Es lo mejor. Si no te importa, me voy a la cama.

—Me he quedado con la habitación contigua a la tuya, para no despertar las sospechas de Wolfe.

—Por supuesto. —Dejó la copa en la mesa y se obligó a sonreír—. Buenas noches, Sawyer.

—Buenas noches, Julietta. Que duermas bien.

Salió de la estancia y se dirigió a la cama, aliviada y destrozada a partes iguales.

Sawyer se rellenó la copa mientras la puerta se cerraba a su espalda. Todavía olía el aroma tan personal a chocolate y coco que le hacía la boca agua como si fuera un dulce. Pero Julietta era mucho más sabrosa, tal como le aseguraba el recuerdo de sus muslos separados y de su deliciosa miel en los labios.

Por Dios, lo llevaba muy crudo.

Se le puso dura al instante, ansiando liberarse de los pantalones. ¿Julietta trataba de volverlo loco? Quería un compañero. Alguien con quien compartir el trabajo. Un amigo. ¿Cómo iba a concentrarse en esos aspectos cuando se pasaba el día deseando obligarla a abandonar esa fachada educada para dejar al descubierto a la mujer sensual y salvaje que había descubierto en su cama? ¿Cuánto tiempo podría contenerse? Se imaginó estallando en mitad de una tranquila cena, arrancándole la ropa en un arrebato de locura.

¿Le gustaría eso a ella?

Sus palabras lo torturaban. Ningún hombre la había deseado lo suficiente. Su mujer, tan fuerte y capaz, tenía sus propios demonios. Se apostaría lo que fuera a que los pocos hombres con los que había intentado mantener una relación habían minado su autoestima. ¿Por qué si no iba a pensar una mujer lista, *sexy* e independiente que no era lo bastante buena para el matrimonio?

A lo mejor necesitaba que le demostrara lo contrario.

La posibilidad se hizo un hueco en su mente. Podía aceptar sus condiciones y seguir adelante sin complicar las cosas. Seguramente esa fuera la mejor opción. Pero la expresión de su cara cuando él accedió le había indicado algo bien distinto.

Ningún hombre había sido lo bastante fuerte como para retarla. Como para presionarla. Como para seducirla. Su cuerpo se derretía bajo sus órdenes. Su mente se abría y le permitía la entrada, algo que lo honraba y lo motivaba. La necesitaba como si fuera una droga que se inyectara en vena. La necesitaba por muy caótica e impredecible que fuera.

Permitirle que durmiera sola en la fría cama esa noche solo serviría para que levantara de nuevo sus defensas. Lo correcto sería dejarla tranquila. El amor no

iba con él. Y ella se lo merecía. Pero ¿qué era peor? ¿Mantenerla a salvo pero hacerle creer que no era lo bastante buena para que un hombre luchara por ella o llevarla a rastras a la cama y arriesgarse a acabar con el corazón destrozado?

Su mente le dijo claramente qué decisión debía tomar. El camino que había seguido desde que descubrió que era tan responsable de la muerte de su hermano de acogida como si hubiera apretado el gatillo.

Pero esa noche solo era capaz de pensar con la polla, y solo había una decisión posible.

Soltó la copa y fue a reclamar a su esposa.

Julietta se removía inquieta entre las sábanas azul claro, y sacó una pierna de debajo del edredón porque tenía calor. Para ser una casa tan antigua, los radiadores calentaban demasiado y tenía el cuello y la parte superior de la espalda cubiertos de sudor. Gimió y se destapó por completo, tras lo cual clavó la vista en el techo. El cuerpo entero le palpitaba por un deseo que no podría satisfacer esa noche. Qué lástima que no tuviera un vibrador. Claro que siempre le había dado vergüenza usar uno, por temor a que su frígido cuerpo no fuera ni siquiera capaz de llegar al orgasmo con un aparato.

Era sorprendente que Sawyer percibiera el momento exacto en el que abandonaba su cuerpo. Porque él la devolvía a la realidad de inmediato y se negaba a dejar que su mente tomara el control.

« Deja de pensar en Sawyer» .

Dormir. Concentrarse en el sueño. Cerró los ojos y empezó a contar. Uno. Dos. Tres. ¿Había dado la aprobación al último informe cuatrimestral? Sí, lo había enviado. Cuatro. Cinco. Seis. ¿Esa semana era el cumpleaños de su secretaria? Al día siguiente tendría que comprarle un regalo. Siete. Ocho. Nueve…

La puerta se abrió.

Se sentó en la cama y contempló la figura que tenía delante. Se había quitado la camisa, de modo que su torso estaba iluminado por la luz de la luna. Sus marcados bíceps y sus abdominales destacaban entre las horribles cicatrices. Se había detenido con los pies separados y los brazos en jarras para mirarla con los ojos entrecerrados, irradiando poder. En ese momento, Julietta sufrió un subidón de adrenalina y la sangre comenzó a correr por sus venas a toda velocidad. Tuvo la impresión de que iba a marearse mientras trataba de imponerse a los desquiciados latidos de su corazón.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que lo sabes.

Su voz era tan sedosa como el caramelo. Suave y áspera a la vez, increíblemente erótica. Intentó decir algo, pero solo logró emitir una especie de graznido patético. Sawyer se acercó despacio. Cada movimiento era elegante y deliberado, y avivaba con creces la tensión sexual que vibraba en el aire. Julietta

siguió sentada entre las sábanas como si fuera una cervatilla asustada a la espera de que se la tragaran entera. Murmuró la única palabra con el poder suficiente para detener la vorágine de emociones que tanto la aterraba.

—No.

Sawyer se detuvo junto a la cama. Su aura emitía un poder atávico y masculino que le arrancó un ronco gemido. Extendió una mano y la aferró por la muñeca. Acto seguido, tiró de ella y la levantó de la cama. El camisón rosa claro hacía bien poco por ocultar sus pezones, ya que el delicado tejido se transparentaba, dejando a la vista el contorno de su cuerpo. Descalza, Sawyer la dominaba con su altura, demostrando con firmeza que estaba al mando. De todo.

—Eres mi mujer. Es nuestra noche de bodas. He escuchado tus palabras y he accedido a dejar el sexo al margen de la ecuación porque eso sería lo más conveniente para los dos. —Hizo una pausa y levantó una mano para acariciarle la mejilla y apartarle el pelo desordenado del hombro—. Pero no puedo. No lo haré. Me perteneces.

—No le pertenezco a nadie.

Sawyer rió entre dientes al oír sus trémulas palabras y siguió acariciándole la cara, el pelo, el cuello y los hombros como si estuviera tranquilizando a una gata furiosa a la que quisiera domesticar.

—Por Dios, eres magnífica. Nunca te rindes y no tienes miedo de nada, salvo de esto. De lo que sientes cuando te toco, cuando te doy órdenes, cuando te exijo que me entregues por entero este cuerpo tan delicioso.

Sintió que le subía la temperatura bajo el roce de sus dedos y que se le endurecían los pezones hasta un punto doloroso, tensando el suave algodón.

—No voy a pasar noche tras noche empalmado sin remedio y deseando hacerte mía. Me perteneces, Julietta. Tu cuerpo es mío para hacer con él lo que quiera, y te lo voy a demostrar esta noche.

Reclamó su boca al instante. Julietta esperaba que lo hiciera de forma brutal e implacable. Sin embargo, encontró ternura, pasión y un hombre decidido a ganar. Levantó los brazos, lista para empujarlo y luchar. Sawyer le introdujo la lengua entre los labios, invitándola a jugar, tentándola a abandonar la seguridad y a abrazar con gusto las sensuales delicias que iba a mostrarle.

Se aferró a sus hombros y se rindió.

El gemido satisfecho que brotó de los labios de Sawyer la excitó aún más. Sus lenguas se rozaron y su sabor la inundó, un delicioso regusto a alcohol, a especias y a menta de la pasta de dientes. Sawyer le aferró la cabeza para besarla con más ardor, una y otra vez, penetrando su boca con la lengua tal como pensaba hacerle entre los muslos, con ese glorioso poder que no dejaba resquicio alguno para pensar, decidir o consentir.

Sin dejar de abrazarla, la guió hasta la pared más alejada y la atrapó contra ella, todo ello mientras la besaba. Las manos de Julietta le recorrieron con avidez

el pecho, los desarrollados músculos de sus hombros y sus brazos, la línea de vello rubio que descendía desde su ombligo y desaparecía bajo los pantalones. Sawyer apartó la boca de la suya, se alejó apenas un centímetro y la miró con una sonrisa sensual.

Acto seguido, aferró el delicado escote de su camisón y de un solo tirón rompió la prenda por la mitad. El violento movimiento hizo que la humedad descendiera por los muslos de Julietta. Sawyer recorrió su cuerpo desnudo con la mirada y ella sintió como le palpitaba el clítoris debido al deseo. Sawyer le acarició un pezón endurecido, trazó con los pulgares la curva inferior de sus pechos y continuó hasta llegar a su trémulo abdomen.

—No llevas bragas para dormir; ¿por qué?

Su pregunta exigía que le respondiera con la verdad. Julietta contestó con voz ronca:

—Porque era demasiado. Porque estaba pensando en ti y me sentía demasiado…

—¿Demasiado excitada?

La sorpresa le hizo alejar la cabeza, pero Sawyer la pegó de nuevo a su cuerpo mientras la lujuria relucía en sus ojos atigrados y la devoró centímetro a centímetro. Se desabrochó los pantalones y se desnudó rápidamente, tras lo cual la instó a darse la vuelta despacio. Julietta trató de mantenerse pegada a él, pero Sawyer le dio un mordisco en la nuca a modo de castigo y la obligó a mover las caderas.

—Las manos en la pared. Y no las muevas, Julietta.

Se estremeció de la cabeza a los pies mientras colocaba las manos en la pared. Sawyer le separó las piernas de tal manera que sintió la caricia fresca del aire allí donde más excitada estaba.

—Ojalá pudiera pintarte así —dijo él con voz reverente al tiempo que le acariciaba la columna y el contorno de sus glúteos—. Eres el ejemplo perfecto de belleza y feminidad. Elegante, musculosa, con curvas delicadas y piel dorada que me recuerdan a una diosa. —Le besó la espalda y le mordisqueó la nuca, tras lo cual le apartó el pelo por encima del hombro—. Quiero marcarte de modo que cada centímetro de tu cuerpo responda solo ante mí. Tu sabor me atormenta. Te veo en mitad de una conversación de negocios normal y corriente y sueño con levantarte la falda y comerte el coño.

—Sawyer… —Se volvió desesperada, pero un repentino guantazo en el culo la dejó sin aliento.

—Las manos en la pared. No se te permite correrte hasta que me tengas dentro. Si lo haces, habrá consecuencias. —Le mordió un hombro—. Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que me desobedezcas, nena. Porque así podré castigarte.

Sus atroces palabras la despojaron de la cordura y la convirtieron en una

criatura de necesidades básicas. Se retorció y apoyó la frente contra el frío yeso, desesperada por sentir más. Sawyer rió entre dientes, haciéndole saber que conocía todos y cada uno de los oscuros deseos que escondía su mente y que tenía la intención de concedérselos todos. En ese momento le cubrió los pechos con las manos y empezó a jugar con sus pezones, pellizcándolos y retorciéndolos hasta endurecerlos, hasta que estuvieron tan sensibles que el placer traspasó el límite del dolor. Después le pasó la lengua por la espina dorsal y se detuvo al llegar a la curva de sus glúteos, aunque solo fue para separárselos, y siguió lamiéndola hasta detenerse en la empapada entrada de su vagina.

El roce de su lengua en el clítoris, junto con la caricia de sus dientes y la fuerza de esas manos que la mantenían expuesta y a merced de lo que quisiera hacerle le provocaron un clímax tan arrollador que perdió el control de su cuerpo, y se sintió como un grano de arena arrastrado por la marea. Gritó y apretó los puños mientras se retorcía sin control y los espasmos recorrían su cuerpo provocándole un placer exquisito. Sawyer la estimuló para prolongar el clímax todo lo posible. Al final, sus músculos se relajaron y el temblor cesó. Sawyer la ayudó a soportar el peso del cuerpo apoyándola contra la pared, y en ese momento ella sintió su palpitante erección entre las piernas.

—Dios, estás tan buena… eres… lo eres todo.

El susurro de Sawyer le provocó otro estremecimiento. La levantó en brazos y la llevó a la cama.

—Pero has desobedecido mis órdenes.

—No he quitado las manos de la pared.

Él se rió.

—Cierto. El castigo será del cincuenta por ciento por correrte antes de que yo lo autorizara. De rodillas.

Julietta masculló un taco entre dientes, pero se puso a cuatro patas en la cama.

—¿Por qué eres tú quién dicta todas las reglas?

—Porque lo digo yo. Y porque a ti te resulta más placentero cuando obedeces. ¿Te han dado una azotaina alguna vez?

Julietta volvió la cabeza y lo miró furiosa.

—¿Tú qué crees?

Su sarcasmo le arrancó una sonrisa a Sawyer.

—Creo que no. Te has ganado diez azotes con la mano.

—No soy una niña. Eso es humillante. Y si sigues, me aseguraré de que pierdas esa mano.

—Nena, me encantan los juegos, y aquí mando yo. ¿Qué te parece si jugamos a que te torturo durante horas sin permitir que te corras?

Julietta abrió la boca para soltar una pulla, pero la cerró al instante. La idea la tentaba, pero le daba un miedo mortal que la amenaza fuera real.

—Chica lista. Aunque a lo mejor lo ponemos en práctica en el futuro. Me has parecido intrigada por la idea de ver si soy capaz de lograrlo. De momento, los azotes.

—¿Qué vas a conseguir con esto, qué voy a conseguir yo? En la vida he oído nada semejante.

—Supongo que tendrás que decírmelo tú. Uno.

En ese momento sintió el azote de su mano en el cachete derecho. El repentino dolor hizo que diera un respingo. Seguro que el culo se le había puesto tan rojo como la cara, por la vergüenza de la postura y por la vulnerabilidad en la que se veía. Sawyer le dio tres más en el derecho y después se trasladó al izquierdo. Julietta mantuvo la posición en todo momento, poniéndolo verde cada vez que le pegaba y preguntándose por qué narices se excitaba Sawyer con un juego tan ridículo.

Hasta que se percató de que estaba empapada. Muy sensible. Lista para correrse con una simple caricia.

Como si lo supiera, Sawyer se detuvo para acariciarle la ardiente piel. El masaje empeoró la desquiciada reacción de su cuerpo. Cerró los ojos con fuerza al comprender que la situación la estaba poniendo a cien. Sawyer le dio otros tres azotes en el cachete izquierdo. En vez de sufrir, Julietta arqueó el cuerpo sin pensar para recibirlo, ansiando la deliciosa comezón que le corría por las venas y que despertaba sus zonas más erógenas. Contuvo el aliento a la espera de recibir los últimos.

—Separa las piernas.

Julietta separó los muslos un centímetro. Dos. Esperó el doloroso guantazo terriblemente excitada. Sin embargo, Sawyer le acarició el culo, se lo frotó y luego le introdujo la mano entre los muslos.

—*Mio Dio*!

El deseo de correrse hacía que le palpitara el clítoris y que se le endurecieran los pezones por el ansia de sentir su boca, su lengua y sus dientes. Justo cuando estaba al borde del orgasmo, Sawyer retiró la mano y le dio dos fuertes guantazos en el culo.

Le temblaban los brazos por el esfuerzo de sostener su peso. Ella misma percibía el olor de su excitación, y se le escapó un gemido que resonó en el dormitorio.

Sawyer debió de perder el control porque lo oyó gemir en respuesta mientras rasgaba un envoltorio y al cabo de un instante lo sintió tras ella. Le aferró las caderas y se la metió sin más, llenándola por entero y reclamándola por completo.

Julietta se rindió. En cuerpo, mente y alma. Sawyer la llevó al borde del orgasmo con embestidas rápidas y poderosas, inclemente e imponiendo el ritmo, sin permitirle hacer otra cosa que no fuera aguantar y darle lo que él quería. Su

cuerpo lo acogía y se cerraba en torno a él, que la torturó durante lo que le pareció una eternidad, hasta que le suplicó:

—Por favor, oh, por favor.

Sawyer se detuvo enterrado hasta el fondo en ella. Se frenó mientras su cuerpo se estremecía en torno a su pene.

—Me perteneces. Dilo.

—Te pertenezco, Sawyer. Hazme tuya.

Sawyer le rodeó las caderas con un brazo, le pellizcó el clítoris con delicadeza y se movió de nuevo.

El orgasmo fue repentino y arrollador. Su grito le indicó que él se había dejado llevar a la vez. Aliviada, Julietta sollozó y le dio todo lo que él pedía y más.

—Creo que estoy muerta.

Sawyer la besó en la mejilla y la pegó más a él. Julietta se acurrucó bajo la sábana. Sentía su calor corporal. El olor a sexo flotaba en el aire. La luz de la luna se filtraba por la ventana, dejando la cama en sombras.

—Eso significa que he hecho mi trabajo esta noche. —Le acarició un brazo desnudo, disfrutando de la suavidad de su piel. Jamás podría saciar el deseo que sentía por ella.

—¿Me matarás todas las noches?

—Sí. Espero que te parezca bien, o tendremos que hacer la escena del troglodita todos los días. —Contuvo el aliento a la espera de su respuesta.

De alguna manera, de algún modo, esa mujer se le había metido bajo la piel y se había colado hasta lo más hondo. Necesitaba que le dijera que sí, necesitaba el vínculo sexual porque sabía que de esa forma la tensión que había entre ellos desaparecería. Al fin y al cabo, estaban casados.

—No hará falta. No quiero seguir peleándome contigo. No quiero seguir luchando contra esto.

—Bien. —Se sumieron en el silencio durante unos minutos. Estaba a punto de quedarse dormido cuando la oyó pronunciar su nombre—. ¿Qué, cariño?

Julietta habló con tono receloso. Inseguro.

—Sé que me has dicho que no hablas de tu pasado. Lo entiendo. Pero tengo la impresión de que tú sabes mucho sobre mí y no lo veo justo. Me siento…

—¿Cómo?

—Vulnerable —susurró—. Necesito algo. Lo que tú quieras. —Guardó silencio—. Por favor.

Los recuerdos invadieron la mente de Sawyer, pero las palabras de Julietta le habían llegado a la parte más delicada de su alma. Se enfrentaba con sinceridad a sus necesidades, aun arriesgándose a recibir una burla por su parte. Pero tenía razón. No le había dado nada que no fuera su cuerpo. Reflexionó y buscó algo que pudiera sacrificar. Las palabras fluyeron con seguridad, como si estuvieran

esperando bajo la superficie hasta encontrar a la persona adecuada, el momento adecuado, y escapar por fin.

—Mis padres murieron cuando yo tenía nueve años. No tenía familia ni amigos que pudieran encargarse de mí. El estado asumió mi tutela y no estaba preparado para lo que encontré. Nadie quería adoptar a un niño a punto de entrar en la adolescencia. Pasé por unas cuantas familias antes de dar con una residencia permanente. Pero las cosas eran horribles. Peores para alguien que no tenía experiencia previa con unos malos padres, supongo. Fue como una descarga eléctrica. Me vi obligado a cambiar mi forma de ver la vida para poder sobrevivir. Cuando por fin escapé a los dieciocho años, vagué por las calles y me hice un hueco, pero fue duro. Encontré un hotel viejo en Manhattan al que le había echado el ojo y dormí en el sótano. Cerca del cuarto de la limpieza. Siempre iba limpio, robaba comida y me mantenía escondido. Hasta que Jerry me descubrió. Era uno de los limpiadores y llevaba años trabajando allí. Supuse que me echaría y que llamaría al encargado o a la policía, pero no lo hizo. Permitió que me quedara.

Julietta no dijo nada cuando él guardó silencio. Se negó a mancillarla con sus actos delictivos, con la violencia que había sufrido durante los años pasados con su padre de acogida. Ella no lo entendería. Al cabo de un rato, le ofreció el resto de la historia.

—No hablamos mucho sobre lo que había ocurrido. Consiguió robar un uniforme y empezó a enseñarme los entresijos del oficio. Le dijo al gerente que era su sobrino y me consiguió un trabajo. Descubrí que, en cualquier negocio, aprender desde lo más bajo es la mejor forma para saberlo todo. Así conoces a los empleados, los cotilleos, los códigos de conducta y toda la porquería que se esconde entre bambalinas y que sucede en todos los hoteles. Jerry me presionó para ascender y al final conseguí entrar en el hotel Waldorf. Después viajé a Milán para ocupar un puesto en prácticas y estuve un tiempo en otro establecimiento antes de regresar a Nueva York. Jerry sufrió un infarto un martes a las tres menos cuarto de la tarde. Por aquel entonces me iba muy bien, pero descubrí la verdad. Jerry era un ex militar al que habían condecorado con el Corazón Púrpura por sus servicios en la guerra de Irak. Aunque procedía de una familia adinerada, después de la guerra desapareció y renunció a todo. Un día abrí la puerta y descubrí a dos abogados que me dijeron que Jerry me lo había legado todo. A los veinticinco años me había convertido en multimillonario.

La concentración de Julietta era total, estaba pendiente de cada una de sus palabras, bebiéndoselas. Pero en vez de curiosidad, lo que percibía en ella era una profunda sensación de paz y de comprensión, algo que lo ayudó a seguir hablando.

—Me entregaron una nota que había escrito cuando yo tenía veinte años. Decía: «Deja tu huella». Me largué durante un tiempo para aclararme las ideas.

Me fundí una buena cantidad de pasta. Y después decidí concentrarme en lo que él quería que hiciese: demostrar que podía conseguir el éxito. Cuando Purity se ponga en marcha, será por él, porque fue el único, además de mis padres, que se preocupó por mí.

Soltó el aire y esperó. Las preguntas. La curiosidad. No la culpaba y sabía que las mujeres necesitaban ahondar en un asunto hasta que resultaba doloroso y ya no había más para entregar. Esperó aterrado hasta que por fin Julietta reaccionó.

Levantó la cabeza para mirarlo con esos ojos de color chocolate que relucían sin lágrimas. Después se inclinó sobre él y lo besó. A conciencia. Con suavidad. Como si estuviera hecho de delicado cristal y mereciera todo el cuidado y el amor del mundo.

—Gracias —susurró. Apoyó la cabeza en su pecho, colocó un muslo entre los suyos y soltó un hondo suspiro, tras lo cual se quedó dormida.

Sawyer esperó a que el dolor le inundara la conciencia. La sensación de saberse sucio, de no ser jamás lo suficientemente bueno para el mentor que lo había salvado. En cambio, no sintió nada. Un vacío ocupaba el lugar que antes estaba descarnado. Un curioso alivio recorrió su cuerpo y de repente estaba más ligero y más en paz consigo mismo.

14

—Qué raro. Hay muchos coches delante de la casa de mi madre. Supongo que ha invitado a alguien a cenar.

Sawyer entrelazó sus dedos antes de guiñarle un ojo a Wolfe.

—Bien, así a lo mejor incluso hay más comida para zampar.

Julietta soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—Sois increíbles. En la vida he visto a dos adultos comer como si nunca antes hubieran probado la comida casera.

—Al menos yo te ayudo a recoger —señaló Wolfe.

Sawyer lo fulminó con la mirada.

—Traidor. Espera a que nos veamos las caras en el gimnasio. Voy a darte una patada doble en el culo.

—¿Lo de «patada doble» existe siquiera, viejo? Tiene gracia, porque no te vi convertirte en Rocky Balboa cuando estábamos en el cuadrilátero. Cuando te fuiste a la lona, te quedaste abajo.

—¿Quién es Rocky Balboa? —preguntó Julietta.

Ambos se miraron con expresiones incrédulas.

—Joder, ¿no has visto Rocky? ¿Ninguna de las seis películas? —quiso saber Sawyer.

—Si hay seis películas, la cosa no pinta bien —replicó ella, mientras llegaba a la puerta.

—Toca maratón, nena. Esta noche.

—Comportaos bien, chicos. Oigo voces.

—¡Sorpresa!

Un estallido de voces inundó la habitación cuando abrió la puerta. Julietta miró el interior totalmente pasmada. Fue incapaz de hablar mientras asimilaba lo que veía. Su familia. Apiñada en la misma habitación, junta.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se llevó los dedos a la boca.

—*Mio Dio*, ¿por qué no me habéis avisado de que veníais?

Julietta entró en tromba y de inmediato se vio rodeada por una cúpula de seguridad y de calidez. Entre risas, lágrimas y gritos, extendió los brazos y se aferró a Carina con fuerza al tiempo que intentaba hacer lo propio con su cuñado y con Michael.

Carina rió, encantada, y le devolvió el abrazo.

—¡Queríamos darte una sorpresa! Le dijimos a mamá que veníamos, pero no pensábamos que pudiéramos montar algo tan gordo.

Michael la levantó en volandas y la hizo girar como si tuviera cinco años.

—Teníamos que asegurarnos de que podíamos tomarnos unas vacaciones en *La Dolce Maggie*, y de que los gemelos por fin estaban listos para visitar a su tía.

Dos niños idénticos se escondían detrás de las piernas de Maggie, desde donde

observaban el cariñoso caos de la habitación. Uno tenía los ojos verdes de su cuñada mientras que los del otro eran de un castaño oscuro, lo cual le indicó que se trataba del pensativo Luke, que era el mayor al haber nacido justo cuarenta segundos antes que su hermano, Ethan. Se acuclilló y abrió los brazos al tiempo que hablaba con voz tranquilizadora.

—Hola, Luke. Hola, Ethan. Soy la tía Julietta. ¿Me dais un abrazo?

Un empujoncito de Maggie hizo que los dos niños se acercaran a ella tambaleándose. Ambos llevaban vaqueros de marca, camisetas de manga corta y chupas de cuero. Los zapatos reforzados los ayudaban a mantener el equilibrio mientras se dejaban rodear por sus brazos. Julietta les besó los suaves rizos y respiró hondo para aspirar su olor, como si de una droga se tratase.

—Ah, estoy coladita. —Miró a los niños a la cara con una enorme sonrisa—. Y me encanta la ropa.

—Deberías ver lo que les regala tu cuñada a mis hijas. Te juro que Nick tiene un ataque al corazón cada vez que abro uno de sus regalos.

Julietta se puso en pie y se echó a reír, encantada, al ver a Alexa y a Nick. No los conocía en persona, pero tenía la sensación de que ya eran de la familia por todas las historias que había oído y las fotos que había visto. Alexa era la mejor amiga de Maggie desde la infancia, y Nick era el hermano de Maggie. Abrazó a la atractiva pareja con un grito encantado. Los tirabuzones enmarcaban el rostro de Alexa, y sus exuberantes curvas le recordaron a Carina: terrenal y sensual, la imagen que deseaba la mayoría de los hombres. Nick tenía el pelo rubio dorado y unos risueños ojos castaños.

—Sí, creía que tu hermano la llevaría por el buen camino, pero es tan atrevida como de costumbre. Una noche volví a casa y me encontré a Lily bailando el « Gangnam Style» mientras Maria lucía orgullosa una camiseta que decía en letras grandes « Demasiado guapa para babear» .

Maggie le dio un puñetazo a su hermano en el brazo y puso los ojos en blanco

—Si dejara que te salieras con la tuya, estarían estudiando la música de Mozart y serían demasiado inteligentes para ir al instituto.

—Destroza a tus propios hijos, Maggs.

Alexa suspiró.

—Niños, por favor. Acabamos de llegar y ya os estáis peleando.

Julietta apretó los labios para contener una carcajada.

—No puedo creer que encontraras a alguien para sustituirte en la librería. ¡Estoy emocionada por poder conocerte!

—Ahora mismo Nick está libre, y desde que Carina empezó a trabajar conmigo, estamos tan organizados en Locos por los Libros que hemos podido tomarnos una semana entera de vacaciones. Por supuesto, la organización del viaje no nos ha supuesto ningún problema porque hemos venido en el avión privado de Michael y ha sido un paseo relajante. Solo espero no ser una molestia

para mamá Conte esta semana.

La aludida acunaba a la pequeña María entre sus brazos, y su mirada se llenó de alegría mientras miraba a su alrededor. Su voz resonó con la fuerza de una orden.

—No vuelvas a decir algo así. Esta casa ha estado vacía demasiado tiempo. Necesita niños y risas. Podéis quedaros todo lo que queráis.

Julietta repartió abrazos y charló hasta que se hizo un extraño silencio en la estancia. Volvió la cabeza y su mirada se encontró con la de su marido.

La incomodidad más absoluta y el deseo de huir brillaban en sus ojos. Wolfe cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro y parecía a punto de vomitar, muy incómodo, mientras permanecía lo más alejado de la multitud que podía, con la espalda pegada a la puerta. El corazón le dio un vuelco y echó a andar hacia ellos para tomarlos de las manos y entrelazarlas con las suyas.

—Chicos, os presento a Sawyer. Mi flamante marido. Y también a Wolfe, un amigo muy íntimo que es como de la familia.

Max dio un paso al frente. El pelo oscuro de su cuñado contrastaba con la elegancia rubia de Sawyer. La testosterona restalló en la habitación y la hechizó.

—Eres un cabrón retorcido, lo sabes, ¿no, Sawyer? —lo retó Max, que se plantó delante de él—. Ni una mísera llamada ni un mensaje de correo para decirme que te ibas a casar. Supongo que ahora estamos emparentados en cierta forma incestuosa.

Julietta contuvo el aliento y estaba a punto de decirle a Max que rebajara el tono, pero vio la sonrisa que apareció en la cara de su marido.

—Qué pena. ¿Quién querría estar emparentado contigo? Eres penoso jugando al póquer y también feo de narices.

Max se inclinó hacia él.

—Pero yo soy más alto y puedo darte una paliza.

—Solo cuando te dejo. —Sawyer miró a Carina—. Y menos mal que por fin lo hice.

Se hizo un breve silencio. Y acto seguido, estallaron en carcajadas y empezaron a darse palmadas en los hombros en ese medio abrazo que solían compartir los hombres adultos. Sin comprender sus formas, Julietta meneó la cabeza y arrastró a Wolfe hacia el grupo.

—Me encanta tu tatuaje —dijo Maggie, que tomó el control y se plantó delante de Wolfe—. Una serpiente. ¿También te baja por el pecho?

—Sí.

—Alucinante. Y me encanta el corte que llevas. ¿Trabajas de modelo?

Wolfe entrecerró los ojos, como si estuviera preparado para defenderse de una burla.

—No, claro que no.

Maggie resopló y se puso a pensar.

—Pues serías la leche en una portada. Me he dado cuenta de que haces pesas. Unos bíceps estupendos. ¿Nunca has pensado en trabajar de modelo?

Michael agarró a su mujer y la apartó.

—*La mia piccola tigressa*, por favor, deja al chico tranquilo. Seguro que no le apetece quedarse en calzoncillos delante de tu cámara.

—¿Por qué? Ganaría un pastizal. Y mis fotografías serían extraordinarias.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad crees que podría hacerlo?

Michael gimió.

—Ya empezamos.

Maggie casi comenzó a dar saltos de alegría, haciendo caso omiso de su marido.

—Estoy trabajando con un nuevo diseñador italiano y eres justo lo que busca. Necesita algo rompedor. Lo llamaré por la mañana y concertaré una entrevista mientras estoy aquí.

Wolfe se irguió.

—Genial. Sí, me apunto. Gracias.

—No estarás robándome a mi mejor asistente, ¿verdad? —preguntó Sawyer.

Maggie esbozó una sonrisa dulce.

—Primero veamos cuánto quiere pagarle Victorio. Ya hablaremos después.

—*Mi dispiace*, Sawyer. Mi mujer es incapaz de controlarse cuando ve a alguien a quien quiere fotografiar.

Maggie frunció la nariz.

—No pienso cocinar para ti mañana.

—Gracias a Dios.

Julietta se echó a reír por la complicidad y la chispa sexual que seguía ardiendo entre ellos. Era como si bajo las pullas subyaciera una lenta combustión preparada para estallar en privado. Carina incluyó a Wolfe en la conversación con esa naturalidad tan intrínseca de su buen corazón, y Julietta se tomó un segundo para sumirse en el caos que era su familia. Echaba de menos a Venezia y a Dominick, que habrían completado el grupo, pero su hermana tenía que vestir a una clienta famosa para el estreno de una película y Dominick había decidido acompañarla a Londres, donde se quedarían una semana. Se recordó que tenía que llamarla para hablar aunque fuera por *Skype*.

Las horas pasaron mientras bebían botellas de *chianti*, jugaban con los niños y entraban y salían de la cocina con platos de aperitivos. Gruesas rodajas de tomate con *mozzarella*, oloroso aceite de oliva y albahaca fresca sobre pan italiano. Champiñones jugosos con trozos de cangrejo, trocitos de melón dulce envuelto en jamón salado. Julietta no perdió de vista a Wolfe, que al principio no comió, ya que estaba nervioso por verse rodeado de miembros de la familia a quien no conocía. El chico pareció relajarse a medida que avanzaba la velada, y conforme su apetito aumentó, Julietta se fijó en que mamá Conte se aseguraba

de que hubiera cuencos de comida cerca de él en todo momento. Sawyer también pareció relajarse y disfrutar de la conversación con Max y con Carina, y conoció por fin a la madre de Max, que sonreía orgullosa por los logros de su hijo y por su flamante nuera, a quien siempre había querido como si fuera una hija.

Maggie le hizo un gesto a Julietta desde la puerta y ella se acercó.

—¿Qué pasa?

Lo reflejos cobrizos de la melena de Maggie brillaban a la luz de la araña. Sus ojos verdes demostraban una tremenda preocupación.

—No pienso hacer pasta a mano de nuevo, Julietta. Tardo una eternidad, siempre me sale fatal y ya he pasado por la tradición. Ahora te toca a ti.

Julietta se mordió el labio.

—Hago pasta a todas horas, Maggie. Además, Alexa está ahí dentro. Lo tiene todo controlado.

Maggie bajó la voz.

—Tu madre cree que no cocino lo suficiente y quiere que practique. Ya me he comprometido a hacer la tarta de manzana, eso se me da mucho mejor que la pasta. Alexa está como una cabra, le encanta todo esto, mírala. —Alexa sonreía de oreja a oreja mientras prestaba atención a las instrucciones de mamá Conte, manchada de harina hasta los codos y amasando sin parar—. Además, mamá Conte ha dicho que podías ocupar mi lugar porque todavía no has servido a tu marido.

El pánico le provocó un nudo en el estómago e hizo que se le cayera el alma a los pies. La tradición Conte de cocinar a mano para cada flamante cónyuge no estaba escrita en ninguna parte, pero era un consabido ritual familiar. Darle de comer al marido algo preparado con las propias manos era una forma de conectar de un modo más profundo y de alimentar dicha conexión más allá del plano físico. Claro que Sawyer nunca lo sabría. No tendría ni idea si le colocaba un plato delante, pero ella no estaba segura de poder soportarlo. Habían transcurrido dos semanas desde su noche de bodas y el frágil vínculo parecía fortalecerse cada día que pasaba. Jamás analizaba su nueva relación. Cada noche Sawyer se la llevaba a la cama, le hacía el amor de todas las formas imaginables y la abrazaba mientras dormían. Purity estaba tomando forma a la velocidad de la luz, la obra había terminado y todos los detalles estaban listos para la inauguración dentro de tres meses. Sí, cocinaba para Wolfe y para él cuando no trabajaban más horas de la cuenta, pero eran platos rápidos y prácticos. Habían formado su propia rutina como familia, pero ninguno analizaba más a fondo la cuestión.

—Esto… no creo que sea el mejor momento. Me preocupa Wolfe y tengo que ayudar a vigilar a Lily y…

—Ya lo hago yo. Tú ve a la cocina. —Maggie se quitó el delantal, la empujó

hacia la cocina y se marchó.

Porca vacca.

—¿Dónde está Margherita?

Julietta suspiró mientras se anudaba el delantal a la cintura.

—Ha huido. Ya sabes que es más lista que el hambre cuando se trata de escaquearse de la cocina.

Su madre se echó a reír, encantada.

—La obligaré a preparar la tarta de manzana y los *biscotti*. Se arrepentirá. Te necesito. Este es tu puesto.

Alexa sonrió.

—Es lo más alucinante que he hecho en la vida. A partir de ahora, pienso preparar la pasta a mano en casa. Pero creo que primero compraré una de esas máquinas, mamá Conte. No tengo tanta maña como tú. Se me están cansando los dedos.

—Aguanta. Las máquinas ayudan, pero son la fuerza y la elegancia del cuerpo las que fluyen en la comida y le infunden buenas vibraciones.

Alexa siguió amasando con gusto, mientras que Julietta disfrutaba de la energía positiva del ambiente y se relajaba un poco. Se sumió en los movimientos que conocía desde pequeña: limpiar la superficie de trabajo, batir los huevos, extender la harina, trabajar y formar una masa que dependía de la mezcla de ingredientes frescos y del talento innato de la persona que estuviera haciendo la pasta. Los movimientos la tranquilizaron al tiempo que la extraña necesidad de superarse con la comida que serviría a su marido se apoderó de ella; era el instinto atávico que nacía de las cenizas de años de tradición. Se desentendió de su entorno mientras se concentraba en la tarea y estiraba la masa hasta convertirla en una lámina finísima, lo más fina que pudo sin que se rompiera. Oyó las lamentaciones frustradas de Alexa cuando sus tallarines se rompieron uno tras otro, pero no perdió la concentración. Pieza tras pieza, todas perfectas, las retiró para secarlas sobre la encimera.

Sacó una hogaza de pan recién hecho del horno y la cortó. Carina entró y, al final, Maggie regresó a la cocina. Prepararon la comida, pusieron la mesa, se rieron y bebieron vino entre las múltiples tareas que tenían que hacer mientras las salsas burbujeaban en las cacerolas y el olor a ajo y a limón flotaba en el ambiente. Colocaron cuencos de madera para cada comensal antes de que los hombres llegaran, expresando su aprobación entre dientes. Julietta oyó el roce de las sillas contra el suelo. El vapor subió hacia el techo cuando se aseguró de que su pasta estuviera cocinada en el punto justo, al dente, sin detenerse a pensar por qué era tan importante.

También se colocaron tronas junto a la mesa, con pequeños cuencos de pasta y tazas para bebés. Los gemelos parecían fascinados por la escena que se desarrollaba delante de ellos mientras Lily parloteaba sin cesar con Maggie,

riéndose por el ocasional tironcito que su padre le daba en los tirabuzones, tan parecidos a los de su madre.

Alexa le puso a Nick su cuenco delante.

—Pruébalo.

Nick la miró.

—¿Lo has preparado tú?

—Sí. A ver qué te parece.

Nick cogió el tenedor y probó un bocado. Alexa lo miraba a la cara, expectante. Nick sonrió de oreja a oreja y meneó la cabeza.

—Increíble. Es la mejor pasta que he comido en la vida.

Alexa sonrió, orgullosa y feliz, antes de inclinarse hacia delante para besarlo en los labios.

—Por esto tendrás premio después.

Nick enarcó una ceja.

—¿Maggie va a cuidar de las niñas?

La aludida resopló.

—Sigue soñando. Vosotros vais a cuidar de los nuestros.

Carina suspiró.

—Dejadlo ya. Max y yo cuidaremos de los niños si queréis pasar tiempo a solas.

Max casi se atragantó.

—No, ni hablar. Conmigo no cuentes. —Gruñó debido a la evidente patada que recibió por debajo de la mesa.

Julietta estaba de pie con el cuenco en las manos. Deslizó los dedos por el borde mientras se reprendía por ser tan tonta. Sawyer no lo sabría. Nadie lo sabría. Además, era una tradición estúpida que no significaba nada. Dejó el cuenco delante de él.

—Aquí tienes. *Buon appetito*.

La conversación se cortó en seco. Todas las miradas se clavaron en Sawyer, que bajó la vista al cuenco antes de volver a levantarla sin comprender qué pasaba. Ya les valía, joder. ¿Por qué le estaban dando tanta importancia?

—Esto… ¿pasa algo? —preguntó Sawyer.

Su madre la miró con esa expresión, la misma que la instaba a hablar y la había obligado a hacer muchas cosas que no quería a lo largo de los años. Julietta apretó los labios. Mamá Conte resopló por la testarudez de su hija y tomó cartas en el asunto.

—Mi hija te ha preparado el plato con sus propias manos. Lo ha hecho con el honor de servirte a ti, su marido, para complacerte.

Sintió que le ardían las mejillas. Era una tradición muy arcaica. Seguramente Sawyer lo estuviera pasando fatal por ser el centro de atención y por no saber cómo reaccionar. Los nervios se la estaban comiendo viva.

—No es nada. —Se obligó a soltar una carcajada—. Tú come y ya está.

Se sentó junto a él y se colocó la servilleta en el regazo. Como Sawyer no decía nada, se atrevió a mirarlo de reojo.

Sawyer contemplaba la pasta totalmente alucinado. Lo observaba todo como si estuviera viendo oro puro, con una rara vulnerabilidad y tal anhelo que se sintió emocionada.

—¿Lo has preparado para mí? —preguntó él.

Julietta asintió con la cabeza.

En silencio, Sawyer enrolló los tallarines con el tenedor. Se los llevó a la boca con una reverencia que la dejó sin aliento. Observó todos y cada uno de sus movimientos, se fijó en ese perfil que era un retrato de elegancia angelical, incluso con la cicatriz. Sawyer tragó y después, muy despacio, soltó el tenedor. Delante de todos esos testigos, Sawyer extendió el brazo y le tomó la mano. La cálida fuerza de sus dedos la calmó y le provocó una oleada de alegría que la recorrió por entero.

—Muchas gracias por este regalo. Es lo mejor que he comido en la vida.

Julietta sonrió y le dio un apretón en los dedos.

—*Prego* —susurró.

Como si supiera que la tensión había desaparecido, Lily gritó:

—¡Más pasta, por favor!

Nick le dio un toquecito en la nariz y le rellenó el cuenco. Siguieron charlando, se intercambiaron anécdotas y Julietta comió. Sin embargo, sabía que algo había cambiado entre ellos. Algo que no se podía deshacer. Algo que había quebrado todas las reglas.

Desterró esa idea y se concentró en su familia.

Julietta había cocinado para él.

Sawyer comió con metódica precisión mientras la escena se desarrollaba en un segundo plano. Era raro, porque cuando ella le puso el cuenco delante, se percató de que había algo distinto. Como si se hubiera trasladado a una época y un lugar alternativos en los que ciertos actos ocultaban emociones profundas que se vivían, pero de los que no se hablaba. Su esposa le había preparado un plato sin pensar en nadie más que en él. Se lo había servido con una humildad que no se merecía. Y lo había mirado con un fuego contenido en los ojos que le resultaba magnético, que lo instaba a acudir a ella como una paloma mensajera con un destino fijo.

La comida era cuestión de supervivencia. Cuando se hizo lo bastante rico para que se convirtiera en un placer, cenó en restaurantes de lujo. Los chefs más afamados le habían preparado menús en yates y en incontables habitaciones de hotel. Había pedido comida al servicio de habitaciones para las mujeres con quienes se había acostado.

Desde su noche de bodas, Julietta había preparado platos sencillos para Wolfe

y para él que había apreciado. Costillitas de cordero, pasta, *risotto* y pescados a la plancha. Jamás había probado la verdura congelada con ella y empezaba a acostumbrarse a las macetas de hierbas aromáticas en las ventanas, las cestas de tomates y de ciruelas, de uvas y de limones, que poblaban las encimeras.

Sin embargo, ese día había sido diferente. Julietta le había ofrecido algo suyo, de la misma manera tan maravillosa en la que le ofrecía su cuerpo noche tras noche. Y tal como le había enseñado su vida, él solo tomaba y tomaba, proporcionándole orgasmos y placer, pero manteniéndose firmemente protegido tras un muro que se iba desmoronando centímetro a centímetro con cada día que pasaba.

La confusión y el anhelo lo abrumaron, conformando una mezcla letal. El recuerdo afloró a su mente y lo arrastró hacia el fondo.

Acción de Gracias. Estaba sentado en el armario con su hermano y su hermana de acogida. Una loncha de pavo descansaba entre ellos. Pan. Media taza de leche.

—Te vas a meter en un lío —susurró Danny, con expresión hambrienta al ver la carne—. ¿Lo has robado?

—Sí, pero me da igual. Es Acción de Gracias y deberíamos celebrarlo.

—En el colegio han hablado del día. He aprendido cosas de los peregrinos y eso, pero los otros niños hablaban de pavos, de rellenos y de arándanos. ¿A qué sabe el relleno?

Su hermana tocó el pavo como si fuera a desaparecer.

—Deberíamos devolverlo. —Su voz destilaba preocupación—. Te dará una paliza.

—Me da igual. No se va a enterar. He tenido mucho cuidado. Toma, cortaré un trozo para cada uno. —Se aseguró de dejar la mayor parte para ellos, mientras que él se reservaba un trocito minúsculo. Comiendo en silencio, disfrutando de cada bocado de algo que tenía consistencia y que sabía bien. La comida era otro método para controlarlos a ellos y también su comportamiento, junto con las palizas y la soledad.

—Deberíamos dar las gracias en voz alta.

Sawyer se tragó la amarga réplica y buscó con desesperación algo positivo para sus hermanos.

—Claro. Tú primero, Danny.

Su hermano se lo tomó en serio, ya que frunció el ceño como si estuviera meditando.

—Gracias por habernos dado esta comida.

Sawyer sonrió.

—Yo también doy las gracias por eso. ¿Y tú, Molly?

La niña se mostró más solemne. Sus ojos verdes adquirieron una expresión atormentada en su demacrada cara.

—Gracias por tener brazos y piernas. Vi a un hombre en la calle que no tenía nada de eso. Me alegro muchísimo de tenerlos.

—Yo también.

—¿Y tú, Sawyer? ¿Por qué das tú las gracias?

Sintió un nudo en la garganta. El camino que tenía por delante era infinito, marcado por el dolor, el vacío y la lucha de sobrevivir a otro día. Su libertad brillaba ante él como el Santo Grial. Dieciocho años. Si los cumplía. Si era capaz de ayudar a los otros. Se obligó a sonreír.

—Doy las gracias por teneros a vosotros. Me aburriría como una ostra sin vuestra compañía.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

La puerta se abrió de repente. Sawyer colocó a los dos niños detrás de él cuando vio a su padre de acogida mirándolos desde arriba, como si se tratara del mismísimo diablo bloqueándoles la única vía de entrada al Cielo. Su padre de acogida miró el plato vacío con los restos de pavo y extendió un enorme puño para sacar a Sawyer a rastras.

—¿Crees que puedes jugármela, chico? Has robado la combinación del candado del frigorífico, ¿no? Te crees muy listo, ¿verdad?

Aunque furioso, Sawyer se quedó callado, a sabiendas de que las palabras solo empeorarían muchísimo la situación.

—No tienes nada que decir, ¿eh? Por mí vale. Seguro que ya hablarás luego por los codos. Y empezarás por suplicarme perdón.

—¡Qué te jodan!

Supo que había cometido un error garrafal en cuanto vio el brillo satisfecho en los ojos del Gilipollas.

—Vaya lengua. Dado que te importa una mierda lo que te pase, igual te lo piensas mejor antes de repetirlo en el futuro.

Sawyer se debatió, pero el hombre, más alto y fuerte, lo atacó con los puños y con el cinturón, atándolo a la pata de la cama.

Después, sacó a sus hermanos del armario y los plantó delante de él. Sawyer lo miró a los ojos, contempló el negro y gélido vacío del mal y el ansia de provocar dolor, y supo que había cometido un tremendo error táctico que todos iban a pagar.

—¿Querías darles un bonito día de Acción de Gracias? Es una pena que tengan que pagar por tus errores. Vas a ver cómo los castigo, chico, y suplicarás clemencia hasta quedarte ronco.

El pánico que vio en las caras de sus hermanos lo enfureció, y aprendió otra lección. No podía salvar a nadie, y su mera presencia provocaba dolor a quienes más quería.

No pasó la noche de Acción de Gracias sentado a una mesa con pavo relleno. La pasó viendo cómo daban una paliza a sus hermanos mientras él gritaba

pidiendo clemencia.

—¿Sawyer? ¿Te encuentras bien?

La voz lo sacó de sus recuerdos, pero ya era demasiado tarde. Las náuseas lo consumían y empezó a sudar por todo el cuerpo. Miró a Julietta con ojos desenfocados y supo que tenía que salir de esa habitación aunque fuera un minuto.

—Tengo que ir al baño. Vuelvo enseguida.

Se levantó de la silla como si tuviera un resorte y se perdió por el pasillo. Cerró la puerta del cuarto de baño con dedos temblorosos y se inclinó sobre el lavabo mientras intentaba contener las arcadas. Por Dios, incluso después de todos esos años el dolor seguía consumiéndolo. Estaba en un lugar seguro, rodeado de personas cariñosas. No estaba solo. Estaba a salvo.

Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Tomó entrecortadas bocanadas de aire. Se estaba engañando. Estaba fingiendo llevar una vida normal que nunca tendría. Acababa destruyendo a todas las personas a las que se acercaba, y a Julietta le haría lo mismo. Ansiaba darle lo que ella necesitaba, pero llevaba demasiado tiempo siendo insensible y no sabía cómo experimentar emociones tiernas. Sobre todo el amor.

Tenía que salir de allí. Conseguir cierto espacio. Diría que se encontraba mal y volvería a casa, pensaría en lo que tenía que hacer: huir, correr, perderse.

Salió del cuarto de baño.

Y se topó con Wolfe.

El chico cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y se mordió la uña.

—Tío, ¿estás bien?

Sawyer contuvo un estremecimiento.

—Sí. Claro. Es que he comido demasiado deprisa, ya sabes. No me siento bien. Tengo que irme.

Esos penetrantes ojos azules, que detectaban sus mentiras y veían más de la cuenta, lo taladraron.

—Te entiendo. Esto es demasiado. —Señaló la cocina con el pulgar—. Yo casi me largo también. A ver, tío, ¡estamos en mitad de la versión italiana de La hora de Bill Cosby! Esta mierda no pasa en la vida real. No es verdad. Cena un domingo con comida casera. La gente siendo amable entre sí. Riéndose. Pasándoselo bien.

Sawyer echó mano de todo su autocontrol para no salir corriendo por la puerta y dejarlo todo atrás.

—Sí. Lo sé.

El chico apretó los dientes y su expresión se ensombreció.

—Antes me juntaba con un grupo que sabía muy bien cómo divertirse los domingos por la tarde. Jugábamos a Escoge a un Pringado. Íbamos por turnos. Elegíamos a un tío en la calle. Lo seguíamos. Uno que tuviera buena pinta, con

algo de dinero. Un buen trabajo. Teníamos una táctica muy buena para distraerlos, como la de los acosadores sexuales. Le pedíamos ayuda con cara de cordero degollado desde el fondo del callejón. Los tíos caían siempre. —Sawyer vio como su nuez subía y bajaba, como si intentase con desesperación tragar saliva—. Le dábamos una paliza de muerte. Le quitábamos el dinero, le escupíamos en la cara y empeñábamos los objetos de valor. Nos partíamos el culo y nos comprábamos algo bueno para comer. Lo curioso es que estábamos sentados en el bar o en casa de Mickey D, con toda esa comida por delante, y yo apenas probaba bocado. Solo veía la cara ensangrentada de ese pobre pringado, que se preguntaba qué coño había hecho para merecerse eso. Sí, así pasábamos los domingos.

Ese chico luchaba por mantener la cordura cada segundo. ¿Eso era lo que quería enseñarle? ¿A salir huyendo cuando algo bueno le ocurría? ¿A huir y desconfiar de las personas amables que solo querían ayudar?

Wolfe debía aprender que había algo más allí fuera. Algo bueno, completo y puro. Algo por lo que merecía la pena luchar. Y vivir.

Vio la luz de repente. Podía elegir. Pero lo más importante era que podía elegir para ambos, y no pensaba decepcionar a otra persona. Ya no era el niño que fue. No estaba indefenso ni tenía miedo, y no pensaba abandonar a Wolfe por culpa de las pesadillas.

Una profunda tranquilidad se apoderó de él y alivió las heridas. Asintió con la cabeza y le colocó una mano en el hombro al chico. Wolfe dio un respingo, ya que también estaba inmerso en sus propios recuerdos, y esperó.

—Creo que esta es una manera mejor de pasar el domingo, ¿no te parece? —No lo soltó, ya que tenía la sensación de que el contacto era necesario para que ambos recuperasen la compostura—. Y creo que hoy puedo comer más que tú. De la misma forma que puedo levantar más peso que tú.

En los labios de Wolfe apareció el asomo de una sonrisa.

—Y una mierda. Yo ya me he comido dos cuencos y tú solo uno.

—En ese caso será mejor que vuelva y me ponga manos a la obra.

Regresó a la mesa con Wolfe y ocupó su sitio. Julietta lo miró con una expresión preocupada que él empezaba a apreciar. Qué raro se le hacía que una mujer se preocupase por él y por su bienestar.

—¿Te encuentras bien? —susurró ella.

—Sí. Ahora sí. —Se miraron con una sonrisa y la estancia cobró vida en tecnicolor. Lo mismo que le pasaba cada vez que su mujer aparecía. Levantó el cuenco vacío y alzó la voz—. ¡Más pasta, por favor!

Lily se echó a reír.

La mayor parte del grupo se trasladó al salón para tomar el café y los postres. Maggie se quedó en la cocina, quejándose por tener que ayudar a preparar los dos postres. Alexa sentó a Lily en la encimera para observar el

proceso y ofrecerse a ayudar de vez en cuando. Julietta se percató del brillo de los ojos de su madre. Mamá Conte adoraba a las mujeres con fuego y se había enamorado por completo de Maggie en cuanto se conocieron, aunque parecía todo lo contrario a lo que su hermano buscaba en una esposa. Alexa encajaba en la familia sin más, ya que su risa y su amabilidad eran perfectas para los Conte. Habían acostado pronto a los gemelos y Julietta acunaba a María en sus brazos.

La pequeña de seis meses encajaba en ellos a la perfección. Le gustaba sentir el peso de la niña, con ese culito cubierto por el pañal y los deditos que doblaba de placer al dormir. Julietta se recostó en los cojines y disfrutó del momento, junto al fuego encendido.

—Bueno, ¿qué vais a hacer esta semana? ¿Vais a hacer turismo? ¿A relajaros? Sabéis que tendremos que invitar a los primos algún día.

Carina se acurrucó junto a Max. Se dio cuenta de que su hermana pequeña nunca se alejaba mucho de su lado y todavía se comportaban como dos recién casados, siempre tocándose. Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. *Mio Dio*, pensó, odiaba ser tan sensiblera. Pero Carina se había convertido en una mujer muy fuerte e independiente, con un fuego interior del que ella nunca había sido consciente. Su arte erótico había calado hondo en Manhattan, y en ese momento presentaba exposiciones en galerías de arte al tiempo que ayudaba a Alexa con su librería. Max seguía destilando energía sexual, pero se centraba exclusivamente en su mujer. Sus ojos azules brillaban con expresión tierna y risueña cuando la miraban. Su familia por fin había encontrado la felicidad.

Levantó la vista. Sawyer la observaba con una pasión que la dejó sin aliento y la instó a cambiar de postura. La forma en la que la controlaba con la mirada o con una inclinación de cabeza la desconcertaba por completo. ¿Cómo había pasado de ser frígida a convertirse en una ninfómana? Le ardían los dedos por el deseo de arrancarle la ropa y pegarse a su cuerpo desnudo. Por pasarle los dedos por esos duros músculos, rodear su erección con una mano y metérsela hasta el fondo.

Se puso colorada. Sawyer la miró con un guiño provocador, como reconociendo la fantasía que estaba teniendo. Prometiéndole hacerla realidad más tarde. Y mucho más.

Michael bebió un sorbo de su sambuca y estiró las piernas sobre la mesita auxiliar de su madre.

—Maggie tiene una sesión de fotos en Milán esta semana. A lo mejor podríamos pasarnos a ver los progresos de Purity. Me encantaría verlo, Sawyer. Y te felicito por una operación tan impresionante. Mezclar una exclusiva cadena hotelera con *La Dolce Famiglia* es un movimiento brillante. Sabía que mi hermana catapultaría nuestro nombre a lo más alto.

Julietta sonrió al oír el deje orgulloso en la voz de su hermano. Había sido un camino largo y arduo hasta conseguir que por fin le concediera espacio y

confiara en ella para dirigir el imperio de su madre. Maggie le había dado un empujoncito en la dirección correcta, y por fin Julietta sentía que la dejaba tranquila para llevar el negocio como mejor le pareciera.

—Grazie, Michael. Significa mucho para mí. Purity es sencillamente increíble. La visión, los planes, la publicidad… Todo encajaba a la perfección. Tenemos suerte de que quisiera que nos uniéramos a él.

Sawyer soltó una carcajada incómoda. Su cara reflejaba cierta vergüenza por los halagos.

—Digamos que la admiración era mutua.

La mirada de su hermano se aguzó.

—Sí, las cosas han sucedido muy deprisa entre vosotros. Ojalá nos hubierais esperado para la boda.

Julietta carraspeó antes de replicar:

—Supongo que seguimos el impulso de Max y de Carina. Una boda rápida parecía lo mejor. Queríamos estar juntos enseguida, pero decidimos que no queríamos sacrificar el trabajo a estas alturas de la operación.

Michael asintió con la cabeza mientras los miraba.

—Por supuesto. Supongo que los negocios y el placer sí se pueden mezclar de vez en cuando.

—Tenéis que venir a comer a casa —los invitó ella—. Os va a encantar.

Carina resopló.

—¿Por qué las mujeres siempre cocinamos y los hombres siempre comen? Quiero salir a cenar fuera.

La voz de Maggie les llegó desde el pasillo.

—Sí, yo también. ¿Por qué no sacáis a vuestras mujeres de casa? ¿Es que sois unos millonarios tacaños?

—¡Eso! —gritó Alexa.

Max se echó a reír.

—Tenemos que organizar a los niños. ¿Quién va a cuidar de los *bambini*? ¿Mi madre? —Miró por encima de su hombro y la aludida soltó una retahíla en italiano.

—Maximus, ¿de verdad tienes que preguntarlo? Nos encantaría cuidar de nuestros nietos.

Carina vitoreó.

—¿Mañana por la noche? Nos reuniremos aquí temprano. ¿A las cinco? Podemos ir a Botinero, me encanta la comida de ese restaurante.

Julietta miró a Sawyer, que asintió con la cabeza.

—Sí, tenemos plan.

El grito de Maggie casi los dejó sordos.

—¿Qué os parece si nos vemos mañana por la tarde en Purity antes de reunirnos con ellas? —preguntó Max—. Así daremos una vuelta por el hotel y

podremos ponernos al día.

—Me parece bien —contestó Sawyer—. Michael, ¿qué, te apuntas?

—Sí.

Julietta sonrió al oír que María gimoteaba en sueños.

—Será mejor que pasemos del postre y nos vayamos. Mañana nos espera un día ajetreado. Creo que… ¿Qué es eso? *Mio Dio*, ¿es Dante?

Una enorme bola de pelo negro entró en la habitación. Su cuerpo le recordó al de un perro pequeño decidido a cazar su siguiente premio. Unos ojos verdes entrecerrados examinaron a los reunidos, analizando a cada miembro de la familia y descartándolo con desdén. El que antaño fuera un gato callejero que vivía en libertad estaba domesticado y residía en esos momentos con Michael y con Maggie, pero su naturaleza arisca no había desaparecido. Julietta contuvo una carcajada al ver que Carina saltaba del sillón y se arrodillaba en el suelo.

—Ven, Dante, ven con tía Carina. Te daré un premio. —Carina comenzó con su habitual retahíla para los animales, con un tono de voz que normalmente conseguía que cualquier gato o perro se pusiera panza arriba de felicidad. Dante dio un paso hacia delante y Carina sonrió de oreja a oreja.

El gato le enseñó los colmillos y siseó con gesto amenazante.

Carina dejó caer los hombros.

—Lo veo a todas horas, pero no le caigo bien —protestó con un deje apesadumbrado—. Creo que no me quedaré tranquila hasta que consiga ganármelo.

—Eso es lo que él quiere, cariño —replicó Max—. Dejemos las cosas claras: todos odiamos al gato, menos Maggie. Es insoportable, arisco y egoísta. Vive para que le sirvamos a cuerpo de rey.

—¡No os metáis con Dante! —gritó Maggie—. Es perfecto tal como es.

Michael resopló.

—Yo quería dejarlo en casa, pero Maggie se negó en redondo. Nos lo llevamos a todas partes. Os juro que hay veces que me meto en la cama y me da miedo tocar a mi mujer. No le quita el ojo de encima con expresión amenazante. Cuando lo encerramos, después tengo que comprobar mis zapatos por si me castiga.

Julietta se echó a reír.

—Me alegro de que por fin haya encontrado alguien a quien querer.

Nick se levantó del sillón.

—Ahora vuelvo. Tengo que hacer una llamada.

De repente, Alexa apareció con una Lily llena de harina a la que llevaba apoyada en una cadera. Miró a su marido con el ceño fruncido.

—Nick, has llamado a mi madre hace nada. Están bien.

La indignación brotó del cuerpo de Nick en oleadas.

—No voy a llamar a tu madre. Tengo que comprobar algo del trabajo. Será

un segundo. —Cuando desapareció, Alexa soltó un largo suspiro.

—¿Por qué va a llamar a tu madre? —preguntó Julietta—. ¿Se encuentra bien?

Alexa puso los ojos en blanco.

—Mi madre está estupenda. Pero está cuidando de alguien muy importante durante este viaje y Nick está de los nervios.

Carina se echó a reír.

—Nunca he visto a un hombre tan apegado a dos animales. Me encanta. Max y yo ni siquiera hemos llamado para ver cómo estaba Rocky.

Alexa la miró.

—Mi marido está preocupado por nuestros perros, Viejo Gruñón y Simba. Los hemos dejado con mi madre porque Nick se negaba a subirlos a un avión, y ahora llama cada pocas horas para saber cómo están. Os juro que ha pasado de un extremo a otro, de odiar a los animales a quererlos como si fueran sus hijos.

La idea de que un hombre quisiera tanto a su familia, incluso a sus perros, provocó a Julietta un vacío enorme en el estómago. De repente, la situación la abrumó. Y cada día que pasaba le costaba más negar la verdad.

Deseaba lo mismo con Sawyer.

Se puso en pie y le devolvió la niña a Alexa, no sin antes darle un beso en la frente.

—Tenemos que irnos, de verdad —susurró.

Alexa la miró con expresión preocupada.

—Claro. Gracias por cuidar de ella.

—Wolfe, ¿estás listo? Tengo que…

Se interrumpió al ver la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Dante se había parado a un par de centímetros de Wolfe y miraba al chico con la cabeza medio ladeada, como si presintiera algo más profundo que nunca saldría a la superficie. Wolfe tenía un pie apoyado en la rodilla opuesta y estaba medio tumbado en el sofá como cualquier adolescente. Julietta estaba a punto de abrir la boca para espantar a Dante, temerosa de que intentara morder al pobre Wolfe, cuando sucedió lo impensable.

Con un elegante salto, Dante atravesó la distancia que los separaba y cayó sobre el regazo de Wolfe.

El gato movió el culo. Estiró el cuello para acercar la peluda cabeza a la barbilla del chico y lo olisqueó. Dio una vuelta. Y después aposentó todo su peso sobre los muslos de Wolfe.

—¡Mierda!

Alexa miraba la escena boquiabierta. Maggie debió de presentir que estaba pasando algo gordo, porque oyeron sus pasos por el pasillo y a continuación apareció en la puerta. Vio como su arisco gato ronroneaba como un motor ruidoso, tan contento en el regazo de Wolfe como si fueran almas gemelas desde

hacía siglos.

Al principio, Wolfe titubeó un poco, pero al final levantó una mano y comenzó a acariciarle el lomo a Dante. El gato ronroneó con más fuerza y emitió un gemido de placer casi orgásmico.

Julietta miró a su cuñada. Una enorme sonrisa le iluminaba la cara y la satisfacción brotaba de cada poro de su cuerpo.

—Os dije que Dante era más listo que cualquier otro animal de la Tierra. Solo le gusta la gente guay. Bienvenido al club, Wolfe.

Wolfe sonrió.

Julietta tenía la vista clavada al otro lado de la ventana. La oscuridad reinaba en el cielo nocturno. El minúsculo trocito de luna proyectaba un débil haz de luz. Las ramas retorcidas de los árboles se agitaban envueltas en sombras, y la escarcha bañaba la hierba. Pegó la mejilla al frío cristal y se preguntó qué iba a hacer.

Estaba enamorada de su marido.

Esa certeza cobró vida y se burló de todo lo que creía ser. De todo lo que creía haber deseado. El accidentado y tortuoso camino hasta llegar a ese momento la asombraba. Primero los negocios. Después el sexo. Qué arrogante al pensar que podría separar sus sentimientos como si de un acuerdo de negocios se tratara. De alguna manera las emociones se habían mezclado con el plano físico y habían aniquilado cualquier pensamiento racional.

Sawyer era el hombre perfecto del que no enamorarse. Ofrecía unos placeres carnales asombrosos, pero había dejado bien claro que nunca sería suyo. No creía en el amor. Era incapaz de brindar semejante emoción debido al miedo. Era sincero con sus limitaciones. ¿Cómo podía soñar que hubiera cambiado si solo llevaban dos semanas casados?

Atisbaba al hombre que se escondía detrás de los muros… Los muros de ese pasado que se negaba a compartir. Recordó la noche en que le confesó parte de su pasado. Sabía que le costaba muchísimo hablar de las pesadillas. Ese maravilloso regalo era más importante para ella que cualquier otra cosa. Sawyer había reconocido la vulnerabilidad que la asaltaba y había intentado ofrecerle algo para tranquilizarla. Su marido tenía una inmensa capacidad de entrega, pero estaba tan traumatizado por todas las cosas malas que le habían sucedido que había aprendido a salir corriendo.

Colocar el cuenco de pasta delante de él la había cambiado. Con un gesto de servidumbre tan sencillo, se había dado cuenta de que quería mucho más de él. De que ansiaba entregarle muchísimo más.

Quería ser la mujer en la que se apoyara, con quien se riera, en quien confiara. Estar rodeada de su familia, de relaciones reales, hizo que quisiera buscar algo más. ¿Querría él algo más también? Y si por fin reunía el valor necesario para contarle la verdad, ¿la rechazaría Sawyer? Mientras no dijeran

nada en voz alta, podrían continuar juntos. Podría seguir disfrutando de su compañía y de su atención física todos los días. ¿Por qué joderlo todo al pronunciar dos palabras de nada? No era tan valiente como sus hermanos. Su penoso historial de relaciones confirmaba que era incapaz de conectar con los hombres. A lo mejor por eso su madre tuvo que obligarla a casarse con la excusa de un contrato de negocios, porque presentía su innata cobardía en lo tocante al amor.

Era patética.

No oyó sus pasos. Sus manos la agarraron de los hombros y la pegaron a su pecho. Julietta aspiró su aroma y le apretó las manos mientras se aferraba a lo que él pudiera ofrecerle. Su cuerpo. Noche tras noche. Una parte de él siempre le pertenecería, tanto como ella le pertenecía a él. La instaba a pronunciar las palabras antes de penetrarla, unas palabras que ella le daría libremente, sin necesidad de la tortura sensual.

Le daría a Sawyer Wells su alma si se la pidiera.

La química sexual prendió y cobró vida entre ellos. Sintió que su cuerpo se relajaba y separó los muslos para permitirle el acceso de inmediato. Percibía su desnudez, sentía su erección contra las nalgas, exigiéndole algo más. Esperó a que comenzaran los juegos, ese mundo oscuro y peligroso que adoraba, de dominancia y sumisión, de nervios a flor de piel y lujuria desatada.

Sawyer hizo que se volviera despacio. Le tomó la cara entre las manos. Se apoderó de su boca.

Su lengua la poseyó con lentitud, enzarzándose en un duelo que dio comienzo al baile. Julietta se desató la bata y permitió que él se la quitara. La seda quedó arrugada en torno a sus pies. Las manos de Sawyer la acariciaron, pero ella no necesitaba los preliminares. Pasar toda la tarde en su compañía había lanzado su propio hechizo. Sawyer introdujo los dedos en su húmeda calidez, hasta el fondo.

A continuación, y sin dejar de besarla, la levantó. Julietta le rodeó las caderas con las piernas y él se enterró en ella con una certera embestida.

«El hogar».

Lo acogió contrayendo los músculos a su alrededor. En esa ocasión no hubo juegos, ni mordisquitos ni confesiones arrancadas de sus labios. Solo la entrecortada respiración de Sawyer, el vaivén de sus caderas, la fuerza de sus manos, los envites de su lengua. Julietta estalló a su alrededor, sin aflojar su abrazo ni la conexión entre ellos, y él se derramó en su interior sin la barrera del condón mientras le mordisqueaba los labios en una atávica demostración de posesión masculina.

Sin salirse de ella, Sawyer acortó la distancia que los separaba de la cama y se dejó caer en ella, sin romper el contacto. La verdad temblaba en los labios de Julietta, pero tenía demasiado miedo como para pronunciarla. El susurro de su nombre fue lo último que oyó antes de quedarse dormida.

15

Sawyer levantó la botella para brindar con Max. La cerveza helada le bajó por la garganta.

—*Salute*. Ha pasado demasiado tiempo, tío.

—Sí, desde Las Vegas. Cuando intentaste ligarte a mi mujer.

—Si no te hubiera presionado para que te lanzaras, no te habrías casado en la vida. Llámame Cupido.

—Sí, pero todavía no lo veo muy claro. —Max les pasó un par de cervezas a Michael y a Nick, que mantenían un chispeante debate sobre Gucci contra Prada. Los señaló con un dedo—. Van a arruinar nuestra reputación de tíos duros. ¿Qué ha pasado con las discusiones de fútbol contra baloncesto?

Sawyer rió entre dientes.

—Diles que son unos metrosexuales. Ya verás como se cabrean y se tiran a por nosotros.

—¿Qué significa eso?

—Es mejor que no lo sepas, tío.

El barrio de Brera exhibía una mezcla ecléctica de garitos de moda, bares y restaurantes. La clientela nocturna empezaba a aparecer sobre las diez de la noche, pero los que se tomaban algo después del trabajo llegaban sobre las cinco para abrir boca y celebrar el resto de la tarde. Sawyer apenas se tomaba tiempo para relacionarse con los demás, sobre todo en los garitos de moda, pero después de haber recorrido las instalaciones de Purity y de pasar varias horas describiendo sus planes, le apetecía relajarse y pasar un rato con su viejo amigo. Max era uno de sus amigos más íntimos, y le gustaba su honestidad y su humor ácido. Después de pelearse en un yate griego por una mujer de la que apenas se acordaban, forjaron un vínculo que se había fortalecido desde que Max conoció a Carina y se casó con ella.

—¿Cómo te va la vida de casado? —le preguntó Max.

La pregunta, que contenía una buena carga de profundidad, lo puso a la defensiva.

—Bien.

Su amigo enarcó una ceja.

—¿Por qué tengo la impresión de que hay gato encerrado? No eres el tipo de hombre que se lanza a casarse así por las buenas, sobre todo porque la palabra «compromiso» te provocaba urticaria. ¿Fue un flechazo?

Deseó poder confesar la verdad. Estaba hecho un lío. La noche anterior, cuando hizo el amor con su mujer, la situación trascendió sus habituales jueguecitos sexuales. Las cosas estaban cambiando muy rápido y tenía la impresión de que iba cuesta abajo y sin frenos por una pendiente cada vez más empinada. Bebió otro sorbo de cerveza.

—Más o menos.

Su amigo lo miró en silencio muy seriamente.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? Julietta es la hermana de Carina, y si hubiera pensado que eres un cabrón sin remedio, me habría subido a un avión lo antes posible para ponerle fin a la situación. Os he visto juntos. Es la mujer de tu vida.

Sawyer alzó la vista, sorprendido.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión tan pronto?

Max se encogió de hombros.

—Hay algo especial entre vosotros. Solo hay que ver cómo os miráis. Además, pareces diferente. Menos…

—¿Qué?

—Menos atormentado.

Sawyer dio un respingo. Abrió la boca para hablar, pero Michael y Nick se sentaron junto a ellos a la mesa en ese momento.

—¿De qué habláis? —preguntó Michael.

Max puso los ojos en blanco.

—De mujeres, ¿de qué si no?

—Vaya par de moñas —murmuró Nick—. Oye, hablando de mujeres, ¿no llegamos tarde? Se supone que debíamos recogerlas a las cinco, ¿no? ¿Tenéis reloj?

Los otros dos miraron sus relojes Zanetti.

—Sí, nos iremos en cuanto acabemos las cervezas —contestó Michael—. Ya nunca salgo por ahí. ¿Y vosotros?

Max y Nick negaron con la cabeza.

—No. Tampoco es que antes me fuera mucho la marcha, pero desde que tenemos niños, es una locura. Alexa y yo apenas pasamos tiempo a solas.

—Lo mismo me ocurre con Maggie. Los niños son un incordio. Eso sí, daría cualquier cosa por ellos. Y tú, ¿Max? Seguro que todavía vas a fiestas por todo lo alto y sigues moviéndote en esos círculos.

Max resopló.

—¿Estás de coña? Ni siquiera tenemos niños, lo intentaremos el año que viene, pero estamos agotados. El trabajo es una locura y a las diez de la noche estamos fritos. Es patético.

Sawyer resopló.

—Vaya tres. El día que por fin salís a tomaros una cerveza entre colegas empezáis a quejaros. Disfrutad del momento. Vivid la vida. Joder, por mi parte, estoy deseando ver el maratón de películas de *Rocky* con Julietta y Wolfe.

—Me encanta Balboa. El semental italiano. Nunca pasará de moda —comentó Nick.

—Qué va, ¿habéis visto De profesión, duro? Eso sí que es un peliculón —soltó

Max.

Sawyer asintió con la cabeza y apuró la cerveza. Levantó un dedo para pedir otra.

—Las mujeres no captan el fondo de esa película. Una pena.

—Yo soy fan de Tarantino —dijo Michael—. Es un genio. *Reservoir Dogs. Django desencadenado*.

—Alexa me da la brasa. Dice que es demasiado violento.

Todos gruñeron a la par. Y pidieron otra ronda.

Cuando por fin regresaron a casa de mamá Conte, Sawyer percibió la tensión en el ambiente. Sabía que llegaban tarde, pero había supuesto que las mujeres se mostrarían flexibles. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces salían sus maridos para pasar un rato con sus amigos?

Michael se detuvo antes de abrir la puerta. Parpadeó y se tambaleó un poco.

—¿Cuánto nos hemos retrasado?

Nick se echó a reír. Daba la sensación de que se reía mucho esa noche, y eso que era un tío bastante serio.

—Solo una hora. O dos. Perdí la noción del tiempo después de la tercera ronda extra. Deberían poner señales de peligro en ese dichoso funicular. Casi me mata.

Sawyer se sometió a un rápido examen físico. Estaba un poco achispado, pero no borracho. En realidad, ninguno estaba borracho. ¿Por qué se había detenido Michael?

—Tío, ¿vas a abrir la puerta?

Nick presionó la oreja contra la madera.

—No oigo nada. ¿Cómo es que los niños no están gritando?

Max se frotó la frente.

—Tengo un mal presentimiento. Esto me huele a trampa. ¿Creéis que se mostrarán irracionales porque nos hemos retrasado un poco?

Michael gruñó.

—Maggie seguramente las haya calentado.

Sawyer soltó el aire.

—Tíos, echadle huevos. Vamos a entrar, a decirles que hemos perdido la noción del tiempo y a llevarlas a cenar. ¿Les tenéis miedo a vuestras mujeres?

Las expresiones de sus caras decían que sí, pero el orgullo masculino los obligó a mascullar entre dientes. Michael abrió la puerta.

La escena no pintaba bien.

Maggie, Carina, Alexa y Julietta estaban sentadas en el salón, mirando hacia la puerta. Todas llevaban vestidos ajustados negros y zapatos de tacón de aguja. El olor del almizcle y las especias flotaba en el aire, acompañado de otro más sutil.

Furia femenina.

Todas lucían idénticas expresiones. Sus miradas de reproche cayeron sobre ellos como disparos de una pistola de *paintball*, recordándoles que no había ira más grande que la de una mujer despechada. O la de una mujer que esperaba que la llevaran a cenar. Sawyer miró al grupo de hombres. Todos parecían haber comprendido a la vez la magnitud del error que habían cometido. Decidió adelantarse para tratar de aplacar los ánimos.

Julietta lo recibió a medio camino. Ver esas piernas tan largas le provocó un ligero mareo. Se había soltado el pelo, que le caía ondulado alrededor de los hombros desnudos. El diminuto trozo de tela que se le ceñía a las caderas y le llegaba a medio muslo era una mezcla de encaje con otro tejido, y engañaba a la vista al dar la impresión de que era transparente, un juego erótico que Sawyer tenía la intención de comprobar. Llevaba los labios pintados de rojo, un tono que resaltaba su voluptuosidad y que brillaba bajo la luz.

—No. —Julietta levantó una mano—. Llevamos tres horas esperando. La madre de Max se ha ido. Mi madre ha conseguido calmar a los niños, pero los mellizos no paran de despertarse porque están en un sitio desconocido; Lily se ha hecho pis en la cama y hemos tenido que retocarnos el pelo y el maquillaje por lo menos tres veces.

Alexa entrecerró los ojos y fulminó a Nick con la mirada, dejándolo clavado contra la pared.

—Estás borracho.

—No, no.

Sawyer cerró los ojos. Suponía que su amigo no estaba acostumbrado a beberse ocho cervezas en tres horas.

—¿Sabes las ganas que tenía de que llegara esta noche? ¿De tener la oportunidad de salir todos juntos como adultos? ¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Alexa.

—No, no —contestó Nick.

Michael decidió intervenir y le dijo a su mujer:

—Lo siento mucho, cara. Nos hemos tomado unas cervezas, se nos han parado los relojes y hemos perdido la noción del tiempo.

Maggie señaló el carísimo reloj que llevaba en la muñeca.

—¿Ese reloj? ¿El que jamás se queda sin pila, el que funciona debajo del agua y el que es tan resistente como el de James Bond? ¿El reloj que te regalé para tu cumpleaños porque babeabas por el de Max? Ese chisme me costó una fortuna y tiene funciones que podría usar un espía. ¿Y se ha parado?

«Primer gol», pensó Sawyer.

Max levantó las manos mientras se comía con los ojos a Carina, que llevaba un vestido con un escote muy bajo.

—Nena, estás preciosa. Lo siento. Vámonos ahora y os compensaremos. Mirad, estamos listos. Los niños están dormidos. Es temprano.

Carina hizo un puchero.

—Max, ya hemos comido. Estábamos muertas de hambre, así que mi madre nos preparó la cena. No podemos dejarla sola con los niños a estas alturas. Está descansando en su dormitorio después de un largo día de trabajo, atendiendo a su familia y cuidando a sus nietos. Así que no, no voy a hacerle eso a mi madre a estas alturas.

« Segundo gol» , pensó Sawyer.

Nick soltó una carcajada.

—Pero estamos todos juntos. Vamos a abrir una botella de vino, a encender la chimenea y a pasar una noche tranquila. Hace mucho que no lo hacemos.

Alexa lo fulminó con la mirada.

—Lo hacemos todos los viernes por la noche. Después de cocinar, de recogerlo todo y de acostar a los niños.

« Tercer gol con caño incluido» .

—Entonces ¿qué queréis que hagamos? —preguntó Sawyer.

Las cuatro mujeres intercambiaron una mirada. Al ver que todas sonreían, asintió con la cabeza, aliviado. Bien. Habían salvado la noche y podría llevarse a Julietta temprano para demostrarle de cuántas maneras podía utilizar lo que llevaba puesto con fines *bondage*.

Todas las mujeres cogieron sus bolsos al unísono y se pusieron los abrigos.

Alexa dijo:

—Maria tiene que comer dentro de una hora. El biberón está en el frigorífico. Échale un ojo a Lily, porque se ha despertado varias veces. Adiós.

Maggie sonrió.

—Los mellizos se despertarán dentro de un rato. Buena suerte.

Carina y Julietta no hablaron. Se limitaron a mirar a sus maridos y a pasar por su lado de camino a la puerta.

Sawyer echó un vistazo a su alrededor, sin entender lo que pasaba.

—Esperad. ¿Adónde vais?

Julietta le guiñó un ojo.

—Nos vamos de marcha. No nos esperéis levantados.

Y cerraron la puerta tras ellas, envueltas en una nube de sensualidad, misterio y hormonas femeninas cabreadas.

« Gol por toda la escuadra y final del partido» .

—Plantadas por nuestros propios maridos. —Maggie trazó con un dedo el borde de su vaso y después se lamió la sal—. Patético.

Alexa suspiró, con la mirada clavada en su *martini* de chocolate.

—Me he depilado. Me he hecho la cera. ¡Ingles brasileñas!

Carina chasqueó la lengua, compadeciéndose de ella.

—Ya sabes cómo son los hombres cuando se juntan. Seguramente se pasaron el rato hablando de películas violentas y de deporte. Recordando los buenos

tiempos, cuando eran jóvenes, libres y se emborrachaban.

Julietta miró a las mujeres deprimidas que tenía delante. Decidió hacerse con el control y dijo con voz clara:

—Ya está bien. Sí, nos hemos perdido la cena romántica, pero ¿desde cuándo no disfrutáis de una noche de chicas?

Maggie se encogió de hombros.

—Desde hace mucho.

—Exacto. Así que vamos a dejar de quejarnos de nuestros maridos y vamos a pasarlo bien.

Alexa se animó.

—Julietta tiene razón. Esto es genial. Comprar en Marc Jacobs y cenar en la cafetería es un sueño hecho realidad. Prometo no quejarme más. ¡Mirad este sitio!

Julietta echó un vistazo por el conocido establecimiento. Ella solía frecuentarlo cuando iba de paso y entraba para tomarse un café o comprar algo. Sin embargo, verlo a través de los ojos de Alexa hizo que apreciara el elegante diseño de los espejos, la amplia barra y las molduras del techo. El local estaba lleno de gente, la música sonaba a todo volumen y su mesa ocupaba un lugar privilegiado.

—Estoy de acuerdo —dijo Maggie—. Pero debemos acordar una cosa. Tenemos que darles una lección.

—Desde luego. ¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó Carina.

Su cuñada sonrió.

—Más bien es lo que no vamos a hacer. Esta noche nada de sexo.

Silencio.

Julietta entendía cómo se sentían. Sí, ella estaba enfadada con Sawyer, pero también estaba deseando meterse en la cama con él después de la noche de chicas.

Alexa se desanimó de nuevo.

—La dolorosa depilación brasileña para nada.

Carina hizo un mohín.

—¿Y si los torturamos mucho en la cama?

Maggie negó con firmeza con la cabeza.

—No. Así aprenderán la lección. Solo será esta noche. Joder, para cuando lleguemos a casa, estaremos agotadas y de todas formas ellos estarán dormidos. No sufriremos en absoluto. Pero debemos hacerlo todas.

Julietta accedió. Al fin y al cabo, ella lo tendría más fácil. Una noche a solas tal vez fuera lo mejor para ellos.

—De acuerdo.

Carina y Alexa se sumaron.

Maggie se frotó las manos, con una mirada reluciente en sus ojos verdes.

—Genial. Dentro de poco pondrán música y podremos bailar. Y ahora que esta noche no habrá sexo, hablemos de sexo. —Su mirada las recorrió a todas—. Empezaremos por Julietta. Desembucha.

—¿Yo? —Agachó la cabeza para ocultar el rubor de sus mejillas y bebió un sorbo de Kahlúa—. Esto… está bien. Se nos da bien.

Carina soltó una risilla.

—Te has puesto colorada. Eso dice mucho.

La curiosidad le hizo alzar la vista para mirar a su hermana.

—Mmm… ya que tú podrías haber estado en mi lugar, a lo mejor debería preguntarte a ti. ¿No estuviste con Sawyer antes de estar con Max?

Carina hizo un mohín.

—¡Julietta, no me enrollé con mi cuñado! Solo nos dimos un beso muy breve que no significó nada. Fue una distracción agradable mientras intentaba poner celoso a Max. Pero reconozco que tiene un aura un poco taciturna y una energía sexual que debe de ser la bomba con la mujer adecuada. Entre nosotros no hubo mucha química. —Sus ojos oscuros relucieron—. Pero contigo es distinto. Lo veo más relajado. Más feliz.

Julietta levantó la cabeza de nuevo.

—¿De verdad? ¿Cómo te has dado cuenta?

Las mujeres intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Por qué pareces sorprendida? —le preguntó Carina con delicadeza—. Os habéis casado. Es evidente que estáis enamorados. ¿Algo va mal?

Por raro que pareciera y aunque siempre había estado muy unida a sus hermanas, jamás había compartido sus secretos con ellas. Venezia era tan distinta de ella que no la comprendía y la diferencia de edad con Carina era notable. Las amigas con las que siempre se había relacionado procedían del entorno laboral y rara vez congeniaban hasta el punto de contarse sus pensamientos, sueños y temores. Su soledad interior se había convertido en una parte tan habitual de su persona que nunca la había cuestionado. Pero desde que Sawyer entró en tromba en su vida, ansiaba más. Incluso de la amistad.

El corazón le latía a toda pastilla mientras se pasaba las sudorosas palmas de las manos por la falda.

—No nos fugamos, tal como le hemos dicho a todo el mundo. Nos vimos obligados a casarnos.

Carina jadeó.

—¿Estás embarazada?

—No. Mamá nos obligó.

El silencio reinó sobre la mesa un instante. A su alrededor se oían los acordes del grupo que estaba a punto de empezar a tocar, el tintineo de los vasos y las risas. Maggie carraspeó.

—Mmm… Julietta, creo que necesitas contárnoslo todo.

Y lo hizo. Cuando llegó al final de la historia, la invadió una extraña ligereza. Por primera vez en su vida no se sentía tan apartada. Qué tontería por su parte haber tenido tanto miedo a abrirse a los demás. Las miradas serias de sus tres compañeras le dejaban muy claro que se preocupaban por ella y que compartían su lucha.

Carina le agarró una mano y le dio un apretón.

—Lo siento muchísimo, Julietta. No sabía que estabas pasando por todo esto. Y yo diciéndoles a las chicas que por fin habíamos demostrado que el libro de hechizos funcionaba…

El recuerdo del momento en el que realizó el hechizo de amor y quemó la lista se agitó en su mente. Qué coincidencia más extraña.

—No, supongo que esta vez no tenía poder… comparado con mamá.

Carina respiró hondo.

—Yo también tengo que confesar una cosa. Mamá me obligó a casarme con Max.

Julietta jadeó.

—¿Qué dices? Si os casasteis en Las Vegas.

Su hermana asintió con la cabeza.

—Nos acostamos una noche. Mamá apareció y nos pilló. Nos amenazó a Max y a mí, y al final acabamos casándonos a la carrera.

Maggie apuró su margarita de un solo trago.

—Chicas, me estáis acojonando. La estáis pintando como si fuera un capo de la mafia.

—Tenía motivos de peso para insistir, y además mi madre es muy estricta en lo referente a las tradiciones y a hacer lo correcto. También me dijo que sabía que yo estaba enamorada de Max y que jamás me obligaría a casarme con un hombre al que no quisiera.

—Qué raro. Dos matrimonios forzados en una familia. —Maggie frunció el ceño, como si hubiera caído en la cuenta de algo—. Una cosa, no sé si lo sabéis, pero vuestro hermano y yo no estábamos casados cuando vinimos a veros. Era un engaño para conseguir que Venezia pudiera casarse.

Julietta se quedó boquiabierta.

—No. Es imposible.

—Pues sí. No pensaba decir nada, pero al parecer ha llegado la hora de confesar la verdad. —Soltó una carcajada—. Por supuesto, el matrimonio ficticio acabó siendo real cuando vuestra madre nos pilló. Apareció el padre Richard, y de repente me vi pronunciando los votos y… —Dejó la frase en el aire—. ¡Madre mía! ¿Creéis que mamá Conte sabía que estábamos fingiendo? Se puso enferma y a Michael le dio miedo negarse.

Carina apretó los labios.

—¿Recordáis que todos nos sorprendimos mucho al ver que se recuperaba

por completo unas cuantas horas después? Como si no hubiera pasado nada. ¡Maggie, me apuesto lo que quieras a que mi madre lo sabía y te obligó a casarte con Michael!

Todas se sumieron en el silencio, para analizar los actos de la mujer que había criado a Carina y a Julietta.

Maggie silbó.

—Joder, es un capo de la mafia. De la mafia del amor. No sé si cantarle las cuarenta o si darle un beso.

Alexa intervino en ese momento.

—Mmm… ya que estamos confesando lo que sentimos por nuestros maridos, creo que ahora me toca a mí. Aunque mamá Conte no estuvo involucrada. Al final me casé con Nick por dinero, para salvar la casa de mi madre. Hicimos un trato para que el matrimonio durara un año. Nada de sexo, ni de amor, nada de nada. —Sonrió—. Pero gracias a Dios, la cosa no salió como esperábamos. Nos enamoramos y al final todo salió bien. Pero ¿no es raro que todas las que estamos reunidas en esta mesa nos hayamos visto obligadas a casarnos con nuestros maridos?

Maggie cogió el bolso y se levantó.

—Esperad un momento. Voy a pedir otra ronda. Necesitamos alcohol del bueno.

Carina se inclinó sobre la mesa.

—Julietta, tienes que decirle la verdad. Te quiere… lo veo en sus ojos cuando te mira. Y ¿qué me dices de su forma de tratar a Wolfe? Estuvo pendiente de él en todo momento mientras estábamos en casa de mamá. Se aseguró de que estuviera cómodo, intentó que participara en las conversaciones. Cuando Dante saltó a su regazo y Wolfe sonrió, Sawyer me pareció tan feliz que bien podría haber sido su padre.

Alexa asintió con la cabeza.

—A veces hay que arriesgarse. Tal vez todo empezara porque tu madre os obligó y en conjunto parecía un acuerdo bueno, pero la verdad es que siente algo sincero por ti. Seguramente esté aterrado, y serás tú quien tenga que lanzarse al vacío. ¿Qué puedes perder?

«Todo».

—Podría cambiarnos —susurró—. Mientras no presionemos las cosas, pueden seguir como están. Estamos contentos. Nos tenemos el uno al otro. A lo mejor con el tiempo lo ve todo de otra forma. Sawyer me dijo muy claramente que no cree en el amor.

Alexa sonrió con dulzura.

—Nick era así. Tenía una herida por dentro que al final fuimos capaces de curar los dos juntos. Todavía tiene algunos traumas por culpa de la dejadez de sus padres, pero entre los dos los superamos. Sabe que yo no me iré de su lado

jamás. Sawyer necesita saber que eres capaz de luchar por él. Mereces ser feliz, Julietta. Mereces un matrimonio real. Y tal vez, algún día, niños.

Carina asintió con la cabeza.

—Y si Sawyer no te lo da, tal vez necesites tomar una decisión. Cuando Max y yo tuvimos problemas, me di cuenta de que la culpa era mía. No me sentía merecedora de tenerlo a mi lado. Tardé un tiempo en aclararme las ideas y después lo recuperé. Algo me dice que siempre has evitado las relaciones por un motivo concreto. Cuando lo descubras, el miedo desaparecerá.

Las palabras de su hermana cayeron sobre ella con la fuerza de la verdad. ¿Cuántos años tendría que esperar para sentirse merecedora del amor? ¿Se pasaría el resto de la vida trabajando sin cesar, satisfecha de puertas afuera pero vacía por dentro?

Maggie soltó las bebidas en la mesa y sonrió.

—Un tío ha intentado ligar conmigo en la barra. ¡Qué emoción! Vamos a acabar con la terapia de grupo y a bailar un poco. Salute.

Los vasos tintinearon al brindar.

Sawyer rodó sobre el colchón y clavó la vista en el techo. Las dos de la madrugada. No esperaba que Julietta compartiera su cama esa noche, pero era incapaz de dormirse hasta que supiera que había llegado a casa sana y salva. Dobló la rodilla para ponerse cómodo. Por supuesto que Julietta estaba bien. Iba acompañada por un grupo muy unido y Maggie era capaz de librarse de cualquier amenaza, pero en el fondo esperaba que hubiera regresado horas antes. ¿Y si bebía demasiado y acababa vomitando? ¿Lo llamaría Carina? Cambió de postura por enésima vez y le echó un vistazo al móvil. Podía llamarla. Solo una vez. A lo mejor…

El sonido de sus tacones resonó en el pasillo.

Lo inundó el alivio. Estaba sana y salva. Bien. Ansiaba abrir la puerta para verla con sus propios ojos, pero se obligó a seguir acostado. Era hora de dormir. Ya no tenía por qué preocuparse.

Los minutos pasaron lentamente. Oyó que se abría la puerta del cuarto de baño contiguo. Oyó el sonido del agua al correr. Se la imaginó lavándose los dientes, poniéndose el camisón y acostándose. Seguramente se dormiría de inmediato, cansada después de la noche de diversión. Él, en cambio, había pasado horas torturándose mientras cuidaban a los niños, sentado con los demás, y después esperando que ella llegara.

Le dio un puñetazo a la almohada. Se dio la vuelta.

La puerta se abrió.

La luz del pasillo invadió el dormitorio e iluminó su cuerpo desnudo. Julietta se detuvo y le permitió mirarla a placer. Sus turgentes pechos, esos endurecidos pezones del color de las fresas. Tenía un cuerpo de bailarina precioso, simétrico y elegante en las curvas de las caderas, la longitud de los muslos y hasta en el

cuidado triángulo de vello que cubría su sexo.

Sawyer se sentó en la cama y esperó.

Julietta atravesó el dormitorio contoneando las caderas mientras el pelo le caía en cascada por la espalda, acariciándosela como una cortina de seda. La expresión decidida de sus ojos hizo que se le detuviera el corazón. Abrió la boca para decirle que se parara, temeroso en parte de sus intenciones, pero se le había puesto durísima y sabía que sería capaz de vender su puta alma esa noche con tal de hacerla suya.

Julietta gateó sobre el colchón hasta colocarse sobre él, tras lo cual se sentó a horcajadas encima de sus muslos. Sawyer oyó que se le escapaba un gemido. Extendió las manos para tocarla.

—No. —La voz aterciopelada y ronca de una diosa lo detuvo—. No se te permite tocarme. Esta noche vamos a jugar según mis reglas. —Sacudió la cabeza para apartarse el pelo de la cara y le rodeó la polla con los dedos—. Las manos sobre la cabeza. Agárrate a los barrotes del cabecero.

Sawyer se sintió abrumado por un pánico desconocido. Nunca había asumido el papel de sumiso y le incomodaba perder el control. Ni hablar.

—Nena, sabes que me encanta estar al mando. Deja que te enseñe cuánto te he echado de menos. —Se incorporó para girar con ella sobre el colchón, pero esos dedos tan suaves se cerraron con fuerza en torno a su erección y apretaron… mucho.

Se quedó sin aliento de repente y se puso a cien. Sintió que los testículos se le tensaban al ser testigo del sereno poder de Julietta.

—Mal. O jugamos a mi manera o lo dejamos. No estoy bromeando, Sawyer. Piénsalo bien antes de decidir.

Joder, su exigencia le acariciaba la piel como si fuera una ardiente lengua de fuego. Observó su cara, la miró a los ojos y comprendió que había algo en juego, algo que desconocía y que no quería descubrir. Abrió la boca para negarse, pero la mano de Julietta obró cierta magia y se estremeció de forma involuntaria.

Levantó las manos y agarró los barrotes del cabecero.

Julietta ronroneó como si fuera una gata y se tendió sobre él, de modo que su maravillosa piel lo rozó como si fuera miel caliente. Jugaría a su manera un ratito y después recuperaría el control cuando ella estuviera al límite. Confiando en que su plan tendría éxito, disfrutó del roce de su cuerpo y de la presión de sus muslos mientras se movía sobre él. Esperó a que comenzaran los preliminares, a que lo besara en la boca, a que sus manos le recorrieran el cuerpo.

En cambio, Julietta inclinó la cabeza y se la metió entera en la boca.

El inesperado movimiento hizo que diera un respingo y que apretara los dientes. Joder, Julietta movía la lengua y lo lamía con una maestría que lo obligó a poner los ojos en blanco. La posición hacía que su pelo se le desparramara sobre el abdomen y los muslos, de forma que los mechones le hacían cosquillas

y lo envolvían en una especie de capullo. Hechizado por completo, se aferró con más fuerza a los barrotes de madera.

Julietta lo estaba haciendo añicos. Sintió la caricia de sus dientes mientras le masajeaba los testículos con los dedos. Los gemidos que brotaban de su garganta reverberaban sobre su erección y le recorrían el cuerpo. Se le puso tan dura que en un momento dado se creyó incapaz de seguir conteniéndose.

Cada caricia de su lengua, de sus labios y de sus dientes era un regalo, una demostración de la entrega de Julietta. Era mucho más que sexo, más que una mujer que quería experimentar placer. Siguió acercándolo al orgasmo a una velocidad arrolladora que le resultaba imposible controlar.

Se soltó de los barrotes.

—Espera. Nena, espera, déjame…

Ella levantó la cabeza.

—No. —En sus ojos de color chocolate brillaban el deseo, la lujuria y un anhelo que lo despojó de cualquier derecho—. No me obligues a castigarte. —Julietta levantó los brazos y se acarició los pechos, pasándose los dedos por los pezones para torturarlo—. O no me tocarás.

El monstruo que había creado se hizo con el control. Sawyer se percató de que su cuerpo y su mente se desconectaban, y soltó un taco mientras retomaba la posición original. Devoró con la mirada la maravillosa curva de su trasero, la forma en la que la luz jugaba sobre su cuerpo; se dejó llevar por los deliciosos movimientos de su boca mientras se la chupaba. Se aferró con todas sus fuerzas a los últimos vestigios de autocontrol que le quedaban, pero la marea era imparable. Julietta lo besó por todos lados: las piernas, las caderas, el abdomen. Subió hasta su torso para jugar con sus pezones mientras seguía acariciándosela con las manos, poniéndosela más dura si cabe. Cuando por fin llegó a sus labios, el deseo de saborearla lo estaba matando. Julietta le mordisqueó el labio inferior y le pasó la lengua hasta que él los separó con un gemido.

Y lo besó con pasión, reclamándolo de la misma manera que él la había reclamado incontables noches, consciente de que estaba a su merced por completo. Sabía a chocolate dulce y a menta fresca con un toque de Kahlúa. El olor almizcleño de su deseo le asaltó la nariz y lo enloqueció. Se aferró con todas sus fuerzas a los barrotes hasta el punto de que temió partirlos en dos.

—Sabes tan bien. Me gustas tanto… —susurró Julietta contra sus labios justo antes de meterle la lengua—. Contigo es imposible saciarse.

Había llegado el momento de terminar. Soltó los barrotes y se preparó para tomar lo que era suyo.

Sin embargo, Julietta percibió el cambio en la postura y se deslizó sobre su cuerpo con agilidad. Separó las piernas. Y se la metió hasta el fondo.

Sawyer gritó. Su sedosa y acogedora vagina se cerró en torno a él, presionándolo con fuerza. Julietta ajustó la posición, moviendo las caderas en

círculos mientras se hacía con el control y empezaba a subir y bajar. Aunque el placer era innegable, el miedo se asentó en sus entrañas. Luchó para recuperar la cordura e hizo ademán de girar con ella sobre el colchón.

—No. —Julietta lo detuvo con una mirada salvaje en los ojos. Tenía los labios hinchados por los besos—. Déjame hacerlo. Déjame amarte.

Sus palabras lo aguijonearon. Se quedó sin aliento.

—No —dijo él.

Julietta arqueó el cuerpo y un ramalazo de placer le recorrió la polla.

—Julietta, por favor.

—Déjate llevar. Solo esta vez —replicó ella.

Sin esperar respuesta, siguió follándoselo con desenfreno. La necesidad de correrse, de entregarse a ella, se apoderó de Sawyer y destruyó el poco control que le quedaba. Observó como Julietta se acercaba al orgasmo a la par que lo mantenía firmemente sujeto con los dedos clavados en sus caderas, mientras el pelo le caía por la espalda y lucía una expresión sincera en la cara.

—Dime que eres mío.

Su orden lo abrasó. Apretó los dientes, consciente de que estaba al borde de un orgasmo arrollador.

—Soy tuyo.

—Córrete para mí, Sawyer.

Y se corrió con un grito. Aunque derramó su semen en su interior, ella no detuvo el enloquecedor ritmo de sus movimientos. Lo empapó con su clímax, mientras él seguía retorciéndose de placer. El orgasmo fue tan largo y tan intenso que rayaba en el dolor. Lo aceptó todo, postrado ante su belleza y embargado por la violenta emoción que se había adueñado de él.

Julietta se dejó caer sobre él, presionando sus pechos contra su torso. Sawyer le acarició el pelo húmedo. La oyó hablar en la oscuridad sin rastro de duda en su voz.

—Te quiero, Sawyer. Esto es más que sexo. Más que un simple negocio, más que la empresa o más que un contrato. Es lo que siento cuando te miro. Tu forma de proteger a Wolfe y el respeto que me demuestras. A tu lado me siento mejor persona. Una persona entera. Es el hombre que veo todos los días. Un hombre que creo que tiene mucho que entregar, pero al que le da miedo hacerlo. He decidido que ya no tendré miedo. Voy a ser valiente por los dos.

Sus asombrosas palabras derribaron sus barreras y le atravesaron el corazón. Su mente se convirtió en un torbellino de confusión, anhelo y temores que jamás había experimentado. Incapaz de hablar, incapaz de hacer otra cosa que no fuera respirar y mantenerse congelado, permaneció inmóvil.

Al cabo de un rato, Julietta se quedó dormida, sin exigirle una respuesta.

16

Dos días después Sawyer apretó el botón del interfono.

—¿Ha vuelto ya Wolfe?

La voz de su secretaria sonó seca y cortante.

—Acaba de llegar, señor Wells. ¿Quiere que lo haga pasar?

—Sí, por favor.

Se levantó del sillón y comenzó a pasear por su santuario privado, deteniéndose delante de las piezas eróticas que colgaban de las paredes. Se había dado cuenta de que su flamante esposa tenía tendencias obsesivo compulsivas por la necesidad de enderezar cuadros, marcos de fotos o figuritas hasta que formaban una línea perfecta. Sobre todo cuando se sentía estresada. Era otro tic nervioso que le encantaba saber que tenía.

Analizó los cuadros. Eran lo bastante sutiles para un despacho, pero conservaban esa aura de sensualidad que le gustaba examinar. La mujer tenía la cabeza apoyada en el torso del hombre, con los ojos cerrados y una expresión serena y satisfecha debida a un reciente orgasmo. El hombre la abrazaba con un afán posesivo que siempre lo fascinaba. Nunca había experimentado la necesidad de abrazar a una mujer después de llevársela a la cama, ni tampoco el instinto atávico de poseerlas más allá del ámbito físico. Las tranquilizaba, las consolaba y las ayudaba. Les daba placer. Nunca, ni una sola vez, había sentido algo por ellas.

Hasta que llegó Julietta.

El día anterior salieron a montar en moto. Aprovechando el ambiente primaveral, se habían escaqueado del trabajo durante la hora libre del almuerzo y se habían internado en las calles. Le encantaba la libertad absoluta de verla acelerar en esa moto tan *sexy*, con su risa y su desafío flotando a su alrededor mientras atravesaban la ciudad a toda velocidad.

Todavía no había dicho nada respecto a su declaración de amor. Se había preparado para una temida conversación en la que se imaginaba explicándole de nuevo sus limitaciones emocionales, pero ella no había comentado nada más. Se limitó a seguir con su vida como si nada hubiera pasado.

Ni siquiera sabía si eso lo alegraba o lo cabreaba.

La puerta se abrió tras él, pero no se dio la vuelta.

—Ya era hora de que volvieras. No me digas que tenemos más problemas en el hotel.

—No. ¿Recuerdas que te dije que necesitaba unas horas para reunirme con Maggie?

—Ah, sí, lo de hacer de modelo. —Sawyer meneó la cabeza con gesto burlón—. Te niegas a ponerte la ropa que te compré, y mucho menos si tienes que posar delante de una cámara. Pero me ha parecido un detalle por tu parte dejar

que Maggie te arrastre a la entrevista. —Se volvió para sonreírle a Wolfe—. ¿Qué tal ha…? ¡Joder, la leche!

Parpadeó, ya que no reconocía al chico que tenía delante.

Parecía más un hombre que un muchacho. El pelo de punta había desaparecido por completo, rapado al cero, de modo que lucía un aspecto muy habitual entre la juventud. Sin pelo, no había nada que desviara la atención de los cincelados rasgos de su cara, del penetrante azul de sus ojos y de la firmeza del fuerte mentón con un hoyuelo, algo en lo que nunca había reparado debido a los *piercings*. Una pequeña perilla le adornaba la barbilla.

La camisa y la corbata básicas habían sido reemplazadas por un traje de Armani que parecía hecho a medida para él. El corte ceñido enfatizaba su altura, y la chaqueta de doble botonadura con la corbata roja le conferían un aura atrevida que haría que a las mujeres se les cayeran las bragas. Joder, tenía unos hombros y unos bíceps enormes, que resaltaban por la tirantez de la tela. El trabajo en el gimnasio le había dado a su asistente beneficios extras.

Un tío cañón, así lo llamarían las mujeres.

Siguió observando el cuerpo de Wolfe, incapaz de pronunciar palabra. El muchacho frunció el ceño y alzó la barbilla con su habitual gesto desafiante.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que vaya pelado?

Sawyer intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Estás muy distinto.

—¿Cómo que distinto? ¿Parezco un *friki*, tío?

Meneó la cabeza, pasmado, antes de contestar.

—Joder, no. Estás genial. ¿Cómo te ha convencido Maggie? ¿Qué ha pasado?

Wolfe cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Me he entrevistado con el diseñador. Es la leche. Le encantaba mi aspecto, pero me ha dicho que tenía que suavizarlo un poco. Maggie sugirió que me rapara la cabeza, y supuse que también sería bueno para los negocios. A ver, no puedo seguir reuniéndome con los peces gordos con el aspecto que tenía. No sería justo para ti.

Sawyer siguió mudo, con la sensación de haber entrado en un universo paralelo. ¿El que tenía delante era el mismo chico que sonreía desdeñoso y desafiante y que se negaba a doblegarse?

—La cosa es que lo hemos hecho y el tío me ha contratado para una sesión de fotos la semana que viene. Pero no quiero que creas que esto va a hacer que me olvide de Purity. La sesión es el sábado y recuperaré las horas. ¿Te parece bien?

Una emoción descarnada le provocó un nudo tan grande que casi se ahogó.

—Me parece estupendo. Joder, Wolfe, estás increíble. Pareces tan… tan adulto. ¿Vas a ser el modelo de una puta portada? Las mujeres caerán a tus pies como moscas.

Wolfe sonrió y, una vez más, Sawyer se quedó boquiabierto al comprobar el cambio que parecía haberse obrado en el chico.

—Sí, la esperanza es lo último que se pierde. Oye, tengo que ponerme al día en unas cuantas cosas con Julietta. ¿Me necesitas para algo?

—Ahora no. Tenemos una reunión a las cuatro en punto a la que necesito que asistas.

—No hay problema. Gracias, Sawyer.

Clavó la vista en la puerta cuando Wolfe la cerró al salir. El orgullo lo inundó y le corrió por las venas. De alguna manera, por algún motivo, Wolfe iba a estar bien.

Esa misma noche, estaba viendo los créditos de la película en la enorme tele y decidió colocarse a su mujer en el regazo. Julietta gimió mientras le masajeaba los empeines.

—No aguanto más —se quejó ella con una voz deliciosa—. Basta de Rocky. Estoy agotada. ¿Cómo se las apaña siempre para sorprender a sus oponentes por detrás cuando es mucho más pequeño que ellos?

Wolfe resopló y dijo:

—Espérate a ver la última. La quinta es una mierda tan gorda que nos la vamos a saltar, pero vuelve a las andadas con la sexta.

—Pero ¿cuántos años tiene? ¿No se le había frito el cerebro en la tercera?

Sawyer suspiró con paciencia. Mujeres…

—Lo superó con esfuerzo. Wolfe tiene razón, la quinta es penosa. Pero la última cierra bastante bien la serie. Pobre tío.

—Sí, es muy triste lo perdido que parece sin Adrian.

Julietta lo miró de repente.

—¿Cómo? ¿Adrian muere? ¡Es horrible! No quiero verla.

Wolfe se metió otro puñado de palomitas en la boca y se colocó bien la manta. Llevaba unos pantalones de franela y una camiseta de manga larga, y tenía los pies descalzos apoyados en el borde de una silla, con un cuenco de palomitas en el regazo.

—Vamos, Julietta. Tú no eres tan ñoña. Aprieta los dientes y aguanta.

La aludida soltó una carcajada, que se convirtió en uno de esos gemidos sensuales cuando Sawyer le masajeó los pies. Tenía unos pies bonitos, de huesos delicados y con las uñas pintadas de rojo fuego.

—Vale. Pero es la última. Son casi las dos. Esta noche soñaré con derechazos de los que noquean.

Sawyer le dio un beso en la coronilla y se levantó del sofá para poner el último DVD. Cuando Wolfe llegaba del trabajo, Julietta siempre lo recibía con un beso y un abrazo. Sí, el chico parecía incómodo y agachaba la cabeza, pero el brillo de placer que veía en sus ojos azules revelaba lo que sentía de verdad. Había entablado una relación muy estrecha con Julietta y le permitía unas

libertades que la mayoría no podría tomarse. Como caricias, sonrisas e incluso alguna que otra carcajada.

Después de la cena Wolfe anunció que deberían hacer un maratón cinéfilo con los clásicos del cine. Dado que su colección incluía todas las partes de Rocky, convencieron a Julietta para ver la primera película. Por supuesto, eso dio pie a que vieran casi todas, de modo que acabaron con tan mal aspecto como el pobre Rocky.

—Pausa para ir al baño —anunció Wolfe—. No empecéis sin mí.

Julietta meneó la cabeza con gesto burlón, pero la evidente adoración que vio en su cara hizo que a Sawyer le diera un vuelco el corazón. Qué raro. Se comportaban como una familia normal. ¿Y qué era lo más acojonante de todo?

Le encantaba.

Miró a su mujer, que estaba acurrucada bajo una manta de color crema. La lucha que se libraba en su interior se volvió más violenta si cabe. Sabía que le estaba haciendo daño al no ser lo bastante hombre como para admitir siquiera que había oído su confesión. Una vez más, la confirmación de que era un desastre para lidiar con las emociones reales lo deprimió.

Julietta lo quería. Veía la verdad en sus ojos cada vez que lo miraba. Su reina de hielo era en realidad una mujer rebosante de pasión y de bondad, una mujer que había abierto los brazos a un hombre que en otro tiempo vivió en la basura y se paseó por la oscuridad. Solo tenía que aceptar su mano y arriesgarse.

A lo mejor podría hacerlo. A lo mejor, por una vez, funcionaría.

—Se me ha olvidado decirte que tienes correo. Está en la encimera de la cocina —dijo Julietta.

—Seguramente serán facturas. Deja que lo mire, ahora vuelvo.

Entró en la cocina y ojeó los sobres. Y se quedó petrificado. Una de ellas tenía en el remite el sello del Complejo Penitenciario Fishkill.

Se le entumecieron los dedos y se le heló la sangre en las venas. El pasado se alzó desde el Infierno de Dante y se coló en la Tierra.

—Tengo que comprobar una cosa en el ordenador —le dijo a Julietta—. Vuelvo enseguida.

Fue al despacho, cerró la puerta y abrió el sobre. Desplegó la carta y leyó las palabras que le escribía su odiado padre de acogida.

Querido Sawyer:

¿Crees que por cambiarte el nombre y huir a Italia me vas a evitar eternamente? Lo sé todo sobre ti desde que me encerraste en este agujero inmundo. Siempre te creíste mejor que los demás. Te acogí, te di un techo y comida, y me lo tiraste a la cara. Deberías estar en la cárcel por matar a Danny. Eras tan cobarde que no pudiste quedarte para ayudar a tu hermanito. Él confiaba en que lo cuidarías, pero lo abandonaste. Lo abandonaste sabiendo lo que pasaría. Tú también tienes la culpa. ¿Te tortura esa idea por las noches o te

has olvidado de él y has seguido con tu vida perfecta como si nada?

Pronto tendré la vista para la condicional. Puede que me metieras en este sitio, pero me vas a ayudar a salir. Necesito que recomiendes mi liberación, eso me ayudará en el tribunal.

Te imagino riéndote a carcajadas y preguntándote por qué tendrías que hacerlo. Pues te lo voy a decir. Porque si no lo haces, encontraré la forma de destruir tu reputación desde la cárcel. Aquí tenemos mucho tiempo para pensar y hacer planes. Destruiré todo lo que has construido. Filtraré la historia a la prensa. Le diré a tu bonita familia las cabronadas que has hecho, cómo mataste a tu hermano por no cuidar de él. ¿O lo has sustituido por ese chico que vive contigo y has pasado página?

Usaré hasta mi último aliento para sacar tu pasado a la luz. No tengo nada que perder. ¿Y tú?

Manda la carta a la atención del tribunal de libertad condicional que te pongo abajo.

Sawyer devolvió la carta al sobre y la guardó en un cajón del escritorio. Rechazó el miedo instantáneo, el miedo de un muchacho, y recordó que era un hombre hecho y derecho. Esa etapa había terminado. Jamás le daría a ese gilipollas una vía para salir de la cárcel, una forma de hacer daño a otros chicos.

El mejor recuerdo de su vida era el de cuando su padre de acogida fue condenado a la cárcel. En cuanto perdió a Danny, fue derecho a los trabajadores sociales y les contó lo que había pasado durante años. En cuestión de meses, ese cabrón estuvo entre rejas por una larguísima temporada. Era la única justicia que le permitía dormir por las noches.

Pero había regresado.

El otro recuerdo se coló en su mente y lo destrozó, haciéndolo pedazos que sabía que nunca se recompondrían. Un chico inocente en la calle estaba expuesto a que le pasara cualquier cosa. Danny lo había estado buscando, había salido a reunirse con él, convencido de que era lo bastante mayor para valérselas por sí solo. En cambio, había caído en la trampa de una banda local y lo pillaron robando su comida. Siempre había un precio en las calles por todo, y su hermano pagó con lo más importante.

Por su culpa.

Clavó la vista en el suelo, sin verlo. El corazón le latía y el aire le llenaba los pulmones. La sangre corría por sus venas. Pero por dentro estaba vacío, era un ser desalmado con un pasado que nunca desaparecería, que le recordaría a todas horas que no era nada.

Levantó los dedos para acariciarse la cicatriz de la mejilla. Un recordatorio de lo que casi se le había olvidado. Estaba mejor solo.

Julietta y Wolfe acabarían envueltos en un lío espantoso, y al pobre Wolfe no le hacía falta esa clase de exposición. No cuando empezaba a sanar. Meditó las

opciones que tenía durante un buen rato antes de volver al salón.

Wolfe estaba sentado en el sillón con el mando a distancia en la mano.

—¿Listo, tío?

Respondió con voz mecánica:

—Lo siento, chicos, me voy a la cama. Seguid vosotros. Ha empezado a dolerme un poco la cabeza y necesito descansar.

Julietta lo miró a la cara intentando adivinar qué le ocurría. Sawyer se obligó a sonreír y se fue.

Cuando ella por fin se acostó junto a él en la cama, fingió dormir. Se quedó inmóvil durante horas, a lo largo de toda la noche, preguntándose qué iba a hacer a continuación.

Julietta estaba sentada en su despacho, mirando a su hermana.

—Algo va mal. Muy mal.

Carina soltó la taza de café y la miró con expresión preocupada.

—¿Qué pasa?

La creciente inquietud hizo que Julietta se levantara y empezara a pasear de un lado para otro. La inquietud se había convertido en un ataque de pánico. Habían pasado varias noches desde el maratón cinéfilo y su marido ya no era el mismo. Un fantasma desconocido lo atormentaba a todas horas, y era evidente en la expresión angustiada de sus ojos, en el distanciamiento que se reflejaba en su cara cada vez que hablaba. Sawyer se escudaba en el trabajo para no cenar en casa. Rehuía sus intentos por hablar a solas con una larga lista de excusas, y se quedaba encerrado en el despacho o mantenía interminables conversaciones telefónicas. Había cancelado una salida con su familia y permanecía alejado de la casa de su madre. Cuando no estaba trabajando, lo pillaba con la vista clavada en la pared, como si se encontrara en su mundo interior. Había intentado ser paciente, mostrarse comprensiva. Había intentado hablar con él. Incluso había probado con el sexo, pero cuando por fin Sawyer se metía en la cama, era de madrugada y ella se había dormido, exhausta.

—Creo que se ha asustado. La noche que nos fuimos juntas de marcha le dije que lo quería. Mientras estábamos en la cama.

Carina volvió la cabeza para mirarla.

—Oye, se suponía que esa noche íbamos a castigarlos. Teníamos un trato, ¿recuerdas?

—¿Tú te lanzaste a por Max en cuanto llegaste a casa?

Su hermana suspiró.

—Sí. Sabes que sí. Alexa admitió su fracaso enseguida. Y Maggie estuvo muy calladita y tranquila al día siguiente, así que creo que Michael se disculpó como era debido. Ellos también lo hicieron.

—¿Ves? Las mujeres borrachas nos ponemos cachondas. El asunto es que después de seducirlo le confesé mis sentimientos, y aunque no me contestó, sí

que cambió. Se mostró más abierto que antes, más feliz. Empezábamos a formar una familia. —Siguió paseándose, adelante y atrás, mientras sus tacones resonaban sobre el suelo—. Pero de repente, durante un descanso en el maratón que hicimos de Rocky, volvió al salón y empezó a comportarse de forma rara. Se ha encerrado en sí mismo por completo. Me preocupa, Carina.

—Me encantan las películas de Rocky.

—Céntrate.

—Lo siento. ¿Has intentado hablar con él del tema?

—Varias veces. Se ha encerrado por completo. Wolfe también está preocupado. Antes hacían pesas juntos todos los días, pero últimamente no ha aparecido.

—¿Has probado con el sexo?

—Sí, y me está rehuyendo.

—Entonces es grave, sí. —Carina se mordió el labio—. A lo mejor Max podría hablar con él. Tienen buena relación. Tal vez es cosa de tíos.

Julietta colocó bien las fotos de sus sobrinos, de modo que quedaran perfectamente alineadas. ¿Por qué la persona encargada de la limpieza no podía ponerlas en su sitio cuando terminaba su trabajo? Contuvo el suspiro irritado y se centró en el tema que estaban tratando.

—¿Cuándo os vais?

—Dentro de dos días. Hablaré con Max esta noche. Intenta que Sawyer vaya a casa. Mamá quiere celebrar una gran cena de despedida y queremos que asistáis.

Julietta se detuvo. Las dudas se apoderaron de ella. Las emociones tan descarnadas que la recorrían no dejaban de gritarle que pasaba algo, pero no sabía cómo solucionarlo.

—¿Y si soy yo? ¿Y si no me quiere como necesito que lo haga?

Su hermana se levantó y la abrazó con fuerza.

—Te quiere. Dale tiempo. Creo que nunca ha tenido a alguien que creyera en él como tú lo haces. Y creo que es justo lo contrario. De verdad, me parece que siente que no te merece.

Julietta le devolvió el abrazo.

—Gracias. Tengo una reunión dentro de poco. ¿Nos vemos en casa de mamá esta noche?

—Sí. —Carina se puso el abrigo—. Confía en tu instinto y haz lo que consideres que es correcto.

Después de que su hermana se fuera, Julietta recuperó la compostura y se encaminó a la sala de conferencias. Tenía que mantener la calma. La serenidad. Dejar que Sawyer lo solucionara a su manera y ser paciente. Apagó el auricular del manos libres que llevaba en la oreja, cogió los archivos y se sentó a la mesa. Los jefes de departamento comenzaron a llegar, entre risas y bromas. Asumió su

papel sin titubear, de modo que los negocios fueron el centro de atención de forma automática, y empezó a hacerles preguntas a sus directores, exigió más eficiencia, mayor producción, mayores ventas… siempre más.

Apretó el bolígrafo con los dedos, sin ver la pantalla que tenía delante. Las diapositivas de *PowerPoint* se sucedían con rabia, a un ritmo vertiginoso.

« Tienes que hablar con tu marido» .

Una vocecilla en su interior le susurró las palabras, que aumentaron de volumen conforme avanzaba la reunión. Julietta se levantó delante de su equipo y supo sin lugar a dudas que lo único que importaba era proteger el precioso regalo que había encontrado en una sencilla fusión comercial.

El amor.

Se le cayó el bolígrafo de entre los dedos. Se quitó el auricular y lo tiró sobre la mesa. Sus empleados la miraron, sorprendidos por la brusquedad de sus gestos.

—Tengo que irme.

Su secretaria, Elena, alzó la voz.

—Te esperaremos si tienes que hacer una llamada. Marcus puede exponer las nuevas estadísticas de *marketing*.

Meneó la cabeza con fuerza a modo de respuesta.

—No. Tengo que irme. Tengo que hablar con alguien. Fin de la reunión.

Salió corriendo del edificio sin echar la vista atrás.

La puerta se abrió sin hacer ruido y Julietta entró en el despacho.

Sawyer estaba de espaldas a ella, vestido con un traje negro hecho a medida. El corte de los pantalones y la ajustada chaqueta resaltaban los duros músculos de su cuerpo. Llevaba el pelo suelto, y las ondas rubias le rozaban los hombros. Su inmovilidad le recordó a alguien que viviera alejado de la civilización, como si absorbiera la energía del mundo y la atrapara en su interior. El corazón le dio un vuelco por el miedo y la atenazó una necesidad que nunca la abandonaría.

—Tienes que hablar conmigo. Dime lo que sea. Me lo merezco.

Se volvió hacia ella. Sus penetrantes ojos atigrados la miraron a la cara y la atravesaron hasta llegarle al alma. Despacio, lo vio inclinar la cabeza.

—Claro. Tienes razón. Te pido disculpas por haberte evitado. Es que no creo que esto esté funcionando.

Julietta tragó saliva para deshacer el nudo provocado por el miedo y se quedó donde estaba.

—¿Te importa explicar eso?

Sawyer habló como si no estuviera en la habitación con ella. Un muro lo rodeaba, y le recordaba a una carcasa vacía que hablaba y se comportaba como un humano, pero que carecía de alma.

—Te dije desde el principio que esto no se me daba bien. Creo que pasar demasiado tiempo juntos y estar casados ha distorsionado los límites. No creo que estés enamorada de mí, Julietta. Si nos paramos a pensar y nos

concentramos en los motivos que nos llevaron a hacer esto, podemos retomar nuestra relación como era antes. No puedo poner en peligro Purity por unas emociones que ni siquiera son reales.

La rabia se apoderó de ella. Acortó la distancia que los separaba, atravesó el muro y estableció contacto físico. Sawyer dio un respingo cuando lo agarró por los brazos y le clavó las uñas en la chaqueta.

—Ni se te ocurra hablarme de mis propias emociones con ese tono paternalista —masculló—. ¿Crees que voy por ahí diciendo esas cosas? Te quiero. Eso no va a desaparecer y no es algo limpio y bonito. Ahora déjate de gilipolleces y dime qué ha pasado. ¿Ha resurgido algo del pasado? —Hizo una pausa—. ¿Alguien? —El brillo de sorpresa que vio en sus ojos confirmó las sospechas que tenía—. Justo lo que pensaba. Como sea el cabrón que te dejó esas marcas, lo mato con mis propias manos. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha hecho revivir el pasado? ¿Te ha recordado todos los motivos por los que no mereces ser feliz?

Había dado en la diana. La rabia y el dolor lucharon por hacerse con el control y él la agarró por los brazos, zarandeándola.

—¿Por qué lo haces? No soy bueno para ti, nunca lo he sido. No estropees lo que tenemos. Démonos un respiro, recuperemos el equilibrio e intentemos centrarnos en el motivo por el que hicimos esto. Para saldar una deuda. Para que tu madre fuera feliz. Para consolidar *La Dolce Famiglia*.

—A la mierda con todo eso —le soltó ella. Lo tenía delante, pero se tambaleaba al borde del abismo. Le asustaba la posibilidad de perderlo para siempre si lo soltaba—. No me importa el trabajo ni *La Dolce Famiglia* ni nada de lo que creía en otro tiempo. Ahora mismo solo te deseo a ti. Ahora dime la verdad.

—Mi padre de acogida se ha puesto en contacto conmigo. Desde la cárcel.

Pronunció las palabras mascullándolas entre dientes. La soltó y retrocedió, como si no soportara la idea de tocarla. Meneó la cabeza y se frotó la frente.

—Cuéntamelo —le exigió ella en voz baja—. Merezco conocer la historia, ¿no te parece?

—El cabrón puede solicitar la libertad condicional y quiere que le escriba una carta de recomendación. Si no lo hago, dice que filtrará a la prensa lo sucedido, lo que fui en otra época.

La energía que irradiaba restalló en el aire, como si se avecinara un tornado, a punto de arrastrarlos. En el ojo de la tormenta, Julietta inspiró hondo.

—¿Y qué fuiste?

—Perdí a mis padres cuando tenía nueve años. Entré en el sistema. Me acogieron él y su mujer alcohólica. Les gustaba acoger a los mayores porque nadie más los quería. Siempre tenían a niños entrando y saliendo, pero yo me convertí en su preferido. Le gustaba arrancarme el orgullo a golpes, eso solía decir. Enseguida aprendí a no decir nada, ya que si lo hacía, los demás sufrían las

consecuencias. Es curioso cuando escuchas este tipo de historias, porque la primera reacción de la gente siempre es la misma: cuéntaselo a los asistentes sociales. Muchos de ellos solo quieren colocar a los niños que tienen a su cargo y después hacen la vista gorda cuando ven algún que otro moratón. El asunto es que había un niño llamado Danny. Me idolatraba. Conforme me hacía mayor, al Gilipollas le gustaba usar a los niños pequeños de cebo. Ya sabes, si no hacía lo que me ordenaba, les daba la paliza a ellos en vez de dármela a mí. Yo podía soportar las palizas, pero ellos no. Contaba los días que me quedaban para cumplir los dieciocho y ser libre. A esas alturas, ya le había prometido a Danny que lo sacaría de allí. Pero primero tenía que ganarme la vida con un trabajo y buscarme un sitio para vivir. Le dije a Danny que me esperase.

Una terrible agonía se apoderó de ella, pero consiguió mantener la voz serena al preguntar:

—¿Fue entonces cuando conociste a Jerry?

—No. No hay trabajo que valga para un crío de dieciocho años sin estudios y sin dinero. Los albergues eran casi peores que el hogar de acogida. Casi. Empecé a aprender las reglas de la calle. Encontraba sitios en los que dormir, gente a la que robar, restaurantes que frecuentar. Aprendí qué bandas mandaban y a sobrevivir. Pero Danny empezaba a impacientarse y no quería seguir esperando. Dejé de ir a verlo con la frecuencia de antes y creo que pensó que lo había abandonado.

La estancia se sumió en un silencio atronador.

—¿Qué pasó?

—Fue a buscarme. Recogió sus cosas y se escapó una noche. Pero no sabía dónde localizarme. Se corrió el rumor de que había un chico nuevo en la calle que había querido robarle comida a una banda rival. Le dieron una paliza de muerte. No sobrevivió. Descubrí que se trataba de Danny.

Julietta cerró los ojos mientras luchaba contra las náuseas que la asaltaban.

—¿Le echaron la culpa a tu padre de acogida?

—Qué va. Le contó a la asistente social que Danny se había escapado y que yo le había echado a la banda encima. La policía me encontró y me interrogó. En sus caras vi la certeza de que yo lo había matado al no cumplir mi promesa. Prometí que lo sacaría de allí, que lo mantendría a salvo. En cambio, lo maté.

La mujer que lo amaba quería echarse a llorar, ponerse a gritar y reconfortarlo. Pero Sawyer había dejado aquello atrás y estaba sumido en una espiral de culpa que llevaba alimentando desde que su padre de acogida plantó la idea en su cabeza. Lo azotó con la voz como si de un látigo se tratara.

—Dime, ¿por qué es culpa tuya? ¿Le diste tú la paliza? ¿Se lo entregaste a la banda que lo mató?

—No. Pero si le hubiera mandado un mensaje, habría esperado.

—Y una mierda. Su padre le pegaba todos los días. Habría intentado huir

antes de aquel momento y no creo que ningún mensaje tuyo lo hubiera impedido. Tuvo mala suerte, se topó con la gente equivocada y acabó muerto. Pero tú no lo mataste. —Sawyer la miraba con los ojos como platos, como sorprendido de que siguiera allí—. ¿Cómo te hiciste la cicatriz?

Sawyer se frotó la mejilla. Una sonrisilla apareció en sus labios.

—Fui a por la banda. Me enfrenté a seis, pero conseguí mandar a tres al hospital. Me apuñalaron. Nunca se curó como debía. —La energía lo abandonó, poco a poco, hasta que Julietta solo vio a un hombre que había renunciado a toda esperanza—. Los siguientes dos años fueron un torbellino hasta que por fin encontré el camino hasta Jerry. Había una niña, Molly, a quien también intenté ayudar. Acabó prostituyéndose en las calles para no tener que vivir con él. Murió de una sobredosis antes de que pudiera llegar hasta ella. Ya conoces el resto.

—¿Y tu padre de acogida? ¿Cómo acabó en la cárcel?

—Al final fui a por él. Se había pasado todos esos años comiéndome el tarro hasta hacerme pensar que nadie creería que yo contaba la verdad. Me preocupaban los demás. Después de lo de Danny y lo de Molly, todo me daba igual. Solo sabía que no podía permitir que hiciera daño a más niños. Un asistente social me hizo caso. Conté la verdad y testifiqué en un juicio. Por supuesto, ya era demasiado tarde para los que ya había destrozado, pero al menos lo encerraron durante una buena temporada.

Julietta hizo acopio de todo su valor y se acercó a él. Ladeó la cabeza y lo observó. Su hermoso rostro la miraba con expresión desconcertada, sin comprender por qué ella no lo dejaba o no se encogía, asqueada. Aunque no sabía si Sawyer sería capaz de curar su destrozada alma, se negaba a marcharse hasta saber con seguridad que era incapaz de ofrecerle el amor que ocultaba bajo siete llaves por la errónea impresión de que acabaría haciendo daño a cualquiera a quien quisiese. Le recorrió la cicatriz con ternura.

—Esta cicatriz me recuerda tu valor. Me recuerda que eres un hombre que protege a aquellas personas que considera suyas. Un hombre que luchará por sus creencias y por lo que considera justo, aunque lleve las de perder. Es un hombre que se lo merece todo. Felicidad. Un hogar. A mí. A Wolfe. Una familia. Eso es lo que quiero tener contigo, Sawyer Wells. Tu terrible pasado no me importa lo más mínimo, me hace ser consciente del hombre en el que te has convertido a pesar de que la vida ha intentado machacarte. No te vas a librar de mí. Hasta que me mires a los ojos y me digas que no significo nada para ti, voy a pelear por los dos. —Se puso de puntillas y lo besó en los labios—. Quiero que vengas a casa de mi madre esta noche. Mi familia se va pronto y es una cena de despedida. Todos quieren verte allí porque ahora formas parte del grupo. Te quiero. Asúmelo.

Lo dejó mientras sus palabras resonaban en la habitación.

No iba a aparecer.

Julietta clavó la mirada en la puerta con el alma en los pies. Wolfe estaba

tendido junto a ella, acariciándole el lomo a Dante mientras el gato ronroneaba como un loco. Los niños estaban sentados en corro, jugando con un rompecabezas; los gemelos no dejaban de dar vueltas entre risas mientras Lily hacía de su madre e intentaba mantenerlos a raya. Alexa estaba en la cocina con mamá Conte, ayudándola a limpiar, y Maggie y Michael se habían escapado para dar un paseo. La casa se había llenado con primos, tíos y otros parientes. En ese momento, cuando ya se habían ido todos, solo quedaba el exhausto personal de limpieza y la tranquilidad familiar.

Se negaba a aceptar la derrota. Había pasado toda la vida rehuyendo cualquier tema espinoso, cualquier cosa demasiado profunda. Había llegado el momento de luchar por su futuro, pero tal vez Sawyer no estuviera preparado. La primera prueba había sido un fracaso. El camino que había tomado tal vez la llevara a una derrota segura, pero no pensaba hacerse a un lado sin pelear y dejar que el hombre a quien amaba se aislara porque le asustaba la posibilidad de no poder corresponder a ninguna emoción a cambio.

A la mierda con esa idea.

Wolfe la miraba con una expresión muy preocupada que ella quería borrar. El chico sufría con cada paso que Sawyer daba para alejarse de ellos. Habían establecido un vínculo durante su breve relación, y percibía la creencia de Wolfe de que todo lo bueno tenía que acabar en algún momento. En ese instante se juró que si Sawyer los dejaba, no consentiría que Wolfe también se fuera. Se aferraría a él con uñas y dientes, y pasaría el resto de sus días demostrándole su devoción.

Max se sentó a su lado.

—No he visto a Sawyer desde la noche que salimos. ¿Está trabajando a destajo?

Julietta miró de reojo a Wolfe y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, la inauguración de Purity se acerca. Todos estamos trabajando horas extra para asegurarnos de que todo está listo para la fecha.

Wolfe dejó de acariciar al gato. Su mirada le recorrió la cara como si supiera que había un problema mayor. Dante se dio cuenta de que pasaba algo y le frotó la mano con la cabeza para que se concentrara de nuevo en la tarea de acariciarlo. Wolfe miró al exigente gato y esbozó una sonrisa torcida.

—Menudo coñazo —masculló entre dientes—. ¿Quieres un poco de leche?

Dante saltó al suelto como si lo entendiera a la perfección y echó a andar hacia la cocina, sin molestarse en mirar atrás para comprobar que Wolfe lo seguía.

Julietta vio como el chico se alejaba antes de mirar a su cuñado.

—Algo va mal, Max. ¿Estás al tanto de su pasado?

El aludido negó con la cabeza.

—No, es evidente que no quiere hablar del tema. Nunca he intentado

sonsacárselo.

Julietta se debatió entre la necesidad de encontrar ayuda y la de preservar la intimidad de su marido.

—Ha reaparecido alguien de cuando era joven. Le ha despertado un montón de recuerdos dolorosos que lo llevan a distanciarse de nosotros.

—¿Crees que necesita tiempo para asimilarlo todo?

Julietta cerró los puños.

—A lo mejor. Pero el instinto me dice que cuanto más espacio le doy, más se aleja de nosotros. Esta persona intenta chantajearlo.

—¿Algún asunto complicado?

—Sí. Pero nada que él hiciera mal. El problema es que él no lo ve de esa manera.

—Sawyer no aguanta gilipolleces de nadie. Nunca se acobardaría por una amenaza. Iré a verlo mañana.

—Gracias.

Julietta no tenía claro si estaba cometiendo un tremendo error al aceptar la ayuda de Max. Su marido podría perder los estribos y alejarse todavía más de ella, pero hizo caso a su instinto. Nunca le había fallado en los negocios. Había llegado el momento de ponerlo a prueba en su vida privada.

Max le dio un apretón en el hombro.

—Sawyer es duro de pelar. Lo superará. Seguro que lo has pillado desprevenido con los sentimientos que le despiertas. Es evidente que ha caído con todo el equipo, y nunca se había comprometido con nadie, y mucho menos se había casado.

Se obligó a sonreír al oírlo.

—Ojalá tengas razón.

«Por favor, Sawyer, no nos abandones. Te necesitamos».

17

Sawyer se dirigió al sótano y, a medida que se acercaba, los resoplidos se hicieron más evidentes. Eran las tres de la madrugada, el momento en el que los terrores nocturnos y los fantasmas alzaban el vuelo. Abrió la puerta y descubrió a Wolfe en mitad del gimnasio, golpeando el saco de boxeo como si fuera *Rocky* en el asalto final contra *Apollo Creed*.

El sudor relucía sobre la piel del muchacho. La concentración con la que atacaba el saco daba a entender que le pasaba algo importante, y Sawyer sintió una punzada de arrepentimiento por lo distante que había estado con él en los últimos días. No había bajado a entrenar durante esa semana, ya que no se sentía preparado para enfrentarse a Wolfe mientras examinaba el estado de su matrimonio. El chico no se merecía aguantar sus conflictos emocionales ni verse involucrado en sus problemas. Se merecía mucho más.

Soltó la botella de agua y la toalla mientras esperaba a que el muchacho acabara.

Wolfe se quitó los guantes, jadeando en busca de aire.

—Buenos golpes rápidos. Pero no acabas de pillarles el truco a los ganchos. —Sawyer esperó alguna pulla en respuesta, pero Wolfe pasó de él. En cambio, dio media vuelta, cogió su botella de agua y se la bebió de un trago—. ¿Una noche difícil?

Wolfe se limpió los labios y lo miró furioso.

—¿Y a ti qué te importa?

Sawyer dio un respingo.

—Oye, siento no haber venido a los entrenamientos. Sabes que el trabajo me trae de cabeza estos días. Purity tiene que ser lo primero.

—Eso no me importa. Lo que no soporto son las mentiras.

Sawyer frunció el ceño.

—No te estoy mintiendo. No puedo relajarme hasta la inauguración e incluso durante el primer año estaré hasta las cejas de trabajo. Pensaba que lo tenías claro.

La furia relampagueó en los ojos azules de Wolfe.

—¿Me tomas por tonto, tío? ¿Crees que no sé que estás pensando en largarte? —Soltó una carcajada—. Soy el rey de las huidas, así que no intentes fingir que Purity tiene algo que ver con todo esto. En realidad, se trata de Julietta. Y de mí. De nosotros. Todos juntos. Esto no funciona para ti y estás a punto de salir por patas. Vale, me importa una mierda. Pero échale huevos y dínoslo a la cara en vez de soltar gilipolleces sobre el trabajo.

La tierra se abrió con un rugido y se lo tragó entero. Las náuseas se apoderaron de él. Por Dios, Wolfe pensaba que se estaba alejando de él, de la misma manera que lo habían hecho todos los demás a lo largo de su vida.

Sacudió la cabeza con fuerza y se acercó a él.

—Escucha, Wolfe, te equivocas. Completamente. No voy a dejarte tirado, nunca lo haré. Somos un equipo que mira hacia delante. Es que estoy pasando un bache con Julietta, pero lo superaré.

Wolfe soltó un gruñido despectivo y se alejó de él.

—Mentira. Me he dado cuenta de cómo me miras últimamente, de cómo la miras a ella. Como si estuvieras deseando perdernos de vista. Te recordamos algo que nunca podrás arreglar. Que te largues es solo cuestión de tiempo. Pero no voy a quedarme sentado esperando que lo hagas. Julietta me cae bien. Sin contarte a ti, es la persona que me ha tratado con más respeto en toda la vida. Ella me anima a mejorar. No pienso quedarme aquí para ver cómo la destrozas y luego te lanzas a por mí. Ya he pasado por esto antes, tío. Me niego.

El pánico se apoderó de él y se esforzó por mantener la compostura.

—¡Joder, eres importante para mí! No quiero que te vayas y yo no voy a largarme. Aunque lo mío con Julietta no salga bien, nunca te dejaré tirado. ¡No puedo dejar tirado a nadie más!

El chico lo observó a la tenue luz. De fondo se oía a los Foo Fighters. Sawyer vio una verdad innegable en las profundidades de sus ojos azules. Una comprensión y una decepción tan arraigadas que supo que nada de lo que dijera lograría desterrar las dudas.

Porque sabía que Wolfe tenía razón.

Era un mentiroso. No soportaba seguir viviendo en su piel, y mucho menos teniendo al alcance de la mano todo lo que quería, todo lo que siempre había soñado y anhelado. Una esposa a la que amaba. Un hijo al que cuidar. Un hogar y una familia. Todo aquello en lo que nunca había creído, por eso quería huir antes de que todo le estallara en plena cara.

Wolfe torció el gesto y se colgó la toalla del cuello.

—Lo entiendo, tío. No vas a dejarnos tirados. Solo vas a hacer lo que hacemos todos. Tirar hacia delante como buenamente puedes. Me he equivocado al pensar que esto iba de otra cosa. Tú no tienes la culpa. —Pasó a su lado de camino a la puerta—. Me quedaré hasta que Purity esté en marcha, después volveré a Nueva York. No marees más a Julietta. No cuando ya has decidido que vas a largarte.

Y tras decir eso, Wolfe desapareció.

Sawyer se sentó en el banco y se apoyó contra la pared. El instinto le gritaba que fuera detrás de Wolfe y le demostrara que se equivocaba. Que sacara a Julietta de la cama y admitiera su cobardía, que le dijera que lucharía por ella, por Wolfe, por todos ellos. Pero lo único que oía era la voz burlona de su padre de acogida mientras le decía una y otra vez que jamás se merecería nada. Los cotilleos serían imparables, sobre todo teniendo en cuenta la atención que despertaba con su nueva cadena hotelera. La prensa llevaba años tratando de

engancharlo y cualquier escándalo acabaría afectando tanto a Julietta como a *La Dolce Famiglia*. ¿Y qué pasaría con Wolfe? ¿Y si descubrían que el chico vivía con ellos y empezaban a hurgar en su pasado? No podía arriesgarse.

Dejarlos marchar sería el mejor regalo que podría hacerles.

Porque ellos se lo merecían todo.

Se puso en pie y se acercó al banco de pesas. No saldría del gimnasio hasta que estuviera exhausto físicamente y temblando del cansancio. A lo mejor entonces encontraba un mínimo de paz.

Recorrió el hotel, deteniéndose con orgullo en las mejoras. Su visión finalmente empezaba a tomar forma delante de él, casi completa. Los detalles por fin empezaban a rematar la imagen: lujo opulento en un entorno hogareño para los viajeros, rodeado de toda clase de comodidades, desde una sala de videoconferencias para los empresarios donde podrían usar *Skype*, hasta el *spa*, las piscinas, las bañeras de hidromasaje y las saunas. La rica variedad de texturas que aunaban la modernidad con la tradición: el mármol pulido, el reluciente cristal, el lujoso terciopelo y la robusta caoba. Había usado su colección privada de arte para asegurarse de que las estancias principales eran una fuente de inspiración para sus clientes, convirtiéndolas en una especie de galería de arte de alto nivel.

Cerró los ojos un momento y se imaginó el hotel lleno, su sueño hecho por fin realidad. Y se preguntó por qué la culminación de su proyecto se asemejaba a un agujero en el corazón. Vacío. Sin vida.

—Oye, esto va genial, tío.

Sawyer se volvió al oír a Max. Sintió la punzada de los remordimientos. Saltarse la cena familiar había sido un mazazo para Julietta y para los demás. Mientras deseaba poder manejar la situación de otra manera, saludó a Max con un apretón de manos y forzó una sonrisa.

—Gracias. Oye, siento no haber podido ir a la cena de anoche. Estaba muy liado en la oficina. Espero que lo entendierais.

—Claro. Todos hemos pasado por eso, sobre todo cuando se acerca una inauguración. ¿Podemos hablar un momento?

Sawyer se puso en alerta de inmediato.

—Lo siento, pero tengo una reunión. Quizá más tarde.

—Solo será un minuto. Por favor.

La sangre se le heló en las venas.

—Vale. —Precedió a Max por la escalera y lo condujo al esqueleto de lo que sería su futuro despacho. En ese momento la estancia estaba vacía, no había muebles ni detalle alguno, lo cual invitaba a una conversación corta—. ¿Qué pasa?

—Julietta me ha contado lo que te está pasando. El chantaje. No ha entrado en detalles, solo me ha dicho que algún desgraciado te está amenazando. Quería

ver si puedo ayudarte en algo.

—Te lo agradezco, pero lo tengo controlado. Gracias.

Hizo ademán de marcharse, pero Max no se movió. El corazón le dio un vuelco antes de empezar a latir con un ritmo errático.

—Todavía no he acabado —dijo Max.

Sawyer se tensó, a la espera.

—A ver, es que no creo que lo tengas controlado —siguió Max—. Me parece que crees que estás solo para solucionar esto y que necesitas arreglar algo que sucedió hace muchos años y que no controlas. El problema es que ahora estás casado con Julietta. Lo quieras o no, tienes una familia, y no acostumbramos a permitir que los nuestros se enfrenten a estos marrones solos. Seguramente conoces a tanta gente como yo, pero no de la misma calaña. Conozco a un tío. Y así es como va a funcionar esto. Tú me das un nombre. Y no volverás a recibir otra carta en la vida. *Capisce*?

En aquella Dimensión Desconocida que había alcanzado la conversación, Sawyer esbozó una sonrisa.

—¿De verdad acabas de decir la frase « Conozco a un tío» ? Me siento como si fuéramos a rodar una versión cómica de El imperio del mal.

Max no sonrió.

—Sawyer, no me estoy tirando un farol.

Sawyer comprendió que su amigo estaba hablando muy en serio.

—Gracias por el ofrecimiento, pero lo tengo controlado.

—¿Cómo vas a controlarlo? ¿Alejándote de tu mujer? ¿De Wolfe? ¿Torturándote con todas las cosas que has hecho que ya no puedes cambiar?

—¿Qué es lo que te ha contado?

Max se encogió de hombros.

—No mucho. Pero te conozco desde hace bastante. Llevamos un tiempo siendo amigos y aunque no hablamos de tu pasado, no soy imbécil. Sé que te pasó algo chungo. Sé el tipo de hombre que eres, en el que te has convertido. Eso es lo único que importa.

La verdad lo golpeó en la cara como si se hubiera lanzado en plancha al agua.

—Joder, no me esperaba una conversación tan profunda. —Se sintió casi desnudo bajo el escrutinio de Max. Lo embargó la necesidad de confesarlo todo y de confiar en él—. Te equivocas, Max —susurró—. No soy lo bastante bueno para Julietta. Ella necesita a alguien que pueda hacerla feliz. Que pueda quererla como se merece. Mantenerla a salvo. Ese hombre no soy yo.

—Sí que lo eres. Pero tienes que creerlo para que se haga realidad. —Max se apoyó en la pared desnuda—. A Carina y a mí nos costó mucho estar juntos. Nos traíamos entre manos un toma y daca bastante ridículo. En un principio pensé que jamás sería lo bastante bueno para ella. Carina está hecha para tener una familia, un matrimonio, un compromiso. Pero me persiguió hasta que yo me

rendí. Cuando nos casamos, me di cuenta de que la importancia no radica en ser lo bastante bueno, sino en quererla lo suficiente como para desear ser lo bastante bueno. Todos nos merecemos esa oportunidad. Sobre todo tú. Cuando por fin lo entendí todo, Carina había pasado por el mismo proceso que yo. No creía en sí misma ni sabía quién era. Tardó un poco, pero al final lo superó y yo la esperé. En fin, que ahí fuera no hay un hombre perfecto para Julietta, tío. En realidad, lo llevas crudo. Julietta te quiere y cuando una de las Conte se enamora, no hay escapatoria. Por muy rápido que corras, te estará esperando cuando te detengas. —Max meneó la cabeza—. Cuando quieren a alguien son terroríficas.

Las palabras de su amigo le llegaron a lo más hondo y prendieron una llamita de esperanza.

—No sé yo.

—Me lo imagino. Escucha, nos vamos esta tarde y hemos quedado en el aeropuerto. Estaría bien que nos despidieras. Sé que Michael y Nick quieren decirte adiós. El vuelo sale a las seis. Todo se soluciona muy rápido cuando te paras a pensarlo. Nos cuidamos las espaldas los unos a los otros, sin condiciones. Sawyer, aunque no quieras la ayuda, te la voy a dar. Además de conocer « a un tío» , también tengo unos abogados estupendos. Espero verte luego. —Se acercó a él y le dio un breve abrazo.

Sawyer lo observó alejarse, incapaz de hablar. El miedo y el anhelo lo abrumaban, amenazando con ahogarlo. Max acababa de lanzarle un salvavidas.

Dependía de él si lo usaba o no.

Julietta esperó mientras su hermana abrazaba a su madre con la pasión que siempre exhibía la benjamina de la familia. Carina parpadeó para librarse de las lágrimas cuando por fin se separó de ella.

—No quiero alejarme todavía de ti —susurró, aferrada a la mano de su madre, que la abrazó con fuerza una vez más.

—Lo sé, cariño mío. Pero tu vida está en Nueva York y tienes que regresar. ¿Me enviarás uno de tus últimos cuadros? ¿Uno donde no haya desnudos?

Carina se sorbió la nariz.

—Sí. Te lo prometo. Michael lo está arreglando todo para que vengas a Estados Unidos a vernos otra vez dentro de poco.

—Me parece fenomenal.

Julietta observó la escena mientras su madre daba un abrazo a Maggie y a Alexa, tras lo cual caminaron hasta el coche.

—¿Nos acompañarás al aeropuerto? —le preguntó Maggie.

—Sí, todavía no estoy lista para despedirme. Os seguiré y ya me iré a casa desde allí.

—Voy contigo.

Maggie se volvió hacia Wolfe y le sonrió.

—Gracias. Sé que Dante querrá ronronear contigo por última vez antes de

que nos marchemos. —Observó al chico mientras acariciaba al gato, que iba en su transportín.

Carina tomó a Julietta del brazo y la alejó de los demás.

—Dile a Sawyer adiós de nuestra parte. Siento mucho que no haya podido venir.

La pena se apoderó de ella y la dejó sin respiración.

—Sé que Max ha intentado hablar con él. No pienso rendirme. Me he pasado la vida entera esperando a un hombre como él. Voy a luchar con uñas y dientes tal como hice cuando Luigi's Bakery intentó robarnos las recetas y hundirnos el negocio.

Carina se echó a reír.

—Lo llevaban crudo contigo. Como le pasa a Sawyer. Que no se te olvide contarme cómo evoluciona la cosa, ¿vale?

—Siempre y cuando no me des más la castaña con otro hechizo de amor.

Carina suspiró.

—No sé qué ha podido pasar. Es muy extraño. Con nosotras tres funcionó.

—Eso demuestra que yo siempre seré una excepción.

Su hermana le asestó un puñetazo juguetón en el brazo.

—Eso no es cierto. Lo que pasa es que tu camino hasta el amor es un poco más tortuoso. Te quiero.

—Yo también te quiero. Vamos a llevaros al aeropuerto.

Se subieron al coche y se marcharon.

Sawyer miraba la puerta sin pestañear. Seguramente ya se habían ido. Sin embargo, lo había intentado. Las palabras de Max le habían martilleado la cabeza una y otra vez durante todo el día. Había luchado contra la idea de dar el paso de ir al aeropuerto, porque no se sentía merecedor de pertenecer a un grupo semejante de personas.

Se volvió y decidió irse a casa. Seguir el instinto inicial de mantenerse alejado. Eso sería más fácil.

Mamá Conte abrió la puerta.

—No los has visto por los pelos. Acaban de irse al aeropuerto.

Movió los pies sobre el suelo como si fuera un niño al que hubieran pillado haciendo algo malo.

—Lo siento, mamá Conte. Ya veré a Julietta más tarde en casa.

Su suegra abrió la puerta aún más.

—Todavía no te vas. Pasa un momento.

—Esto… es que…

—Ahora.

La obedeció. La casa estaba como los chorros del oro. Lo guió hasta la cocina, y él se sentó en su silla habitual. Mamá Conté le sirvió una taza de café expreso, la dejó frente a él y se sentó en una silla. Sawyer bebió un sorbo de café

y le suplicó a Dios que mamá Conte no fuera muy dura con él. Ya no podía soportar más.

—¿Sabes por qué te obligué a casarte con mi hija?

Él alzó la vista.

—Por *La Dolce Famiglia*.

Ella agitó una mano en el aire.

—La empresa me importa un pito. Bueno, sí que me importa, pero no tanto como la felicidad de mis hijos. No, Sawyer Wells, lo hice porque sabía que tú estabas destinado a ser el hombre del que ella se enamorara. Y también sabía que ninguno de los dos se plantearía esa opción a menos que yo os obligara. Sois un par de cabezotas. Obsesionados con el trabajo. Convencidos de que el amor es una ilusión y el matrimonio, un imposible.

Todas sus dudas reaparecieron de golpe. Cuando habló, lo hizo con un tono adusto y borde.

—Te equivocaste. Ya te lo dije cuando empezaste a tramar todo este plan. He hecho cosas. Les he fallado a ciertas personas. No soy quien tú crees que soy. Y Julietta y Wolfe se merecen a alguien mejor.

Mamá Conte resopló, disgustada.

—Qué tontería. Todos tenemos un pasado, algunos peor que otros. Todos tenemos cicatrices, ya sean físicas o emocionales, o de las dos clases. ¿Recuerdas cuando te conocí en el bar y te hablé del karma? Aquella noche debías elegir. Tu vida podría haber tomado cualquiera de las dos direcciones. Podrías haber aducido que te viste obligado a escoger el camino equivocado por culpa de tu pasado, porque eso era lo que pensabas que te merecías. Pero en aquel momento decidiste que querías algo más. Nada te impedía alargar el brazo e ir a por todas, lo decidiste tú solo. Nadie más. Hoy te enfrentas a la misma decisión. Puedes luchar por mi hija, la mujer que amas. Puedes luchar por Wolfe y verlo madurar. O puedes tomar el otro camino y decir que ese era tu destino, porque así lo marca ese pasado que aseguras que es el dueño de tu vida.

Sus palabras dieron en la diana e hicieron añicos el muro que rodeaba su corazón. Dicho muro ya se estaba tambaleando después de los asaltos de Julietta y las palabras de su amigo Max, pero mamá Conte acababa de asestarle el golpe de gracia. Ya solo quedaba una caótica vorágine de emociones, en carne viva, vulnerable y llena de cicatrices sangrantes.

Se le quebró la voz y agachó la cabeza.

—No sé si puedo hacerlo.

Mamá Conte se levantó y se acercó a él. Sus fuertes brazos lo rodearon sin pedirle permiso y sin titubear. Le acarició el pelo tal como lo haría una madre, consolándolo con su calor, con la seguridad de su abrazo y con sus creencias.

—Pobre mío, sí que puedes. Tú decides qué hacer con tu vida. Eras un niño incapaz de proteger a tus seres queridos. Eso nos pasa a todos. Lo único que

podemos hacer es querer a los nuestros todo lo posible, eso debe bastar. —Le dio un beso en la coronilla.

Sawyer le devolvió el abrazo con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi hija no ha elegido mal. Te quiere a ti y no te dejará ir así sin más. Deja que ella te elija, ten claro que eres lo que ella necesita.

Los segundos pasaron despacio. Las heridas cicatrizaron y lo invadió una extraña paz, que surgió desde sus entrañas. Se encontró de nuevo frente a la puerta de aquel hotel, con una cámara de vídeo en las manos. Debía elegir. Por sí mismo.

—¿Dónde está Julietta?

Mamá Conte se apartó de él con una sonrisa.

—Ha ido a despedirlos al aeropuerto. Todavía puedes alcanzarlos.

—Gracias.

—Prego. Y ahora vete.

Sawyer se puso en pie y la abrazó de nuevo, tras lo cual corrió hacia la puerta.

El avión privado de Michael estaba listo para despegar. Con el corazón entristecido porque iba a separarse de su familia, Julietta atravesó el vestíbulo principal rodeada por ellos hasta llegar al control de seguridad donde debía despedirse. Michael la abrazó con fuerza y la levantó del suelo.

—Sé fuerte —le susurró al oído.

Supuso que Max los habría puesto al día, pero la fuerza de su hermano y su apoyo supusieron un gran alivio.

—Lo haré. Cuida bien de mis sobrinos.

—Sí.

Alexa, que llevaba a María dormida en los brazos, cambió de posición a la niña.

—Gracias por tu hospitalidad, Julietta. Estoy deseando llegar a casa y probar todas las nuevas recetas que he aprendido.

—A lo mejor viajo dentro de poco a Nueva York para ver tu casa. A ver cómo me organizo la agenda y lo confirmamos.

—Me encantaría.

Maggie y Carina la abrazaron de nuevo.

—Adiós, hermanita. Te queremos.

—Yo también os quiero.

—Llama si necesitas algo. Lo que sea.

—Lo haré.

Se volvieron todos a la vez para dirigirse hacia el control de seguridad.

—¡Esperad!

Todos se detuvieron. Sawyer corría entre la multitud, sorteando viajeros, cochecitos de bebé, maletas y agentes de seguridad. Se detuvo delante de ellos

frenando en seco y casi sin aliento, ataviado con su abrigo de cachemira y su corbata morada, símbolos de su exquisita compostura. No obstante, la expresión de su cara decía todo lo contrario: era un muestrario de emociones descarnadas. La desagradable luz de la terminal hacía que su cicatriz resaltara todavía más.

Julietta sintió una oleada de alegría.

—Has venido.

Su familia se acercó a él, pero Sawyer los detuvo extendiendo los brazos.

—Un momento. Tengo que decir algo.

Julietta se tensó, al igual que Wolfe. Pese al caos reinante en la terminal, un repentino silencio cayó sobre ellos, ya que estaban medio aterrados por las palabras que por fin iban a escuchar. Julietta sintió que el corazón se le desbocaba, dejándola sin aliento. Luchó contra el miedo y esperó no haber herido más a Sawyer al enviarle a Max para que hablara con él.

La incertidumbre relucía en sus preciosos ojos atigrados, que tras pasar por todos los integrantes del grupo acabaron posándose en ella.

—No puedo seguir así. No puedo hacerle esto a mi mujer. A Wolfe. A todos.

—Por favor. —Julietta carraspeó, desesperada por detenerlo—. Por favor, no lo hagas.

—Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo ahora. —Inspiró hondo—. Soy un gilipollas. Te presioné hasta el límite y te prometí que estaría a tu lado para ayudarte. Pero te he fallado. Al primer indicio de intimidad, de sinceridad, salí corriendo tal como me han enseñado a hacer durante toda mi vida. Pero tú no has permitido que me alejara. De alguna forma, has visto lo que hay más allá de mis gilipolleces y me quieres de verdad. Julietta, me has hecho polvo. Me has hecho pedazos y después me has recompuesto de nuevo. Te quiero. Y aunque creo que no te merezco, he elegido intentarlo. Te he elegido a ti. A todos vosotros. Si todavía contáis conmigo, claro.

Un sollozo brotó de la garganta de Julietta. Reconocía el esfuerzo que había supuesto para Sawyer confesar sus sentimientos delante de toda su familia. Un acto público de sinceridad, algo que siempre lo había aterrado al máximo. Trastabilló para acercarse a él y Sawyer se apresuró a tenderle los brazos.

La estrechó contra su enorme torso y ella se dejó llevar por su olor y por su contacto. Se aferró a él, temerosa de que todo fuera un sueño del que pudiera despertar en cualquier momento.

—Te quiero. Te quiero tal como eres y te equivocabas al pensar que iba a permitir que te marcharas. Me perteneces. Nos perteneces. Y voy a recordártelo todos los días hasta que te lo creas.

Alexa sorbió por la nariz.

—¡Ay, Dios mío! Se ha declarado en un aeropuerto. Igualito que en las novelas que leo y que en las películas. ¡La ha seguido hasta un aeropuerto y le ha confesado su amor antes de que ella pudiera subirse al avión!

Nick se echó a reír.

—Cariño, Julietta no va a embarcar.

—Da igual.

Maggie suspiró.

—Joder, ha sido perfecto. Casi tanto como cuando te pusiste la gorra de los Mets y apareciste con Viejo Gruñón en Locos por los Libros.

Nick dio un respingo.

—Esto… ¿te importaría no hablar de eso, por favor?

Max sonrió.

—Mmm… me parece que no conozco la historia. Me alegro, porque necesito que alguien me entretenga durante el vuelo.

—Que te den.

Michael sonrió.

—¿Y si los dejamos a solas para que acaben la escena en privado?

Maggie resopló.

—Ni de coña. Propongo un abrazo de grupo. Tal como Sawyer ha dicho, tiene que cargar con todos nosotros.

De repente, Julietta se encontró rodeada por su familia, riendo, llorando y sorbiéndose la nariz mientras los hombres se controlaban un poco para mantener la fachada de tíos duros. Cuando por fin los soltaron, Wolfe se apartó un poco con una sonrisa torcida en los labios.

—Estáis como cabras.

—Pues tú formas parte del grupo. Eres parte de la familia —le aseguró Julietta.

Sawyer se acercó al muchacho, le colocó las manos en los hombros y lo miró a los ojos.

—Tenías razón, Wolfe. Iba a largarme porque eso es lo único que sé hacer. Pero se acabó. Tú tampoco vas a irte. Cuando consigues algo bueno, genuino y puro, debes aferrarlo con ambas manos. ¿Vale?

Wolfe sonrió.

—Vale.

Sawyer tiró del muchacho para darle un abrazo, breve pero intenso.

Y en esa ocasión Wolfe se lo devolvió.

La mano de Sawyer se deslizó sobre su abdomen trazando una línea ascendente hasta un pecho. Un pellizco juguetón en el pezón la despertó y soltó un gemido.

—Necesito un descanso. Demasiados orgasmos.

Sawyer rió entre dientes y le mordisqueó la sensible curva del cuello.

—Rajada.

—Te la estás jugando.

—Eso espero. —Su lengua avanzó hasta llegar al lóbulo de una oreja. El roce

ardiente de su aliento, sumado a los húmedos lametones, le provocó un escalofrío que le puso la piel de gallina—. Tengo que compensarte por muchas cosas.

Julietta volvió la cabeza y lo besó con pasión y dulzura.

—Ya me has compensado bastante.

—¿Crees que Wolfe me perdonará?

—Sí. Porque no has llegado a irte. Al final, has acabado eligiéndolo a él. Y eso es lo que recordará.

—Estoy pensando en enviarlo de vuelta a Nueva York. Después de inaugurar Purity, por supuesto, para que se asiente un poco. Quiero que vaya a la universidad. Es muy listo. Debería tener una carrera que lo respalde. Ver de cerca la vida normal de la gente de su edad.

—Wolfe nunca será normal. Me gusta que sea así. Pero estoy de acuerdo. Michael, Nick y Max le echarán un ojo. Pero todavía no estoy preparada para separarme de él.

—Yo tampoco. Ya veremos cómo va la cosa.

—¿Y tu padre de acogida?

Sawyer le acarició la larga melena, cuyos mechones se extendían sobre sus cuerpos desnudos.

—No va a sacarme nada. Nunca más. La carta es la prueba que demuestra el chantaje, lo que impedirá que consiga la libertad condicional. En cuanto a la amenaza de revelar mi pasado, ya no tengo nada que temer. Además, Max conoce a un tío. Y tiene abogados.

—Adoro a mis crueles hombres italianos. —Lo besó en los labios—. ¿Y nosotros?

Sawyer sonrió al oír la pregunta, formulada con un deje picarón, y tiró de ella para colocársela encima. Acto seguido, la penetró y movió las caderas, y entonces el deseo brilló en aquellos ojos de color chocolate.

—Viviremos felices y comeremos perdices. Día a día.

Julietta se movió sobre él hasta que ambos llegaron al orgasmo. Sawyer la observó, deteniéndose en el pelo que le caía por la espalda, en la expresión sincera de placer, amor y generosidad. Y le dio las gracias al universo por haberle concedido al fin a la mujer que lo quería lo bastante como para enfrentarse a la oscuridad y salvarlo.

Epílogo

—Qué lío.

Julietta daba vueltas por el apartamento, etiquetando cajas y recogiendo las últimas cosas que le quedaban. Por fin habían encontrado un comprador y habían pasado gran parte del fin de semana trasladando sus objetos personales.

Wolfe les había sido de gran ayuda. Llevaba unas cuantas noches llevando cajas del apartamento a la casa y donando otras muchas a beneficencia.

Julietta entró en su antiguo dormitorio, en el que solo quedaba el cabecero de la cama. Echó un rápido vistazo a la estancia para asegurarse de que no se dejaba nada. Volvió la cabeza. Y vio algo blanco.

Se agachó y cogió un trozo de papel blanco, caído tras una de las patas del cabecero. Frunció el ceño y lo desdobló muy lentamente.

La lista.

El hechizo de amor.

Meneó la cabeza. Qué vergüenza habría pasado si Wolfe lo hubiera descubierto. Recordó que había escondido la segunda copia debajo del colchón antes de quemar la primera. Estuvo a punto de romper el papel y tirarlo, pero antes decidió echarle un vistazo a la lista.

Los números parecieron brillar frente a sus ojos.

1. *Un hombre capaz de provocarme orgasmos.*
2. *Un hombre que respete mi profesión y la respalde.*
3. *Un hombre lo bastante fuerte como para luchar por mí.*
4. *Un hombre que entienda mi alma.*
5. *Un hombre que se haya abierto camino en la vida.*
6. *Un hombre capaz de entregarse por completo.*

Apretó el papel, arrugándolo. Cerró los ojos y sintió que todo le daba vueltas. ¿Cómo era posible? Su madre era quien la había empujado hasta Sawyer, no una ridícula lista. ¿Verdad? Pero ¿por qué todas las cualidades que había detallado en el papel formaban parte del hombre con el que se había casado? Releyó rápidamente la lista y comprobó que su marido encajaba a la perfección con lo que había deseado. Como si hubiera sido creado especialmente para ella.

Corrió hasta el salón y examinó las estanterías, vacías en ese momento. ¿Dónde estaba el libro? Unos pasos en la escalera interrumpieron sus pensamientos.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

Julietta miró a Wolfe.

—¿Has empaquetado mis libros y los has llevado a la casa?

—No. Me dijiste que los guardara en cajas y que los enviara a librerías de segunda mano. Los he enviado a varias. Espero que no hayas perdido algo

importante. Como tengamos que localizar un libro, nos va a costar la misma vida.

¿Sería posible? Todas habían realizado el hechizo y habían encontrado a sus almas gemelas. ¿Sería una coincidencia? Al fin y al cabo, los hechizos de amor no existían. O al menos no existían hechizos de amor que funcionaran de verdad. Miró de nuevo el papel y lo hizo una bola.

—No. No era importante. Seguramente sea mejor haberse deshecho de él.

—Genial. Los de la mudanza están a punto de llegar para llevarse lo que queda. ¿Estás lista para irte?

Julietta miró a su alrededor y después cogió a Wolfe de la mano. A esas alturas estaba más acostumbrado a que lo tocaran.

—Ajá. Vámonos a casa.

Salieron de la estancia juntos.

Mamá Conte se envolvió con el chal. Estaba sentada en su mecedora preferida, con un libro en una mano y una taza de café en la otra, contemplando el paisaje desde una ventana de su casa. Aunque la primavera estaba al llegar, la temperatura había caído en picado y las heladas habían quemado la hierba. El frío calaba hasta los huesos y el viento agitaba las ramas desnudas de los árboles, aunque ella estaba calentita y cómoda en el interior, ya que no tenía que salir para nada.

Flexionó sus dedos desfigurados y se preguntó adónde habían ido a parar los años. El día anterior estaba cuidando a su familia y levantando su empresa. Y en ese momento una nueva generación se encargaba de su legado. Sus nietos crecerían sanos y felices, unos en Italia, otros en Estados Unidos, y el apellido Conte jamás caería en el olvido.

Sonrió al pensar en su difunto marido. Cómo le habría encantado ver crecer a sus hijos y como desarrollaban sus diferentes personalidades. Los había querido muchísimo a todos, con una devoción que solo un padre podría entender, pero siempre se había preocupado más por Julietta que por los demás. Se parecía mucho a él, con esa independencia feroz y esa genialidad para los negocios que arrasaban por completo casi cualquier tipo de relación personal. Por fin su hija estaba completa al lado de un hombre que era su alma gemela.

En muchas ocasiones había temido presionarlos demasiado. Cometer errores. Pero había confiado en su instinto para guiar a sus hijos y ayudarlos a encontrar el amor, y no se arrepentiría de sus elecciones. Nunca.

La embargaron una profunda paz y una honda satisfacción. Sintió la presencia de su marido a su lado. Primero Venezia. Luego Michael. Después Carina. Y la última Julietta. Todos habían encontrado el amor. Todos habían encontrado a sus respectivas parejas.

Había llegado el momento de empezar un nuevo capítulo, uno del que ya no formaría parte. Esperaba que el camino no fuera tan difícil para ellos, pero sabía que solo después de experimentar el sufrimiento se alcanzaba la felicidad. Solo

así podía apreciarse. Saborearse.

Sonrió, contenta por la presencia silenciosa del hombre que había sido el amor de su vida.

Por fin había finalizado el trabajo.

Mamá Conte sonrió, se meció suavemente y disfrutó del momento.